ACANTILADO

Joan Benesiu

Seremos Atlántida

TRADUCCIÓN DE PABLO MARTÍN SÁNCHEZ

SEREMOS ATLÁNTIDA

JOAN BENESIU

TRADUCCIÓN DEL CATALÁN
DE PABLO MARTÍN SÁNCHEZ

ACANTILADO
BARCELONA 2022

TÍTULO ORIGINAL
Serem Atlàntida

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2019 by Edicions del Periscopi y Joan Benesiu
Este libro ha sido contratado a través de SalmaiaLit, Agencia Literaria

© de la traducción, 2022 by Pablo Martín Sánchez

© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S.A.
Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-19036-24-7

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
octubre de 2022

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A Irene.

MEMORIA DE UNA CONDESA RUSA

Me gusta cortarme el pelo en París. Lo hago con mayor frecuencia de lo que me crece el pelo y por eso cada vez lo tengo más corto, como si estuvieran menguándome las ideas. Me gusta ir a las peluquerías de París no porque las peluqueras sean más eficientes o los peluqueros más discretos, sino porque en esos espacios con sillas ortopédicas y olor a química de la belleza me convierto en un emigrado, en un transeúnte de las calles de la capital francesa. Me gusta cortarme el pelo en París porque, al fin y al cabo, los turistas no entran en las peluquerías. Y me gusta hacerlo aunque me esté quedando calvo. De pequeño me fascinaba ver a un calvo en la peluquería. ¿Para qué semejante dispendio cuando en casa podía retocarse la soledad de aquellos tocones maltrechos del viejo bosque de ceniza venido a menos?

Un calvo más calvo que yo, o sea, un calvo como el que yo seré, le pide con una sonrisa a la peluquera que le haga lo de siempre. Como si pudiera hacerse algo más con ese despoblado. Yo, mientras tanto, mantengo la ilusión del resistente y le cuento a la peluquera francesa, cuando llega mi turno, que soy cámara de televisión y que trabajo desde hace algunos años en TF1. ¿En qué programa?, me pregunta ella fantaseando con la posibilidad de que conozca a muchos famosos. Trabajo de 8 a 2 en emergencias, por si falla alguien, algo así como un trabajo de guardia, respondo con desidia para darle a entender que soy yo quien debe llevar la voz cantante, y no ella, y entonces empiezo mi interrogatorio banal, desprovisto de cualquier atisbo de seducción, como quien pasea por los territorios de la vida de una arregladora de molleras, como quien camina por el parque de atracciones de la insignificancia en que nos encontramos todos. Rezo para que el otoño tarde en llegar con su afilada guadaña y que pueda seguir disfrutando de las conversaciones insustanciales de las peluquerías y viéndome como un extranjero que vive a la sombra de la ciudad de París, donde vengo a menudo a fingir que necesito cortarme el pelo.

La peluquera, en cambio, no ha dejado de sonreírme desde que le he dicho que trabajo en la televisión y, aunque no sea un cliente habitual, veo que se esfuerza por retenerme, por convertirse en la cuidadora de ese jardín deprimido que tiene en las manos. Como ve que no me siento cómodo respondiendo a sus preguntas sobre mi trabajo inventado, las deja caer con cuentagotas y sólo cuando

interrumpo mi cháchara constante para darme un respiro. Vuelva cuando quiera, será recibido con los brazos abiertos, y así podrá seguir contándome esas historias tan interesantes de la tele, dice haciéndome dudar de si realmente he saciado más de lo que quería su curiosidad, que tal vez sea también, como mi trabajo de cámara, un simulacro.

En la calle me siento desprotegido. A pesar de la mínima intervención de la peluquera, soy consciente de un aire que antes no existía y que, durante un rato y hasta que la costumbre apacigua la sensación de ser nuevo en el mundo, me hace andar con una emoción distinta a través de una atmósfera de agradable frescura, que noto especialmente en la nuca y en las orejas, y que hace que me sienta como una persona nueva, como un recién llegado a este barrio parisino, como un recién llegado a la vida de una ciudad en la que no vivo, pero donde siempre me habría gustado vivir y por cuyas calles paseo imaginando que mi único domicilio está aquí cerca, un domicilio que he heredado de mi padre exiliado y casado con una peluquera francesa con la que tuvo cuatro hijos, tres hermanos míos que o bien han vuelto al país de origen de nuestro padre, o bien viven muy cerca, en el lado francés de las montañas, como al acecho, esperando el momento de revertir la historia paterna. Todos menos yo, que me empeño en seguir aquí, en la ciudad, a pesar del profundo deterioro de las oportunidades vitales y del declive emocional que últimamente se extiende por toda Francia; un nivel parecido, todo hay que decirlo, al nivel de decaimiento de la agotada Europa, que, como yo, está perdiendo a la carrera su antigua cabellera.

No hay consuelo, me digo mientras espero a que cambie el mensaje de las pantallas donde se anuncia que el vuelo con destino a París, de nuevo París, está retrasado/delayed. Me paso la mano por la melancolía del occipital indefenso. Intento concentrarme en la lectura porque sé que esto del avión, del vuelo, esta vez va para largo. Debería ir en tren, me repito una y otra vez, y dejar este ambiente cosmopolita de los aeropuertos. El aeropuerto tipo es un lugar aséptico, difícil de distinguir, alejado de cualquier concepto de patria, una zona cero de la identidad, tanto si es el de Milán como el de Palma. Todo es igual a todo y desde sus pasillos amplios y llenos de tiendas idénticas, de perfumes uniformados, de cajas de tabaco gigantes y de inmensos triángulos Toblerone se puede viajar a cualquier parte. De todos los lugares habitados del planeta es donde más difícil resulta encontrar una conexión con la tierra en la que se implanta, en la que se arraiga como si lo hiciera a través de una raíz transparente, superficial y, en cierto sentido, insípida. Pero sé que es esa falta de sabor lo que me atrae, como la materia prima aristotélica, sin forma, no identificable, capaz de serlo todo en potencia, capaz de hacerte volar a cualquier rincón del planeta. Sus pasillos, sus carteles

indicadores y sus puertas/gates son el duty free de la existencia, de una vida sin el impuesto que supone aquí y allá pertenecer a algún sitio. Pasas el control de seguridad y es como si hubieses cruzado la frontera, como si, por decirlo de algún modo, hubieras puesto un pie en el futuro espacio que te acogerá. Tal vez esté hecho adrede para que las transferencias espirituales que te permiten pasar de un país a otro sean progresivas y que aterrizar no signifique aterrorizar. Para que se produzca un suave descenso al otro lado del sueño que significa aún para media humanidad cruzar el planeta por el aire y plantarte en un momento en Dubái o en la isla del Desencanto. Siempre me ha resultado extraña la imagen de los papas, de los jefes de la Iglesia católica, cuando besan la tierra en la que acaban de poner los pies. Todo el mundo sabe que la tierra que pisa el avión, la eternidad de la pista de aterrizaje, no es más que una isla conquistada por los países extranjeros y que la auténtica tierra prometida está justo al cruzar el umbral que separa la sala de recogida de equipajes del resto del aeropuerto y del mundo. Es aquí, frente a los puestos para alquilar vehículos y las decenas de personas que esperan a desconocidos con cartelitos llenos de nombres de hoteles, de individuos o de familias escritos con rotulador, donde debería arrodillarse el papa, porque es aquí donde tu país, tu ciudad, han quedado definitivamente borrados del mapa. La tierra de acogida no se alcanza hasta que se cruzan las puertas de cristal translúcido y se ven los rostros de los habitantes que no buscan destinación, esos que no van a ninguna parte; no los rostros invisibles de los trabajadores que se esconden tras unos cascos de protección sonora, esos que habitan en los limbos del aeropuerto, en las pistas y en los sitios cuyo paso está prohibido a las personas ajenas. ¿Existe, me pregunto, más allá del aeropuerto, la vida de una trabajadora de esos lugares restringidos a los que no podemos acceder los viajeros? Sin duda existirá, y será por fuerza una vida banal, como la de todos nosotros, que jugamos inconscientemente al juego de ser pasajeros. Para ella, sin embargo, se ha rasgado un velo, se ha descubierto una mentira más, se ha exprimido un lugar más para la vida en favor de la representación. Desde dentro se aprecian las fisuras, se rompe el espejismo de la seriedad con que nos lo tomamos todo los foráneos. Prohibido, reza el cartel, pero los trabajadores pasan. Lo prohibido nos hace pensar en cosas importantes, que para algo son reservadas y secretas. El vacío, eso sí, es mayor para ellos que para nosotros, que aún percibimos el espacio restringido como un lugar serio donde la vida tiene algún significado, donde el juego no se está jugando, donde las perspectivas de la existencia mantienen una tensión vital con las esperanzas del futuro. Esa trabajadora del aeropuerto es testigo de primera mano del desencanto del mundo que predijo Max Weber. Para nosotros, pasajeros en busca de una

peluquería que nos ordene la vida, el área restringida de los aeropuertos es una parte del mundo absolutamente imprescindible. Necesitamos la protección del umbral acristalado que nos separa por un momento del contacto con la negación de sentido que es el exterior. Aun así, impresa en los cartelitos de los corresponsales de los hoteles, parece que la seriedad continúa y que podemos dejarnos llevar todavía unos minutos más.

De toda esta confusión le hablaba a mi compañero de mesa durante el tiempo de espera en el aeropuerto, mientras se retrasaba el avión que debía llevarme de nuevo a París. Un tiempo que a mí se me hacía corto, gracias a la cháchara, pero que a él debía de estar haciéndosele más largo, pues notaba cómo palidecía por momentos y tenía pinta de no seguir mi desvarío. Se había sentado a mi mesa de dos porque la otra silla estaba desocupada y yo se la había ofrecido con un gesto amable al darme cuenta de que los demás asientos de aquella cafetería de aire moderno y a la vez rutinario estaban ocupados. En aquel espacio mínimo, como de ascensor, resultaba difícil no entablar algún tipo de conversación y, como parecía que los dos andábamos sobrados de tiempo, la empezamos con menos timidez de lo que es habitual en estos casos, como si, en la lejanía, nuestras vidas tuviesen algún tipo de conexión aún por descubrir, como si hubiéramos superado ya la fase preliminar de las conversaciones ligeras y quisiéramos entrar directamente en materia. Mi compañero de mesa me dijo que disfrutaba de los tiempos muertos en los aeropuertos, en las estaciones, porque era un admirador de los gestos humanos. Practicaba la fenomenología, ése fue el término que utilizó, gestual; la cual consistía, intentó aclarar, en tratar de interpretar el mundo, o determinado mundo, a partir de un gesto particularmente bello o particularmente distinto de la gestualidad habitual. Había agradecido mi ofrecimiento porque yo, sin ser en absoluto consciente, había extendido la mano hacia delante y levantado a la vez las cejas, de una forma muy poco común a la hora de abordar la comunicación con un extraño como era él. Mi gesto le había recordado a un viejo amigo que hacía tiempo que no veía y la familiaridad lo había obligado a aceptar la invitación. A partir de la observación del gesto, decía, a menudo intentaba imaginar qué vida había detrás, intentaba descubrir el origen de la curva de aquel brazo, de aquella forma de recolocar las maletas, de aquella manera de pasar las páginas de un libro, o de una revista, y de suspirar profundamente mientras el sujeto de la observación se dejaba impregnar por la atmósfera líquida de las antesalas del desplazamiento, del viaje, del traslado. Podía parecer muy pero que muy aburrido, pero más aburrido era esperar sin mirar, sin fomentar la curiosidad humana por los universos paralelos que tenemos siempre al alcance de la mano. Con aquellas observaciones

descubría, por ejemplo, cómo la organización y el ritmo de los cuerpos se repetían entre las parejas o entre madres e hijos, cómo la forma de vestir implicaba el mantenimiento de una armonía y de un aire de familia que ya era una primera forma de comunicarse con el exterior, un primer aviso a los demás de que no estamos solos, de que hemos venido aquí con nuestro indisimulado uniforme de equipo de combate para subir al tren, al avión, para viajar, para vivir. Su mirada buscaba entonces algún ejemplo entre las personas de nuestro alrededor, y saltaba a la vista la familiaridad con que se trataban aquellos que llevaban, aproximadamente, las mismas botas de montaña, la misma mochila con alguna pequeña divergencia en el color o en las hebillas. Allí estaba la sonrisa calcada de una madre y de su hijo ante dos pantallas parecidas de sus dispositivos electrónicos. Allí estaba la pareja silenciosa con sus gafas de sol de la misma marca plantadas en la cabeza bajo la atmósfera estancada del aeropuerto. Allí estaba, en fin, el mismo bocadillo correoso de aquella pareja de americanos obesos y su forma compulsiva de llevarse la salsa de mostaza a la avidez de la boca. Mi interlocutor mencionó el inicio de La inmortalidad de Kundera como el comienzo de una posible carrera por la gestualidad, el comienzo de la fenomenología del gesto. De aquel inicio recordaba él una piscina y una frase, una frase que más o menos afirmaba que a lo largo de nuestra vida casi nunca tenemos edad, que la edad transcurre fuera de nosotros mientras nosotros vivimos como fuera del tiempo y continuamos unidos al presente por un gesto inocente. Y recordaba, añadía mi acompañante, que, a partir de un gesto hecho al borde de una piscina, Kundera inventaba un personaje y una vida, de manera que, al cabo de unas cuantas páginas, el gesto ya no existía, o existía veladamente como un terrón de azúcar que va deshaciendo su dulce letanía a lo largo de todo el libro, pero sí que existía un personaje. El personaje era una mujer de unos sesenta años, Agnes, dijo, y a continuación miró a nuestro alrededor como si fuera posible encontrarla, o al menos encontrar a una Agnes. Me sorprendí yo también siguiendo el curso de su mirada en busca de Agnes, pero desafortunadamente tropecé con gestualidades que, por decirlo con el título de la última novela del autor checo, sólo acercaban la fiesta a la expresión nítida de la insignificancia.

Mientras tomaba tranquilamente el café, repartiendo mi atención entre mi compañero de mesa y la pantalla que debía anunciar mi vuelo, iba recorriendo con la mirada el panorama que se abría desde nuestra posición por si podía captar, aunque no fuera tan preciso como el de Agnes, un gesto para subírmelo al avión y no aburrirme. Estaba al acecho de parejas que mostraran aquel aire de familia y pudieran confirmar la teoría de mi interlocutor, de quien en realidad no sabía ni el nombre ni el lugar al que se dirigía, cuando me llamó la

atención una pareja radicalmente desigual, o sea, justo lo contrario de lo que buscaba con la mirada. Una pareja sin ningún elemento armónico que cruzó la concurrida superficie del aeropuerto a espaldas de mi fenomenólogo, quien, ajeno a la escena, seguía elucubrando y deshojando su margarita intelectual. Una vieja dama rusa—sé que era rusa porque era la vieja condesa que se había escapado de las páginas intemporales de El jugador de Dostoievski—caminaba con garbo, y su discreto vestido, de un blanco roto, disimulaba a la perfección la figura de un perrito con el pelo del mismo color que el vestido que la elegante señora llevaba en un brazo con suficiencia. La acompañaba a medio metro de distancia, maleta en mano, una mujer bastante más joven que ella. No era una mujer precisamente discreta, tenía mucho pecho e iba vestida con una blusa ajustada y estampada con la falsa piel de un animal africano, sacada de las terceras rebajas de una montaña de vestidos de un mercadillo ambulante. Fue una imagen fugaz como un rayo, pero me impactó el gesto de atención y cariño que la dama rusa le dedicaba al perrito mientras le dirigía una mirada de desesperación, fastidio y desprecio a la mujer que la seguía con afectación y cierta desgana. Mi acompañante había hecho una pausa y fue consciente de mi mirada hacia algo que ocurría a sus espaldas, pero su discreción le impidió girar el cuerpo para ver qué era lo que yo miraba. Creo que pensó que habría sido incómodo para mí, por ejemplo, si hubiera descubierto que en realidad yo estaba mirando unos pantalones ajustados alejándose al ritmo firme y seguro marcado por unas botas altas. Yo tampoco le di mayor importancia y me limité a apurar en silencio el poso del café que me quedaba, sin descubrir ningún advenimiento del futuro. Mientras tanto, intentaba retener la imagen para poder pensar en ella en los momentos de soledad que tendría, tarde o temprano, en el avión. Hasta unos minutos más tarde, justo antes de levantarme al ver que la cola del embarque ya estaba formada, no comenté la escena con el joven que estaba sentado frente a mí, o quizá debería decir el hombre, no sabía muy bien qué edad adjudicarle, como si las edades hubiesen quedado de pronto confundidas y, al igual que ocurre con las vidas individuales, definitivamente fuera del tiempo. Fue, sin embargo, una sorpresa ver cómo abría los ojos de par en par y cómo su atención a lo que yo le contaba crecía y crecía hasta dejar clavada en mí una mirada que albergaba una siniestra sombra de enfermedad. Me interrogó intentando contenerse y me preguntó, disimulando la alteración de su voz y de su ánimo, cómo era la mujer que arrastraba la maleta. Cuando mencioné lo del leopardo—no me atreví a hablar del tema de los pechos—, torció el gesto y preguntó entonces por la vieja dama rusa, que por lo que se ve no era rusa, pues cuando le dije lo que me había parecido añadió con un tono de voz significativamente alto que

la vieja era croata, y a punto estuvo de acompañar el inciso con un epíteto relativo a mi inoperancia. Por supuesto, se levantó y las buscó con el cuerpo y la mirada, pero el aeropuerto estaba a reventar y la escena ya hacía rato que había caducado.

Gracias, intentó decirme con una sonrisa, pero ya se dirigía como un rayo en la dirección que yo le había indicado con un nuevo gesto de cejas que para él, a diferencia de lo que había ocurrido al encontrarnos unos minutos antes, pasó por completo desapercibido, no significó nada y nunca significaría nada ni sería objeto de ninguna interpretación fenomenológica. Su repentina marcha había dejado sobre la mesa, sin que ni él ni yo nos diéramos cuenta, una bolsa de mano que ahora me obligaba a buscarlo para poder devolvérsela. Pero de aquel hombre no quedaba ni el rastro que deja un fantasma y no pude encontrar indicios de él por ninguna parte; en cambio, en el ambiente esterilizado del aeropuerto había quedado flotando un perfume antiguo de esplendores deslucidos. Se podía oler, sin duda alguna, un aroma desubicado y, por decirlo gráficamente, como llegado del universo perdido del imperio austrohúngaro.

La bolsa de aquel hombre dejaba entrever, en uno de sus bolsillos exteriores, un libro entre cuyas hojas destacaba, como si fuera un marcapáginas, un papel que podía ser, y de hecho lo era, la tarjeta de embarque. Así supe que el hombre tenía un nombre, un nombre que no me esperaba, pues aunque físicamente podía parecerlo, no me había dado la impresión de que fuera extranjero, ni por la lengua ni por el acento. Vi que se llamaba Mirko Bevilacqua, que viajaba a París en mi mismo vuelo y que tenía asignado el asiento 32A, justo al lado del 32B, que era el mío. En la hoja de papel que servía para acceder al avión—incluso las tarjetas de embarque se habían devaluado y ya no tenían aquel tacto de salvoconducto de cartulina que hacía del viaje un asunto de relativa importancia—estaba garabateado el nombre del hotel Tolbiac. Convencido de que el tal Mirko volvería a por sus cosas, me dispuse a esperarlo sin moverme de allí, con la paciencia propia de un día que se alarga entre los cristales del aeropuerto, mirando con curiosidad el libro que había sacado del bolsillo con la clara intención de cotillearlo. Era un libro bastante voluminoso sobre Remedios Varo, una pintora de la que nunca había oído hablar. El libro incluía unas extrañas pinturas que me recordaban vagamente a las del Bosco. Figuras humanas con cabeza de animal y otros anticipadores del surrealismo que me producían un considerable desasosiego al pensar que estaban en el zurrón de aquel hombre ahora desaparecido y que había reaccionado ciertamente como una especie de cazador al acecho de una de aquellas extrañas criaturas que aparecían en el libro. Entretenido como estaba, me percaté de golpe de que la cola que observaba lejana e inmóvil había empezado hacía rato a desplazarse

lentamente hacia el mostrador de la línea aérea. Quién sabe si influido por la radiación de aquellas pinturas, imaginé que los pasajeros se comunicaban el movimiento como las orugas de la procesionaria, como si formaran parte de un único cuerpo hecho de piezas articuladas que se acercaban a un artefacto preparado para hacerlos desaparecer. Cuando la puerta acabó de engullir todo aquel cuerpo múltiple, tuve que levantarme y, con la bolsa del señor Mirko Bevilacqua en la mano, me dirigí hacia las azafatas para entregarles aquel objeto que me era ajeno. La vida en la compañía aérea debía de ser tan ajetreada que los trabajadores llevaban el uniforme algo descuidado. Con gesto raudo y sonrisa postiza, una joven me cogió la tarjeta de embarque que no era mía y me devolvió el libro, que me había quitado como quien dice de la mano, con la evidente intención de acabar cuanto antes con el embarque. Al ver que yo dudaba, la azafata se quedó con el libro en la mano y me preguntó si era mío o de la persona que había olvidado la bolsa. Entonces oí cómo, en uno de esos raptos que desgraciadamente me caracterizan, mi boca emitía un sonido, una voz, la mía, que decía que sí, que el libro me pertenecía. Antes de poder rectificar, la chica ya estaba activando el protocolo que se sigue con los objetos olvidados. Subí al avión con el ánimo algo alterado por la escena vivida con aquel hombre y por las imágenes del libro de Remedios Varo, que ahora interpretaba, sin saber muy bien por qué, como una amenaza lejana, una amenaza que, por descontado, era incapaz de explicar y que probablemente no significaba nada.

Nos acomodaron en la gran libélula. Los trabajadores de la línea aérea expusieron de forma rutinaria algunas instrucciones para el vuelo, como si estuvieran charlando, ante la indiferencia generalizada de todos los pasajeros, y en el mismo discurso nos pidieron disculpas por la demora, que había tenido lugar por nuestra seguridad, nos advirtieron. Esto último generó en la cabina un clima de ambigüedad, a medio camino entre la avería y el ataque terrorista, que me hizo volver a abrir, para defenderme de un ambiente tan tenso, el libro que hablaba de Remedios Varo y, con él abierto, pensar de nuevo en aquel hombre desaparecido y en su reacción inesperada al saber que andaban por allí la misteriosa dama croata y su inelegante compañía. Entonces vi algo que me había pasado desapercibido al abrir el libro por primera vez, y es que entre la contracubierta y la última página había unos folios muy finos escritos con letra irregular, probablemente masculina, firmados con las iniciales C. B., que por supuesto no correspondían a las de Mirko Bevilacqua. Leerlos ya me parecía excesivo, pero el vuelo era lo suficientemente largo y la pasión por la lectura, grande, quizá desmesurada.

El avión estaba lleno hasta los topes de viajeros y de maletas, el

único asiento libre era el que había a mi lado, junto a la ventanilla. Aunque todo parecía listo para el despegue, el avión no despegaba. En los asientos delanteros un hombre visiblemente contrariado preguntó qué pasaba. Le dijeron que estaban esperando a un pasajero que había superado el control y que ahora se retrasaba, pero que sería cuestión de minutos. Finalmente, el avión cerró la puerta sin mi compañero de café y empezó a vibrar ligeramente como un insecto malherido, hizo una lenta maniobra para dirigirse al inicio de la pista asignada y poco después salíamos disparados con la violencia de una velocidad inusual hacia el cielo infinito de París. Con el aparato estabilizado, no pude evitar coger uno de aquellos folios.

LA NADA ES FRÍA

A los diecinueve años quería, como Kepler, escoger matemáticamente al hombre que habría de permanecer a mi lado para siempre. Una cosa me importaba por encima de todo: no tener que llenarle nunca la nevera; ya lo había tenido que hacer muchas veces con mi padre y mis hermanos. Todas mis relaciones resultaron decepcionantes por lo que respecta a superar el requisito número uno: yo iba a su casa, charlábamos un buen rato, empezaban a seducirme, me gustaban, se acercaba el momento del contacto físico y, entonces, yo fingía tener hambre, un hambre que debía saciar de todas todas antes de consumar el acto y, sistemáticamente, sin tapujos, todos contestaban: ¡Vaya! Creo que no tengo nada en la nevera—claro, como mis compañeros no están este fin de semana, como ayer tuvimos invitados, como hasta mañana no vendrá mi madre con los táperes, como mi mujer está de viaje—. Sin nada en la nevera, mis instintos afectivos y sexuales se diluían, los chicos empezaban a parecerme machos inútiles y no aguantaba más de diez minutos en su casa. Así las cosas, empecé a perder amistades. De manera obsesiva, entraba en las casas de los posibles pretendientes y, sin llegar siquiera a las conversaciones preliminares, iba directamente a la cocina, abría sin contemplaciones la puerta del desierto y me iba de la casa sin decir adiós. Un día me recibió un hombre simpático, amigo de un amigo a quien ya había visitado y rechazado. Era bastante ingenioso y me hizo reír tanto en unos pocos minutos que olvidé por un momento el motivo principal que me había llevado hasta allí. Él continuaba hablando mientras mantenía extrañamente la mano izquierda metida en el bolsillo. Aprovechando un silencio entre dos chistes realmente graciosos me levanté para ir al baño, situado en la otra punta del piso, que daba a un callejón estrecho y oscuro. Sin embargo, antes de llegar, me topé con la cocina, donde se erigía, como un mueble sin sentido, el frigorífico. Abrí con sumo cuidado, muy lentamente, la

puerta. Dentro, iluminada por una vela de veinticinco vatios y sobre un plato verde desportillado, había una mano blanca y morada. Al cerrar la puerta con repugnancia, oí cómo sus pasos se acercaban arrastrándose.

C. B.

Quería dormir un poco mientras volábamos hacia el norte y ocupé el asiento vacío de mi vecino desconocido para poder apoyar la cabeza contra el fuselaje del avión. Intenté pensar en la relación que podía unir a aquellas dos mujeres que constituían, como dice el sugerente título de un álbum del grupo Arthur Caravan, todo un atlas enarmónico. Pensé que tal vez fueran pareja, que la vieja dama había encontrado a una joven con quien sentirse acompañada los últimos años de su vida y que ahora, después de un tiempo, sentía cierto desprecio por la diferencia social y de edad que las separaba y que al principio de la relación no le había supuesto ningún obstáculo para el amor. Lo pensaba al recordar que sólo llevaban una maleta de mano que quizá contuviera los objetos y la ropa de las dos. Imaginé entonces que a mi compañero de mesa le había afectado lo que yo había visto porque, en realidad, él era la auténtica pareja de la mujer más joven y entre los dos engañaban a la vieja para obtener beneficios, hasta que algo había pasado entre ellos para que ahora él la buscara con cierta desesperación. ¿No estarás obedeciendo más de la cuenta a la letra de una de las canciones del Atles enharmònic al pedirle al viento exterior que deje «crecer historias de un intenso porvenir»?, me pregunté. Me daba cuenta de que, aunque en realidad había empezado a interesarme más por las mujeres, sólo tenía pistas de Mirko, mi interlocutor en el aeropuerto de Valencia que en determinado momento había reaccionado de manera inesperada y violenta, sobre todo teniendo en cuenta las maneras educadas y finas que había utilizado conmigo hasta entonces. Sí, me interesaba todo esto, y también leer algún papel más de C. B., pero me quedé dormido y, al despertar, descubrí que había estado soñando con una manada de leopardos que se escapaban del zoo y corrían libres por los Campos Elíseos. Un señor vestido íntegramente de blanco, que no era otro que Marcello Mastroianni, los miraba pasar con ese encantador rostro que exhibía Mastroianni cuando se divertía y, luego, llamaba a un perrito que se había perdido en mitad del tráfico. Savachka, le decía sonriendo, Savachka, y el perrito de la condesa croata saltaba a sus brazos y le chupaba la cara.

Una vez en París, tardé tres días en traspasar el umbral de una peluquería escogida, como casi siempre, al azar, después de deambular por calles conocidas y desconocidas, por barrios familiares y por territorios vírgenes que nunca había pisado. París no se acaba

nunca. Muchas peluquerías mantenían en las puertas los colores universales de estos sitios, porque el tipo de corte respondía a la moda y, por supuesto, a la cultura, pero el acto de cortar era un acto universal y casi siempre público. El blanco, el rojo y el azul, combinados en espiral en unos graciosos aparatos que daban vueltas, seguían anunciando las peluquerías de Vietnam y de París, de Estados Unidos y de Sudáfrica. También esta vez la peluquera, en la peluquería Béatrix de la avenue Gambetta del multicultural distrito XX, al noreste de la capital, fue muy amable conmigo, no sé si de manera natural o buscando fidelizar a un cliente, pero parecía haberle caído simpático con mi cháchara sobre la televisión francesa, la nacionalidad no francesa y toda la pesca. El caso es que la buena mujer me contó algunas cosas sobre su vida. Resultó que ella, como la condesa rusa, también era croata, y vivía en Francia desde que se fue de su país en la nefasta década de los noventa del pasado siglo XX. El otro día conocí a una condesa croata en el aeropuerto, justo antes de venir aquí, le dije con la alegría de encauzar las historias ocultas. El hecho de que la vieja dama del perrito fuese una condesa le despertó la curiosidad y entonces yo aproveché para decirle, añadiendo algunos detalles a la historia, que en realidad mi amigo y yo habíamos considerado su carácter nobiliario al verla caminar por un mundo diferente y, todo hay que decirlo, más antiguo que el de los demás viajeros. Es curioso, dijo la peluquera, porque hay pocas condesas croatas, a lo mejor se ha escapado de alguno de los casinos de Opatija porque no quería dilapidar toda la herencia familiar.

Me gustó mucho descubrir que en el interior de las peluquerías trabajaban habitantes de las fuerzas especiales de la imaginación y, por un momento, tuve la tentación de pedir también un afeitado, aunque me había afeitado yo mismo hacía un rato. Opatija es una pequeña estación pensada para dar aire y mar a los burgueses de la Viena de finales del siglo XIX. Volvía a toparme, una vez más, con el imperio austrohúngaro. Y tanto me estaba topando con el ambiente irrepetible de aquel imperio desaparecido que empezaba a tener ganas de visitarlo. No de visitar tal o cual país pasado por las manos ahora del capitalismo y antes del comunismo, sino de visitar el verdadero corazón de aquella vieja institución política europea desaparecida tras la Primera Guerra Mundial. Subirme a sus trenes, recorrer el trayecto que separa Praga y Viena, seguir los pasos del pintor Egon Schiele por Viena, por Krumau, pasar, como él, el verano en la Trieste germanizada y pintar los barcos atracados en el puerto para después dedicar una semana a perder todo el dinero en los antaño flamantes casinos de Opatija, que los austríacos llamaban Sankt Jakobi, pero que en aquellos tiempos era más conocida por sus habitantes, en su mayoría italianos, como Abbazia, y que se encuentra en uno de los

rincones que el mar Adriático propicia en la costa croata. Sentí el claro aguijonazo de la melancolía en pleno cerebro, un sentimiento que sólo podía venir de una estúpida e imposible nostalgia por un paraíso que nunca había perdido porque nunca lo había tenido, nostalgia de no ser otro, de no parecer otro, de no haberle hecho de lacayo a la vieja dama que yo imagino rusa en la ruleta de la fortuna de un casino de Mitteleuropa. Supongo que la peluquera notó cómo la punta del pasado que no existía asomaba la cabeza, porque detuvo las tijeras a tres centímetros de mi pelo ralo y se mantuvo así un tiempo indefinido mientras yo notaba en el cogote su respiración, mientras notaba cómo su cuerpo subía y bajaba enfundado en la bata negra y me llegaba de golpe, intacto, su aliento ligeramente ácido, un aliento que identifiqué con el sabor de la auténtica nostalgia. Después, como la emigrante de primera generación que era, quiso librarse de la nostalgia que yo le había contagiado y retomó la conversación para volver, según dijo, al apasionante tema de la TF1 francesa, donde yo trabajaba desde hacía más de un año. Fue mejor así, porque desde el momento en que había detenido las tijeras yo había estado tentado de preguntarle por su país y por el brutal conflicto que sin duda era el motivo que la había llevado a Francia. Tuve la sensación de que mi falsa nostalgia la había hecho caer a ella en una nostalgia verdadera, nostalgia de todo lo que había perdido y que nunca más volvería. A saber cómo sería de grande el poder de sus fantasmas, a saber si no le estropearía la jornada con una pregunta tan absolutamente improcedente cuando yo no era más que un cliente pasajero del discreto negocio en el que trabajaba. Para hacerle semejante pregunta debería volver varias veces a la peluquería y, un día, preguntarle si querría tomar un café conmigo e invitarla entonces a pasear por un bulevar, y tal vez ir alguna noche al cine, o contemplar el escaparate de una agencia de viajes que ofreciera semanas de sueños e ilusiones en la costa dálmata, en Istria o en la bucólica Eslavonia y, frente a aquellas fotografías de pinos a orillas del mar o de suaves colinas rodeadas de niebla de una blancura primorosa, procurando que su pena no le hiciera demasiados surcos en el maquillaje, preguntarle tiernamente, pero sin ponerle una mano en el hombro, si tenía ganas de hablar de algo, y ser consciente, en medio del dramático silencio, de que la tierra europea esconde tanta metralla que todo puede saltar por los aires con la chispa de una lágrima perdida.

La respiración contenida de aquella mujer croata, junto a sus tijeras suspendidas en el aire, me habían hecho pensar en el futuro de la nostalgia y preguntarme qué buscaban los nostálgicos y por qué yo mismo era un nostálgico, un nostálgico que no había perdido nada—y entonces debería haber dicho un melancólico, pero eso ya no me gustaba tanto—, o quién sabe si lo que ocurría era que, a pesar de la

nostalgia, no sabía decir cuál era exactamente el objeto extraviado. Cuenta la profesora Svetlana Boym, catedrática de literatura eslava en Estados Unidos y rusa de verdad, que Kaliningrado, la ciudad que cuando se llamaba Königsberg vio nacer, pasear y morir, en este orden implacable, al filósofo Immanuel Kant, que esta ciudad, decía, era «un parque temático de las ilusiones perdidas». Boym explica que unos ancianos alemanes que visitan Kaliningrado después de muchos años de ausencia encuentran, tras un frustrante deambular por la ciudad sin ser capaces de reconocer ningún paisaje familiar, la primera reminiscencia real del pasado en uno de los márgenes del río Pregolia. Entonces, el anciano se deja caer de rodillas a la orilla del río para mojar la cara en las aguas donde tantas veces se había bañado en su feliz infancia. Pero las aguas del Pregolia, ahora totalmente contaminadas por el presente industrial de la ciudad, le abrasan el rostro sin miramientos y ni las lágrimas derramadas por el doble dolor consiguen aliviarle de esa inmensa derrota. Nunca un río había sido más heraclíteo. Y yo nunca pude estar más de acuerdo con esa afirmación ya tópica que dice que la nostalgia ya no es lo que era. Y es que en todas partes ha empezado a dar tanta pereza hablar del futuro, incluso en el país de donde yo provengo, sometido constantemente al ruido omnipresente de las radiales que quieren cambiarlo todo con continuas obras sin pies ni cabeza, que su antagonista, el pasado, ha empezado también a perder el crédito que tenía y por eso ni siquiera la nostalgia es ya lo que era antes.

Bajé por la avenue Gambetta. Lejos quedaban los proyectos, lejos la idea de progreso, lejos también el pasado si aceptamos el refrán ruso que afirma que es más difícil predecir el pasado que el futuro. Bajé, pues, por la avenue Gambetta con el aciago vagar de mis pensamientos, pensando que, a ese ritmo, ya sólo me quedaba dedicarme a ver caer la lluvia en el cementerio del Père-Lachaise, que quedaba justo a mi izquierda y que, tras tantos viajes a la capital francesa, aún no había visitado, con lo que a mí me gusta el turismo necrológico. A ver si te pasará como a la mujer de Lot, me dije en voz alta mientras esperaba el autobús 61, cansado ya de aquella larga avenida, y no quise mirar atrás por si el pasado me daba alcance y me convertía en una estatua de sal Maldon en mitad de una avenida parisina. En la última estación de mi pensamiento no podía quitarme de la cabeza el asunto de la pérdida, de qué significaba realmente para mí lo que había perdido y si podía estar tan perdido como para encontrarse en el cuarto de objetos extraviados de una estación de trenes fantasma cuyas vías hace siglos que han sido arrancadas y los materiales vendidos en mercados extranjeros; una estación abandonada donde ningún viajero espera y donde hace siglos que se ha caído el cartel que anunciaba el nombre de la ciudad y sigue en el

suelo, deformado y contrahecho, completamente ilegible y vencido. Con semejante alegría en el cuerpo no era extraño que el autobús que había cogido me dejara justo al lado de la gare d'Austerlitz, hecho que interpreté inequívocamente como un homenaje inconsciente de mi deambular a Jacques Austerlitz, el fascinante personaje protagonista de Austerlitz, la novela del escritor W. G. Sebald, que aún hoy, más de quince años después de la fatídica desaparición de su creador en aquel accidente automovilístico, se encuentra totalmente extraviado en los laberintos de la memoria del siglo XX. Precisamente de la gare d'Austerlitz partían las líneas de tren hacia los Pirineos y hacia el lugar de la frontera formado por los pequeños pueblos de Cerbère, o Cervera de la Marenda en catalán, y Portbou. Seguir mentalmente aquellos caminos de hierro me llevaba al final de la trayectoria de uno de los grandes pensadores de la memoria del pasado siglo XX como fue Walter Benjamin. Pensé, no ya en el final de la línea férrea que partía de aquella estación parisina, sino en el final de la trayectoria de Benjamin en Portbou, rodeado de fascismo por el norte y por el sur y condenado a una muerte que dejaba inacabado todo su trabajo alrededor de aquello que la historia podía haber hecho con el siglo XIX, y de paso en el XX y en el XXI, en la ciudad de París, y de paso también en el mundo occidental, en aquellos pasajes de la escritura que eran los pasajes comerciales burgueses de París por donde él mismo se perdía y, antes incluso que él, el poeta Charles Baudelaire. Una memoria hecha a partir de la obsesión por los pequeños objetos, por las observaciones menudas, por los detalles insignificantes de la existencia, siempre tan reveladores. Benjamin buscaba al hombre entre aquella multitud de paseantes del siglo XIX. Si hoy en día miramos a los habitantes y a los paseantes de nuestras ciudades, ya no encontraremos más que a la multitud, una multitud sin hombre. La figura de Benjamin me transportaba inexorablemente a alguno de sus pasajes, a alguna de sus calles de sentido único que inevitablemente me conectaban con la idea de una nostalgia que no tenía mucho futuro. El escritor alemán reflexionaba sobre la muerte de los seres muy cercanos y explicaba que, en los meses posteriores a la pérdida, uno continúa haciendo observaciones sobre el mundo que le gustaría compartir con la persona ausente, pero es precisamente porque la persona en cuestión no está por lo que han podido tomar forma todas esas cosas observadas. He aquí un abismo muy difícil de sobrevolar. Esta necesidad de nostalgia nos conduce a la aporía. Lo que hemos percibido como al descuido de nuestro paso por la calle de sentido único y queremos explicar al que ya ha zarpado y se dispone a cruzar las aguas de la laguna Estigia sólo hemos podido vivirlo gracias a su ausencia, es decir, que nos hemos tenido que construir sobre una sima de muerte y de misterio. Tuve que sentarme un momento en los

primeros bancos del jardin des Plantes, atónito ante el lugar sombrío al que me habían llevado el enturbiamiento vital de Jacques Austerlitz y las vías del tren benjaminiano. El cielo estaba despejado, y creí que me ayudaría a despejar la niebla de mi cabeza, que ya no sabía si había sido provocada por el paseo junto al cementerio del Père-Lachaise, por la visión de la gare d'Austerlitz o por la memoria fatal de la literatura.

ISLAS

La visita al museo de Historia Natural, que se encuentra al otro lado del jardín donde me había recuperado un poco, me sirvió para encastrar mi vicio nostálgico en el porvenir de la biología y la ciencia. Aquel cúmulo de esqueletos y de animales extinguidos y petrificados en su huida ya imposible contrastaba con la animación que conferían al lugar las constantes visitas de diferentes escuelas llegadas de la región de la Isla de Francia. Ver sonreír a los chavales frente a los animales desaparecidos, ver cómo preguntaban con curiosidad a los maestros que los acompañaban, verlos vivos, animados, ante la vida extinguida e inmóvil, me hizo admirar el contraste entre el pasado y el presente y, al fin y al cabo, volver a constatar cuán irrelevante era llevar la nostalgia anudada al cuello como la bandera de un país sin futuro. Desde lo alto del magnífico edificio que, visto desde dentro, es una estructura de hierro que recuerda mucho a los esqueletos de los animales que en él se exponen, podía contemplar la nave central. El techo acristalado se ilumina más aun que los colores de las tormentas primigenias. Este intercambio de luces, acompañado del ruido de los truenos y de la percusión rítmica de un diluvio primitivo, hace que el visitante tenga la impresión de estar en el laboratorio del que surgió la vida tras una descarga eléctrica de proporciones descomunales. Este impulso eléctrico es el mismo que animó el cadáver que el doctor Frankenstein manipulaba, y yo también quise sentir cómo mi cerebro se renovaba con la ficticia descarga de electrones, así que salí de allí más rápidamente de lo que había entrado, dispuesto a seguir andando hacia un territorio más pacífico.

Los jugadores de ajedrez de la esquina noroeste del jardin du Luxembourg me salvaron de nuevo, y ya no sabía cuántas veces el antiguo juego y también el contraste de luces y sombras de aquel lugar situado en un rincón discreto del jardín me habían rescatado de inútiles ensueños. El caso es que jugaba, jugaba al ritmo llamado blitz, o de partidas rápidas, en el universo todavía exageradamente masculino del ajedrez. Jugaba como un jugador posicional la defensa Caro-Kann y olvidaba, como en el cine, quién era o en qué había estado pensando insensatamente al bajar las últimas calles, mientras la mirada penetrante de los transeúntes se fijaba en el vacío sombrío de mis pasos automáticos justo antes de llegar al museo de Historia Natural. Algunos espectadores miraban la partida desde el público mientras yo intentaba mantener la ventaja que tenía en el tablero. Con

tal finalidad decidí intercambiar las piezas para simplificar, siguiendo la estrategia de quien sabe que, una vez desaparecidas todas las figuras, acabarás con un peón más cuya existencia tarde o temprano te dará la victoria, siempre y cuando la posición de tu rey sea la adecuada. Tras ganar la partida, contradiciendo la costumbre de quedarse en el asiento y retar a un nuevo contrincante que espera su turno sentado en un lateral de la mesa, me levanto con la cabeza embotada y abandono la sombra verde del jardin du Luxembourg para hacer lo que llevo pensando desde hace unos días: dirigirme al hotel Tolbiac para comprobar si Mirko Bevilacqua ha llegado a París y así poder pedirle perdón por haber cogido sin permiso el libro de Remedios Varo y, desde luego, prolongar la conversación que dejamos inconclusa cuando irrumpió en los anchos pasillos del aeropuerto la vieja dama croata con un perro en brazos.

Llego al hotel Tolbiac, en el distrito XIII, dispuesto a encontrar a Mirko acodado en el alféizar de una de las ventanas del viejo edificio. Evidentemente, es una disposición absurda, pues no hay rastro de Mirko, ni en el alféizar ni en la recepción, donde no saben o no quieren decirme si lo están esperando o no. Al menos aceptan que les deje el libro de Varo con los relatos dentro, acompañado de unas excusas garabateadas en un papel donde también consigno un número de teléfono y una indicación de la zona del jardin du Luxembourg donde es fácil encontrarme al caer la tarde. Por entonces no conocía aún la alergia de Mirko a determinadas formas de contacto, como el teléfono, que sólo utilizaba en caso de absoluta necesidad.

Por supuesto, Mirko, como después supe que era costumbre en él, no me telefoneó; sin embargo, unos días más tarde apareció por el jardin du Luxembourg mientras yo miraba las partidas y me fijaba en los rostros reconcentrados de los jugadores habituales del parque, de todas las edades, de todos las partes del mundo. Mirko y yo conectamos enseguida y su visita se repitió en días sucesivos. Continuamos nuestra conversación sobre la fenomenología del gesto y coincidimos en que los jugadores de ajedrez son una fuente estupenda de experiencias visuales, ya que no es habitual poder concentrar la mirada en un rostro cercano sin que el rostro en cuestión se sienta interpelado, así que uno puede escrutar sin dificultad cómo las cejas de un jugador se arquean y forman una curva bajo la cual pasará el alfil trazando la diagonal que acaba de liberar el sutil paso al frente de un peón que avanza hacia el infinito. Los ojos se espabilan, se afanan, brillan ante una posición mejor, intentan disimular el golpe fatal que está a punto de llegar, la boca muestra impávida la placidez del momento que precede a la conjura que deshará la trama enemiga. Como una serpiente al acecho, la mano alzada espera para ejecutar el movimiento a que el rival pulse, a veces candorosamente, el reloj en el

que caen impasibles los segundos. Mirko no tenía grandes conocimientos de ajedrez y yo lo ayudaba interpretando para él, siempre de manera discreta y en voz muy baja, los asuntos estrictamente relativos a la posición y al combate de las piezas. En contrapartida, mostraba auténtica fascinación por el ritual que desarrollaban los jugadores, por el lenguaje que se establecía en la periferia del ajedrez. En cualquier caso, Mirko acababa llevándome siempre hacia otro lado, descubriéndome sitios de la ciudad que yo no conocía y donde, aunque no me lo dijera, parecía estar buscando a alguien. No me dijo qué hacía exactamente en París, más allá de aludir a las visitas a algunos amigos. Entre nosotros se había establecido una relación bastante curiosa, ya que hablábamos con confianza de asuntos que, de momento, no eran para nada personales. Estaba claro que había por mi parte un interés hacia su aparente vagabundeo y, de algún modo, yo aceptaba las reglas de la comunicación que él marcaba y que hacen que dos personas sean un mundo a veces poco comprensible desde el exterior. También hablábamos de libros; él era un gran lector y conocía muchas más obras que yo, y le gustaba hablar de los argumentos haciendo gala de una memoria prodigiosa. Siempre se saltaba los preámbulos y empezaba a hablar de algún personaje como si lo hubiera conocido, como si hubiera compartido con él o con ella los ignotos caminos de la existencia, tanto si se trataba de personajes universales de la literatura como si se trataba de otros muy poco conocidos, pero sacados también del extraordinario, vasto y concurrido mundo de la ficción.

Uno de esos días bajamos hacia el río por la rue Bonaparte. Mirando a la calle, como es costumbre en las cafeterías de París, nos sentamos en la terraza del conocido café Les Deux Magots, donde, tras hacer algunos comentarios sobre la ciudad y la tensión latente generada por la violencia de los diferentes atentados islamistas, abordamos cuestiones más personales, y no porque yo lo interrogara al respecto, pues en realidad a mí me daba igual seguir sus explicaciones sobre una cosa u otra, sino porque él mismo empezó, tímidamente al principio y con más seguridad a medida que pasaba el tiempo, una conversación sobre sus motivaciones, sobre su historia.

Mirko se puso a hablar lentamente, con un titubeo desconocido hasta entonces. Y, mientras lo hacía, fijaba la mirada en la taza de café ristretto que había pedido. El otro día perdí el avión porque antes había perdido la pista de una mujer, me dice, pero no la de la vieja burguesa del aeropuerto, no, sino la de la mujer que le cuidaba el perrito, pero no aquella del otro día, la que tú viste y me describiste, no, sino otra que es la que me ha traído hasta aquí. Yo he vivido viajando y haciéndome cargo de las propiedades inmobiliarias que heredé de mi padre y que están todas alquiladas, he vivido como un

observador del mundo, sin interesarme por los asuntos ajenos más que cuando el trabajo me lo exigía por tener que reparar una ventana, cambiar un enchufe estropeado, comprar un juego de sartenes nuevas o concertar la revisión del gas. En mi casa, me entretengo observando desde el balcón la conducta de los vecinos, perdiendo el tiempo, en definitiva. Y leyendo, leyendo mucho. Un día, continúa Mirko Bevilacqua desgranando su historia en Les Deux Magots, llaman a la puerta. Abro sin preguntar quién es y me encuentro a una mujer relativamente joven con el perrito que viste el otro día, me dice. Es la vecina del balcón del edificio de enfrente, la reconozco porque no hace mucho que ocupa un piso que antes estaba vacío y me ha llamado la atención; la he visto fumar, la he visto mirar la calle desde el balcón y seguir con la mirada el ruidoso recorrido del autobús urbano, la he visto leer en una sillita incómoda, la he visto con una camiseta blanca y larga y sin pantalones tomando el aire de la ciudad. No la he visto de cerca, no me la he cruzado por la calle, ni en el supermercado. La he visto mirar hacia mi balcón alguna vez, un instante, una mirada perdida que no se posa, una mirada que barre el lugar con desidia y que apenas se detiene a mirar el lugar donde yo estoy leyendo o mirando ociosamente cómo pasa en bicicleta un buscador de chatarra. Nos hemos saludado muy brevemente una vez. Hola, me dice desde el umbral de la puerta de casa donde me la encuentro al abrir, dice Mirko Bevilacqua, ¿podrías quedarte con el perrito un par de horas?, me dice esbozando esa sonrisa de quien pide favores. Sabe, imagina, que no estoy muy ocupado. Sabe, es probable que sepa, que, cuando estoy en la ciudad, paso muchas horas en casa sin ninguna ocupación familiar visible. Soy la vecina de enfrente, me dice, sigue contando el italiano o el hombre de apellido italiano, sólo serán dos horas o dos horas y media. Es que el perrito no puede quedarse a solas, lo pasa muy mal, llora todo el rato, y a mí me pagan por cuidarlo, para que no se quede a solas cuando su dueña no puede hacerse cargo de él. Es una vieja croata, dice, está loca por su perro, una burguesa sin hijos que vive del cariño de este animalito. A veces tienen que ingresarla por problemas respiratorios, sólo entonces deja de estar con él. A esta altura de la conversación ya la he dejado entrar, a ella y al perro, dice Mirko Bevilacqua echándome una miradita para ver si sigo prestándole atención. No sé qué decirle, continúa Mirko, por un lado no me gustan los perros, pero éste parece inofensivo, está tranquilo, se sienta despreocupadamente a los pies de mi lámpara halógena. Claro, me lo quedo un par de horas, digo sin darme cuenta de lo irregular que es ese gesto, dice Mirko. ¿No tienes ningún amigo o amiga que pueda hacerse cargo de él?, le pregunto tras haberle dicho que sí. Sí, dice ella, dice Mirko, pero viven lejos, en la otra punta de la ciudad. Si no lo ves claro, me lo llevo, añade encogiendo

los hombros apenas un centímetro. No serán más de dos horas, si le hablas un poco, te lo agradecerá y no te dará la lata. Gracias. Vuelvo. Vuelvo enseguida. ¡Gracias, gracias de verdad! Pas, pórtate bien, eh. Pas, se llama Pas, dice mirándome antes de desaparecer escaleras abajo, me cuenta Mirko.

Y allí nos quedamos Pas y yo, mirándonos como dos completos desconocidos. Pas amaga con levantarse del sitio en el que se ha acomodado, pero vuelve a sentarse sin dejar de mirarme. Quién es esa chica, le pregunto a Pas, pero Pas respira con la ansiedad con que respiran los perros, una ansiedad angustiosa, como si la vida se le estuviese escapando a toda prisa. Entonces le digo que voy a leer al balcón y Pas, al cabo de un rato, se levanta de donde está y viene a sentarse a mi lado, dice Mirko.

Pero la vecina no vuelve en dos horas, tampoco en tres, y entonces pienso que no me ha dicho su nombre, ni le he pedido su número de teléfono por si le pasaba algo a Pas. He sido bobo, pienso, y saco a pasear al perro improvisando una correa con cien vueltas de hilo de cáñamo. El perro, con lo pequeñito que es, mea discretamente y deja unas aceitunitas en un árbol de la plaza que hay al lado de casa. No me preocupo por recoger el excremento, sólo faltaría. Mirko Bevilacqua sonríe ligeramente mientras me cuenta lo del perro, aunque es evidente que lo importante aquí no es Pas, el perro, sino la joven desaparecida que por la noche, más de diez horas después, vuelve con cara alegre, pidiendo disculpas e invitándolo a tomar una cerveza en el bar de la esquina para compensar la demora y agradecerle el gesto tan amable que ha tenido con ella y con Pas. Mirko acepta.

A partir de aquí todo empieza a complicarse. Clara, así se llama, es un terremoto imprevisto en mi vida tranquila, dice Mirko. Quedamos a menudo, me presenta a amigos y amigas, desaparece de las reuniones cuando la vieja croata la telefonea para que lleve a Pas al veterinario porque cree que el perro tiene una garrapata o porque piensa que ha comido alguna cosa dañina o simplemente porque le da la gana. Llegamos a pasar un fin de semana juntos en la montaña. Siempre como amigos, nunca como pareja. Estoy convencido de que me rechazará, dice Mirko, así que no intento nada. Clara ríe. Los dos reímos. A veces se va de viaje con la mujer croata a su tierra, a Croacia. Deberías acompañarme, me dice Clara, dice Mirko, a ti te gusta viajar, pero la verdad es que no sabe si la vieja croata aceptaría una compañía masculina como la de Mirko. Sin embargo, la vieja es rica, o eso parece, una ex yugoslava rica, y paga bastante bien a su señorita de confianza a cambio de poder disponer de ella a su antojo. Cuando tenemos tiempo, dice Mirko, Clara y yo empezamos a hacer algún viaje corto a ciudades europeas secundarias. Billund, Cork,

Eindhoven, Aquisgrán, a veces pasamos sólo una o dos noches, vuelos baratos, días laborables. Nos divertimos, continuamos con las conversaciones que hemos dejado a medias, leemos, bebemos vino. Justo un año después del día en que me trajo a Pas le regalo un libro que he hojeado y he estado a punto de comprar para mí más de una vez sin acabar de decidirme, el Atlas de islas remotas. Lo recibe con alegría, me abraza y me propone que intentemos viajar a una de las islas del libro. Quiere que el azar guíe el viaje, como ocurrió con nuestro encuentro, como ocurre, en definitiva, con todos los encuentros. Yo dudo, pero ella sonríe de una manera cautivadora. ¡Cueste lo que cueste!, dice, dentro de unos límites, claro. Me resulta difícil negarme, entre nosotros se ha producido una extraña conexión que deja el sexo, creo yo, para el último minuto de la existencia. Su sueño es visitar una isla perdida y solitaria, insiste Clara. Ella misma es una isla perdida, añade, y después me dice, dice Mirko, que eso ya lo sé yo muy bien. ¡Di una página!, me reta sin darme tiempo a pensar, ni margen para decir que no o para meditarlo un poco. Y yo, como hago siempre con ella, dice Mirko, no me lo pienso y digo el número treinta y siete, que es el número por el que transita mi existencia, pues en ese entonces tengo treinta y siete años—no quiero interrumpir su narración, pero Mirko me había parecido mayor—, y porque creo que treinta y siete son las veces que he estado a punto de besarla y no lo he hecho.

En la página treinta y siete aparece la isla de la Ascensión, un pellizco de tierra justo en mitad del Atlántico, a medio camino, como quien dice, de la costa africana y la americana. Una isla difícil. En ella viven unas mil personas y es una isla pensada para el espionaje. Los preparativos son largos, pero te los ahorro; llegar hasta allí supone un auténtico sacrificio, que no es comparable con lo que cuesta quedarse unos días. Clara y yo, dice Mirko, tuvimos que obtener un permiso de las autoridades, y en última instancia del Reino Unido, para poder volar hasta Georgetown, la capital, por llamarla de algún modo. La isla es un bosque de antenas con un radar en forma de plato sopero y cráteres de volcanes dormidos que ulceran el territorio como viejas marcas de una enfermedad que se hubiera encarnizado con la tierra. En la isla de la Ascensión hay un hotel y un entramado de comunicaciones controladas por Estados Unidos. El observatorio fue utilizado para el seguimiento de la expedición a la Luna y hoy hay una base abandonada de la NASA y también un bosque tropical de ficus, bambú y jengibre, diseñado y puesto en marcha por Darwin y Hooker, que estuvieron de visita en la isla. No hay mucho que hacer, como era de esperar, así que Clara y yo charlamos y guardamos silencio, leemos y paseamos juntos y también por separado. Conocemos a un militar norteamericano que, cuando no está de servicio, mata el aburrimiento

insular acompañándonos por la historia perdida de esa isla remota. Así descubrimos, por ejemplo, la trágica existencia de Leendert Hasenbosch, el primer habitante y el primer muerto de ese grumo inhóspito.

Leendert Hasenbosch, dijo Mirko Bevilacqua fijando la vista en la distancia y por tanto en la fachada de la iglesia de Saint-Germain-des-Prés a la que estábamos mirando, fue un soldado al servicio de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales y el único poblador de la isla de la Ascensión desde mayo de 1725 hasta octubre de aquel mismo año, cuando murió con toda probabilidad. Fue abandonado en la isla desierta por el mismo barco de la Compañía Holandesa para el que trabajaba como contable, el Prattenburg. Había sido condenado por sodomía, dice Mirko subrayando sus palabras mientras me mira fijamente a los ojos. Leendert Hasenbosch vivía y trabajaba en Batavia, la actual Yakarta, que por aquel entonces se encontraba bajo dominio holandés. Desde allí se enroló como contable en el Prattenburg, un barco que volvía a casa, a Holanda, en el mes de diciembre de 1724. En abril, el diario de a bordo de la nave registra la condena al contable Leendert Hasenbosch por un caso de sodomía. Nada se sabe de su acompañante masculino; si era un marinero, no disfrutó, como los militares, de los privilegios de náufrago de que gozó el contable Hasenbosch y fue lanzado al mar. El caso es que, a principios de mayo, el Prattenburg hace alto en una isla abandonada en mitad del mar y obliga a bajar al soldado Hasenbosch, dejándole una provisión de agua, algunos víveres, dos cucharas, una vieja sartén, ropa, una biblia, varios libros de oraciones y material de escritura que usará para redactar su particular dietario de tinieblas, que será encontrado junto al resto de utensilios. Leendert Hasenbosch intenta encontrar el modo de sobrevivir, pero no lo conseguirá. Al principio construye un cobijo cerca de las rocas, después explora la isla en busca de los elementos básicos para su supervivencia. No tarda en deprimirse, pues en la isla es muy difícil encontrar agua o comida. Aunque lo intente, las palabras del dietario no consiguen camuflar su desesperación. Pronto lo embarga la melancolía. Esperando que el buen Dios lo proteja, pide perdón por el pecado nefando del que, asegura, está arrepentido. Al tiempo que desea su propia muerte, lucha para sobrevivir matando gorriones despistados y tortugas. Días más tarde, al intentar trasladar el barril de agua a un lugar más seguro, sufre un accidente y pierde buena parte de su contenido. La búsqueda infatigable de agua sólo da como resultado el hallazgo de una pequeña fuente, que es más bien un angustioso goteo que se secará antes de que llegue el verano. A medida que va acabándose el agua, Leendert Hasenbosch se ve obligado a beber de los charcos, como el Dios misericordioso prevé para los animales en el libro del

Génesis. No tardan en aparecer los delirios. Los fantasmas lo visitan por las noches, se le aparece el demonio, ve a su compañero de infortunio, ve también a un viejo amigo soldado que le hace reflexionar sobre el pecado que ha cometido, pasa miedo hasta que acaba acostumbrándose a todas estas visiones. Procura desesperadamente avistar algún barco, pero fracasa en el intento. A finales de agosto empieza a beber sangre de tortuga y té hervido con su propia orina. Soy el esqueleto perfecto, dice en su tétrico diario, no puedo escribir porque me tiembla la mano. Entonces empieza a anotar «Ídem» después de cada fecha. El 7 de octubre anota que ya no puede encender fuego y que lo que come tiene que ser crudo. Pronto moriré, escribe, que Dios se apiade de mi alma. El 14 de octubre anota por última vez un tembloroso «Ídem». Luego llega el silencio absoluto. Un silencio tan grande que, cuando al cabo de tres meses, la tripulación del James and Mary, comandada por el capitán John Balchen, encuentra sus bártulos y su cuaderno, ya no hay ni rastro de su cuerpo. Balchen indica que en la playa han encontrado ropa y un cuaderno con las anotaciones de un hombre holandés abandonado a su suerte por un barco también holandés tras ser acusado de sodomía.

Todo esto lo supimos por boca de un militar americano aficionado a las historias de marineros perdidos en los océanos, dijo Mirko Bevilacqua. Al americano lo conocimos en el único bar de la isla y establecimos con él una conversación fluida, lo cual no resulta difícil cuando el paisaje es extremo y la soledad es una larga sombra que no para de crecer. Hablamos con él sobre la distancia entre aquella isla perdida y el mundo habitado, y de cómo los permanentes paisajes de la desolación acaban conformando un estado de ánimo que pide, como ocurría en su caso, abandonarse al relato como única forma de supervivencia, y eso pensaba yo que estaba haciendo Mirko conmigo, abandonarse al hecho de relatar y aferrarse a ello a cualquier precio para sobrevivir.

Fue aquella misma noche, cerca del lugar donde, según Peter Landau, debió de pasar Hasenbosch su agonía, cuando Clara me contó que la vieja dama croata y ella eran amantes o por lo menos que mantenían una extraña relación laboral que incluía el sexo. La escuché con atención. Clara me contó, me dijo Mirko Bevilacqua, que había descubierto el sexo de forma inesperada a los quince años, y no había sido con un hombre, sino con una mujer nueve años mayor que había conocido en una excursión del instituto para visitar un museo de arte moderno. Aquella otra joven estaba haciendo prácticas como guía de la institución y entre ambas se desencadenó una química futura bajo la mirada de las láminas de hierro que colgaban de las paredes. En cuanto pude, volví a buscarla, me dijo Clara, dijo Mirko, y desde entonces me gustan las mujeres, añadió, o desde mucho antes. Pero las

cosas no le fueron bien a Clara, me dijo Mirko sin entrar en detalles, y después de aquella relación vinieron otras, cada vez más cortas, cada vez más difíciles también, siempre con algún punto oscuro, como si algo no acabara de encajar en su búsqueda de la otra. Un buen día, una de aquellas amistades femeninas—no creo que fuese la única—le pidió si podía hacerle el favor de cuidar al perrito de una señora con dinero que pagaba bien por todo. Clara aceptó y acabó sustituyendo a su amiga. La vieja croata decía que a ella le daba igual, pero que Pas se había encaprichado de Clara. Desde entonces trabajaba para la señora y atendía sus necesidades. Sabía perfectamente que lo que hacía era una forma de prostitución, pero todo en la vida resultaba complejo, decía Clara en la isla de la Ascensión, me contaba Bevilacqua, es muy fácil juzgar la vida de los demás, pero cuando es uno mismo el que está en el meollo se produce la suspensión del juicio y de algún modo también la extrañeza de vivir, de haber cruzado una fina e imperceptible línea roja, tras la cual, y contra todo pronóstico, la vida continúa y crece salvaje sin que el juicio moral sirva para contenerla y encerrarla en la caja. También a mí, decía Mirko, me había llegado el momento de suspender todo juicio, abandonado en la isla de la Ascensión con aquella joven que me perturbaba y fascinaba a un tiempo, el momento de dejar en suspenso la posibilidad de descubrir dónde estaban el camino recto y la justicia. Debía cuestionarme no sólo la posibilidad de llegar a emitir un juicio verdadero sobre aquel asunto, sino sobre el propio asunto de vivir que no podía sacarme de la cabeza, dijo Bevilacqua. Por eso no sabía muy bien qué decirle, añadió, o cómo reaccionar. Clara recostó su cabeza sobre mi hombro, en un leve gesto que trazó con lentitud, movida por una brisa suave, y allí la dejó, en silencio, en la última de las islas del planeta, sin esperar nada de mí, ninguna comprensión, ningún comentario. Yo no dije nada. Era evidente que ella seguiría haciendo lo que hacía.

Y así volvimos de la isla, distintos de cómo habíamos llegado, más serios, más unidos. Más cerca el uno del otro, pero no más tranquilo en mi caso, porque ahora ya sabía cómo subsistía Clara en el mundo. Creo que teníamos la sensación de vivir como islas emergidas en la inmensidad incomprensible del océano. De ninguna de las maneras quería que, antes de irnos, Clara pudiera interpretar como un reproche por mi parte una caída de ojos o un atisbo de juicio que me había propuesto no hacer. Ya pensaría qué decir y cómo actuar cuando llegáramos a casa, cuando volviera a ver a Pas y a la dama croata a la que sólo había visto una vez. Ya pensaría qué hacer con mi amor improvisado y soltado inconscientemente en medio del Atlántico.

Tras escuchar a Mirko y la cadencia oceánica de su voz, recordé, tal vez influido por el pasado filosófico de Les Deux Magots, que el

filósofo Gilles Deleuze había escrito, siendo muy joven, un artículo titulado «Causas y razones de las islas desiertas», en el cual explicaba la diferencia entre las islas continentales y las islas oceánicas como el contraste y la tensión que se genera entre la tierra y el mar y que impulsa la necesidad de entender la soledad extrema de las islas oceánicas, que, además, nos recuerdan que la tierra sigue allí, bajo el mar inacabable y eternamente azul. La isla, dice Deleuze, es aquello hacia lo cual uno deriva. Y eso es también lo que parecía querer decir Mirko Bevilacqua de su importante viaje con Clara. Había sido un viaje y al mismo tiempo una puesta en marcha del mecanismo que nos acerca vitalmente a la geografía siempre rodeada de una isla. Una forma de decir que nuestra historia es la historia de cómo nos volvemos islas, un camino hacia el individuo. Y que ese individuo que emerge solitario en el océano, tan alejado de la costa, demuestra que bajo cualquier mar está siempre, una y otra vez, la tierra, siempre los demás.

La homosexualidad cruelmente castigada de Leendert Hasenbosch nos había conducido, en el relato de Mirko Bevilacqua, a la homosexualidad presente de Clara. Me fijé entonces en los profundos ojos de aquel narrador y descubrí el centelleo de un vacío que se propagaba lentamente en su interior con una velocidad tan lenta como la deriva de los continentes, lenta pero que en aquel momento percibí como inexorable. En cambio, el gesto que hacía con el resto del rostro, con los labios y la nariz, era gracioso e incluso esbelto, como si hubiera una ruptura, una falla, entre la mirada, ya convertida en isla perdida, y el gesto vivo de la cara y el cuerpo arraigados todavía en un gran continente. Quizá yo era aún demasiado inmaduro en la fenomenología gestual y había proyectado un futuro lleno de lánguidas velas, cuando, en realidad, Mirko Bevilacqua estaba en París a punto de celebrar un encuentro con Clara y su dama croata, a quien tal vez tuvieran previsto extorsionar entre los dos. Pero lo cierto es que no era así. Mirko Bevilacqua se encontraba en París como parte del juego del viaje que seguía practicando con Clara, ahora ya sin tanta convicción. Una forma de viajar que, de algún modo, pretendía ser una alternativa al turismo convencional y que, tiempo atrás, ya habían practicado con el Atlas de islas remotas, que los había llevado a la primera de las confesiones importantes en su relación de amistad. Parecía que Mirko tuviera la intención de intentar llevar aquella relación más allá, a pesar de la explícita definición sexual que Clara le había dado en la playa donde se supone que Leendert Hasenbosch había fallecido y donde Clara había apoyado, sobre su hombro, la cabeza envuelta en resplandores croatas.

¿Qué buscaba Mirko Bevilacqua en el amor? ¿Qué buscábamos en el amor cada uno de nosotros? Walter Benjamin dice en uno de sus

aforismos que la gran mayoría de enamorados busca su hogar eterno, mientras que una minoría busca precisamente el eterno viaje que te permite huir de ese hogar tuyo y eterno y mantener así bajo control, precisamente, la violenta nostalgia del hogar. Esta minoría profesa un anhelo permanente de viajar. ¿Acaso huía Mirko Bevilacqua de la violenta nostalgia del hogar? ¿Buscaba la aventura permanente de lo inestable entre los brazos inaccesibles de Clara? Pero yo no sabía cuál era el hogar, cuál era el rincón de la tierra que habitaba Mirko Bevilacqua, al fin y al cabo un probable extranjero que parecía realmente extranjero a todo, incluso a sí mismo, con aquella manera de expresarse tan suya, como detenida en el tiempo, como si la duración de cada una de las frases que pronunciaba estuviera precedida por una elongación del tiempo que dejara fuera de combate cualquier tipo posible de medida. Tanto era así que yo ya no sabía ni el tiempo real que llevábamos en Les Deux Magots, si es que el tiempo real existe y no estábamos, Mirko y yo, sometidos en aquel momento a la radiación procedente del Collège de France, situado a tan sólo dos paradas de metro del café donde habíamos estado conversando y que era el lugar donde había dado clases, durante unos cuantos años, Henri Bergson, el filósofo que mejor reflexionó sobre la irrelevancia de los relojes, el filósofo de la durée, el filósofo de la duración.

RESISTE, LECTOR, LOS EMBATES DE LA HISTORIA

En el pequeño pueblo de Buzdohanj, que los italianos rebautizaron como Busdocani o Busdocagno, y que pertenece al municipio de Čavle, Zaule di Liburnia para los italianos, muy cerca de la ciudad de Rijeka, que los italianos llaman Fiume, en Croacia, es decir, en la provincia italiana del Carnaro, que los croatas conocen como Kvarner, vino al mundo, el primero de marzo de 1938, Vlatka Babić. Vlatka era hija de Sanja Kovačić y Matej Babić; sus raíces eran croatas, pero el pequeño pueblo formaba parte por entonces de la Italia fascista de Mussolini. Las tierras del interior que rodeaban la actual Rijeka habían sido finalmente anexionadas a Italia tras la Primera Guerra Mundial y un tira y afloja entre los países vencedores de la Gran Guerra, el nuevo Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos—semilla de la futura Yugoslavia—y la propia Italia. El poeta Gabriele d'Annunzio, poco menos que un héroe de la guerra contra el imperio de los Habsburgo, había encabezado, en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial, la ocupación de la ciudad de Fiume, apoyado por un ejército de exaltados militares de baja graduación, con el objetivo de incorporarla a Italia, tal como reivindicaba el movimiento llamado irredentista. En la ciudad de Fiume, como prácticamente en toda la costa de la península de Istria, había en aquel momento, a raíz de las antiguas conquistas venecianas, una mayoría de población italiana, pero no así en los pueblos del interior de la península, con predominancia de población eslava, principalmente croata, aunque también eslovena. La anexión a Italia de Fiume—y, al mismo tiempo, de Buzdohanj—no fue aceptada por el Gobierno italiano, y D'Annunzio declaró entonces una guerra surrealista contra su propio país, la misma Italia cuyos intereses pretendía defender con la anexión. La cuestión bélica quedó pronto en pura retórica, pero D'Annunzio consiguió hacerse fuerte en las tierras de Fiume y creó un pequeño Estado independiente con una constitución propia que definía nueve estamentos sociales clasificados por oficios, entre los cuales debía haber una representación de los «humanos superiores», una suerte de aristocracia nietzscheana que incluía a los poetas, los héroes de guerra y los superhombres. La Constitución definía la música como el principio fundamental del Estado. Un Estado regido por un poeta con un concepto muy

particular del poder, a medio camino entre el anarcosindicalismo y el fascismo. Pero en el año 1922, en pleno auge del fascismo, los camisas negras triestinos entraron en la ciudad reivindicando de nuevo una italianidad que, de hecho, ya había quedado de manifiesto en la constitución elaborada por los hombres del poeta. Así se afianzaba el irredentismo, que había servido en los años de la Gran Guerra para reclamar la italianidad de Trieste y que ahora servía para reivindicar para Italia una buena parte de la costa adriática. Sanja y Matej, los padres de Vlatka, eran pequeños cuando todo esto sucedía tan sólo a siete kilómetros de su casa. Aquellos siete kilómetros eran una bendición, porque, aunque Buzdohanj formaba parte de todo el desbarajuste geopolítico provocado por la desintegración del imperio austrohúngaro en el que habían nacido, todo lo que ocurría en Fiume llegaba al pueblo después de atravesar una tierra que amortiguaba, por el momento, el ruido de las botas de los militares o paramilitares italianos. En 1924 Italia se anexionaba formalmente el Estado Libre de Fiume y a partir de entonces los croatas que vivían allí tuvieron que tragarse los discursos fascistas de Mussolini cuando afirmaba, por ejemplo en Pula, llamado Pola por los italianos, que los eslavos eran una raza inferior y bárbara y que los italianos tenían que hacerse suyo todo el Adriático para completar una tarea civilizadora que exigía italianizar a la fuerza todo lo que sonara a eslavo, desde la escuela hasta los topónimos o las charlas en la calle. Los croatas, que habían gozado de cierta autonomía y de un respeto relativo en el imperio de los Habsburgo, se veían ahora obligados a probar el sabor humillante del fascismo. En Buzdohanj, la sencilla vida rural unió a Matej Babić y a Sanja Kovačić y, fruto de esta relación, vino al mundo Vlatka Babić. Europa, mientras tanto, se acercaba al abismo con todo su folclore y alegría.

La endemoniada situación política de esta zona de Europa, reivindicada por croatas e italianos y más tarde ocupada por los alemanes, desprendía una radiación tan poderosa que era imposible mantenerse al margen. La guerra total no permite la falsa neutralidad. Al tensarse la cuerda del destino, el matrimonio Sanja-Matej empezó a tambalearse, como se tambaleaban las piedras de los caminos y las suaves olas de ese mar balsámico que es el Adriático. Vlatka, aún muy pequeña, crecía ajena a los asuntos políticos que no dejaban dormir a sus padres. Sanja Kovačić procedía de una familia de izquierdas, su padre había trabajado en los ferrocarriles de Bosnia tras la ocupación de las tropas austrohúngaras. Allí había conocido a algunos dirigentes sindicales atentos a los acontecimientos políticos de la Rusia zarista y a las propuestas revolucionarias que amenazaban con poner patas arriba a los ejércitos de la Primera Guerra Mundial. De hecho, Vlatka, abreviatura de Vladimira, debía su nombre a Vladímir Ilich Lenin y

también, por supuesto, a las ideas de su abuelo, muerto en un accidente de trabajo en 1935. Unas ideas que nunca manifestó de manera vehemente. Sanja Kovačić convenció discretamente a Matej Babić para que bautizaran así a su hija, sin entrar en consideraciones políticas y pensando sobre todo en el deseo expresado en cierta ocasión por su padre muerto recientemente. Matej Babić era un campesino con ideas políticas menos definidas, es decir, más bien conservadoras. Se veía a sí mismo alejado de la política y de los vaivenes que podían arruinar a su nueva y pequeña familia. El Gobierno fascista italiano había entrado en guerra, pero de momento en Fiume las cosas parecían tranquilas, si es que podemos aplicar este adjetivo al año 1940. Sin embargo, el 27 de marzo de 1941 la historia se acelera con el golpe de Estado en el Reino de Yugoslavia que cambiará la suerte de la familia de Vlatka, una suerte que en realidad ya había cambiado antes, cuando la historia empezó a pudrirse en los Balcanes. El golpe de Estado intenta acercar el reino de los eslavos del sur, que es lo que significa Yugoslavia, a las potencias aliadas e impedir que el príncipe Pablo, rey regente de Yugoslavia, dé ayuda a los fascistas italianos que combaten y pierden en Grecia. El golpe de Estado triunfa y coloca en el poder al joven Pedro II de Yugoslavia, heredero natural del trono, pues es el hijo mayor de Alejandro I de Yugoslavia, que había sido asesinado en Marsella en 1934 por las milicias ustachas—los fascistas croatas—de Ante Pavelić. El Gobierno alemán reacciona de manera fulminante y, sólo dos semanas después del golpe de Estado, de la mano de Italia y Hungría, invade Yugoslavia y la hace desaparecer como Estado. Aquí empiezan las desgracias para la familia Babić, que vive en los dominios italianos próximos a la ciudad de Fiume, que ellos llaman Rijeka.

P.N.F. - Comando Squadristi - Dignano

Attenzione!

Si proibisce nel modo più assoluto che nei ritrovi pubblici e per le strade di Dignano si canti o si parli in lingua slava.

Anche nei negozi di qualsiasi genere deve essere una buona volta adoperata

SOLO LA LINGUA ITALIANA

Noi Squadristi, con metodi persuasivi, faremo rispettare il presente ordine.

GLI SQUADRISTI

Tras la invasión alemana, italiana y húngara se forma, apoyado por el Gobierno del Tercer Reich, el nuevo Estado Independiente de Croacia, encabezado por el líder de los ustachas, Ante Pavelić. Un Estado que iniciará la conocida política nazi de exterminio de las minorías étnicas, serbios y gitanos principalmente, y de la oposición política comunista. La resistencia no se hará esperar y muy pronto Josip Broz, más conocido como Tito, organizará la lucha de guerrilla al frente de los partisanos, que actuarán en todo el territorio balcánico, en Bosnia y en Herzegovina, en Croacia, en la Dalmacia italiana y en Serbia. La guerra entre ustachas y partisanos es cruenta y la máquina de hacer añicos de Ante Pavelić, por muy bien engrasada que esté gracias a la supervisión alemana, sufre con frecuencia ataques dolorosos por parte de los partisanos y a veces también de los chetniks, defensores de la monarquía serbia que gobernaba Yugoslavia antes de la invasión alemana. Una mañana, mientras Matej Babić trabaja en el campo y Vlatka juega con las piedras a construir y destruir edificios, aparece en la casa de Buzdohanj el hijo de unos amigos de los padres de Sanja, oriundo de Opatija, que los alemanes llaman Sankt Jakobi, que los italianos llaman Abbazia. Goran Grgić y Sanja se conocen desde pequeños, de cuando sus familias pasaron juntas algunos veranos en casa de los Grgić. Ahora Goran, que tiene una edad parecida a la de Sanja, llega con unas heridas no demasiado graves que intenta disimular bajo una chaqueta hecha pedazos. Sanja se alarma; afortunadamente, Matej no llegará hasta la tarde, porque si ve a Goran sabrá enseguida que es un partisano y lo amenazará con el hacha, con los puños, con lo que sea, con tal de que se vaya, si no lo

denuncia directamente a las autoridades fascistas. Sanja habla con el tal Goran, que le cuenta historias de la lucha contra el fascismo en la Croacia ocupada por Italia y también en el llamado Estado Independiente de Croacia, que se extendía por una parte de la actual Croacia y por toda Bosnia y Herzegovina. La nueva Croacia independiente es un Estado que Ante Pavelić dirige con mano de hierro y horrorosa injusticia. Los límites de este Estado Independiente de Croacia se encontraban a muy pocos kilómetros de Buzdohanj. Grgić le habla también del campo de Jasenovac, un lugar situado entre Zagreb y Bania Luka, donde el régimen de Pavelić exterminará a cientos de miles de personas entre 1941 y 1945, mientras gobierna con la connivencia de los nazis, si bien, a diferencia de los medios industriales que la potencia nazi aplicará para llevar a cabo el exterminio, aquí el crimen se cometerá a mano, a menudo con cuchillos, martillos o hachas. Grgić le habla a Sanja del srbosjek, que en serbocroata significa literalmente 'rajaserbios', y que es un pequeño cuchillo curvado con el que el fraile franciscano Miroslav Filipović, que ha estudiado teología en Sarajevo y que es uno de los suyos, es decir, un croata, ha asesinado a cientos de personas sin quitarse el hábito franciscano. Esto ha sucedido en los pueblos de mayoría serbia de Drakulić, Motike y Šargovac, a las afueras de Bania Luka, donde Filipović, al frente de los ustachas, ha asesinado a cuchilladas a decenas de niños y niñas ortodoxos serbios tras haberlos separado de los católicos, en concreto en la escuela de Šargovac, donde ha sido recibido con curiosidad por alumnos y maestros, que ya lo conocían, pues de vez en cuando los visitaba muy amablemente desde el monasterio de Petričevać donde ejercía como sacerdote.

Vlatka mira al extraño con el que habla su madre sin entender que el desorden de la historia de Europa acaba de llamar a la puerta de su casa y que ese ruidito, por ahora casi imperceptible para ella, crecerá y crecerá y se llevará para siempre y en sentidos opuestos a los padres que la han traído al mundo hace sólo cinco años.

Goran Grgić se irá de la casa antes de que llegue Matej Babić. Lo hará con las heridas curadas, dos hogazas de pan, mantequilla y otras provisiones, y, sobre todo, cuidándose mucho de que no lo vea ningún vecino. Un perrito que hace las delicias de Vlatka y que se llama Drago le dirá adiós moviendo la cola, ajeno a la ingente cantidad de dramas a que juegan los humanos. No será la última vez que Vlatka lo vea, siempre cuando el padre esté fuera de casa, siempre hablando en voz baja con su madre, a veces incluso a escondidas de ella, de Vlatka, en el pequeño establo. Vlatka recibirá órdenes taxativas de su madre, esas visitas son un secreto y no puede hablar de ellas ni a su padre ni a nadie. Cuando la niña le pregunta por qué, la madre le dice que costaría la vida de todos, también quizá la de la pequeña Vlatka, y la

del padre, la de todos, entonces Vlatka le pregunta quién es ese hombre y Sanja no sabe qué responder, y es que no se le puede contar todo a una criatura de poco más de cinco años. No puede contarle, o no quiere, que cuando en julio vieron pasar por la carretera que va de Karlovac a Rijeka varios camiones con mujeres, niños y ancianos que se dirigían a Fiume escoltados por unidades militares italianas y por muchos carabinieri, ella había reconocido a algunas mujeres, y que aquellas mujeres eran de Podhum, que los italianos llaman Piedicolle, que está cerca del aeropuerto de Grobnik, que los italianos llaman Grobnico, el pueblo donde en junio los partisanos habían matado, acusándolos de espionaje, a Giovanni Renzi, el maestro, que era un fascista de Trieste, y a su mujer, Francesca, también maestra, enviados ambos por el Estado fascista con la finalidad de italianizar a los chicos eslavos, tal como había pedido Mussolini. El matrimonio no había tardado en hacerse famoso por atemorizar y maltratar físicamente a los alumnos que no aprendían pronto el italiano.

Sanja no puede explicarle, pues, lo que le contó Matej, que llegó a casa despavorido y casi en estado de shock. Aquella mañana, patrullas de soldados italianos habían rodeado el pueblo de Podhum y habían ordenado a todo el mundo que se quedara en sus casas, bajo la amenaza de fusilarlos si salían a la calle, tras lo cual habían ido casa por casa sacando a los hombres de entre quince y sesenta y cinco años y los habían llevado a un campo, a doscientos metros de la última casa del pueblo, y allí, en grupos de cinco, de diez o de quince, los habían fusilado a todos, un centenar de personas, sin hacer excepciones, ni siquiera con los trabajadores del aeropuerto de Grobnik, y sólo se había salvado un funcionario que era italiano y pudo demostrarlo, tras lo cual, siguió contando Matej a su mujer, habían vuelto al pueblo y habían sacado de sus casas a las mujeres, a los niños y a los ancianos, y los habían reunido en la plaza, mientras los soldados primero saqueaban las casas y se llevaban todo lo que querían y a continuación, con los lanzallamas, las incendiaban una por una, siempre cumpliendo órdenes de Temistocle Testa, prefecto de la provincia del Carnaro. Y todo esto ante los ojos de sus habitantes, que aullaban de dolor como bestias arrinconadas y heridas de muerte, y sólo se había librado la iglesia del pueblo, que no había servido de refugio para nadie; más tarde, los habían subido a los camiones, en un número cercano al millar de personas, y los habían llevado a Fiume para ser deportados a los campos de concentración de la península de Italia y también, a algunos de ellos, al campo de hambre, miseria y muerte que acababa de inaugurarse en la isla de Rab, que los italianos llaman Arbe.

La casa de los Babić está algo apartada, en las afueras de Buzdohanj, y además la guerra vuelve escasas las conversaciones en la

calle, apenas hay vecinos curiosos cuando Goran Grgić visita a Sanja, asegurándose siempre de algún modo de que Matej no esté en casa. Tampoco es que la visite con frecuencia, una vez cada tres o cuatro meses, y siempre con toda la precaución del mundo tras lo ocurrido en Podhum. El equilibrio inestable continúa, pero la tensión entre Matej y Sanja va en aumento, ya que Sanja observa cómo su marido se debate entre el odio a los italianos y el odio a los partisanos comunistas, al tiempo que se ve amenazado, de un modo u otro, por ambas facciones. Mientras tanto, Vlatka crece y le guarda el secreto a su madre, a quien teme y por quien siente, sobre todo, respeto. El problema es que, al guardarle el secreto a su madre, siente cómo va alejándose de su padre, que pasa muy poco tiempo en casa porque trabaja mucho y a veces tiene que ir a Fiume, que ellos llaman Rijeka, a hacer negocios, o a veces incluso a Karlovac, que está bastante más lejos y hacia el interior, adonde Matej acude a comprar herramientas que necesita para su trabajo, aunque sea peligroso moverse mucho y entrar y salir del llamado Estado Independiente de Croacia. Se ha puesto todo tan difícil. Cuando vuelve de la Croacia de Pavelić se lo ve algo más animado y es entonces cuando se muestra favorable al triunfo de los ustachas croatas y a la expulsión de los fascistas italianos, aunque está claro que no porque sean fascistas, sino por italianos. Sanja lo escucha en silencio y le pregunta si no sabe que Ante Pavelić ha vendido la costa dálmata e Istria a los italianos a cambio de la adhesión y el apoyo de Mussolini a su Gobierno. Pero Matej contesta que alguien tiene que mostrar de una vez por todas el orgullo croata y que no serán ni los alemanes ni los italianos quienes lo hagan, que hacen falta hombres como el Poglavnik—el 'caudillo'—Pavelić. La preocupación de Sanja crece cuando Matej no quiere ni oír hablar de Jasenovac, o dice que no es más que un campo para los comunistas que quieren vendernos a Stalin. Cuando las cosas llegan a ese punto, Sanja se desespera y coge a Vlatka y la mete en la cama, o si ya está acostada va a su cuarto a ver si duerme o si quiere que le lea un rato su cuento preferido, «Dodo y Buco». Matej nota distante a su mujer, sobre todo cuando le dice que podrían buscar ese niño que él tanto anhelaba y aún anhela, a pesar de cómo están las cosas, y ella le dice que si se ha vuelto loco, que no se pueden traer hijos a un mundo como este. Esto lo oye Vlatka, que ese día aún no duerme y piensa, a pesar de ser una niña, que por qué entonces la han tenido a ella, y un día se lo pregunta a su padre, haciendo un esfuerzo inconsciente por recuperar la confianza perdida, pero en vez de recobrar la confianza deberá oírle decir que la tuvieron porque querían un hijo, porque necesitaban un hijo para trabajar las tierras del abuelo, y luego ya era demasiado tarde para arreglar la frase que había dicho y que a Vlatka no se le borraría nunca de la cabeza, por mucho que Matej Babić

rectificara enseguida y le dijera, a la pequeña Vlatka Babić, que no había querido decir exactamente eso y que la quería con toda el alma. Vlatka le preguntó si a su madre también la quería así, con toda el alma, y él le dijo que por supuesto, y esta conversación no se le borró nunca a Vlatka de la cabeza, ni cuando años después estudiaba en Belgrado y no veía a su padre más que de vez en cuando, ni ahora, con todos los años que han pasado desde entonces. Y sí, tal como quería Matej, los italianos acabarán siendo expulsados, o más bien relevados del mando en la región, pero no por los partisanos croatas ni por los ustachas croatas, sino por los nazis alemanes. En octubre de 1943, tras la rendición de Italia, quedó constituida la OAK, acrónimo de Operationszone Adriatisches Küstenland, la Zona de Operaciones del Litoral Adriático, que los alemanes justificaron con su conocida defensa del espacio vital o Lebensraum y que, de facto, sustraía el territorio adriático—Trieste, Gorizia, Istria, Fiume, Dalmacia y la Yugoslavia ocupada por Italia—a la recién creada República Social Italiana, el gobierno humillado de Mussolini—también conocido como República de Saló—, que controlaba el norte de Italia mientras el sur estaba ya de parte de los aliados. Con los alemanes, las cosas cambiaron en la administración de Fiume, pues las leyes aplicadas dejaron de ser las italianas. Los italianos y los croatas de Dalmacia y de Istria pudieron apreciar el contraste entre fascismo y nazismo, entre la hiel y la amargura. Los tribunales de justicia se centralizaron en Trieste y los alemanes empezaron a ejecutar con eficacia las monstruosidades que los italianos habían intentado poner en marcha atolondradamente.

Las visitas de Goran Grgić a Sanja fueron cada vez más esporádicas. Las cosas se pusieron aún más difíciles tras los estragos ocurridos en Lipa, que los italianos llaman Lippa di Elsane, a finales de abril de 1944. Grgić sabía que los partisanos querían dar un golpe en el cuartel de Rupa, que los italianos llaman Ruppa, que también era una cárcel desde la que los carabinieri fascistas controlaban la estratégica carretera que unía Trieste con Fiume y que servía para abastecer a las tropas alemanas de esta ciudad. Por eso se despidió de Sanja de un modo distinto, la estrechó fuerte entre sus brazos y le dio las gracias por todo. Vlatka vio cómo se abrazaban y cree recordar que su madre lloraba, lo cree porque después de tanto tiempo, por mucho que las huellas de la memoria de la infancia sean como puñetazos en la retina, empieza a tener sus dudas. El padre, como siempre, estaba fuera trabajando, así que Sanja se despidió de Grgić y la pequeña Vlatka también. Lo que ocurrió después fue que los partisanos atacaron el cuartel de Rupa y los fascistas italianos consiguieron advertir a una columna de soldados alemanes que circulaba por la carretera, pero antes de que la columna alemana entrara en acción

una granada voló por los aires y cuatro soldados de la Wehrmacht cayeron muertos. Entonces, los propios alemanes pidieron refuerzos a la vecina Ilirska Bistrica, que los italianos llaman Villa del Nevoso. Los refuerzos no tardan en llegar, pero toda una columna de vehículos militares y soldados pasa de largo y se dirige al pequeño pueblo de Lipa, situado a menos de tres kilómetros de Rupa y, al parecer, lugar de origen de algunos de los partisanos implicados en el ataque al cuartel. Conocida era la política fascista, llamada por los italianos testa per dente, según la cual por cada soldado muerto podían caer diez civiles opositores o más. Los soldados alemanes entraron en la ciudad fusilando sin preguntar a todos aquellos que encontraban en su camino. La mayor parte de los hombres no estaban en el pueblo, pero los soldados sacaron de sus hogares a las mujeres, los ancianos y los niños y empezaron a quemar las casas. Luego los condujeron a la última casa del pueblo, un enorme caserón de piedra donde los encerraron y quemaron vivos sin excepción. Los que conseguían salir huyendo de las llamas eran ametrallados, y si quien huía era un chaval volvían a meterlo en el infierno. Doscientas sesenta y nueve personas fueron asesinadas en aquella masacre.

Tras la acción partisana y el asesinato en masa de Lipa, a Goran Grgić ya no se lo vio más por la casa de Buzdohanj. La tristeza de Sanja se hizo aún más acusada, si algo así era posible. La larga duración de los años de barbarie acababa con la resistencia de muchos civiles que no soportaban el hedor de la sangre, la pestilencia de la muerte y la ignominia esparcidas por doquier. Un día de febrero de 1945, poco antes de que Vlatka cumpliera siete años, se peleó con su madre por una tontería. Todo el mundo tenía los nervios destrozados, nadie sabía muy bien lo que se hacía, como si la borrachera de sangre y odio corriera por las venas de los inocentes y les enturbiara el entendimiento, expuesto a la sorpresa y la equivocación. Se vislumbraba el final del conflicto, los partisanos se hacían cada vez más fuertes, los alemanes estaban heridos y se rebelaban incluso contra los italianos, a los que siempre habían mirado por encima del hombro. Los civiles bajaron la guardia inconscientemente, como cuando el conductor de un coche está llegando a casa después de un viaje muy largo y circula por la carretera local que tan bien conoce y entonces sus músculos empiezan a perder la tirantez, como si necesitaran liberarse de la tensión acumulada cuando ven las primeras luces del anhelado destino tras miles de kilómetros de polvo y ruinas. Esta pérdida inconsciente de la alerta diaria hizo que Sanja saliera de casa para vender leña sin Vlatka. Sólo sería una hora y Vlatka era ya una mujercita, le dijo su madre. Pero Vlatka estaba muy enfadada con ella porque le había exigido, sacudiéndola por los hombros, que nunca más, nunca más volviera a preguntarle por Goran Grgić. La infancia es

curiosa y desea saber. Y da la casualidad de que Matej Babić vuelve a casa de improviso. Podría haber ocurrido uno de los pocos días en que Grgić hablaba con Sanja en el establo, pero no, había sucedido hoy, cuando Vlatka se encontraba casi por primera vez cuidando de la casa. Matej se sorprendió, puso una nueva cruz en la libreta mental donde anotaba las afrentas de Sanja y guardó el papel bajo la muela donde se guardan las cosas que se callan. Al cabo de un rato, de la boca de Vlatka salieron unas palabras en voz baja, unas palabras imposibles que nunca habría querido decir, que nunca habría querido oírse decir, pero que fueron dichas por su boca, por su lengua de niña pequeña, por una maldad que era más bien una travesura, una diablura sin diablo detrás, una acción sin sujeto. De aquella boca sin maldad, pero con algo de rencor en el corazón, que no llegaba al estatus racional de la conciencia, salió débilmente un hilito de voz que decía: «Tko je bio, oče, onaj čovjek što je dolazio vidjeti majku?». ¿Quién era, papá, el hombre que venía a ver a mamá? Matej miró fijamente a su hija y, tal como había hecho poco antes su mujer, la sacudió por los hombros cuando la pequeña ya no sabía repetir la pregunta ni podía responder otra cosa. Vlatka lloró sin saber cómo resolver aquella situación, sin saber cómo recoger las palabras desparramadas por el humilde comedor de la casa y llevárselas de nuevo a la boca y masticarlas hasta tragárselas, aunque le hiriesen los labios y la lengua y le hiciesen sangrar. Pero las palabras desbocadas corrían y corrían y cubrían el suelo y sus nudos se multiplicaban y toda la casa se llenaba de aquellas palabras que subían ya por las paredes y el incendio se avivaba y las llamas hechas de palabras devoraban la habitación como una guerra que todo se lo traga. Matej se fue de casa, quiso guardar el secreto bajo la muela, pero lo que quería anotar era demasiado extenso y el papel ya no le cabía en la boca y se conformó con guardarlo en la mano. Con aquel papel que no le cabía en la boca y que no era capaz de tragarse entró en la pequeña cantina del pueblo, un lugar que no frecuentaba. Para afrontar la inevitable conversación con Sanja quiso armarse de valor etílico, pero Matej no era un buen bebedor y él también relajó inconscientemente la necesaria tensión de los músculos de la prudencia, tal vez por el previsible y relativamente próximo fin de la guerra. A la quinta copa de šljivovica empezó a hablar con dos hombres del pueblo que, viendo cómo iba, le dieron cuerda. Y Matej habló.

Sanja Kovačić murió en la Risiera di San Sabba, en Trieste, que los eslavos llaman Trst. Fue una de las últimas víctimas de aquel siniestro molino arrocero situado a las afueras de la ciudad, tan próximo a los barrios habitados que el olor a carne humana chamuscada en el único horno crematorio de un campo de detención en tierras italianas aparece en todas las descripciones, en todos los testimonios, en todos

los recuerdos y en todas las pesadillas de los triestinos que se atreven a hablar, cosa que ocurre pocas veces, de aquellos años espeluznantes.

LA DURACIÓN

Fui a uno de los cines de reestreno del Barrio Latino a ver Vidas rebeldes (The Misfits), una película crepuscular impregnada de una tristeza casi galáctica y con una encantadora y mortal Marilyn Monroe. Es sabido que se trata de la última película que rodó; la última película también de Clark Gable; la última película de James Barton. Mirko Bevilacqua no quiso acompañarme, tenía que seguir paseando por París para propiciar el encuentro con Clara, dijo sin sombra de misterio, aunque yo no lo entendí. Estoy aquí para encontrarme con Clara, dijo. Pero para encontrármela al azar, si es que puede decirse así, insistió. Y como sé que ella no irá a ver a Clark Gable, yo tampoco voy. Lo tienes un poco difícil para encontrarla en París, le dije yo, pero él puso cara de Hemingway y añadió que París no se acababa nunca. Tras lo cual se alejó en dirección al Sena. ¿No era un imposible encontrarse en una ciudad como París? Pero todo el mundo sabe que en el universo paralelo de los encuentros casuales no hay imposibles que valgan. Él y yo nos habíamos encontrado, no casualmente, pero sí como si nos hubiéramos separado apenas unos minutos antes. Uno de esos encuentros que evitan los saludos efusivos y esquivan los lugares comunes, tan cansinos, de los encuentros más o menos imprevistos: ¿qué haces tú por aquí?, ¡qué casualidad!, no me lo puedo creer, ¡con lo grande que es el mundo! Mirko Bevilacqua no hizo ningún gesto, ningún comentario, ninguna referencia a ningún pañuelo, más bien todo lo contrario, consideró el encuentro como algo natural y yo, sin duda arrastrado por su gesto mínimo, me dejé llevar por aquella continuidad, como si en cualquier momento, ahora mismo por ejemplo, pudiéramos retomar la conversación que habíamos desplegado en la mesa del aeropuerto y dejado en suspenso cuando la dama croata se cruzó en nuestro camino.

El reto que se había propuesto con Clara era aún mayor. Clara se había inspirado en un cuento del escritor Patricio Pron, concretamente en «El estatuto particular». En el cuento, una pareja decidía pasar unos cuantos días en una ciudad determinada a la que llegaban por separado. Una vez allí se alojaban en sitios que no comunicaban al otro y tenían como principal misión encontrarse, sin mantener para ello evidentemente ningún tipo de comunicación. De este modo ponían a prueba el conocimiento que tenían el uno del otro y la suerte con que contaban. Una especie de predicción sobre la pareja sin consultar ningún oráculo, sino viviendo desde dentro el reto esquivo y

sorprendente que les proponía la ciudad. Me pareció una apuesta excitante, incierta, que otorgaba todo el protagonismo al bullicio de la urbe y le hacía cobrar vida propia. Un ardid que combinaba aventura y literatura y donde se jugaba según las reglas de una modernidad sin teléfonos móviles ni otras conexiones. Me admiraba la capacidad de Bevilacqua para entrar en la trama que tejía Clara, hasta el punto de que empezaba a tener ganas de ser yo, y no él, quien la encontrara, o de encontrarlos a los dos juntos después de que ellos se hubieran sorprendido en la cola de uno de los cines del Barrio Latino que yo acababa de hacer para entrar a ver la película nostálgica que había visto, porque por mucho que quisiera pensar únicamente en la historia de las desavenencias de Marilyn con los hombres, no podía dejar de pensar que era la última vez que algunos de aquellos actores que luchaban por ser otros en la pantalla lo habían podido hacer, aunque quizá en ninguna otra película habían estado más cerca de ser ellos mismos. Yo, mientras tanto, imaginaba que en la sala, a pesar del comentario negativo e inequívoco de Mirko, se encontraba Clara disfrutando de aquel turbio panorama de sexo y conflictos sin límite, y que ambos saludaríamos al salir, con toda sobriedad, a un Mirko Bevilacqua que estaría esperándonos. Pero al terminar la película, Mirko no estaba por ninguna parte. De todos modos, a mí me pareció interesante fingir que buscaba a Clara, aunque supiese perfectamente que no podía buscarla de verdad sin conocerla y sin tener una descripción mínima. Aun así, pensaba que cualquier mujer que saliera del cine sola y sin prisas podía ser ella. Como París no se acaba nunca, me fijé en que al menos tres mujeres en la penumbra del vestíbulo cumplían el requisito general de ser posibles Claras. Me acerqué a la que me pareció más accesible y la observé con mayor intensidad, pero procurando que no se diera cuenta, con tal de comprobar si reconocía en ella un gesto de búsqueda o de esperanza, pero la mujer sonreía, y lo hacía con una sonrisa incomprensible, porque estaba a todas luces sola, no hablaba con nadie por un teléfono oculto entre la ropa, como pasa ahora tan a menudo, y no podía estar sonriendo por el drama de la película que acabábamos de ver. ¿Por qué sonreía aquella Clara?, me pregunté mientras intentaba camuflarme entre los espectadores de la siguiente sesión. Entonces, yo que soy tan absolutamente tímido cuando estoy en mi país y que ni siquiera soy capaz de abordar en plena calle, pongamos por caso, a mi hermano cuando va bien vestido a trabajar, me sorprendí acercándome a campo abierto a aquella joven mujer que, por otro lado, no se movía de donde estaba vete tú a saber por qué. Cuando mi movimiento captó su atención, su rostro cambió y dejó de sonreír para dirigirme una mirada directa y escrutadora, como si quisiera defenderse de aquella invasión tan poco sutil de su espacio. ¿Claire?, le pregunté en francés estúpidamente mientras fingía

bastante mal que creía conocerla y que, después de tanto tiempo, dudaba de si era ella o no. Y no, por supuesto que no era Clara, ni Claire, sino Agnes, y esperaba a alguien, y no a Mirko Bevilacqua, claro, a quien no conocía, sino a alguien que sabría recoger e interpretar su sonrisa preciosa y enigmática.

Antes de hacer más el ridículo incliné la cabeza. Se lo digo, le dije, porque Mirko Bevilacqua soy yo, y Mirko Bevilacqua se retira sin querer molestarla, continué en francés e insistiendo en el uso de la tercera persona. Me había presentado así al ver que ella no era la Clara que buscaba Mirko Bevilacqua, como si en realidad estuviéramos en los años previos a la Gran Guerra y yo fuera un burgués italiano, pero austrohúngaro, llegado de Trieste a París, donde me gustaba contemplar las novedades del cinematógrafo, y me dispuse a salir de allí a toda prisa, pero la joven me retuvo mínimamente con una pregunta que no me esperaba y que me dejó pensativo. Quería saber si yo era eslavo o italiano. Tuve que decir que era italiano, porque era difícil dar marcha atrás. Lo de ocupar la vida de los otros ya lo había hecho demasiadas veces y me había propuesto que, si volvía a hacerlo, tenía que ser de manera puntual y por una causa noble, como por ejemplo la de salvar el pellejo, una circunstancia que, evidentemente, no se estaba produciendo al salir de aquel cine. Así, pues, cambié mi simpatía por un comportamiento más bien incívico e intenté fingir un gesto de desconcierto que, en realidad, me costaba poco fingir, pues estaba realmente bastante desconcertado. No, no lo decía por nada en particular, añadió la mujer, es que como Mirko es un nombre eslavo… Y dejó caer las palabras como si quisiera revelar algo importante que a mí se me hubiera escapado o como si ella tuviera algo que ver con la ex-Yugoslavia.

Salí finalmente del cine a la calle oscura y anieblada por los aires eslavos de los Balcanes. Sólo le había faltado preguntarme si yo era croata, que en catalán es una palabra homónima de cruzado, hasta el punto de que, sólo de pensarlo, me cayó encima todo el peso del cristianismo y casi me ahoga con su historia milenaria llena de asuntos insondables. O sea, me dije a mí mismo mientras subía por la calle Gay-Lussac en dirección al distrito XIII, que tal vez Mirko Bevilacqua fuera eslavo o tuviera orígenes eslavos, quién sabe si incluso croatas, cosa nada extraña teniendo en cuenta la enorme dificultad de rediseñar fronteras y poblaciones en todo el territorio del Friul-Venecia Julia, Eslovenia, Istria o Dalmacia, que Italia y Yugoslavia se han disputado durante el siglo XX. Y me pregunté si Mirko no sería en realidad uno de aquellos habitantes de los confines que se habían visto sacudidos por la historia, por ejemplo de Gorizia, un pueblo ahora dividido entre Italia y Eslovenia que, antes de 1918,

se llamaba Görz, en alemán, y que, si lo recorres de oeste a este, antes de que termine una de sus calles pasa a llamarse Nova Gorica y a hablarse en esloveno, aunque casi todos sus habitantes, y más aún los viejos, hablan perfectamente italiano. Aquella noche me dormí pensando en la ciudad de Trieste y en el territorio que desde el municipio sube hacia las montañas y que se llama Carso, un lugar que ha sido testigo brutal de la historia europea en los dos grandes conflictos bélicos de la primera mitad del siglo xx. El Carso y la ciudad libre de Trieste fueron territorios disputados por Italia al imperio austrohúngaro, derrotado finalmente en 1918, tras miles de cuerpos caídos en el río Isonzo y en las altísimas montañas que separan Italia de Austria, en una lucha interminable en la que las identidades nacionales estaban todas embarulladas y no resultaba difícil encontrar soldados de corazón y sentimiento italianos, pero uniformados con la casaca austrohúngara, luchando contra el Estado de Italia. Ni a ciudadanos de nacionalidad austrohúngara, pero de corazón italiano, luchando por la italianidad de Trieste en contra del Estado al que formalmente pertenecían. Hoy en día, la ciudad está a tiro de piedra de la frontera y no es raro encontrar carteles que rotulan en esloveno debajo del italiano. Trieste, que en alemán es conocida como Triest, pierde en esloveno todas sus vocales y se llama Trst. En tiempos del imperio del viejo Franz Joseph, también conocido como Francisco José, Ferenc József, František Josef, Franjo Josip, Francesco Giuseppe, Francesc Josep, emperador de Austria, rey de Hungría, de Bohemia, de Croacia, de Eslavonia, de Dalmacia, de Galitzia, de Lodomeria, de Iliria; en tiempos del imperio, decía, Trieste estaba atestada de poderosas corrientes en lucha, burgueses austríacos de cultura alemana que decantaban la ciudad hacia Viena desde las atalayas de sus puestos de funcionarios públicos, o desde la dirección de las principales empresas, o desde las ventanas de una sucursal bancaria, o desde las tarimas de las escuelas alemanas de mayor prestigio. Estos habitantes de la ciudad hablaban todos alemán, lengua culta y de poder que seducía a los jóvenes que querían prosperar y que acabarían en las universidades del centro de Europa; es decir, italianos que aprendían la lengua y la cultura alemanas porque eran poderosas, un ascensor social dirigido al corazón del imperio de los Habsburgo, pero que mantenían siempre viva su lengua italiana como elemento de cohesión, y más aún el dialecto triestino, una lengua más cercana a los originarios de la ciudad, y que por otro lado cada vez eran menos comparados con los foráneos, porque Trieste se estaba inundando de recién llegados de Eslovenia que bajaban del campo eslavo a la ciudad para mejorar sus vidas y aprendían el italiano, si es que no lo hablaban ya, para poder participar de la vida de la ciudad, pero sin abandonar el esloveno, que entonces era considerada una lengua

menor, y también de judíos llegados de todas partes, sefarditas y asquenazíes, que también acababan hablando italiano, o alemán, si es que no lo hablaban antes, participando así de la próspera vida comercial de la cosmopolita ciudad de Trieste, de la que Claudio Magris y Angelo Ara dicen que era multinacional en la realidad, pero también en un sentido mitológico; y lo mismo hicieron los alemanes, i tedeschi, que querían estar cerca del mar y no volver al interior de aquella Mitteleuropa hoy ya desaparecida. La ciudad virará más adelante en todas direcciones. Jóvenes nacionalistas italianos reclamarán por encima de todo la italianidad de la ciudad. Judíos que viven de cara al mar y a los negocios se integrarán tras la Gran Guerra en el partido fascista italiano creyendo que así defienden mejor sus intereses. Eslavos a menudo pobres intentarán mantener con uñas y dientes su lugar y su lengua en una ciudad tan rica, tan compleja y que les será absolutamente hostil cuando llegue a estar controlada por los fascistas italianos. Trieste, Triest, Trst, principal puerto austrohúngaro, una ciudad a cuyas espaldas habitaba un imperio que era un mundo entero. En Trieste florecían los escritores, en italiano, en alemán, en esloveno, incluso en inglés si tenemos en cuenta la larga estancia de James Joyce en la ciudad. Trieste era una encrucijada llena de deseos, una triple frontera, un auténtico Dreiländereck que destilaba por igual metáforas y negocios de banca, literatura y comercio hacia el interior de una Europa a punto de descomponerse. Trieste, una ciudad que lo es todo menos triste, agitada por el viento que allí llaman bora, plenamente europea, italiana, eslovena, alemana, mediterránea y eslava, si es que todo esto cabe en una sola palabra, con o sin vocales. Trieste de alma dividida, a veces italiana, a veces eslava, ahora ya italiana. Trieste eslovena o italiana, pero también capital de la OAK, es decir, de la zona controlada por el Tercer Reich a partir del mes de septiembre de 1943, que dejaba sin efecto el Gobierno de la República Social Italiana de Mussolini en los territorios italianos de Údine, Gorizia, Trieste, Pola y Fiume. Lugar de retiro de los nazis más sanguinarios, los cabecillas de la operación Reinhard, responsables de la eliminación de un millón setecientos mil judíos y gitanos en los Lager orientales de Bełżec, Treblinka, Sobibor y Majdanek. Un retiro dorado a orillas del Mediterráneo, con un clima mucho más benigno que aquel del que procedían Odilo Globočnik, nacido en la misma Trieste en el seno de una familia eslava, Ernst Lerch, Franz Stangl y otros dirigentes nazis, y donde gozaban de entretenimiento a la vista con los grupos de partisanos eslavos e italianos, la multitud de judíos aún libres en 1943 y el resto de la sociedad civil atrapada entre la angustia y la colaboración con los nuevos amos. Un retiro en el que aprovecharían una vieja fábrica arrocera, la Risiera di San Sabba, para convertirla en

el único campo de exterminio de Italia, con chimenea incluida y sus miles de personas volatilizadas a sólo cuatro kilómetros del centro de la ciudad, por donde se esparcía el olor a crematorio, carne coagulada y ceniza humana. La misma Risiera di San Sabba de la que habla el último libro del triestino Claudio Magris y también, con todo lujo de detalles, un libro demoledor de la escritora croata Daša Drndić, Trieste, que dedica noventa de sus más de quinientas páginas a la memoria de todos los ciudadanos deportados desde Italia, escribiendo sin parar, como una letanía interminable, sus nombres y apellidos, uno tras otro, por orden alfabético, sin desfallecer. Páginas repletas de historias y de historia. Cada nombre, una novela no escrita; todos los nombres juntos, la sangrienta historia de una pequeña parte de Europa. Hoy, la ciudad ha convertido en objetos banales al viejo emperador Francisco José y al heredero asesinado. Una taza, una porcelana de rasgos inocentes, casi infantiles, se exhiben en los escaparates de los comercios dedicados al turismo. Es lo que queda en la ciudad italiana del antiguo imperio reducido a cenizas: barbas y bigotes bien pintados a la espera de que alguien los compre.

Mirko Bevilacqua no me había dicho de dónde era exactamente. Yo tampoco se lo había preguntado, pero podía muy bien ser de aquella Italia sacudida por los conflictos étnicos. Tal vez por eso ahora perseguía a la amante de una vieja dama croata, porque en realidad quería acercarse de algún modo a Croacia para vengar una vieja afrenta familiar, o buscar las huellas ocultas de su familia italianizada

por D'Annunzio y los fascistas en la ciudad de Fiume o en los campos eslovenos que rodeaban Trieste. O quizá no era nada de todo esto y su Bevilacqua venía de Nápoles o de cualquier otro lugar de Italia, y no tenía nada que ver con los asuntos balcánicos que se me amontonaban sobre una espalda que cedía peligrosamente bajo el peso de la historia.

Intenté olvidarlo todo porque empezaba a estar harto de mi interés por el futuro de los demás y volvía a pensar, como tantas otras veces, que debía preocuparme más de mi propio porvenir. Pero, como suele ocurrir en las ensoñaciones, el pensamiento no fluía según mi voluntad, sino que, tras haber iniciado su recorrido por una avenida más o menos recta e iluminada, de pronto se encontraba perdido en un bosque, circulando ya un poco desorientado y no demasiado lejos de sus límites. Así, me sucedía con cierta frecuencia que quería pensar en alguna cosa más provechosa y acababa en los márgenes, en la periferia de la sensatez. No absolutamente perdido, como si aún pudiera ver una débil luz procedente del lado de la conciencia y del juicio, pero sabiendo que mi camino debería ser otro, no ahuyentado o desalojado de manera absoluta, sino tan sólo desplazado unos metros del territorio plácido de la razón y revolviéndome en el barro interminable de una vida que transcurre al lado de la vida.

Para eso, para deshacerme de Trieste, quise pensar en cualquier otra cosa y recurrí a la imagen de soledad brutal de aquel pobre holandés homosexual abandonado y muerto en una isla en mitad del Atlántico a mediados del siglo XVIII, pero la imagen de Leendert Hasenbosch me llevó a la de otro homosexual muerto también en pleno siglo XVIII y precisamente en el puerto franco de Trieste, del que todo indicaba que no podría librarme tan fácilmente. Por culpa de Winckelmann y de su trágica muerte, pues, tuve que volver a circular por las rectas calles de Trieste, tuve que volver a la ciudad y vérmelas con aquella historia de hombres en continua lucha y seducción que supuso el final del escritor alemán. Tuve que volver a Trieste y a su vida de ciudad media destinada a convertirse, sin quererlo, en emblema de la literatura y de las tierras fronterizas, la ciudad que había visto morir a Johann Winckelmann, intelectual e historiador del arte, un perseguidor de la clásica unidad entre belleza y virtud que ya adoraban los griegos, un esteta a quien tanto deben los alemanes—y no sólo los alemanes—, el hijo de un zapatero que supo colocar Grecia y el mundo clásico en el lugar desde el que habría de iluminarnos a nosotros, admiradores hoy de las ruinas y los vestigios del pasado. Un homosexual víctima, como Hasenbosch, de ser él mismo una isla silenciada. A Winckelmann le gustaba intimar con otros hombres. Como buen amante del mundo griego se enamoró perdidamente de un alumno suyo adolescente; el deseo que sentía no siempre era correspondido y Winckelmann, que por entonces tenía sólo veinticinco

años, comprendió que no iba a ser fácil vivir así. Tras la pasión llegaba fácilmente la aflicción por la imposibilidad del amor, y de ahí ya sólo había un paso hacia la melancolía. A los cincuenta años recaló en Trieste procedente de Viena, después de rechazar un viaje a Grecia con el que siempre había soñado. En la ciudad de Trieste se alojó en un albergue popular que daba al puerto, un lugar por debajo de su poder adquisitivo y en el que se registró como Signor Giovanni. Entabló amistad con su vecino de habitación, un viajero que acababa de salir de la cárcel en Viena. Winckelmann y su nuevo amigo pasan unos días juntos, pasean, comen, cenan, se visitan en sus respectivas habitaciones. El escritor alemán quiere pasar desapercibido, pero no puede dejar de explicarle a su nuevo y peligroso amigo que en Viena le han regalado dos monedas de plata y una de oro. Esa noche se oye pelea en la habitación de Winckelmann, un enorme jaleo que alerta al personal del albergue. Cuando abren la puerta, se encuentran a Winckelmann tendido en el suelo, con una soga alrededor del cuello y cinco navajazos que le abren el cuerpo como una fruta despanzurrada. El homicida huye. Winckelmann aún tiene fuerzas para levantarse, baja despavorido la escalera y vuelve a caer. El cirujano que ha acudido a la llamada le dice que dos de los navajazos son mortales, de modo que Winckelmann se prepara para morir, perdona a su verdugo, que más tarde será detenido y descoyuntado en la rueda frente a la puerta de la pensión, y acaba muriendo unas horas más tarde. Si de Leendert Hasenbosch no quedó ni rastro, allá en la lejana isla de la Ascensión, de Winckelmann tampoco quedará mucho más, pues lo entierran en una fosa común. En la actualidad, un triste cenotafio encabezado por un ángel melancólico en el Orto Lapidario de Trieste, muy cerca de la cattedrale di San Giusto Martire, recuerda su figura desgraciada.

Lo que le ocurrió a Winckelmann me ha dejado algo inquieto. Es pensar en ello y venirme a la memoria, para acabar de redondear el lúgubre destino del mundo, otros asesinatos de homosexuales. Hoy, por ejemplo, mientras escribo esto, se cumplen exactamente cuarenta y un años del asesinato en la playa de Ostia de Pier Paolo Pasolini. Ahora ya sólo nos quedan los poemas que escribió y filmó y el homenaje que le hace Nanni Moretti, en Caro diario, al recorrer con su Vespa una carretera llena de residuos, basura y amargura, mientras el piano de Keith Jarrett nos acompaña al insólito lugar en que se cometió el crimen. Allí se ve una portería de fútbol en mal estado y una valla destrozada junto a un monumento abandonado, del que se han desprendido algunos fragmentos y que nos ofrece impúdicamente su esqueleto de hierro oxidado. La escultura erigida en memoria del escritor y cineasta es una ruina en esa secuencia de la película de Moretti, que, al llegar al lugar, baja de la Vespa y contempla en

silencio aquella desolación sin más reflexión que la mirada circular de la cámara acompañada del piano de Jarrett. No hace falta más para sentir vergüenza de los espacios de la memoria que abandonamos al olvido. Al cabo de un tiempo, el monumento fue restaurado y el entorno homologado a otros entornos marítimos que hay por el mundo. Así, con la poesía fílmica de Nanni Moretti, pude dejar finalmente la ciudad de Trieste a la que esta historia me haría regresar más adelante.

En los días posteriores quise encontrar de nuevo a Mirko Bevilacqua, pero en aquella relación nuestra recién estrenada era él quien tenía que encontrarme a mí, por lo que frecuenté, a veces por la mañana y a veces por la tarde, a aquel grupo de jugadores de ajedrez del jardin du Luxembourg, donde me sentía a gusto y sabía que él podría encontrarme si quisiera. Aquella gente del ajedrez era sin duda gente notable, totalmente heterogénea excepto en el género, pues resultaba difícil encontrar mujeres, aunque alguna jugadora sí que había, normalmente mimetizada entre tanto hombre. Eran viejos y jóvenes, chinos, negros, eslavos, algunos parisinos, gente en el paro, estudiantes, jugadores de club aficionados a las partidas blitz, nerviosos la mayor parte de ellos, o de nosotros, debería decir. Pero ni rastro de italianos. Mi preferido era un viejo de Azerbaiyán llegado a París tras la desintegración de la Unión Soviética. Aquel hombre había conseguido hacer tablas con un joven y ya magnífico Garri Kaspárov en unas simultáneas en Bakú justo después de que Kaspárov volviera del Campeonato Mundial que lo enfrentó a su gran rival, Anatoli Kárpov, durante los últimos meses de 1987 en Sevilla. El viejo azerí había dejado su país pocos años después para instalarse en París con su hija, una ingeniera electrónica formada en Moscú y que ahora ocupaba un alto cargo en una empresa privada norteamericana con sede en París.

A Tural Gürcüvan, así lo llamaban, lo conocía de años atrás y era de los pocos jugadores con los que había compartido alguna vivencia más allá de los movimientos sobre el tablero. El viejo Gürcüvan había conocido las cárceles soviéticas a finales de la década de los cincuenta y acostumbraba a decir que un Estado que busca la justicia debe conservar y preservar la memoria de las víctimas de alguna manera. Cuando relataba, lacónicamente, las penurias que había vivido, sus rasgos de anciano siempre contrastaban con su aspecto alegre. Gürcüvan era seguramente una buena pieza de análisis para el estudio fenomenológico del gesto que hacía de forma asistemática Mirko Bevilacqua. En cierta ocasión, el viejo azerí me había contado que las narraciones de los jugadores de ajedrez empecinados en explicar su partida a otros jugadores le recordaban el estilo de narración pura que había vivido en la cárcel. Una narración sin oyente, me decía, porque

el que escucha, en realidad, no presta atención, sólo lo hace como pago anticipado para esperar su turno, el momento en que podrá explicar su peripecia a los otros jugadores, que habitualmente no son capaces de visualizar la importancia del alfil situado en b2. Del mismo modo, decía Gürcüvan, en la cárcel sólo se puede sobrevivir con la narración de la propia historia, con el recuento detallado de los hechos, injustos o no, que te han llevado hasta allí. Los demás hacen como que te escuchan, pero lo cierto es que sólo se entretienen en la cola esperando su turno para poder encontrar unos oídos, aunque estén cerrados, que simulen prestar atención y que sirvan de receptáculo de una vida contada en momentos de dificultad. Sin narración no somos nadie, decía Gürcüvan, y luego guardaba silencio porque su historia ya la había contado muchas veces y ahora no necesitaba volver a contarla. Yo lo veía sonreír cuando algún jugador más joven lo agobiaba explicándole las aventuras de la cadena ordenada de sus fantásticos peones ganadores que habían sido finalmente derrotados.

Fue Tural Gürcüvan quien, una tarde de lluvia, me dijo que habían preguntado por mí. ¿Era un italiano?, dije sin estar seguro de que Mirko fuera italiano. Es posible, soltó Gürcüvan con ese aire medio ausente que tenía a veces cuando quería acabar pronto la conversación y volver al ajedrez. ¿Iba solo? No, iba con un perro. No le describí físicamente a Mirko porque, entre otras cosas, Tural Gürcüvan tenía muchos problemas de visión que apenas le permitían

ver más allá de las piezas del tablero y siempre que lo saludaba tenía que cogerlo del brazo, sacudirlo un poco y hacerle escuchar mi voz. Por lo demás, el resto de jugadores no había prestado atención a ningún italiano con un perro, de hecho no habrían visto llegar ni a Scarlett Johansson, y no eran ni de lejos tan amables como Tural, la mayoría se limitaba a capturar el alfil enemigo al grito de «Oh, là, là, là, là!».

Como la lista de mis conocidos en París no era muy larga, a pesar de los frecuentes viajes que hacía a la capital francesa, y como además algunos de esos conocidos o no sabían que estaba allí o no tenía sentido que me buscaran de aquella manera, cuando habría sido mucho más fácil contactarme por teléfono, supuse que sí, que el solicitante probablemente fuese Mirko Bevilacqua; además, habíamos acordado no usar ninguna señal, dirección o teléfono, y, por tanto, la única forma de encontrarnos era precisamente buscándonos en lugares posibles o dejando que el azar jugara su papel. El viejo Gürcüvan me dijo desde lo más profundo de sus ojos casi ciegos que el que había preguntado por mí tenía ganas de verme y que se había ido hacía cosa de una hora. Abandoné mis compromisos ajedrecísticos y rehíce los pasos que días atrás había recorrido junto a Bevilacqua en dirección a Les Deux Magots. Pero en el famoso café sólo me resultaron familiares las dos míticas figuras de los dos chinos de la columna. De Bevilacqua, ni rastro. Por no quedar, no quedaba ya ni el eco de las conversaciones que en aquel café habían mantenido Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, y el local estaba más lleno que nunca de turistas, en una ciudad que no paraba de recibirlos a pesar de los horrorosos episodios de desconocida violencia vividos últimamente en estas latitudes del planeta tan poco acostumbradas a la sangre y a la muerte arbitrarias. Turistas acuciados por la necesidad de salir de casa, casi iba a decir acuciados por la necesidad de salir, no de casa, sino de sus propias vidas. Turistas, al fin y al cabo, que prefieren llevar la casa a cuestas, por si se pone a llover o por si echan de menos la atmósfera de la cual están precisamente huyendo. Turistas como los que llenaban Barcelona y empezaban, en esta segunda década del siglo XXI, a llenar también Valencia hasta el punto de poner en peligro la mínima armonía de las ciudades en los puntos más calientes destinados al ocio de ese hervidero de occidentales-rusos-chinos-japoneses. La disfunción cerebral que produce pensar en la tensión entre turistas y exiliados me resultaba tan terrible que cada vez se me hacía más difícil identificarme con los turistas y, al mismo tiempo, era consciente de que estaba a años luz de la multitud de exiliados que llegaban como podían a Europa y de que, por supuesto, cuando viajaba yo también era un turista. Los medios de comunicación se referían a estos exiliados como «refugiados», pero la palabra era más que dudosa, pues

la mayoría estaba acorralada y en una situación de desamparo más que evidente, hasta el punto de que, por decirlo sin tapujos, no tenían dónde refugiarse y por eso el término de refugiados nos parecía una auténtica y descomunal falacia que tenía la intención de aplicar una toallita atrapacolor a nuestra colada doméstica. Se ponía uno a pensar en los «refugiados» y le venía de inmediato a la mente la imagen de un refugio, un lugar donde no estar a la intemperie cuando llegas hambriento, cansado y calado hasta los huesos tras la travesía del mar, la montaña o el río. Teníamos prácticamente todos los ingredientes, los hundidos, la montaña, el hambre, el cansancio extremo, la aplastante infinitud del mar abierto, la penetrante humedad de la desgracia, todo excepto las condiciones dignas de un refugio. El contraste entre las agencias de viajes, los viajeros, las maletas facturadas, el low cost aéreo y la permanente dificultad de existir de la periferia de Europa no era nada nuevo, pero era obvio que hacía mucho tiempo que no había sido tan extraordinariamente lacerante. A esto había que añadir nuestra natural facilidad para borrar los rostros ajenos, una facilidad que, todo hay que decirlo, no tenía nada de natural, pues estaba hecha a base de reproducir hasta la extenuación, hasta la agonía, nuestros rostros insolentes en todos los dispositivos electrónicos del planeta.

Recordaba la sonrisa ciega de Tural Gürcüvan y lo imaginaba enfrentándose a un Kaspárov todopoderoso pero incapaz de derrotarlo. Con el recuerdo del viejo azerí que acababa de darme noticias de quien yo creía que debía de ser Mirko, continué divagando sobre la cuestión del turismo y de otras formas de desplazamiento humano que me asaltaban al pensar en la propuesta que Clara le había hecho a Mirko Bevilacqua. Moverse, sí, moverse siempre, todo el tiempo posible, no como nómadas, sino como muestra de una inquietud vital necesaria. Y Bevilacqua detrás de esa joven, aceptando todas sus propuestas como prueba de amor y de amistad. O como prueba de amistad para alcanzar el amor imposible con el que soñaba. Viajar así a la parte abandonada del océano Atlántico, a la isla de los espías, no demasiado lejos de la isla de Santa Elena, donde Napoleón vivió su solitario final de insigne hombre de Estado exiliado. Viajar así a París e intentar encontrarnos a ciegas siguiendo la propuesta de un escritor que no propone nada, que no puede imaginar que alguien, un enfermo de literatura, qué otra cosa puede ser, haya decidido ponerse a prueba situando la luz exigente e inquietante de la metáfora en pleno centro de su existencia y poder así salir de la rígida zona de confort habitada por los adjetivos, que lo definen todo, que no dejan espacio y que convierten cualquier experiencia vital en un viaje alrededor de la plaza del pueblo. Mirko buscando a Clara, y Clara, supongámoslo así, buscando a Mirko por las calles de París, sin prestar

atención a la elegancia de la place Vendôme, sino tan sólo a los vestidos de un determinado color, al pelo que ondea dibujando una determinada curva, a la inclinación exacta de un hombro o al gesto inequívoco de una vida cercana. Y todo esto sin mirar el Sena, sin mirar los cuadros de los museos visitados, sin mirar las tumbas del cementerio, sino fijándose más bien en los vivos, en los asuntos antropológicos, e intentando discernir al otro entre la niebla, intentando distinguir al otro entre las células nerviosas de un mundo ajeno y casi a la fuga. Mirko tiene el convencimiento de que la ruptura de la trama, con un mensaje telefónico, por ejemplo, supondría no sólo una forma de final, sino también un descenso al mundo de la rutina en su historia de amistad y amor con Clara. Desorientado y casi vencido, camina así al anochecer de su último día en París y decide acercarse a la placita que da a la pequeña rue de Furstemberg, muy cerca del boulevard Saint-Germain. Es casi una última apuesta, ya que ninguno de los lugares que ha recorrido hasta ahora ha obtenido la recompensa del encuentro. Ni los paseos por los muelles del Sena, ni la cola en los grandes museos, ni la melancólica lentitud de las esclusas del canal Saint-Martin, ni la lectura en las grandes superficies de césped del jardin du Luxembourg, ni el laberinto de estanterías llenas de libros de los grandes almacenes Gibert Jeune, ni Les Deux Magots, ni el incesante caminar arriba y abajo por las calles que dan al río. Nada. Por eso Mirko se acerca ya sin esperanza a la rue de Furstemberg. Dos veces ha hecho la cola en la pirámide de cristal del museo del Louvre y se ha plantado, una vez dentro, frente al cuadro de Delacroix titulado La matanza de Quíos, donde el pintor francés ofrece su visión del genocidio griego a manos de los otomanos durante la guerra de independencia de Grecia, en la primera mitad del siglo XIX. Mirko le había hablado a Clara del cuadro durante una conversación sobre las islas griegas y el dolor permanente de aquel país, antes humillado por Turquía y ahora por Alemania y Europa. Mirko había hablado de la capacidad de Delacroix para reflejar las escenas de dolor y dignidad del pueblo desde la óptica del romanticismo, pero después la conversación se había centrado en la pintura y no tanto en la figura del pintor. Aun así, ahora, ante la incertidumbre de los minutos que pasan y la inminencia del regreso, Mirko Bevilacqua decide visitar el pequeño museo Delacroix, por si en ese lugar escondido del centro de la ciudad encuentra la suerte que le ha sido esquiva. A la luz del crepúsculo vespertino la placita le resulta familiar, pero no es capaz de recordar por qué. La búsqueda acaba resultando infructuosa, pues el museo del pintor está cerrado y no hay ninguna nota, ninguna miga de pan que le permita seguir adelante con una mínima orientación. Así, algo contrariado, desencantado por lo estéril de la propuesta proniana, empieza a volver lentamente, y sin

dejar de deambular, hacia el hotel Tolbiac. ¿Y si producir un reflejo de la literatura en este mundo nuestro fuese metafísicamente imposible? Ya en la habitación, se entretiene con la pintura enigmática de Remedios Varo y encuentra las hojas con los relatos firmados por C. B. Y se pone a leer.

EL IRRESISTIBLE ENCANTO DEL PLAGIO

Cuando su madre le dijo, de pequeña, que mirara bien lo que hacían los otros niños para no destacar, se lo tomó muy en serio.

En las aulas de infantil ya miraba por el rabillo del ojo los dibujos de los demás compañeros y compañeras de clase. Unas líneas verdes y otras marrones que intentaba trasladar a su hoja para no destacar dibujando el monstruo que tenía en la cabeza. Más adelante, las aes y los muñecos de plastilina le salían igual que a Núria. Durante los cursos de primaria, fue Maria quien le inspiró todas las letras. Se especializó en el arte del plagio y pulió su técnica. Cuando llegó a la ESO, ya era una experta copiando en los exámenes y en la vida. La primera novia que tuvo se la robó a Noemí, la chica más lista de la clase, imitando su voz, su peinado y el toque sutil de una indolencia disimulada. Durante el bachillerato flaqueó y en un par de ocasiones tuvo que recurrir a sí misma, pero en la universidad recuperó el pulso, ya se sabe que allí todo es más fácil.

Dudaba entre ganarse la vida plagiando pintura, literatura o arquitectura. Ganó algunos premios por aquí y por allá sin que nunca la descubrieran. Los periódicos la comparaban con Leonardo. Ella, que por definición era modesta y no quería destacar, daba un paso al lado y cambiaba de materia, pero sin abandonar la disciplina. Vivió un tiempo como filósofa plagiando ideas de todo el mundo, pero lo dejó por aburrimiento.

Un buen día, fascinada por los reflejos dorados de un centelleo en el espejo del vestíbulo de casa, se acercó lentamente y, claro, descubrió su propia imagen. Se sorprendió al ver que la imagen hacía exactamente lo mismo que ella: brazo arriba, brazo arriba; pierna levantada, pierna levantada; ojo guiñado, ojo guiñado. Exactamente los mismos movimientos. Hoy sigue estando allí, intentando deshacer el nudo.

C. B.

Se ha hecho muy tarde y Mirko enciende la televisión en un intento por dejar de pensar y colocar la mente en el altiplano. Entonces se distrae, como ya ha hecho otras veces, con un canal donde aparece gente buscando sexo. Los mensajes son tan absurdos que empieza a desperezarse. Busco sexo contigo, mujer joven o con tu

padre también, XVII, Honore 60a; chico muy joven pero muy experimentado busca experiencia que le borre las experiencias anteriores, tíos no; mujer busca hombre sincero, romántico, alto, con buena minga y sin rollos chungos; follo ante fotos de familia y también ante animales domésticos; opérame a distancia, seré tuya por Whatsapp, Lucy 33a; busco tío para regalarle bóxers ajustados, yo tío de 50. La mayoría de los mensajes son detritus de la soledad posmoderna, pero de pronto hay un tipo futurista que se las da de poeta y escribe, ya bien entrada la noche, que busca mujer de veinticuatro cilindros para arrancar la máquina célibe que los lleve hacia el futuro. Mirko prueba en otros canales parecidos y descubre que los mensajes se repiten al pie de la letra, sólo cambia la mujer que se desnuda a la derecha de la pantalla. De la somnolencia que lo embarga lo saca de pronto un mensaje en catalán que dice que busca hombre perdido entre los meridianos del planeta Pron. ¿Será posible? Los mensajes de la pantalla se desplazan lánguidamente hacia el techo y, en su lento movimiento en dirección al piso de arriba, también hacia el olvido. El mensaje está a punto de desaparecer. Tras el texto hay un código que debe memorizarse o anotarse. Mirko no sabe cómo funciona técnicamente el sexo por televisión, así que, sin tiempo para transcribir la cifra del amor, decide memorizar los cuatro dígitos, una contraseña aleatoria para ponerse en contacto de manera discreta con el chico de los calcetines color calabaza. Manda entonces un mensaje a la fosa común de los deseos que sin duda debe de ser una empresa como ésa. Mientras espera a que le contesten o no, piensa en la cantidad de líquidos que entran en contacto donde sea que se encuentren los SMS. Poco después sucede una obviedad no por obvia menos sorprendente: en plena noche parisina le mandan el número de teléfono de Clara, que él evidentemente ya tiene y que sabe que, entre ellos, es un número prohibido. Sólo un número, ninguna pista más, gracias por utilizar nuestros servicios, son casi tres euros que le facturará la compañía. Apaga la tele precipitadamente y decide enviar, saltándose las reglas, una señal desde el planeta Pron. Recibe como respuesta una dirección, 17 rue Jean-Colly. Son más de las doce de la noche. Vuelve a vestirse y, sin mirar dónde está la calle Jean-Colly, pide un taxi en recepción y espera ligeramente excitado. Cuando llega el taxi, Mirko le da la dirección al taxista, no tiene el nombre de ningún hotel ni cualquier otra referencia, y al taxista le cambia la voz, la calle que le pide está a tiro de piedra del punto de partida. Mirko se disculpa y, al llegar a su destino tres minutos después, paga la carrera y deja una propina por las molestias. En el número 17 de la rue Jean-Colly hay un hotelito. Mirko llama al timbre de la puerta principal, que está cerrada a esas horas de la noche; y, antes de que el recepcionista pueda contestar, ve desde fuera cómo se abre la puerta

del ascensor y sale Clara, perfectamente vestida, absolutamente bella y bañada por la luz ligeramente verde y etérea que desprende el neón de la farmacia que hay justo al lado y que ella debe atravesar para llegar hasta él, dispuesta, por lo que parece, a cruzar la noche parisina con Mirko Bevilacqua. Se miran, se abrazan sin hablarse y, poco después, Clara pronuncia una única y solitaria frase: «Tranquilo, toda la culpa es de Patricio Pron».

Mirko Bevilacqua no me explica los detalles posteriores cuando, antes de irse de París, me encuentra de buena mañana entre los escasos jugadores de ajedrez que acudimos al jardin du Luxembourg en semejante horario. Le pregunto si vino a buscarme aquí el otro día y me dice que sí, que habló con un viejo que no veía mucho pero que llevaba el gesto de la simpatía dibujado en la mirada; eso sí, me asegura que no iba con ningún perro. La sombra de la mujer croata atraviesa la escena matutina y tanto él como yo nos trasladamos por un instante al país balcánico antes de volver enseguida a París. Cuando nos disponemos a despedirnos me dice, ya sabes, nada de teléfonos, vivimos en la misma ciudad, nos encontraremos en algún sitio, estoy seguro. Y yo le digo que sí, atrapado de algún modo por su visión tan diferente de la estructura del mundo. A Mirko y a mí nos ha unido la casualidad, nuestra vida continuará si no volvemos a vernos, y, si nos vemos, entonces seguiremos con nuestra conversación. Pero no habéis llevado la literatura hasta el extremo, Clara y tú, le digo, y él me responde que es cierto, pero que algunas veces hay que olvidar las reglas. No tengo claro cuándo es el momento de olvidar las reglas, me digo para mis adentros, pero Mirko Bevilacqua ya camina en dirección a la salida del jardin du Luxembourg. No me ha dejado que lo acompañara y he pensado que era porque no quería que coincidiera con Clara. No he entendido los motivos, pero he respetado su decisión de marcar distancias, ha venido a buscarme sin saber si estaría aquí y eso es un gesto que debo valorar en su justa medida. Nada de reproches si ahora no quiere que vea a su amiga, si no quiere que sepa qué ha pasado esta noche. Ya habrá ocasión, pienso mientras dejo de mirar cómo su figura se aleja bajo los plátanos y los tilos, justo antes de que le ceda el brazo al cuerpo de una mujer que lo espera.

Vuelvo a las mesas de ajedrez. Gürcüvan repasa con jugadores más jóvenes una de las partidas que definían el romanticismo en el ajedrez del siglo XIX. Se sabe de memoria la partida e ilustra a los observadores como un maestro que da una clase y muestra un ejemplo de lo que fue aquel estilo de juego, que podría compararse con el de los equipos de fútbol entrenados por Johann Cruyff: ataque, defensa desprotegida y riesgo a favor del espectáculo, lo que en el mundo del ajedrez se conoce como sacrificio o gambito. Los amantes de la historia del ajedrez conocen perfectamente esa partida, que recibe el

nombre de «La inmortal». La jugaron en Londres dos alemanes nacidos fuera de las fronteras de la actual Alemania: Adolf Anderssen, alemán de Silesia, y Lionel Kieseritzky, alemán del Báltico. Kieseritzky vivía en París y se ganaba la vida como jugador y profesor de ajedrez, cinco francos la hora, en el café de la Régence, lugar de encuentro de todos los jugadores románticos y el lugar también donde Karl Marx y Friedrich Engels entablaron amistad tras una conversación de varios días, más larga que cualquiera de las partidas de ajedrez que se jugaban a su alrededor. Kieseritzky era un inmortal perdedor, la supeditación de la victoria a la belleza era uno de los emblemas de su escuela. Así, por ejemplo, él mismo publicó con orgullo la partida que había perdido contra Anderssen y la publicitaba en el café de la Régence, donde se daban cita no sólo jugadores, sino también intelectuales, filósofos y políticos, amontonados alrededor de las mesas de ajedrez bajo la niebla provocada por el tabaco consumido con generosidad, un humo que filtraba como un cedazo la luz de gas de aquella época desaparecida. En el siglo XIX, París era la capital del mundo y también del ajedrez.

«Si el tiempo es frío o lluvioso, me refugio en el café de la Régence», escribió Denis Diderot en El sobrino de Rameau. La mañana parisina había empezado a encapotarse y, como a Diderot, a mí también me entraron ganas de refugiarme en el café de la Régence y jugar un rato con los muertos; con Rousseau vestido de armenio, como se lo veía precisamente en el jardin du Luxembourg; con La Bourdonnais, que siempre jugaba por dinero, haciendo girar así el espectáculo alrededor de su mesa; con Jean Taubenhaus, el último de los jugadores que manejó desde fuera, con un dispositivo electromecánico, al pseudoautómata Mephisto antes de que desapareciera para siempre tras la Exposición Universal de París de 1899. Rousseau jugaba al ajedrez en el café de la Régence con Diderot y otros amigos, como el campeón Philidor, aunque la palabra amigo quizá no debería conjugarse nunca con Rousseau. Yo quería encontrar el desaparecido café de la Régence para evitar la lluvia que empezaba a regar los adoquines de las calles bajo los que estaría la playa, pero a falta de cafés históricos y de filósofos vestidos como armenios, tuve que refugiarme en un cine. Si el café era el refugio del siglo XIX, el cine lo era del siglo XX. No se me escapaba que ya estábamos en el XXI y que quizá este siglo se caracterizaba por no ofrecer refugio, por ser todo él un inmenso tiempo de hostilidad, una ampliación brutal de todos los campos de batalla. Walter Benjamin se refugiaba en los pasajes parisinos hasta que en Portbou se acabaron para él todos los pasajes. Mi abuelo se refugió en el pasaje de Ripalda de Valencia durante un bombardeo en la guerra civil española; al menos pudo servirse de un espacio propio del siglo XIX igual que yo iba a servirme

ahora del cine del siglo XX para protegerme de la molesta lluvia que no paraba de caer en aquel día sin épica del siglo XXI. El cine Le Champo, situado entre la rue des Écoles y la rue Champollion, era un cine de reestreno que funcionaba como una filmoteca en el Barrio Latino de París. No era lo que estaba buscando, pero me sorprendió ver el cartel de una película que no conocía, L'Immortelle, porque de nuevo me salía al paso el asunto de la inmortalidad. Quizá sea lo que necesite, pensé, encontrar la inmortalidad de alguna manera, ya sea en la partida de ajedrez entre Anderssen y Kieseritzky, en la novela de Kundera o en esta película desconocida. Y me metí de lleno en el siglo de las revoluciones perdidas, el siglo XX, concretamente en 1963, sacudiéndome las minúsculas gotas de agua que caían de mi ropa, convencido ya de que la vida estaba en otra parte.

L'Immortelle, del cineasta y novelista Alain Robbe-Grillet, se jugaba al ataque. Se parecía a la partida de ajedrez que enfrentó a Anderssen y Kieseritzky en el riesgo y en el sacrificio de las posiciones narrativas convencionales. En el tablero de ajedrez londinense donde se compuso aquella obra de arte se sacrificaba la narrativa convencional del juego posicional en beneficio de un combate audaz y difícilmente comprensible sin la magia y el riesgo. En la película, el director francés especulaba una y otra vez con un eterno retorno de las imágenes, de las voces y de los gestos, en una suerte de fenomenología gestual, pero introducía cada vez, como en un tour de force radical, una pequeña variación que indicaba de forma muy simbólica—con lo cual quizá no lo indicara tanto—que la realidad era compleja, que se nos escapaba la mayor parte de las veces y que no había manera de alcanzar ninguna verdad. El protagonista emprendía un viaje alucinante por la costa turca persiguiendo a una atractiva mujer a quien podía tocar como se toca una estatua en un museo si se esquiva la mirada de los vigilantes. El hombre ignoraba que aquella mujer también tenía un vigilante, ya fuese un marido o una fuerza interior que la apartaba de la cotidianidad. Los dos paseaban por una Turquía casi estática que, paradójicamente, no dejaba de falsificar los espacios públicos para ganarse el favor de los turistas. El protagonista contemplaba y admiraba una mezquita que los guías y los vendedores de souvenirs presentaban como muy antigua. Al cabo de un rato, la mujer le decía al hombre que la mezquita era una falsificación, que el año anterior no estaba o que estaba tan destruida y tan diferente que el intento por reconstruirla era una trampa más que evidente destinada a los turistas. Quizá decía aquello una y otra vez porque la verdadera trampa para el turista era ella, completamente falsa con su rostro hierático incluso cuando imitaba, con parsimonia, los bailes turcos y se quitaba la ropa de manera insinuadora ante el hombre embelesado. La película soñaba y hacía soñar con una Turquía que no

había existido nunca y que, como tantas otras cosas en nuestro planeta, cumplía la función de fijar un deseo que no se encuentra más que en el interior de nuestra mente, un deseo que, en realidad, como no se cansaba de recordar la mujer protagonista, Leila, o Lale, o Eilene, al hombre que la asediaba, sólo existía en su imaginación. Aquel encontronazo con el baile de la ficción me puso en guardia respecto al posible italiano Mirko Bevilacqua. Toda aquella historia de Clara era muy extraña, sobre todo la parte de París y la persecución literaria tomada como un reflejo dorado del cuento de Patricio Pron. Si apenas unos días antes yo había mantenido una interesante conversación con Mirko sobre la fenomenología del gesto en el aeropuerto de Manises, y él finalmente no había subido al avión que había de llevarnos a París en busca de aquella Clara que, teóricamente, debía acompañar a la mujer croata de aspecto aristocrático, pero que no la acompañaba porque lo hacía la mujer vestida de leopardo, ¿cómo era posible que, tan sólo unos días después, Clara y Mirko hubiesen podido poner en marcha aquel estrafalario baile con la literatura y estuvieran ya buscándose el uno a la otra como si fueran dos personajes del cuento de Pron que habían aprendido a jugar en serio?

La verdad del otro se volatilizó. Aun así, alguna verdad tenía que haber en la ficción de Mirko, o lo que fuera que fuese, porque a mí me había mantenido enganchado, con la mirada clavada en su historia de amor con aquella Clara que amaba a las mujeres y no a los hombres. Mirko la seguía y parecía que lo hacía convencido de fracasar y al mismo tiempo guiado por una fuerza interior que no acababa de comprender y a la que, para entendernos con alguna forma de lenguaje, podríamos llamar enamoramiento. Pero todo aquello que me había contado en el jardin du Luxembourg bien podría haber sido una parte del propio juego literario con Clara. No es que me importara ser partícipe de un asunto así, lo que me importaba era que no me hubiese dejado conocer a Clara. Siempre y cuando hubiese una Clara esperándolo en París y no se tratara de una historia del pasado y, en realidad, Mirko no hubiese venido a la capital francesa más que para constatar que la pérdida era ya irreparable. Algún día me lo encontraría por la ciudad o por el mundo y entonces lo abordaría y le exigiría que me contase a qué clase de cosas jugaba. En pocas palabras, le exigiría que me presentase a Clara o, mejor aún, a la condesa rusa, aquella que él decía que era croata.

VLATKA BABIĆ

La desaparición de Sanja Kovačić de la vida de su hija fue un golpe terrible para la niña. El vendaval de la guerra se había llevado por delante a la madre, pero Vlatka estaba convencida de que el hilo de voz que había salido de su boca infantil y había puesto sobre aviso al padre tenía una relación directa con la tragedia. Así fue cómo comprendió qué significaba desobedecer, qué significaba delatar. Vlatka no podía reconstruir los hechos, no sólo porque fuera muy pequeña cuando acontecieron, sino porque el padre, obviamente, le había ocultado la conversación etílica mantenida en el bar con aquellos hombres. Cuando una patrulla de las Waffen-SS alemanas detuvo a Sanja, Vlatka se quedó en silencio, absolutamente hundida y, por así decirlo, replegada sobre aquel cuerpecito suyo que, como quien dice, acababa de llegar al mundo. Matej removió cielo y tierra para revertir la detención de Sanja, para salvarla a ella y para salvarse él, pero en aquel tiempo el cielo y la tierra estaban hechos de ladrillos inamovibles. Voy a buscar a tu madre, le dijo a Vlatka dándole unas falsas esperanzas que él no tenía, y la dejó al cuidado de la abuela Daša. Matej Babić recorrió todos los centros de detención de Fiume y, aunque le dijeron una y mil veces que no podía hacerse nada, lo pusieron sobre la pista de Trieste. En el antiguo puerto austrohúngaro, en las últimas semanas de abril de 1945 se vivía una actividad desbordante a todos los niveles. Se liquidaban más enemigos que nunca, se tomaban decisiones personales en vista de la inminente derrota del fascismo y del nazismo. Los fascistas italianos, hasta entonces colaboradores humillados de los alemanes, empezaban a darles la espalda. El final de la guerra era inminente, ambos bandos lo sabían, pero no estaba claro quiénes serían los nuevos amos de la ciudad. Matej intentó limpiar al menos su conciencia y hacer algo por la mujer a la que había condenado, a pesar del peligro que suponía buscar a un prisionero. Enseguida surgió el nombre de la Risiera di San Sabba. La construcción de ladrillo rojo estaba muy cerca de la ciudad, enfrente de Muggia. Los italianos le advirtieron de que muchos prisioneros habían salido de allí hacia los campos alemanes del interior y muchos otros lo habían hecho por la chimenea. Las autoridades no le dieron más información o explicación que la que él ya tenía. Sanja estaba detenida, sí, y si no había hecho nada, no tenía nada que temer. Pero los alemanes ya no estaban para milongas y no le soltaron el discurso del advenimiento del orden gracias a la

disciplina germánica ni toda aquella palabrería. Se lo quitaron de encima y listos. En la ciudad se rumoreaba que los alemanes se encontraban a las puertas de la derrota, que los partisanos estaban ganando todas las posiciones en su camino hacia Trieste y que se plantarían allí de un momento a otro. Las noticias que llegaban de Berlín no podían ser peores para el ejército del Tercer Reich y los soldados, ebrios de la sangre derramada, se dedicaban a pasar sus últimos días como mejor podían. Matej decidió esperar y confiar en un milagro. Si la ciudad era liberada, los presos saldrían de la Risiera, y quizá lo hiciese también Sanja Kovačić dispuesta a empezar de nuevo, por lo cual se instaló en una pequeña pensión llena de seres destrozados por el destino. Los acontecimientos en la ciudad cambiaban cada hora. Los comunistas italianos preparaban la llegada de los partisanos yugoslavos de Tito y estaban dispuestos a dejar la ciudad bajo el control de los eslavos, tras la nefasta experiencia fascista, pero tenían que ir con pies de plomo porque la autoridad aún era de los alemanes. Los liberales apremiaban a los aliados para que fueran ellos, y no los yugoslavos, quienes llegaran antes a la ciudad. El batallón más cercano a Trieste en el frente occidental era neozelandés. Churchill había entendido perfectamente que había que usurpar el mayor territorio posible al nuevo comunismo que Stalin colocaba más allá de los Balcanes y de camino a Italia, pero las órdenes no llegaban y los neozelandeses, a veinte kilómetros de la ciudad, se lo tomaban con calma. Los fascistas italianos querían olvidar que habían sido fascistas y que habían entregado a los alemanes a toda la población judía en 1944. Al mismo tiempo, en Berlín se libraba la última gran batalla del conflicto. La tensa situación llegó hasta tal punto que los italianos del Comitato di Liberazione Nazionale (CLN), hasta entonces enemigos de los nazis, empezaron a apoyarlos con tal de detener el avance imparable de las tropas de Tito y retrasar así la entrada de los yugoslavos en Trieste, un intento desesperado de ganar tiempo para propiciar la llegada de los aliados neozelandeses. Esta actitud acabaría costándoles las represalias de los partisanos cuando el primero de mayo, un día después del suicidio de Hitler, el ejército yugoslavo hacía su entrada en la ciudad y desfilaba por las calles de Trieste. Antes de que esto ocurriera, los alemanes dinamitaron el horno crematorio de la Risiera di San Sabba y se retiraron directos hacia la rendición, hacia la ruta de las ratas que los habría de llevar a la salvación en España o en América, o hacia la muerte. Algunos la habían encontrado ya a manos de los partisanos, como Christian Wirth, responsable de las razias contra los judíos y los partisanos de la zona y de la construcción del crematorio de San Sabba, así como del programa de eutanasia de los enfermos mentales alemanes y austríacos llamado Aktion Tiergarten 4. Wirth fue sustituido en Trieste

por August Allers, que nombró comandante del campo de San Sabba a Josef Oberhauser. Todos ellos procedían de las entrañas de la máquina trituradora nazi, el programa T4 y el exterminio de judíos en los campos del este de Europa. Allers obtuvo la desnazificación en un proceso judicial puesto en marcha en 1949, aunque volvería a ser detenido tras el avivamiento de los procesos por la memoria en los años sesenta; sin embargo, el nuevo proceso quedó inconcluso y Allers vivió en libertad hasta su muerte en 1975. Oberhauser fue detenido por el ejército inglés en Bad Gastein—Austria—semanas después del abandono de la Risiera, pero fue liberado al cabo de poco tiempo. Su vida en la Alemania Occidental era la mar de plácida, pero un buen día se le ocurrió cruzar la frontera de la RDA y fue detenido, juzgado y condenado por su participación en el programa de exterminio de enfermos mentales—Aktion T4—. Quince años de cárcel, de los cuales cumplió ocho; después volvió a la RFA y trabajó como camarero en una cervecería de Múnich. Más tarde, en 1965, fue procesado de nuevo por su participación en el exterminio del campo de Bełżec. Cuatro años y medio de cárcel, de los que cumplió dos y pico, por haber colaborado directamente en trescientos mil asesinatos. Y vuelta a la cervecería. En 1976 los italianos deciden hacer memoria y abrir un proceso por la Risiera di San Sabba con dos acusados: Allers, muerto el año anterior, y Oberhauser, que sirve cervezas en Múnich. La extradición no se concede en virtud de un acuerdo ítalo-alemán que limita los delitos susceptibles de extradición a aquellos cometidos después de 1948, así que Oberhauser no asiste al juicio, que no obstante se celebra in absentia y es condenado a cadena perpetua, mientras a quinientos trece kilómetros de Trieste sigue corriendo la cerveza. Sin embargo, Claude Lanzmann, el director de la impactante Shoah, lo busca y lo encuentra trabajando tranquilamente en la cervecería, le muestra una foto en que aparece junto a Christian Wirth, su antiguo superior, y le habla de las fosas comunes de Bełżec. Josef Oberhauser no responde. Todo esto puede verse en la película de Lanzmann. Oberhauser murió en libertad en 1979.

Pero volvamos con los nuestros. ¿Qué ha sido de Sanja Kovačić? Sanja no apareció entre los supervivientes de la Risiera di San Sabba, sus cenizas probablemente flotaron en el ambiente irrespirable de Trieste mientras Matej esperaba la disolución de la historia con la insoportable sensación de llevar puesto un uniforme invisible de las SS. Con semejante espíritu deambulaba desorientado por las calles triestinas resistiéndose al inevitable regreso. Esperó todavía unos días más en su particular agujero negro por si recibía alguna noticia de la esposa delatada y perdida, pero sin dejar de mirar por el rabillo del ojo hacia el infierno. Italianos y yugoslavos seguían disputándose la ciudad. Los periódicos europeos celebraban el fin de la barbarie, pero

lamentaban que aún hubiese un lugar donde la guerra no había terminado, y ese lugar era Trieste. Una vez liquidado el enemigo alemán, ¿no había llegado el momento de aclarar las diferencias entre el capitalismo y el comunismo, en un anticipo explícito e irrefrenable de lo que iba a ser la Guerra Fría?

Matej Babić tenía que volver a Buzdohanj a retomar su vida y la de su hija Vlatka, pero ahora que se habían vuelto las tornas, temía convertirse él también en víctima, como parecía que estaba ocurriendo con muchos italianos y eslavos que, acusados de fascistas o de colaboradores de los nazis, eran enviados, en Trieste y en toda la antigua demarcación del Adriatisches Küstenland, a la muerte en las foibas, las simas, convertidas en fosas naturales al borde de las cuales eran ejecutados. Los infoibati, como se los denominaba, no siempre eran italianos, también había eslovenos o croatas acusados de haber ayudado a los ocupantes fascistas y nazis. Babić tenía bastantes papeletas para acabar en una foiba, bastaba con una denuncia de aquellos dos hombres del bar, con que repitiesen amplificadas las palabras de odio que había pronunciado contra su mujer. Por eso no dejó escapar la oportunidad que se le presentó para ganar crédito antes los nuevos amos. Salía de buscar consuelo en la parroquia del Sacro Cuore di Gesù cuando se cruzó con un hombre que entraba a toda prisa, corría hasta el final de la nave y desaparecía por una puerta al lado del altar. Matej se desentendió del hombre y siguió adelante dispuesto a olvidar la visión de aquella huida, pero poco después, ya en la calle, se topó con una patrulla de partisanos en actitud de estar buscando a alguien. Aquellos soldados victoriosos no podían devolverle a la Sanja que él mismo había denunciado, pero tal vez pudieran salvarlo a él. Se dirigió a los yugoslavos en serbocroata y les preguntó si buscaban a alguien, cosa que saltaba a la vista. La lengua abre puertas que de otro modo permanecerían cerradas. Los soldados describieron vagamente a un colaboracionista que huía de ellos y Matej observó cómo su cuerpo, su lengua, volvían a hablar. Los acompañó a la iglesia en la que había visto entrar al hombre y les indicó la puerta exacta tras la cual había desaparecido. Los soldados entraron y echaron a los fieles que había dentro, con los que el propio Matej se había mezclado apenas unos minutos antes. Poco después salieron con un hombre detenido, de semblante serio, consciente con toda probabilidad de lo que lo esperaba. Matej preguntó a los partisanos si podía acompañarlos y lo aceptaron en el camión que llevó al hombre hasta las afueras de la ciudad, a Basovica, que los italianos llaman Basovizza, en el altiplano del Carso, y Matej Babić vio entonces cómo lo acusaban de haber ayudado en la redacción y difusión de propaganda fascista y de haber denunciado a una familia judía. El italiano negó este último cargo y aceptó los demás, pero, con

o sin judíos, su sentencia estaba dictada y, poco después de llegar allí, su cuerpo, con las manos atadas a la espalda, yacía en el fondo de la abandonada mina de carbón junto a otros cuerpos que también tenían las manos atadas del mismo modo. Los partisanos volvieron a la ciudad y, durante el camino de vuelta, Matej se aseguró de explicar la historia de Sanja y de su desaparición. Al subrayar cómo ambos habían ayudado al partisano Grgić, no dudó en mostrar a su mujer como una heroína a ojos de los partisanos, pero reservándose para sí un lugar discreto, aunque bien visible, junto al pedestal erigido en memoria de la esposa desaparecida. Luego memorizó los nombres de algunos de aquellos partisanos y procuró que ellos recordaran el suyo repitiéndolo varias veces, así como su lugar de procedencia, por si pudiera serle útil más adelante, como así ocurrió.

Al volver a Buzdohanj, Matej Babić descubre que los dos hombres que podrían haber hablado han sido ejecutados. Siempre existe la posibilidad de que lo hayan hecho antes de morir, pero pasan los días y Matej se centra en cuidar de la pequeña Vlatka y en labrarse para los dos un camino hacia el futuro en el nuevo estado del mariscal Tito. Cuarenta días después de la ocupación de Trieste, ante las exigencias británicas y norteamericanas, las tropas yugoslavas ceden la ciudad a los aliados, que a partir de entonces controlarán la llamada zona A de la Venecia Julia. La línea Morgan separará esta zona A de la zona B, al sur, que quedará bajo dominio yugoslavo. Fiume dejará así de ser Fiume para convertirse en Rijeka y la comunidad italiana empezará a ser invitada a abandonar la ciudad. La nueva policía yugoslava tiene el objetivo prioritario de encontrar a los antiguos colaboradores de los nazis, pero no se limitará a ellos, pues debe dejar la ciudad preparada para su futura incorporación a Yugoslavia, y eso implica también la eliminación de algunos nacionalistas italianos que han luchado contra el nazismo y el fascismo. La incorporación de la zona B y de buena parte de la zona A a la Yugoslavia de Tito no se hará efectiva hasta 1954 y, antes de que eso ocurra, hace falta llevar a cabo una política que restituya las propiedades de los enemigos del pueblo, alemanes y fascistas italianos, al pueblo de Yugoslavia. Matej Babić ha vivido en Trieste la breve dominación eslava de la ciudad. Ha visto crecer la enemistad entre italianos y eslavos y se da cuenta de que tiene ante sí una buena oportunidad para luchar por el futuro de su hija Vlatka. Le pide a su madre, la abuela Daša, que se ocupe de la niña, deja el trabajo en el campo y empieza a pasar mucho tiempo en Rijeka, donde cuenta, siempre que puede, su participación en los hechos de mayo, en Basovica. Babić empieza a hacer pequeños trabajos de reparación en casas que han sufrido los estragos de la guerra, muchas de las cuales pertenecen a italianos que sobreviven bajo la atenta mirada del nuevo Gobierno. Si no se han visto implicados en asuntos relacionados con la

guerra, pueden estar tranquilos, les dicen, pero el italiano ha sido sustituido por el serbocroata como lengua oficial de la ciudad y muchos empiezan a pensar en el éxodo. El nuevo Gobierno ha dado vía libre al exilio facilitando la salida y haciendo imposible el regreso. Quienes optan por el exilio voluntario tienen que dejar a alguien encargado de sus propiedades. Babić se ha ganado la confianza de un matrimonio italiano sin hijos mientras ayuda a hacer reparaciones en su casa, relativamente lujosa, aunque con algunos desperfectos en el tejado y en el techo por culpa de los bombardeos aliados. Se trata de una pareja ya mayor que administra con tristeza una pequeña fortuna conseguida gracias al negocio familiar de exportación que tienen en el puerto de la ciudad. Matej Babić ve dibujarse una oportunidad y, aunque el matrimonio se ha hecho fuerte y ha decidido resistir sin abandonar su querida Fiume, les hace una oferta por la casa. Una oferta a todas luces miserable y humillante que sorprende a la pareja y la hunde, si es posible, en un estado de mayor melancolía. El hombre echa a Matej Babić de la casa y le exige que no vuelva a molestarlos nunca más, que no vuelva a dirigirles la palabra, que no vuelva a mirarlos a la cara. Pocas semanas después, ese mismo hombre buscará desesperado a Matej Babić, que conseguirá así comprar la casa por un precio incluso inferior al de la oferta inicial, ahora ya definitivamente por debajo del nivel de la humillación y con la ignominia más absoluta. Esa casa, adquirida a un precio muy inferior a su valor real en tiempos de postguerra será unos de los activos que permitirá a Vlatka Babić ganar dinero muchos años después, ya bajo la nueva bandera de la actual Croacia.

Vlatka Babić creció sin una madre a quien ella y su padre habían condenado. Tuvo que construirse con esta herida permanente en el alma y la única forma que se le ocurrió para lograrlo fue poner tierra de por medio y abandonar a Matej Babić, dejar Buzdohanj y Croacia, e irse a vivir fuera de la radiación de aquellos días ingratos en los que, siendo una niña, había tenido que hacerse adulta sin quererlo y soportar una desgracia que la acompañaría toda su vida. La aporía del huérfano se encarnaba en ella de un modo más desgarrador todavía. Aunque su vida había cambiado drásticamente tras la muerte de su madre, Vlatka debía ser feliz a pesar de las circunstancias y, si en algún momento conseguía vencer la melancolía y acercarse, no ya al absurdo de la felicidad, sino a la indiferencia de una vida sin abismos, sería a pesar de la ausencia irreparable de la madre. Todo lo que pasa tras la muerte de la madre sucede como consecuencia de la muerte de la madre y, por tanto, gracias a la muerte de la madre, una muerte provocada por su inocencia, por su pequeña maledicencia de niña inconsciente. Aquel acto era parte ineludible de su condición e identidad. Y aquel acto era, a sus ojos, un acto criminal de traición a

las advertencias de su madre. Moriríamos todos, papá también, y la pequeña Vlatka, le había dicho Sanja en cierta ocasión. Pero no, sólo había muerto ella, su madre. El padre Matej y la pequeña Vlatka habían sobrevivido. Matej había dejado de cultivar las tierras y había conseguido un puesto en la nueva administración comunista gracias a la ayuda del capitán que le había mostrado cómo puede desaparecer un hombre en una sima. Vlatka no esperó hasta la universidad para marcharse a Belgrado e hizo ya el bachillerato en la capital del país, interna en una escuela—siempre lejos de su padre, bien lejos de su padre—. Más tarde, estudió ingeniería industrial. El nuevo Estado daba facilidades para la formación académica, para la matrícula, para la vida en la ciudad. Por fin, veinte años después, los días de Buzdohanj empezaban a ser un recuerdo y no un presente que te agrede a todas horas. Su país gozaba en el mundo de un estatus singular: aunque fuera un país comunista, era también un país no alineado con la Unión Soviética y sus satélites. Tampoco hacía concesiones a los capitalistas. Las fronteras con Italia ya hacía años que eran estables y parecía que Tito conseguía cuadrar el indómito círculo de las distintas nacionalidades que habitaban en los Balcanes. Vlatka Babić empezó muy pronto a tener relaciones con mujeres. El ambiente del país no propiciaba la libertad sexual, en eso no había grandes diferencias con los países occidentales y, por lo tanto, los homosexuales, a no ser que pertenecieran a la clase social y cultural más alta—y aun así—, tenían que ser discretos. Las grandes ciudades eran, tal como sucedía en el mundo occidental, territorios más abiertos que los conservadores núcleos rurales. Belgrado, la capital del país y también la capital de Serbia, ofrecía a Vlatka espacios donde poder vivir con relativa libertad. Y Vlatka siguió ejerciendo esa relativa libertad cuando fue trasladada a Sarajevo por la empresa nacional para la que trabajaba. Vlatka no visitaba nunca a su padre, que aún vivía en la ciudad de Rijeka. Mantenían un contacto anual, generalmente ella lo telefoneaba cuando se acercaba la Navidad. A través del cable, en menos de cinco minutos, viajaban palabras tensas que decían cosas mínimas. Los minutos se alargaban, eternizándose, pero acababan consumiéndose y entonces padre e hija colgaban con la vaga promesa de verse en los próximos meses. Y así hasta que llegaba un nuevo diciembre. Vlatka vivía bien en Sarajevo. La ciudad bosnia albergaba una encrucijada de culturas; con la población repartida entre bosnios musulmanes y bosnios serbios de religión ortodoxa, la comunidad católica croata era una minoría, pero Vlatka estaba acostumbrada a formar parte de una minoría, ya fuese de croatas en Belgrado o en Sarajevo, ya fuese por su orientación sexual. En la década de los setenta del siglo pasado, en Yugoslavia las cosas funcionaban, al menos en apariencia. En 1984, cuando la ciudad

acababa de culminar con éxito la organización de los Juegos Olímpicos de Invierno, Vlatka Babić recibió una llamada desde Rijeka. Hacía apenas tres meses que había hablado con Matej, pero esta vez no era su padre quien llamaba, sino la voz grave de un hombre que se presentó como un buen amigo de su padre. Un infarto lo tenía contra las cuerdas en el Hospital Central de Rijeka y Matej Babić había preguntado por ella. Vlatka dejó de lado todas las diferencias con su padre y dio las gracias por tener la oportunidad de verlo aún con vida, de poder llegar a compartir con él una parte, por muy breve que fuera, de aquella vida minada. Descartó el viaje en autobús por Slavonski Brod y Zagreb, temerosa de no llegar a tiempo, e hizo el viaje en avión. El aeropuerto de Rijeka está situado en la isla de Krk, que los italianos llaman Veglia. Hacía exactamente dieciséis años que Matej Babić y Vlatka Babić no se habían visto, hacía treinta y nueve años que a Sanja Kovačić se la había tragado la Risiera di San Sabba, hacía ocho años que Italia había condenado a Josef Oberhauser a cadena perpetua por aquellos crímenes y hacía exactamente cinco años que Oberhauser había dejado de servir cerveza en Múnich porque había muerto. Todos estos detalles se amontonaban y presionaban el cráneo de Vlatka mientras aterrizaba en la isla de Krk, justo enfrente de la ciudad de Rijeka. Si Matej iba a morir, si cabía la posibilidad de que muriese, era un buen momento para hablar de lo que Vlatka siempre había sospechado, es decir, que era él, su padre, quien había usado sus palabras de niña contra su madre y que por culpa de ambos la madre había muerto. Vlatka no había querido enfrentarse nunca a un asunto tan determinante en la relación con su padre, en cierto modo porque conocía la respuesta y no sabía cómo reaccionaría al verla confirmada. No quería saber los pequeños detalles, no quería saber cómo y a quién había dicho qué, no quería saber tampoco qué había hecho todos aquellos días que había estado en Trieste tras conocer la muerte de su madre, sólo quería saber si aquel día de palabras derramadas, aquel día en que la había dejado sola en casa, le había contado a alguien lo que ella le había dicho. Con eso le bastaba.

Matej seguía vivo. Estaba débil, envejecido y con ese pelo ralo que preludia la muerte. No tenía buena cara, pero era su cara, la cara de su padre, y el temple de Vlatka flaqueó al verlo allí derrotado, un hombre que había sido fuerte, un hombre a quien, como a tantos hombres, la historia había forzado hasta conducirlo a la boca oscura de un túnel que desembocaba en otro país, en otro paisaje.

Matej también encontró a su hija desconocida. Había adoptado un aire altivo, por mucho que su visita hubiese llegado a tiempo y procurase mostrarse amable. Vestía de manera elegante, le dijo con un hilo de voz quitándose la máscara de oxígeno, parecía de origen noble y no campesino; parecía, le dijo, una antigua condesa rusa. Vlatka no

entendió por qué le decía aquello, tal vez Matej se había consagrado a la lectura en los últimos años y había leído historias de los balnearios europeos anteriores al turismo de masas, donde las damas rusas destacaban por encima de los demás usuarios. En realidad no podía saber nada de un hombre al que había abandonado en la adolescencia por voluntad propia y a quien la unía un extraño vínculo de sangre y genes saltarines que ahora tiraba fuerte de ella y la obligaba a inclinarse sobre la cama con una servilleta húmeda que le pasaba por la frente como si quisiera limpiarle las migajas propias de la vida y dejarlo limpio y preparado para la muerte.

Pero Matej Babić ni se moría ni mejoraba. Como si su vida estuviera anclada en aquella cama de hospital, pasaban los días y Vlatka lo atendía como mejor sabía y podía. Hablaban poco, pues Matej se agotaba enseguida y los médicos le tenían racionadas las palabras, casi podría decirse que contaban los caracteres que podía pronunciar al día. La pregunta fundamental de la existencia de Vlatka aún estaba por formular, la Tierra giraba cada veinticuatro horas y el sol volvía casi exactamente al punto de partida sin que se registraran cambios en la atmósfera. Una mañana dejó a Matej durmiendo y volvió a Buzdohanj. La casa pertenecía ahora a otra familia y la habían reformado; el pueblo había crecido, pero tampoco demasiado. La nostalgia por la vida perdida despuntó en el horizonte como el centelleo de una débil luz que crece de forma lenta pero inexorable cuando un perrito parecido al que tenían ellos durante la guerra, pero más grande, apareció en el camino con aire juguetón. Entonces, una niña de cinco o seis años salió tras él al grito de «Drago! Drago! Vrati se». Y así fue cómo Vlatka entendió que debía volver al hospital junto a su padre y hacerle la pregunta antes de que la niebla y las nubes echaran a perder aquella tregua. El estado de Matej había empeorado, el ritmo cardíaco se le alteraba, volvía a tener la tensión alta. Los médicos aconsejaban una segunda intervención—lo habían intervenido de urgencia el mismo día del infarto—, pero el riesgo era extremo. Por la tarde, Vlatka entró muy lentamente en la pálida habitación donde el padre agonizaba. Matej le hizo un gesto con los dedos para que se acercara a la cama. La máscara de oxígeno subía y bajaba como el vientre de un animal recién atropellado que yace en el asfalto. Intentó quitársela con la mano que tenía libre, pero no lo consiguió. Vlatka lo hizo por él. Su voz era como la hiel cayendo con cuentagotas, entrecortándose continuamente. De este modo, sin formular pregunta alguna, Matej Babić acercó su boca macilenta a la oreja de Vlatka y con pocos caracteres le dijo que sí, que había sido así. Luego, ella le volvió a poner la máscara de oxígeno y las lágrimas se derramaron por sus bordes. Vlatka tenía que volver al trabajo tras cinco días de ausencia. Iría y volvería para la intervención, le dijo

mientras le enjugaba el pequeño torrente que surcaba aún más aquel rostro ya surcado. Pero la intervención no llegó nunca. Matej murió mientras Vlatka aterrizaba en Sarajevo.

La casa de la calle Erazma Barčića, que Matej había comprado a aquel matrimonio italiano que, como tantos otros, huía de Fiume, era ahora un piso inmenso en un edificio señorial de estilo austrohúngaro y se encontraba relativamente en buen estado cuando Vlatka lo heredó de su padre—pues en la Yugoslavia socialista la propiedad privada de la vivienda estaba permitida siempre que no supusiera una acumulación con fines especulativos—. Aquella casa la vendió Vlatka por una muy buena cantidad ya en la Croacia independiente, y con ese dinero y el de su pensión viajaba, vivía y pagaba los caprichos sexuales de su existencia de mujer mayor y elegante con perro pequeño y consentido.

LA VANGUARDIA DE UN PLANETA BANAL

Se acabó la película y en el cine no encendieron las luces, nos dejaron a oscuras para que pudiéramos pensarla. Y eso es al menos lo que yo hice. En la pantalla, Jane Birkin le daba la réplica a Dirk Bogarde. Padre e hija se enfrentaban a los más que probables instantes finales del primero. Hay entre los dos una tensión que estira la cuerda en cuyos extremos se sitúan, por un lado, el amor, y por el otro, el dolor ante una pérdida de la cual los personajes no hablan, pero que está presente todo el tiempo. La despedida domina la atmósfera de la película y, así, la nostalgia que leemos en el título—Daddy nostalgie—levanta el vuelo y se anticipa a la desaparición, pero no lo hace impregnada de tristeza, como cabría esperar, sino de una comprensión profunda de la luz que irradia todo lo que se acerca a su final. Si no eres consciente del final, como pasa tantas y tantas veces, entonces el sentido tiene que proceder de una reconstrucción, de un relato, elaborarse a posteriori, en definitiva; pero allí donde se apaga un ser humano se produce un instante de luz en mitad de una noche oscura que, de un modo u otro y por encima del dolor, debemos aprovechar para buscar las llaves de casa que tan rápidamente hemos perdido. La película me llevaba a echar la vista atrás y recordar la cabecera de mi cama de niño donde lucía, aunque descantillada por algún arrebato posterior, la pegatina con el escudo del Real Madrid que mi padre había puesto en primer lugar y por delante del escudo del Hércules, en contra de mi voluntad. A continuación, sin ningún orden significativo, se sucedía el resto de escudos de los equipos de la primera división de fútbol de aquella temporada. Era la única discusión con mi padre que recordaba. Y también la única conversación. También recordaba cómo, al acostarme, se acercaba a mi cama para darme un beso y cómo, al incorporarse y erguirse, con lo alto y delgado que era, se golpeaba la cabeza con la lámpara del techo, que era de mimbre y dejaba pasar el amarillo eléctrico de la bombilla por los agujeritos del entramado, y entonces se proyectaban en las paredes una infinidad de puntitos que, con el movimiento, se ponían en marcha por los muros de la habitación cual cortejo de electrones a la deriva. El cuarto se convertía en la cabina de una nave abandonada en el mar y mi padre bromeaba y gritaba bien fuerte: «¡Que nos hundimos! ¡Capitán! ¡Capitán!». Y entonces le daba a propósito un manotazo a la lámpara del techo, que ya había empezado a estabilizarse, que no nos vea tu madre, no levantes la voz, decía en voz bien alta y con el tono que

uno pondría por ejemplo en la pista de un circo, mientras se tambaleaba y se movía arriba y abajo, imitando los movimientos que haría un ser humano dentro de un barco a la deriva. Los puntitos de luz amarilla aún saltaban más deprisa y mi padre sacudía el colchón donde yo estaba, sin poder dejar de reír, pues se daba cuenta de que aquello era un juego al que podría estar jugando toda su vida. Con el tiempo quedaría una sombra difusa de su culo y de sus piernas dibujada en la pared, hecha involuntariamente de tanto acercarse y rozar la pintura cuando buscaba el calor de un viejo radiador eléctrico que había en aquel lugar. Reflexionando sobre la muerte del padre, Milan Kundera dice que los humanos somos capaces de soportar el desconocimiento del infinito externo, porque sabemos que no podemos abarcarlo todo, pero ¿qué pasa con el infinito interno, con todas las posibilidades de existencia que recorren nuestra casa y que pasamos por alto a menudo por pura negligencia? La vida siempre era caprichosa. A veces podías despedirte de tus padres y a veces no, aunque esto último ni siquiera te lo planteabas; en cualquier caso, nadie quedaba a salvo de las radiaciones que emitía el infinito interno y aún por descubrir que dejamos pasar a nuestro lado, inconscientemente, en la vida de nuestros abuelos, más aún en la de nuestros padres, que sin duda se van cargados de secretos del tipo A, esos que ya nadie conocerá jamás.

Sumido en estos pensamientos, no me di cuenta, al salir del cine, que tenía enfrente a Mirko Bevilacqua, pues andaba yo distraído y más pendiente, por así decirlo, de no perderme en la lejana década de los años setenta del siglo pasado que de cualquier otra cosa presente o futura. Al final logré entender que aquel hombre con aspecto no premeditado de indolencia era Mirko, y que estaba diciéndome que renunciaba a su plan de entrar en el cine a ver The Act of Killing, un título tan espeluznante que aquello parecía el crepúsculo de la muerte. Había pasado el tiempo y las pocas certezas que yo tenía sobre Mirko y Clara empezaban a desvanecerse en la niebla, como si los días de

París quisieran borrarse por iniciativa propia y convertirse en recuerdos inventados, un proceso que con toda seguridad ya había iniciado su andadura.

Desde nuestro último encuentro en el jardin du Luxembourg había pasado más de un año, si el cálculo del tiempo no me hacía la zancadilla. A medida que la vida pasaba, la sensación provocada por el tiempo se volvía confusa y formidablemente evanescente, como bien saben todos los que transitan por esta segunda o tercera parte de la existencia. En aquel lapso indefinido, había vuelto a pensar a menudo en Bevilacqua. El haber establecido con él una relación absolutamente ajena a la época de hipervínculos en la que vivíamos le daba un encanto particular a aquel encuentro fortuito. Todo recorrido por los márgenes de la comunicación habitual acentuaba la gratificación de vivir en un mundo más antiguo, de habitar un pliegue del tiempo vivido de un modo absolutamente distinto al del resto de pliegues que nosotros mismos habitamos. Pliegues llenos de comunicaciones inmediatas que yo también utilizaba, pues disponía, como todo el mundo, de un smartphone, pero que nunca había usado —ni pensaba hacerlo después de sus advertencias—para comunicarme con aquel Mirko Bevilacqua que acababa de volver a encontrar en nuestra ciudad de Valencia, o eso al menos pensé entonces. Mientras la vida sucedía a mi alrededor, yo era un testigo de excepción del relato que Bevilacqua me brindaba. No sé si era más o menos interesante que otras posibles historias desplegadas en mil y una cartografías, pero sí era diferente por cuanto sucedía, en un plano comunicativo, en la acera de enfrente de toda la parafernalia tecnológica que nos atontaba.

Mientras caminábamos juntos, pero aún en silencio, pensé que Mirko Bevilacqua era un habitante de los planetas de la diferencia. Su historia de amor no correspondido con Clara, su empeño por mantenerse al lado de aquella mujer que le proponía la vida como un juego a ciegas, me resultaba inquietante en un punto, como si de algún modo yo tuviera que extraer alguna enseñanza de todo aquello, pero al mismo tiempo no supiera exactamente qué tipo de enseñanza debía extraer, ni a qué parte de mi existencia debía aplicarla. Ante semejante inconsistencia de la mirada, no me quedaba más opción que seguir escuchándolo y aguardar a que la cosa cobrase sentido, permanecer atento a su relato, aunque hubiera sospechado que no todo lo que me contaba era cierto, o como mínimo que no todo había sucedido de la manera y con la cronología con que me lo había contado en París. Extrañamente parecía que fuéramos viejos amigos, una vieja amistad forjada a fuerza de saltarnos la (normalmente) necesaria convivencia y el conocimiento del pasado de cada cual. Exceptuando algunos pequeños detalles, Mirko siempre me había

hablado del presente o del pasado más inmediato, y no de sus orígenes, por ejemplo. Desde luego, yo quería conocer esos orígenes, pero también quería dejarlo narrar a él, a su antojo, descubrir exactamente adónde quería llegar con aquella especie de confesión por entregas marcada por el ritmo de un tiempo sometido por completo a la suerte de los distintos encuentros.

Por supuesto, me dijo Mirko Bevilacqua como si se tratara de un conspiranoico, que debemos seguir sin usar los teléfonos. Todos sabemos que nos vigilan, añadió, con independencia de si ahora mismo hay alguien controlando las visitas que hacemos en los espacios virtuales. Seguimos adelante con la ilusión de ser flâneurs libres y arbitrarios dentro de nuestro despacho, dentro de nuestro teléfono. Tal vez nos guste sentirnos observados y por eso disfrutamos con la orgía de datos que ofrecemos gratuitamente a los que nos vigilan. Se dan las condiciones necesarias para instaurar una dictadura mundial que, por ejemplo, eche de su puesto de trabajo a todos los funcionarios desafectos al régimen, dijo al percatarse de que yo iba a dar por terminado el tema de la conjura y a preguntarle directamente por su historia con Clara. Y serán los propios funcionarios, continuó como si yo ya no estuviera allí, los que se habrán delatado alegremente mientras pelan una mandarina fuera de temporada. Lo mismo podrán hacer las grandes empresas con sus trabajadores. Entonces surgirá un movimiento que preferirá pagar los costes de la desconexión y vivir al margen del sistema, pero precisamente por vivir al margen será sumamente sospechoso y también purgado. Es cuestión de tiempo, apostilló. Estos encuentros nuestros, acabó diciendo, son la resistencia y tienen el valor de las piezas raras que se conservan en el interior de un museo.

Se produjo entonces un silencio que Bevilacqua aprovechó para dar el primer trago a su cerveza fresca. No te lo creerás, dijo sin esperar mi pregunta, pero con Clara todo sigue exactamente igual. A mí me parecía imposible aquella especie de eterno retorno de las cosas, porque al fin y al cabo, tarde o temprano, también tenemos que salir de los dobleces en que estamos atrapados.

Clara había seguido viendo a la dama croata. Había seguido viviendo bien como amante irregular de aquella mujer que la superaba en tantos años, al tiempo que la amistad con Mirko y los lazos de afecto con él se habían consolidado. Bevilacqua me dijo que Clara le había dejado muy claro que nunca, nunca, nunca podía preguntarle nada sobre su vida croata, y que si ella quería contarle algo, ya se lo contaría. Algunas veces habían tenido contacto físico por encima de la ropa, en una especie de afecto que era como de sexo sin sexo. Habían renunciado, eso sí, a las desapariciones urbanas ideadas por el escritor Patricio Pron, aunque Clara había seguido

proponiéndole viajes basados en el desconocimiento de los lugares que visitaban, viajes a los confines y alrededor de conceptos inhóspitos o completamente extravagantes. Conquistas de turista fuera de los escenarios del turismo. El último, aún reciente, había sido toda una experiencia y Bevilacqua quiso contármela mientras apurábamos la enésima cerveza.

Clara, empezó su relato Mirko Bevilacqua, me pidió que confiara totalmente en ella. Me entusiasmaba la idea de que tuviera otro proyecto entre manos, ardía en deseos de ver si por fin cedía y sucedía algo entre nosotros, más allá de todo lo que ya sucedía, que no era poco. Su negativa a hablar de la mujer croata había hecho que el tema desapareciera de nuestras conversaciones, que normalmente giraban en torno a la pintura o a la política. El sexo era un trasfondo con el que convivíamos como si de una ideología muda y paralizada se tratase. Clara me preguntó explícitamente si confiaba en ella a ciegas, y recalcó esta última palabra con una sonrisa reforzada por el arqueo de la curva de sus ojos. El envite estaba hecho, me contaba Bevilacqua, y si lo aceptaba era evidente que debía decir a todo que sí. Entonces, tendrás que dejarte llevar, dijo Clara, dijo Bevilacqua, y no hacerme preguntas. Tendrás que permitirme que te cubra los ojos con unas gafas opacas que te dejarán completamente ciego. Cubrirás tus orejas con unos auriculares por los que escucharás la música que yo te ponga y que evitará que puedas oír adónde vamos por la megafonía del aeropuerto, porque cogeremos un avión. Parecerás un famoso futbolista ciego con los cascos puestos. Durante el vuelo nos sentaremos juntos, decía Clara con voz extremadamente asertiva, me contaba Mirko. Estarás siempre a mi lado, me aseguró Clara, decía Mirko, no te preocupes por eso. Así pues, Clara organizó todo aquello sin explicarme nada, sólo me pidió una cantidad exagerada de dinero que yo le di sin rechistar, y un mes más tarde me avisó de que había llegado el momento y de que estaríamos fuera una semana. Para mí una semana de juego con Clara era adrenalina en vena, dijo Mirko. No me preocupaba si dormiría con ella en la misma cama, como había sucedido algunas veces, o si eso era un imposible, el caso es que yo estaba dispuesto a someterme a su voluntad particular impulsado en el fondo por esa obsesión de reinventar el turismo y aumentar las posibilidades del viaje.

A mi modo de ver, parecía que Mirko Bevilacqua aceptaba aquella situación debatiéndose entre la incómoda oscuridad en que debía moverse y la auténtica fascinación por los nuevos universos descubiertos. Tal vez quisiera comprender algo, pero en realidad era una tarea casi imposible. Completamente a oscuras, sentado en un asiento relativamente cómodo, miraba el mundo como un lugar vacío de gestos, vacío de personas y vacío también de humanidad.

Precisamente, los gestos de las personas le habían ayudado a sobrevivir tantas y tantas veces cuando, de estación en estación, de aeropuerto en aeropuerto, había puesto todos los sentidos, ahora sometidos, al servicio de la contemplación que suponía el hecho de ver pasar la vida en los cuerpos ajenos. El amplio gesto de un brazo, una mirada pura dirigida a un niño travieso, una pierna firme cruzada sobre la rodilla izquierda. Y había renunciado a todo esto de manera voluntaria y no sé si ingenua, aceptando la voluntad exorbitante de aquella mujer que lo acompañaba, que lo guiaba, que quizá lo perdería, que tal vez lo abandonaría ante una fuerza telúrica ingobernable, ante la brecha impenetrable del futuro.

Yo había aceptado el juego, seguía Mirko, y buscaba ahora, confundido, el codo de Clara para rozar apenas con los dedos el mundo de los sentidos, que era también el mundo de los vivos, que era el mundo que voluntariamente había puesto entre paréntesis durante el tiempo que durara el viaje hacia el núcleo fundamental de aquella oscuridad que todo lo abarcaba.

Privado de sensaciones, sentía no obstante crepitar su cerebro, me contaba, como si fuera una hoguera que acabaría por extinguirse, pero que en aquel momento quemaba y abrasaba todo lo que tenía cerca. Debía concentrarse, me decía, en la imagen de un cerebro que piensa, que sólo tiene al alcance esta última facultad. La esencia del hombre, mentían los filósofos, decía Mirko, pues todo el mundo sabe que no hay hombre sin mundo, sin el sabor salado de la vida exterior, sin el impactante efecto de los sonidos y del amor por lo que significa ver, aunque sea desde lo más hondo de la más profunda miopía, aunque sólo sea el destello de luz del que yo estaba privado por propia voluntad, la voluntad de jugar con Clara, la voluntad de confiar mi cuerpo a su ingenio de mujer aventurera y capaz, a su afán por cruzar el umbral de la puerta del deseo de la manera más extravagante que pueda uno imaginar. Eso es lo que yo era entonces, decía Mirko, en eso me había convertido, en un transeúnte que deambula lejos de cualquier orden y cerca de la extraña convicción de estar metiendo la pata hasta no se sabe dónde, y con la lucidez suficiente para darme cuenta de que aquella historia vivida con emoción podía llevarme tanto al cielo como al infierno.

El aislamiento era absoluto, decía Mirko, sobre todo teniendo en cuenta que llevaba puestos unos auriculares que me ofrecían en un volumen exageradamente alto una música de monjes en lo que parecía una lengua eslava que no reconocía y que no dejaba pasar, por así decirlo, ni el llanto de un niño arañado. Sólo me faltaba respirar por la boca como quien respira por el deseo, para evitar el aroma del duty free que acabó convirtiéndose, al fin y al cabo, en un ancla con la que aferrarme al mundo antes conocido, un olor único de perfumes

mezclados y demás productos sin tasas que me ataba a la vida, pero que me ataba mucho, que me ataba con ganas, que me hacía andar sin queja por el aeropuerto al que habíamos llegado poco antes.

De este modo tan extraño, me decía Mirko, subí a un avión desconocido. Pasé el control como lo haría alguien aquejado de fotofobia, sin oír nada más que una música clásica que no reconocía para nada y que se alternaba con los cánticos eslavos. Agarraba a Clara por el codo y ella me guiaba sin decir nada, pues yo viajaba dentro de una música que me transportaba al siglo XIX, acompañado por unos coros religiosos de ultratumba y composiciones de piano que convertían la experiencia del viaje en un asunto yo diría que cercano al misticismo, siempre y cuando sepa qué es el misticismo. Y lo hacía en silencio, sin atreverme a pensar de manera racional por efecto de la música y de todo lo demás, y, en cambio, vislumbrando la posibilidad de que cuerpo y pensamiento funcionaran a la vez como una única cosa que penetra por un resquicio negado una y mil veces por todos los que han defendido la diferencia radical entre el cuerpo y la mente. No podía decir en qué pensaba mientras alzábamos el vuelo, pero tampoco podía afirmar que había dejado de pensar, y en éstas estábamos mientras el avión nos conducía hacia lo desconocido. Hay que decir, añadía Bevilacqua, que yo intentaba adivinar la trayectoria del vuelo, que me parecía dirigirse hacia el este, pero me desorientaba enseguida y, con tanta oscuridad y tanta música, ya no sabía si torcíamos hacia el noreste o más bien hacia el sureste o simplemente hacia el este. Y menos aún cuando empezó a hacerme efecto el somnífero que Clara había echado en mi vaso de vino y que me dejó aletargado hasta que las ruedas del aparato impactaron contra una pista de aterrizaje de vete a saber qué lugar hermético del planeta. No tenía ni idea del tiempo que había estado volando. Todo seguía a oscuras y los cánticos religiosos volvían a acompañarme. La mano de Clara descansaba sobre mi mano como si mi mano fuese la de un chaval inocente camino del médico o del dentista.

Clara se las ingenió para conducirme al hotel en estas condiciones de privación sensorial parcial, incluso en lo que me pareció un control de pasaportes. En todo el tiempo, no dejó de ser extremadamente amable y atenta conmigo. La música, que no se había interrumpido ni repetido en ningún momento, hacía que me sintiera a ratos en algún lugar del imperio austrohúngaro. No sé si era por efecto del somnífero, pero tenía la impresión de que al abrir los ojos me encontraría junto al emperador Francisco José y su Sisi en algún baile de la corte vienesa. Pero a saber cómo iría la historia. En la habitación del hotel, Clara, tras asegurarse de borrar cualquier pista geográfica en forma de fotografía turística o bloc de notas con la dirección del lugar, me quitó con un gesto delicado las gafas oscuras. Antes se había preocupado

por dejar en penumbra la habitación y evitarme así el impacto de la luz. Estaba tan desconcertado que parecía el prisionero obligado a salir de la caverna platónica, incapaz de reconocer nada. Poco a poco me fui percatando de que el hotel era uno de aquellos hoteles despersonalizados que tanto podía estar en Nueva York como en Pekín o en Murcia. Pero la habitación tenía una sola cama de matrimonio y pensé que por lo menos, tras tanta penuria, podría dormir con Clara.

¿De quién era la música?, le pregunté a Mirko antes de dejarle continuar su relato eslavo, un relato tan extraño que yo ya empezaba a imaginármelo escrito con letras de aquella heterografía consistente en acentuar las consonantes o en dibujar un alfabeto que a los occidentales nos resulta tan difícil. Mirko Bevilacqua estaba convencido de encontrarse en el este de Europa. Seguramente pensaba, como pensaba yo mientras lo escuchaba, en un país como Croacia. ¡Después, la música después!, me dijo Bevilacqua excitado antes de reanudar la narración.

Al día siguiente, siguió contándome, volvieron las gafas, los cánticos y el aislamiento, antes de subir a una furgoneta, siempre guiado por la mano benefactora y autoritaria de Clara. Era un transporte turístico de pequeño tamaño. Tras las voces de los monjes oía las voces de otros probables turistas, si el término era pertinente, aunque no fuera capaz de entender nada de lo que decían, ni siquiera la lengua en la que hablaban. Me vino entonces, como en una ensoñación, una imagen intensa y poderosa de la que no podía librarme fácilmente: Clara y otras personas habían convencido a sus amigos o parejas para dejarse embaucar en aquel juego que ya no me hacía tanta gracia, e iban a meternos a todos en una cueva profunda y sin retorno. Alguien grabaría en vídeo aquella ejecución banal que más tarde se convertiría en moneda de cambio en las redes sociales. Bevilacqua hizo un gesto mostrando cierto malestar, como si quisiera quitarse de una vez las gafas. Entonces, Clara le pasó una mano por la cabeza y por fin se las quitó, pero no hizo lo mismo con los auriculares. Bevilacqua lo agradeció, porque, según dijo, aquella barrera negra empezaba a oscurecerle el espíritu. Clara le dio un beso en la mejilla y dejó que especulara. Los viajeros, parejas y otros turistas, transitaban ahora en silencio por una carretera recta y relativamente ancha flanqueada de vegetación abundante, pero no era un bosque espeso, sino uno con pequeños claros tras la primera fila de árboles. Las sacudidas provocadas por los baches del asfalto hacían bailar al compás las cabezas que descansaban blandamente sobre los hombros de los pasajeros. Bevilacqua estaba ansioso por ver algún cartel, pues no se atrevía a preguntar, ni a Clara ni a nadie, dónde estaban. Tardó varios minutos en aparecer uno, dijo Mirko Bevilacqua y se puso a garabatear algo a lápiz en una servilleta, con una grafía

difícil pero precisa: Радиоактивные. Después me miró y me soltó un «¿Qué?»… Guardamos los dos un silencio a la búlgara, hasta que yo exclamé súbitamente: «¡Serbia!», pensando que, de un modo u otro, tenía que aparecer la conexión balcánica, y dándome cuenta al mismo tiempo de que, por el solo hecho de ver escrito el alfabeto cirílico, me venían unas ganas terribles de estar en aquel momento paseando por las orillas del Danubio en Belgrado, o en Novi Sad, y llevar en la mochila un ejemplar bien encuadernado del libro de Claudio Magris que lleva por título el nombre del río, El Danubio, para poder leer el fragmento adecuado en el lugar adecuado, pero sin ser consciente de que no era tan difícil descifrar que aquello no era el nombre de un pueblo, sino una advertencia de que estábamos entrando en un territorio radiactivo.

No, no, no, no. Nada de Serbia, ¡Prípiat!, dijo Mirko Bevilacqua desvelando el misterio con un brillo en los ojos que parecía proceder directamente del fulgor de un reactor nuclear estropeado. ¡Prípiat! ¡Me había llevado a ver la ciudad muerta de Prípiat, desalojada a toda prisa tras el accidente de Chernóbil! Me condujo a aquella zona apocalíptica con la música de dos compositores ucranianos—Liatoshinski y Leontóvich—, para ambientar convenientemente la escena. Los cánticos de ultratumba de los coros de Leontóvich aún resuenan aquí dentro, dijo Mirko tocándose con el dedo índice la sien. En el avión me habían recordado mucho la escena del baile de máscaras de Eyes Wide Shut, concretamente cuando se acerca el ritual mágico que precede a la orgía de máscaras y sexo que acabará con Tom Cruise atrapado, justo en el momento en que todas las mujeres están desnudas y él observa, desde detrás de la columna, cómo una especie de sacerdote con túnica roja y el rostro cubierto las libra al infierno y a la abyección con un golpe seco de su báculo autoritario.

Y sí, mi situación no era como para tirar cohetes, decía Mirko. Había algo que escapaba a mi control en aquella forma de abandonarme a la voluntad de Clara y, al mismo tiempo, la plena conciencia de querer seguir adelante a toda costa, movido como estaba por un afán que a veces era literario y otras torpemente sexual. La música de Leontóvich, un compositor que no me sonaba de nada, me acercaba a aquel estado parecido al de Tom Cruise en Eyes Wide Shut, decía Mirko Bevilacqua. Es muy difícil que un humano con más dosis de intuición que de razón pueda sustraerse a un estado que mezcla la curiosidad con el miedo y el deseo, cuando estos elementos se combinan convenientemente con la ficción, con la aspiración de que el arte domine a la vida. Por eso yo me dejaba conducir como un animal dócil, como si viajara por el interior de una pintura de Remedios Varo. No era consciente, de un modo racional, del riesgo que suponía cruzar aquella marca atómica. No me veía capaz de

interrogar a Clara y preguntarle por qué, preguntarle qué pretendía llevándome al interior de aquella ruina que seguía hirviendo. Me limitaba a obedecer las órdenes de los que nos guiaban a través de los escombros.

La experiencia del viaje a la zona de exclusión de la central nuclear de Chernóbil resulta deslumbrante por un cúmulo de circunstancias nada fáciles de explicar, me contaba Bevilacqua con la calma necesaria que requieren las narraciones; más aún, continuaba, si a la experiencia de encontrarnos frente a los límites de la tecnología debemos añadir nuestras propias obsesiones. Estuvimos dos días recorriendo aquellos parajes en los que ya no queda ninguna vida que podamos considerar «normal», en los que hoy todo es un desierto postecnológico salpicado de chatarra dispersa. Por un lado, los trabajadores siguen preparando un nuevo sarcófago para el reactor que reventó en 1986; por el otro, las agencias de turismo nuclear hacen su agosto ofreciendo un espectáculo a alucinados viajeros como nosotros. Lo primero que me pregunté, cuando pude recuperar los sentidos y el aliento, decía Mirko, fue quiénes eran todos aquellos compañeros de aventura con los que viajábamos en aquella furgoneta soviética tipo UAZ-452. No se me ocurrió preguntarme quiénes éramos nosotros, o, sobre todo, quién era yo. Igual que le pasaba a mi abuelo cuando, en mitad de un atasco, se preguntaba indignado adónde diablos iban todos aquellos vehículos, sin preguntarse nunca adónde iba el nuestro. Siempre cuestionamos las razones de los demás porque, en una típica maniobra de distracción, así al menos podemos echarles la culpa por su opacidad, por su hermetismo, por su cerrazón, pero cuando la pregunta se vuelve hacia nosotros no hay consuelo posible ante el obligado silencio. Y los otros eran mayoritariamente, continuaba Mirko, ciudadanos de la Europa occidental hartos de visitar la Torre Eiffel en París, hartos de contemplar la belleza toscana, hartos de tropezar con sus vecinos de Liverpool en la Rambla de Catalunya. Todo lo que me contaba Mirko me llevaba, pues, a pensar en personas interesadas en mirar el pasado por un agujero inventado en uno de los pliegues de la memoria de los hombres. Interesadas por la mezcla de tecnología, barbarie, poder salvaje de la naturaleza y espeluznante futuro. Interesadas, al fin y al cabo, por la autenticidad, pero al mismo tiempo preparadas psicológicamente para aceptar la falsificación, para contribuir por iniciativa propia a la ficción más extraña, pues según me explicaba Mirko, él mismo había sido testigo de cómo uno de sus compañeros de ruta había dejado disimuladamente una muñeca de plástico sin cabeza junto a una de las cunas destrozadas del hospital infantil en ruinas, una muñeca que, al parecer, acababa de sacar de su mochila y, por lo tanto, una muñeca ajena a la destrucción atómica, una muñeca libre hasta entonces de

roentgens y a la que aquel turista habría arrancado la cabeza con sus propias manos antes de llegar. Una muñeca que, tan sólo unos días después, será fotografiada por otros turistas como prueba fehaciente de la irresistible nostalgia y radiación que emana de un lugar único, como era evidente que ocurría en aquella zona alrededor del reactor 4 de la desdichada central nuclear de Chernóbil.

Turismo nuclear, lo llaman, y te dan instrucciones, y te hacen firmar mil y un permisos y cláusulas de responsabilidad similares a las que firma un enfermo ante una prueba radiológica. Te dan también una máscara que acabas quitándote porque los que te la ofrecen tampoco la llevan puesta; un contador Geiger-Müller que confías en que funcione bien, aunque no sea fácil saber cuándo las cifras expresadas en milirrems, en microrrems, en sieverts o microsieverts suponen un peligro real; y entonces te sueltan frente al reactor que has visto decenas de veces por televisión, con la orden taxativa de hacer las fotos deprisa y cambiar enseguida de sitio por razones de seguridad, para no exponernos más de la cuenta a una radiación que, por otro lado, dicen que es mucho menor que la que absorbes cuando pasas por los aparatos de la medicina nuclear. Todo está organizado de forma verosímil y sólo ahora me pregunto si aquella prisa no era la misma prisa del turismo de masas que te lleva a hacer fotos en medio minuto en el Arco del Triunfo mientras pasas por delante con el autobús porque detrás de tu vehículo viene otro, y tras éste otro más, y así todos y cada uno de los días del año en cualquier parte del mundo invadida por la horda de ociosos que vamos y venimos de un lado para el otro. Pero volvamos a Prípiat, dijo Bevilacqua, las fotos no se interrumpen en esta ciudad asediada por la naturaleza del mismo modo que la naturaleza ha asediado las ruinas mayas de Calakmul. Al parecer, tras el accidente, los animales desaparecieron y se hizo un silencio brutal. Era una naturaleza sin vida, sin escarabajos ni gorriones, sólo con personas a punto de ser desalojadas, algo que no ocurrió hasta el día siguiente de la tragedia; aquella noche, las ventanas y los balcones de Prípiat estaban ocupados por sus habitantes, que contemplaban en el horizonte la iridiscencia azul del futuro. Luego, la vida ha continuado fuera de la zona de exclusión. En cambio, dentro de esa zona, donde está la ciudad muerta de Prípiat, los árboles y los matorrales han ido ganando terreno a los edificios abandonados, hasta el punto de que parece que Prípiat sea un viaje al futuro que tarde o temprano nos espera en todas nuestras ciudades. Las ramas de los árboles aún supuran la vitamina radiactiva, pero crecen y crecen atravesando las ventanas y resquebrajando las baldosas y el asfalto. El espectáculo deja sin aliento. La piscina. El teatro. El hotel. La escuela. La pista de coches de choque donde flota la hojarasca de una vida sin raíces junto a un vehículo desvencijado

que parece una maceta donde crecen las plantas envenenadas. Y la propaganda, «tocad lo intacto, sentid lo desconocido, mirad lo salvaje», que enardece el ánimo de los turistas y nos impide ver el peligro de las cifras desorbitadas que marcan los contadores Geiger. Es una atracción por el abismo. Como arriesgarse a morir por una selfi tomada sin cuidado al borde de un acantilado de mármol, pero en diferido. De hecho, cuanta más radiación marca el aparato más sonríen los turistas, más se excitan, más se excitaba Clara. Más me excitaba yo.

Clara y yo pasamos la noche en un hotel de Chernóbil, a veinte kilómetros de la central. Tras la cena elaborada con productos garantizados, ecológicamente puros para compensar el exceso atómico, conversamos con el resto de turistas nucleares. Para la mayoría era su primera experiencia fuera de los circuitos habituales del turismo, exceptuando alguna peripecia vivida en la India o en la selva colombiana. Pero allí, entre nosotros, había una pareja diferente, una pareja fascinada por convertirse diría yo en la absoluta vanguardia de un planeta banal. El hombre había depositado la muñeca decapitada en una de las cunas tronadas del hospital infantil mientras la mujer lo fotografiaba en aquella y en mil y una posturas diferentes. Él también la fotografiaba a ella en las posiciones más arriesgadas, contraviniendo todas las órdenes de los guías. Si nos decían que la tierra era la parte más contaminada y que había que andar por el asfalto y mantenerse en pie, ellos se fotografiaban en la hierba, engullendo comida típica de la zona, con el reactor detrás y una sonrisa en la cara o el pulgar apuntando al cielo que pretendían ganarse. El hombre nos enseña otras fotos espeluznantes. En una de ellas, la mujer saca la cabeza por la trampilla de un tanque mientras a su espalda se ven edificios calcinados, ruinas y soldados armados hasta los dientes. Son las afueras de Donetsk, no lejos de aquí, hace seis meses, nos dice el hombre en inglés. Nos gusta vivir aventuras auténticas, añade sin dejar de sonreír y enfatizando la palabra authentic. Su siguiente proyecto era viajar a Alepo, una agencia rusa ofrecía el viaje por mil quinientos euros, querían hacerse una foto arrastrando una maleta de ruedas por las calles destrozadas. Tenían que ir antes de que los rusos expulsaran a los rebeldes contrarios a Al-Ásad, antes de que el conflicto terminara. Es bastante seguro, añadía la mujer, me contaba Mirko, y la emoción no es comparable con nada de lo que puedas vivir. Y luego estaban los stalkers, dos amigos alemanes fanáticos de un videojuego de acción llamado S.T.A.L.K.E.R.: Call of Pripyat, directamente inspirado en la película de Tarkovski, a cuya acción se añadía el accidente nuclear de Chernóbil, pero con todo tipo de concesiones a la violencia; es decir, disparos constantes, aventuras en primera persona por «la Zona» y un montón de

barbaridades bélicas ambientadas siempre en los parajes postnucleares de Prípiat. Aquellos dos habían ido a conocer en directo el escenario de sus vidas virtuales, superaban de largo la treintena y se lo pasaban en grande como dos adolescentes frente al misterioso paquete que les han traído los Reyes Magos.

¡Qué panorama!, pensaba yo mientras oía a Mirko Bevilacqua desgranar la historia y lo imaginaba siguiendo a los guías y a su guía o stalker particular. Lo veía adentrarse en la zona sin ánimos para dar marcha atrás, impulsado siempre hacia delante, como en un bote, por una fuerza parecida a aquella que había hecho dar un paso heroico al hombre soviético y subirse a los helicópteros para apagar el pavoroso incendio tirando sacos de arena sobre la nube radiactiva. Con la diferencia de que el hombre soviético se dirigía al reactor alentado por una suerte de fe en la patria, en la gloria o en el dinero, mientras que los turistas nucleares sólo tenían fe en degustar la falsamente intacta desgracia ajena. Unos y otros paseaban ofuscados ante el sarcófago que se hacía añicos, se descomponía y dejaba al descubierto el humus de grafito que amenazaba con liberarse a través de la infinitud de grietas dejadas por aquel fatídico experimento del 26 de abril de 1986. Y los turistas pagaban por hacerlo. Me daba cosa darle la mano a Bevilacqua después de lo que me había contado. ¿Tenía que mantener la compostura y adoptar una actitud cortés o mejor largarme de allí pitando? Era la primera vez que oía hablar de roentgens, rems o sieverts y realmente no sabía qué hacer. Nadie nos había dado nunca instrucciones para eso, como a los ucranianos o bielorrusos en 1986, aunque hubiese centrales nucleares por todas partes. ¿Y si un día explotaba una de las nuestras? ¿Qué había que hacer los primeros minutos, el primer día, antes de recibir las primeras instrucciones? ¿Confiaríamos en las autoridades del Estado como los ucranianos y los bielorrusos habían hecho con las suyas? ¿Alguien se imagina confiando en el ministro del Interior de turno, a quien el futuro le adjudica la ingrata pero enorme tarea de informar y tranquilizar a la población? Realmente no teníamos, no tenemos, ni idea. ¡Si ni siquiera sabemos reciclar correctamente! No hay que alarmar a la población, no hay que atemorizar de forma gratuita, todo está bajo control. Como en Chernóbil, como en Fukushima.

¿Y qué tal con Clara?—yo había perdido el oremus con tanto átomo vertido en el suelo como canicas esparcidas desaforadamente —. Con Clara bien, me dijo Mirko Bevilacqua sin esbozar sonrisa alguna. Aquella noche empezó a pasarme el Geiger-Müller por el pelo, por el cuerpo, por encima del pijama. De vez en cuando el aparato zumbaba como una radio que intenta sintonizar una emisora desde el planeta Marte, pero con un sonido más agudo, emitiendo como unos chisporroteos ardientes en mitad de una hoguera de uranio. No había

de qué preocuparse, nos habían dicho, pero de pronto y por sorpresa, como si de un espejismo radiactivo se tratara, Clara empezó a besarme. Yo estaba muy nervioso, quién sabe si por el ruido de aquella maquinita que no sabía interpretar o porque estaba ocurriendo aquello que desde hacía meses deseaba. El caso es que la cosa avanzaba poquito a poco y la hoguera aún no ardía del todo cuando Clara, atención a lo que te voy a contar ahora, dijo Mirko con semblante serio, me pidió que la atara a la cama y que, una vez atada, le gritara y le hiciera un poco de daño. Yo guardé silencio y Mirko añadió que no quería añadir más detalles. Sólo te diré, me dijo, que si a mí ya me costaba todo cuando se desarrollaba de un modo digamos tranquilo, aquella exigencia de violencia me lo puso más difícil todavía. Para terminar la historia, debo decir que, a la hora de la verdad, no fui capaz. Tú ya me entiendes, no hace falta que diga más. Por los nervios, supongo, no sé, por la extrañeza de que la primera imagen directamente sexual fuera de semejante intensidad. No quiero pensar que fuera por la radiación.

Me costaba ahora asumir aquel gesto conservador del irradiado Mirko, a la vez que me resultaba extraño que su confidencia llegara tan lejos como para contarme algunos de los gustos sexuales de Clara y también, lógicamente, de los suyos. Lo cierto era que el tono de su relato estaba exento de morbo, así que más valía seguir adelante y olvidar aquella imagen turbia de ellos dos en la habitación del hotel de Chernóbil. Si es que era capaz de hacerlo, claro.

Por otro lado, parecía que Mirko y Clara aplicaban a su vida la máxima del poeta surrealista y también boxeador Arthur Cravan cuando aseguraba preferir las banalidades más extravagantes a la aburrida vida burguesa. Esto es lo que yo pensaba tras escuchar la periférica aventura de aquel hombre que se cruzaba de manera intermitente en mi acontecer rutinario. También yo, de algún modo, prefería escuchar sus desconcertantes historias a invertir mi tiempo en asuntos vitales más razonables. Debería haberlo interrogado sobre las probabilidades de éxito del amor con una mujer lesbiana, pero se me escapó una pregunta mucho más aburrida que rompía en cierto modo el espíritu de aquella confesión, seguramente porque yo también empezaba a estar irradiado por el uranio esparcido en la charla.

—¿Has ido al médico?—me oí decir.

—No—me contestó—. Si lo que quieres es saber si emito luz por las noches, la respuesta es que no lo sé. Yo me encuentro bien—continuó—y seguiré llevando una vida no irradiada.

Tras un incómodo silencio me preguntó si tenía miedo de que los átomos fueran como las pulgas y saltaran sin previo aviso.

—No—mentí mientras me reprimía las ganas de sacudirme las mangas de la camisa.

Tenía que relajarme, me advirtió, debía de notárseme a la legua que había cogido miedo a los sieverts, y con aquella advertencia Mirko marcaba una distancia entre él y yo que evidenciaba, a mi entender, una distancia real que lo ponía a él en un universo al que mi nave no tendría suficiente combustible para llegar. Quizá fueran imaginaciones mías, pero aproveché aquella radiación para pensar en Stalker, la abrumadora película con la que Andréi Tarkovski se anticipó al accidente de Chernóbil al adaptar para la gran pantalla, como suele decirse, un libro de ciencia ficción aparentemente inofensivo. Pensé en la película porque muestra la existencia de un espacio de exclusión al que no puede accederse sin exponerse a un gran peligro, un lugar llamado «la Zona» y vigilado celosamente por el ejército, al que sólo podemos llegar guiados por los stalkers, una suerte de acechadores profesionales de esa misteriosa geografía, y también escrutadores del alma humana de aquellos que entran allí voluntariamente. En la película, «la Zona» es un lugar postindustrial lleno de humedad y de una naturaleza que crece y se desborda sobre las antiguas y ya abandonadas construcciones humanas. Un no-lugar perfectamente comparable a Prípiat. ¿Por qué alguien puede querer arriesgar su vida para entrar en «la Zona»? Pues porque resulta que, escondida en ese misterioso lugar, hay una habitación donde se cumplen los deseos más profundos de todos los que se arriesgan a llegar y se atreven a entrar en ella. El stalker te guía hasta la puerta y también por los húmedos meandros de la cinta, de casi tres horas de duración. Una vez allí, todos buscan darle un sentido al viaje, pero el único y doloroso sentido lo encuentra el propio stalker. Sin embargo, el stalker no puede entrar en una estancia que funciona como catalizador de la fe humana, entre otros motivos porque, aunque su deseo y su más firme voluntad sea creer y tener esperanza—su hija es un ser mutante por ser él un stalker que se adentra en «la Zona»—, no sabe si la duda no será más bien el único y verdadero habitante de su alma temblorosa. Y tiene miedo, miedo legítimo, de descubrirse. Pero ¿qué clase de stalkers son esos que acompañan y guían en la ciudad fantasma de Prípiat? ¿Qué los mueve exactamente? ¿Y qué tipo de habitación del deseo pretendía encontrar Clara arrastrando hasta allí a su amigo Mirko Bevilacqua? Resulta difícil imaginar qué clase de propaganda puede hacer de sí mismo el stalker de la película de Tarkovski, si su dignidad y su profundidad le impiden ser algo más que un ser oculto. Podemos imaginar que el Profesor y el Escritor, los dos individuos que él introduce en «la Zona», lo han encontrado de forma clandestina. Así que le habrán pagado, pero resulta evidente que la relación que el stalker mantiene con ese no-lugar no es de naturaleza crematística, sino que va mucho más allá. Su vida, la historia de su hija afectada por la mutación, el miedo que siente hacen

necesarios esos viajes. Clara, por su parte, ha hecho caso de los folletos publicitarios, «tocad lo intacto, sentid lo desconocido, mirad lo salvaje», y se ha dejado llevar, sin duda también esperando encontrar alguna cosa. Pero no ha encontrado sólo los isótopos voladores y las barras de grafito fundido, sino también el espantajo sin cabeza que el turista ha plantificado en el hospital infantil y que, al fin y al cabo, pone en entredicho todos los objetos auténticos abandonados en la zona de exclusión, incluso también, evidentemente, la cuna que ahora forma con la muñeca una imagen definida del pasado que produce nostalgia y que aparece perfectamente encuadrada en la fotografía que algunos del mismo grupo han hecho, a pesar de conocer la impostura.

Me interesa la pareja de turistas que viajó a Donetsk en una tanqueta blindada, le comenté a mi interlocutor. Mirko me dijo entonces que era una pareja del presente que coleccionaba imágenes extremas de forma obsesiva y que al día siguiente, mientras volvían al escenario fantasma de la ciudad de Prípiat y también después, una vez allí, pudo conversar con la mujer, que hablaba mejor inglés que el hombre. Aquella mujer, a la que podríamos llamar Turista, me explicó, contó Mirko Bevilacqua, que ella y su marido habían sentido un enorme vacío cuando sus dos hijos se habían ido de casa para estudiar en la universidad; ahora que los dos trabajaban y tenían su trayectoria vital relativamente resuelta, ellos habían empezado a intentar llenar su tiempo libre con el ocio propio de nuestros días, pero enseguida habían empezado a notar el agotamiento de Europa y del nuevo siglo. Turista y su marido cambiaron su forma de entender y de moverse por el mundo cuando visitaron el museo de los Crímenes Genocidas Tuol Sleng, un museo que rememora las masacres cometidas por los jemeres rojos en Camboya y simbolizadas por el edificio de una antigua escuela reconvertida en la terrible prisión de seguridad llamada S-21. Camas eléctricas, ejecuciones, un mapa de Camboya hecho con cráneos humanos, etc. Visitar ese sitio, me dijo Turista aquella mañana antes de llegar al reactor número 4, nos produjo una emoción difícil de describir, estábamos en el lugar donde había sucedido la historia y, por primera vez, aunque hubiera algunos, no estábamos rodeados por las nubes de turistas que lo desvirtúan todo. Nos hicimos fotos, a veces permanecíamos en silencio y otras hablábamos de las radiaciones que aquella escuela emanaba y que llegaban a lo más profundo de nuestro espíritu como una luz directa. Pero, claro, al salir de allí queríamos más, y no playas paradisíacas en lugares imposibles, sino no-lugares, espacios donde los derechos de la humanidad no se habían respetado, mientras que a tan sólo un centenar de metros de aquellos territorios la vida continuaba con su aterradora cotidianidad. Turista había dejado de considerarse turista, pero su marido le decía que en realidad se habían convertido en

turistas de la desolación. Los lugares de la memoria eran bien recibidos y a menudo estaban sostenidos con fondos de los familiares de las víctimas, lo cual ya era un motivo para respetarlos; otra cosa es, me decía Bevilacqua, que, como creía Turista, sirvan para impedir que vuelva a repetirse la historia, un lugar común con el que aleccionan casi siempre muchos de esos lugares de la memoria. La necesidad de memoria lucha constantemente con la necesidad de espectáculo, y el espectáculo se consigue con el simulacro. Por eso, incluso los lugares de la memoria tienen que ocuparse y preocuparse no sólo de preservar la dignidad de las víctimas y el recuerdo permanente de la violencia vivida, sino también de no caer en la sociedad del espectáculo en la que hoy día han caído buena parte de los documentales, de los noticiarios y quizá también de los memoriales. La conversación de Mirko con Turista fue interrumpida abruptamente por la aparición perturbadora del reactor que yace como un faraón destronado y se esconde tras el brutal sarcófago que le están construyendo para intentar contener su purulenta savia.

Prípiat no parece estrictamente una ciudad abandonada deprisa y corriendo hace treinta años, más bien tiene pinta de haber sido olvidada por los humanos hace, por ejemplo, trescientos años. Es como si el tiempo también se hubiera visto afectado por la radiación, de manera que ya no transcurre igual que nuestro tiempo, como si la textura atómica que afecta a la zona de exclusión lo condensara y lo convirtiera sobre todo en duración. Por eso, los muros tienen ese aspecto de lejanía, no parece posible que hace sólo treinta años los niños jugaran en los parques y que en las cocinas se hablara sobre el porvenir del poder soviético. Aquí tiene que haber sucedido algo sobrehumano, dicen los turistas cuando pasean sobrecogidos por las calles invadidas por la naturaleza y toman fotografías de los terribles desconchones de las fachadas. Aquí hay algo que estrictamente no puede entenderse.

Por fin nos alejamos de la ciudad muerta de Prípiat. Dejamos allí vivitos y coleando—de momento—a los trabajadores que intentan terminar la nueva protección del reactor. Este ingenio debería impedir que la invisible materia radiactiva siga expandiéndose desde el núcleo invencible de la tierra hacia el exterior del simpático planeta banal que lo espera.

De vuelta a Kiev, continuó Mirko, quise hablar más con Clara, a quien examinaba de reojo y veía perdida en alguna niebla tal vez lejana. Se entretenía leyendo algo en su teléfono, así que intenté averiguar más cosas sobre el turismo de la desolación. Turista y su marido me contaron una de sus últimas visitas épicas a los no-lugares. En Letonia habían visitado la cárcel de Karosta, un centro penitenciario militar utilizado por todo el poder político que ha

arraigado en el país; así, ha albergado a revolucionarios, a suboficiales zaristas, a enemigos del pueblo en tiempos de Stalin, a soldados desertores de la Wehrmacht a la espera de ser ejecutados, otra vez a enemigos del pueblo y, por último, a soldados de la armada rusa y letona. La cárcel de Karosta había cerrado en 1997. Ahora ofrecía malos tratos para turistas por parte de falsos guardias con auténticos uniformes soviéticos. Todo bajo la implacable mirada de los retratos de Lenin. Para los más atrevidos, entre los que se contaban evidentemente Turista y Marido, se ofrecía un espectáculo llamado «Noche extrema». Los visitantes llegaban a las 21 horas y, tras firmar su conformidad con el trato que iban a recibir, eran amedrentados a gritos por hombres y mujeres de uniforme que, finalmente, los confinaban en celdas individuales amuebladas con un lecho incómodo que se publicitaba como de auténtica procedencia del viejo presidio militar. Abierto a personas de más de doce años. Catorce euros por prisionero. Hasta el día siguiente por la mañana. Los guardias no paran de gritar y de golpear a los turistas con la intensidad justa para atemorizarlos sin llegar a hacerles daño realmente. Eso sí, ni letón ni ruso, el maltrato es en inglés, la lengua franca de cualquier tipo de turismo, también del de la desolación. Grítame un poco en ruso, por favor, pide una turista italiana. Los actores intentan que la experiencia sea verosímil y que el turista se sienta como uno de aquellos prisioneros que estuvieron encerrados entre sus muros a lo largo del siglo XX. Turista me lo cuenta con un punto de emoción mientras nos alejamos de Chernóbil con la UAZ-452. Luego he sabido, me dice Bevilacqua, que grupos locales utilizan el teatro de la cárcel para celebrar despedidas de solteros donde los amigos conducen al inminente marido, en secreto y a oscuras, al interior de la cárcel, como me pasó a mí en Chernóbil.

Svetlana Aleksiévich entrevista a varios presos de la era soviética en un libro muy impactante, El fin del «Homo sovieticus». En él, los damnificados del sistema relatan cómo en las prisiones de los últimos días de la era soviética los carceleros los invitaban, si tenían sed, a beber agua del váter, mientras ellos no paraban de reír y de beber Fanta. Una de las mujeres encerradas explica que sonrió ante el juez instructor por la necedad de la que la acusaban y el juez le dijo que primero «se la metería por todos los agujeros» y luego la encerraría en una celda con delincuentes comunes. Un señor cuenta que, de niño, con apenas diez años, su madre le hizo leer el cuaderno donde su abuelo había anotado todo lo que le había ocurrido en la cárcel en tiempos de Stalin. En el diario podía leerse cómo los guardias lo desnudaban y le metían por detrás barras de hierro o manijas de puerta. El hombre había leído aquello con diez años. Y no lo había entendido. Ahora, en Karosta, había actores en los pasillos helados

que, a empellones, metían a los turistas en celdas de aislamiento durante cinco minutos para que vivieran los malos tratos y los abusos de poder. Pero ¿y las barras de hierro? ¿Y las amenazas de violación múltiple? Imaginemos, por ejemplo, que en Letonia vuelve un régimen político bárbaro y de nuevo se pone en marcha la cárcel de Karosta o una parecida. ¿Sería posible que alguno de los actuales actores de la cárcel-teatro se reconvirtiera y aprovechara la experiencia para no perder el trabajo, si se lo ofrecieran? ¿No es lo que hemos hecho siempre, reconvertirnos? No podemos creer que los verdugos sean verdugos voluntariamente. Queremos pensar que alguna cosa tiene que haberlos llevado a apretar el botón rojo de la desgracia, pero mientras tanto ellos ríen descaradamente ante los desdichados que se arrodillan para limpiar las aceras de Viena con un trapo sucio. El espectáculo de Karosta es fantástico, está bien pensado y bien montado, revitaliza el turismo de la zona y da de comer, pero difícilmente servirá para evitar que los verdugos vuelvan a apretar el botón rojo de la desgracia.

Clara estaba muy rara en Kiev. Volvíamos al día siguiente impregnados de radiación y con ganas de descontaminarnos. Habíamos cruzado, me acababa de contar Mirko Bevilacqua, una línea en la noche azul de Chernóbil. Aquella marca que delimitaba el territorio de Clara, ¿estaría vigilada? ¿Disponía yo de un salvoconducto para entrar libremente en él? Evidentemente no, pero no podía decir que las cosas hubiesen ido del todo mal, a pesar de lo sucedido aquella noche. Estaba rara, eso era todo, tal vez decepcionada por la falta de olor de los isótopos o por el gesto de añadir una falsa muñeca a los más que probables falsos recuerdos. O por mi conducta de hombre inservible. O quizá fuera el teléfono. No estaba enfadada conmigo, sólo meditabunda, llena de una melancolía que me impedía acceder no ya a los límites que separaban la piel de dos humanos, sino a ese territorio de nadie donde se acumulan nuestras esperanzas antes de mover ficha. Clara se quedó atrapada en el marco de la ventana mientras miraba en silencio la noche de Kiev. Finalmente me contó que la mujer croata había sido ingresada en un hospital tras sufrir una hemiplejía. Al parecer, la cosa era grave y a Clara le había afectado de un modo que a mí no me dejaba indiferente. Quise escucharla, pero ella no quería que la escucharan, y así nos dormimos, cada cual en su pequeño y, de pronto, lejano país.

EL INFINITO VIAJAR

«Mi jardín, que volví a ver ya adulta y que encontré miserable y angosto, a mis ojos infantiles era el mundo entero, era la aventura». Esto lo escribe Marisa Madieri en su excelente y evocador libro Verde agua hablando de su antigua casa en Fiume, en la actual calle Zagrebačka, la antigua via Angheben. En efecto, la sensación que experimentamos ante los lugares de la infancia es estremecedora porque pone de manifiesto que en nuestro interior se ha producido un cambio sustancial y que, por así decirlo, ya no podemos vivir dentro del mundo que nos rodea, sino que, de algún modo, podemos verlo desde fuera y con una distancia que literalmente nos aboca a la nostalgia y a la conciencia del error. ¿Cómo es posible que el jardín, que era un mundo, se haya convertido en un patio que a lo sumo tendrá cien o ciento cincuenta metros cuadrados? ¿Qué tipo de trampa nos ha tendido el tiempo? Frente al antiguo jardín, Marisa Madieri se da cuenta de la inconsistencia de la infancia que vivió en Fiume, que por entonces era para ella el único y el mejor de los mundos posibles, convertido ahora en un rincón reducido y miserable. Una percepción que responde estrictamente a los estragos de una vida pasada y vivida en otras geografías y jardines—o no precisamente jardines—. Ver el antiguo mundo desde las afueras significa para nosotros la conciencia de haber abandonado la raíz que nos permitía vivir con una mínima tranquilidad. Darnos cuenta de su pequeñez no hace sino evidenciar la fiesta de nuestra insignificancia. Total, no era más que eso, nos decimos. Lo era todo y ahora ya no es nada, no queda nada. Esta sensación de la exiliada Madieri—cuya familia tuvo que huir de Rijeka en 1949, mientras en la casa familiar de la calle Zagrebačka se instalaba una familia croata, o bosnia, o serbia—es la misma que tuvo Vlatka Babić al acercarse a la antigua casa familiar de las afueras de Buzdohanj. Un terreno limitado y escaso había sustituido—sin sustituirlo—el lejano esplendor de los jardines infinitos y ya borrados.

Todos tenemos nuestros particulares jardines jibarizados, alguien les ha quitado el aire sobrante y los ha comprimido, los ha contraído para hacerlos más visitables y para que puedan atestiguar que el tiempo ha transcurrido, que nosotros nos hemos hecho mayores y ellos han palidecido y están en retirada. La salita donde la abuela limpiaba las verduras antes de hervirlas; la habitación llena de ropa desordenada donde mi madre planchaba y que nosotros ocupábamos para jugar con los clicks de Playmobil; la cama, que había sido

inmensa y condensaba los últimos recuerdos de mi padre; la pequeña selva impenetrable que había en el caserío de Sanxet y que ahora no era más que un indómito simulacro hecho de hiedra salvaje y de zarzas colmadas de moras silvestres, limpiada y extinguida tiempo atrás, como los olmos enfermos que un día talaron, de los que no queda más que el tocón triste de un tronco ancho y seco como vestigio de una naturaleza rasurada y convertida ahora en llanura despoblada. Me puse a imaginar qué pasaría si, en los lugares donde los verdugos habían ejercido el terror—la Risiera, Jasenovac y tantos otros—, no quedaran de los desaparecidos más que los pies clavados en el suelo como testimonio de sus vidas segadas. Quizá alguien utilizará el sitio para hacer un vertedero, una planta comercial, un edificio dedicado expresamente a la obliteración para generaciones futuras y, al cabo de un tiempo, otra persona, un chaval que ha ido a parar por error al subterráneo, encontrará las huellas de los hombres desaparecidos y borrados de la historia y querrá preguntar a su madre a qué hombres desmochados pertenecen esos pies.

Leía el libro de Marisa Madieri en el tren de cercanías que me llevaba a Barcelona, camino del Centro de Cultura Contemporánea, donde había una exposición que quería ver y vivir, pues estaba dedicada al escritor W. G. Sebald, o más bien a algunas creaciones artísticas inspiradas en conceptos que podían encontrarse en la obra del escritor alemán. Era una buena señal que una obra como la de Sebald fuera el hilo conductor de una exposición que recorría los espacios particulares de su escritura ondulante y melancólica. Quería comprobar si la exposición me servía para sumergirme en sus universos desmenuzados y coger el aire de tormenta de los infinitos viajes por la memoria de Europa. Tenía tiempo, muchas son las emociones que lo reclaman, y pasé ya unos minutos en la primera instalación, un ejército de mariposas negras que navegaban por la entrada. En México también abundaban las galaxias de mariposas monarca, como había visto en Temascaltepec. Ahora, relegada al interior del museo, la mariposa de papel negro producía un efecto mucho más inquietante que aquella belleza natural y colorida que se podía disfrutar en México. Su disposición fija en las paredes rodeaba la puerta de entrada a la exposición, incluso envolvía y cubría de negro y por completo aquella puerta de entrada. Parecía que las mariposas iban a levantar el vuelo simultáneamente, como si fueran los pájaros de Hitchcock. De buenas a primeras, aquello me provocó un estado de ánimo más próximo al cine que a la literatura. Una vez dentro de la exposición, superada ya la puerta flanqueada por los vigilantes insectos de papel, una caja llena de fotografías y manuscritos correspondientes a la última obra de Sebald, Austerlitz, me permitió salir de la pantalla hitchcockiana en la que había caído y

centrarme por fin en las otras instalaciones desde una perspectiva más cercana a la palabra, aunque muchas de las obras que se exponían, como fieles representantes de la cultura contemporánea, se basaban en la imagen y, por lo general, en una especie de sensación del infinito viaje que las acercaba a los viajes inacabados del escritor alemán.

En la exposición se podían ver, por ejemplo, las fotografías de radares militares que Trevor Paglen había tomado desde lejos en Cornualles y en North Yorkshire y que me recordaban el espionaje dirigido desde la isla de la Ascensión por las agencias de inteligencia inglesas y americanas, como me había explicado Mirko Bevilacqua en uno de nuestros encuentros. Todo lo que veía me iba acercando al estado de melancolía que no era difícil sentir con la lectura de Sebald, aunque de Sebald sólo hubiese visto, propiamente hablando, aquella caja con los vestigios de Austerlitz. Jeremy Wood había confeccionado un mapa impreso en seda con el tejido de sus propios trayectos por la ciudad de Londres, cartografiado a partir de las anotaciones que durante quince años le había dado el GPS que llevaba incorporado. Las rutas que había recorrido más veces aparecían brillantes sobre un fondo negro, como las grandes avenidas de tráfico abundante en las grandes ciudades; las menos transitadas parecían calles estrechas, a veces en pleno centro de la ciudad, otras en la periferia. La seda donde estaba impreso aquel entramado neuronal de años de movilidad urbana temblaba y cuestionaba el paso de la información por las redes inestables de la memoria. ¿Cómo debía de ser mi mapa? ¿Con qué luz debían de quedar marcados mis paseos por Valencia, mis entradas y salidas de los cines Albatros y Babel? ¿Cómo era posible que algunas personas sólo hubieran iluminado muy vivamente una única avenida que recogía una y otra vez su paso por los mismos paisajes, la repetición de una eternidad en cada piedra? Sus mapas quedaban a oscuras; los territorios, inexplorados. De todos modos, la luz con que se encendía su paso diario por las avenidas de siempre era tan poderosa que resultaba razonable pensar que, en aquellos lugares, ellos verían más y mejor que nadie, más profunda e intensamente que aquellos que teníamos mapas más dispersos y con más vías, pero por fuerza más pobremente iluminadas. ¿Qué clase de tejido aparecería como resultado de obligar a todos los individuos de un solo pueblo a llevar encima un GPS que dejara su rastro por las calles, por los campos, por el país, por el planeta?

Estaba ya un poco desorientado por aquel viaje en espiral cuando me detuve frente a una pantalla en la que un joven se mostraba de espaldas mientras caminaba con determinación rectilínea hacia algún lugar que los espectadores ignorábamos. Debo decir que no había leído absolutamente nada de la breve explicación que el museo ofrecía. El joven avanzaba sin volverse y sin dudar ni un segundo,

siempre hacia delante, esquivando obstáculos, con la convicción de ir por el camino correcto. Nadie lo acompañaba, excepto la cámara, que lo seguía a unos metros de distancia. La escena se desarrollaba en silencio y de momento nadie salía al paso de aquel joven rectilíneo. ¿Qué hace?, me pregunté extrañado, pero con la extrañeza relativa del que acaba de ver a un pianista embutido en un traje de neopreno tocando una música melancólica y que, tras ejecutar la pieza, se lanza a un río mientras los músicos que lo acompañan siguen tocando. Además, no hay que olvidar que me encontraba en el epicentro de un espacio de cultura contemporánea, de la que puede esperarse, como es sabido, cualquier cosa. El caso es que yo no podía levantarme de donde estaba sentado mientras aquel hombre siguiera saltando cercas de casas privadas y pasando por encima de los obstáculos más inverosímiles. Tres jóvenes, dos chicos y una chica, me ahorraron el esfuerzo de aguzar la vista para leer uno de esos textos que siempre se imprimen en letra no apta para miopes y se colocan en una esquina discreta, tan discreta que a veces no sabes dónde encontrarlos. Uno de los jóvenes explicaba que el artista estaba recorriendo una línea imaginaria que dividía el planeta en dos mitades, es decir, que caminaba, de norte a sur, por el meridiano de Greenwich. Vaya, pensé, eso sí que es un viaje organizado. De vez en cuando parecía que el viajero consultaba un aparato que le permitía seguir adelante desviándose lo estrictamente necesario, pues no podía atravesar las paredes. Los tres jóvenes no tardaron en sentarse a mi lado, fascinados por la proeza de Simon Faithfull. Era evidente que el mundo estaba lleno de rutas y que para descubrirlas había que abrir bien los ojos, pues tal vez estuviéramos pisando alguna sin ser conscientes de ello. Teniendo en cuenta la extrema dificultad de cruzar los casquetes polares y eludiendo la curvatura de la Tierra, podríamos decir que el viaje de Faithfull era un viaje en línea recta, no como los viajes circulares que hacíamos los turistas, que acababan donde habían empezado, y que aquel viaje por el meridiano podía servir como metáfora de los viajes rectilíneos. En su prólogo a El infinito viajar, Magris decía de estos periplos que eran movimientos de estilo nietzscheano, los cuales, a diferencia de los circulares, sólo acaban con la muerte. Los jóvenes estaban extasiados ante la idea de llevarlo a la práctica. No por la idea de morir, claro, sino de viajar con la exigencia de seguir un camino vertical e imaginario durante días y días que les sirviera como metáfora de la radical obligación de mantenerse fieles a la geometría personal que guiaba sus existencias. Me puse a charlar con ellos porque yo también había quedado atrapado por la posibilidad real de aprovechar la ocurrencia de Simon Faithfull y hacer así un homenaje a Sebald, ya que al fin y al cabo, si no hubiese sido por él, ni yo ni probablemente aquellos jóvenes habríamos

conocido la obra de Faithfull, ni nos habríamos dejado someter, de paso y gracias a ella, a las radiaciones infinitas que nos proporcionaba el concepto de desplazamiento. Sin ninguna vergüenza les dije que me gustaba mucho la idea de hacer aquel viaje con ellos. Para intentar convencerlos, les solté una extraña frase y les dije que en agosto de 1992, cuando la canícula se acercaba a su fin, emprendí un viaje a pie a través del condado de Suffolk, al este de Inglaterra, con la esperanza de poder huir del vacío que se estaba propagando en mi interior tras haber acabado un importante trabajo. Una ligera tensión se dibujó en el rostro de los dos chicos, que no habían entendido nada de lo que yo había dicho y ya empezaban a pensar si no habrían tropezado con un desequilibrado pacífico que pasaba los días en una instalación de arte contemporáneo esperando poder molestar a los visitantes con algún truco absurdo. La joven, en cambio, reconoció que yo había citado de memoria las palabras con las que Sebald empieza Los anillos de Saturno, y reprochó a sus amigos que no fuesen dignos de contarse entre los sebaldianos, como si tal grupo existiera y ellos formaran parte de él. Pero aquel grupo no existía, al menos de momento, y yo dije que era una buena ocasión para constituirlo y emprender la huida por Europa. ¿Y por qué no por África?, dijo uno de los chicos, que ya empezaba a caerme mal, pues yo no estaba dispuesto de ninguna de las maneras a caminar por los desiertos que el meridiano atraviesa en su recorrido por buena parte del continente africano.

Sin presentarnos, continuamos con la conversación en un bar cercano. Llamémoslos, pues, Joven 1, Joven 2 y Ella. Joven 2 había mostrado todas sus reticencias a la exposición e intentado dinamitar la alocada propuesta de aquel viaje, digamos sebaldiano, alrededor de una línea recta imaginaria. Joven 1 y Ella se mostraban completamente entusiasmados con la idea y ya hacían planes y pensaban en fechas posibles. Joven 2 insistió en que sería mucho mejor, si querían aprovechar la exposición para iniciar un viaje, explorar las posibilidades de profundizar en las creaciones de otro de los artistas presentes, Josiah McElheny, un estadounidense que trabajaba el cristal y sobre todo la luz a través del cristal y del que acabábamos de ver fragmentos de su película documental The Light Club of Vizcaya: A Women's Picture, en la que narraba falsos acontecimientos de figuras históricas relacionados con un antiguo y fastuoso edificio en ruinas que se nos mostraba con imágenes turbias y sugerentes como un auténtico monumento en homenaje a la luz y al cristal. The Light Club of Vizcaya, que no se refería a la provincia vasca, sino a una soberbia villa construida al estilo europeo en la ciudad de Miami y reconvertida en un distinguido museo, reunía a personas obsesionadas con la luz y los baños de luz, y tenía ecos de un cuento del escritor alemán Paul Scheerbart, a quien yo no conocía,

pero que, según Joven 2, era un autor imprescindible a quien había que leer por su endemoniada inventiva y por la forma oblicua con que miraba a la sociedad de su época, cosa que compartía con uno de sus amigos y antiguos colaboradores como era el también escritor, utopista y anarquista Erich Mühsam, a quien yo sí conocía, sobre todo por su participación en determinados acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo XX. Mühsam había mantenido una oposición radical al fascismo que manaba de los grifos alemanes en los años treinta del siglo pasado, una postura política que le costó la vida por las continuas palizas que los nazis le propinaban en las prisiones de Berlín, donde se encontraba recluido. Poco antes había formado parte en Ascona, Suiza, de la comunidad libertaria y naturista del Monte Verità, una colonia de artistas que rechazaban las convenciones sociales y la ropa y tomaban baños de sol y de luz en busca de la verdad perdida en el entramado burgués de la civilización occidental. A Joven 2 le interesaba, por ejemplo, que exploraran, ellos, no yo, las comunidades utópicas vinculadas al racionalismo puestas en práctica en la España de comienzos del siglo XX y que dejaran constancia de los vestigios que quedaban, si es que quedaba alguno, y averiguaran si en las comarcas en que se habían puesto en práctica habían dejado alguna huella en la vida posterior de sus gentes o si el país, como era de esperar, había sido sometido y se había mostrado sumiso y resignado en grado extremo a las políticas fascistas del general Franco, hasta el punto de que de aquellas comunas o experimentos remotamente socialistas no habían quedado en pie ni tan siquiera los edificios más representativos que los habían acogido. Joven 1 miró a Ella de reojo y muy rápidamente, tan velozmente que no fui capaz de captar el significado de aquel brillo que desprendía su pupila dilatada. Joven 2 siguió sin darse cuenta de ello. Hablaba de la comunidad obrera que se había establecido en un lugar tan alejado de Europa como era la colonia de Santa Eulalia, en el interior de la provincia de Alicante, y propuso la posibilidad de organizar un viaje para visitarla, por mucho que aquella colonia se pareciera más a los proyectos paternalistas de los patronos y propietarios que a los del socialismo, pero aun así merecía la pena ir y echar un vistazo, dijo muy seguro de sí mismo; además, nos servirá para ver cómo llevan el catalán en esos territorios del sur. No les dije que yo era de allí cerca por dos motivos, uno era que no quería comprometerme a tener que albergar a aquella especie de disidentes durante varios días, sobre todo a Joven 2, que hablaba, ya me había dado cuenta hacía rato, sin dirigirme ni la más mínima y condescendiente de las miradas. El otro era que yo no tenía ni la más ligera idea de lo que había pasado o dejado de pasar en aquel lugar que había visto tantas veces desde la carretera que comunica Madrid con Alicante y que debía de estar a unos veinte

minutos de donde yo vivía y a menos de diez minutos de donde había hecho el bachillerato y había aprendido una mínima cultura. Recordaba a la profesora de Historia cuando nos dictaba, aunque ella lo llamara explicar, el significado de las comunidades utópicas del siglo XIX y cuando aprendíamos qué era un falansterio. Pero no recuerdo que la profesora de Historia, ni ninguno de los profesores de Historia que me habían explicado una y otra vez qué era un falansterio de pie junto a la pizarra durante aquel largo período de aprendizaje, nos dijera que allí al lado se había producido un intento de hacer alguna cosa con las ideas lejanamente socialistas o, por lo menos, de inspiración rousseauniana. ¿O quizá sí lo habían explicado y yo estaba entonces fascinado por la lánguida mirada adolescente de la señorita Rosique? El caso era que Joven 2 no dejaba de excitarse con la investigación sobre las formas de vida alternativa y yo veía que Joven 1 y Ella no tenían ninguna intención de viajar hasta Sax, que es donde se encuentran los restos de aquella colonia. Por el contrario, Joven 1 y Ella estaban más interesados en explorar la vertiente matemática que implicaba viajar por una curva como si en realidad se tratara de una recta infinita y, además, ellos sí me prestaban atención al hablar. Pretendían ir en verano a recorrer los pueblos franceses por donde pasa el meridiano de Greenwich, en lo que ellos calificaron, para disgusto mío y con toda la redundancia posible, de «viaje intimista al corazón del grado cero de la existencia», y es que estaban convencidos de que todo lo importante había empezado con la civilización anglosajona y más exactamente en Londres. Yo asistía a la conversación aportando algún que otro comentario, pero convencido de que aquel viaje no se haría nunca o de que, si llegara a hacerse, me encontraría más bien en las antípodas del grado cero de la existencia que los jóvenes buscaban, pues ya se me estaban quitando las ganas de hacer el falso viaje sebaldiano para investigar aquella franja arbitraria e imaginaria. Es cierto que la imagen de Simon Faithfull trepando con agilidad las cercas de una geografía llena de obstáculos resultaba estéticamente poderosa y que me atraía el sesgo situacionista que implicaba el reto. Pero mi posición entre aquellos tres amigos no era lo suficientemente fuerte como para hacerme ilusiones de pertenecer a un grupo al que acaba de conocer. Joven 1 empezó entonces a recitar nombres de pueblos que leía en la pantalla de su teléfono: Lus e Sent Sauvaire, Estèrra, Esquiesa e Cèra, Ostèr, Juncalàs, Lesinhan de las Corbièras, Borriac, Julòs, Averan, Ibon, Pintac, Tarastèish, Montaner, Sanós, Sombrun, etc., y al norte, para acabar, Heuland, Saint-Vaast-en-Auge y, el último, Villers-sur-Mer. La mayoría de aquellos pueblos tenía nombres perfectos para pasar las vacaciones, sobre todo si descartamos aquellos que más se parecen a los nuestros, como Borriac o Montaner. ¿Qué diríais si os anunciara que iré a pasar el verano a

Villers-sur-Mer?

Ella y Joven 1 me cuentan que en Barcelona hay un grupo, por voluntad propia casi desconocido, de viajeros heterodoxos que bordean la periferia de las cosas sin hacer ruido. Tienen prohibido publicar en internet imágenes de sus viajes y resulta difícil hacerles hablar de sus experiencias incluso cuando están entre amigos que no pertenecen al grupo. ¿Es una secta viajera?, pregunto, y bueno, tampoco es eso, me dicen, no hay presiones internas más allá de que dejan de invitarte si te vas de la lengua más de la cuenta y ellos se enteran. Como nos pasó a nosotros, dice Ella señalando con la mirada a Joven 1, que no nos reprimimos y colgamos una foto de un viaje a Liberlandia. Yo creo que en el fondo lo hicimos para que nos echaran del grupo y librarnos así de los viajes oscuros que estábamos haciendo con ellos. Igual que me había pasado con Scheerbart, tampoco había oído nunca hablar de Liberlandia, pero no sabía si preguntar, evidenciando así que estaba en un nivel viajero inferior al suyo, o disimular mis dudas y fingir que en Liberlandia yo había pasado hasta unas vacaciones y que no me importaba lo más mínimo aquel lugar que ni siquiera sabía dónde estaba, si es que de verdad existía aquella tierra de nombre tan encantadoramente liberal. Resultó que Liberlandia, en realidad Svobodná Republika Liberland en su lengua oficial, el checo, era un territorio de siete kilómetros cuadrados que había sido olvidado en el reparto de fronteras entre Serbia y Croacia. Una tierra de nadie después de que los dos enemigos se disputaran cada palmo de terreno en la guerra de los noventa. Por increíble que parezca, era un lugar no reivindicado por ninguno de los dos nuevos países, si bien, al estar en la parte occidental del Danubio, quedaba dentro del territorio de Croacia. El caso es que el checo Vít Jedlička había buscado precisamente eso, un resquicio legal en la interpretación del territorio, y había llegado allí con su chica, un amigo y una bandera que había clavado en el suelo, y con semejante gesto colonizador había tomado posesión de aquel paraje boscoso situado en el margen occidental del Danubio, para sorpresa de las autoridades croatas y serbias, que, evidentemente, no se lo habían tomado en serio. Jedlička, en cambio, me contó Ella, estaba convencido de poder instaurar un paraíso liberal en aquel pedazo de tierra excomunista aprovechando el vacío legal de la propiedad del terreno, algo así como un Hong Kong europeo, decía, donde el Estado reduciría al mínimo las leyes y los ciudadanos no pagarían más impuestos que los que consideraran justos. Pues bien, aquellos viajeros casi clandestinos, propietarios al parecer de un atlas oscuro del planeta, se habían conjurado para ser los primeros turistas del nuevo Estado y habían llegado a la zona provistos de GPS y ropa de excursión. No encontraron al presidente de la república, porque el

territorio sigue de momento despoblado, pero aprovecharon para mirar el curso tranquilo del Danubio en el corazón mismo de una tierra de eternas disputas. Joven 1 y Ella habían desafiado al grupo publicando una fotografía sin título explícito, que podría ser de cualquier lugar, pero alguien los había descubierto y les habían comunicado que quedaban excluidos del siguiente viaje ya previsto y que no sólo no podrían acompañarlos, sino que ni siquiera podrían saber qué perdido rincón del planeta pensaba visitar el club secreto; además, para darles envidia, les habían dicho que sería un viaje a la parte más desconocida, lejana y misteriosa del Asia oriental. Una información excesiva para Joven 1, que se había puesto a especular y había encontrado dos posibilidades: Kadykchan, en el extremo oriental de Rusia, una ciudad construida para la explotación minera del carbón por los prisioneros del gulag soviético y que hoy día es una ciudad fantasma abandonada que se va cayendo a trozos, una Prípiat sin radiación; o tal vez otro lugar espectral, la isla de Hashima, también conocida como Gunkanjima, una isla mínima que es en toda su totalidad otra ciudad brutalmente abandonada y absolutamente muerta y destrozada, un territorio aún más espeluznante que el de la ciudad rusa porque tiene como contraste el mar que embellece el entorno, pero que asalta también los muros que la protegen y a la vez la encarcelan con la humedad y el salitre que lo descompone todo en un santiamén. Los dos sitios dan miedo, dice Joven 1, pero no puedo asegurar que fueran el objetivo del viaje.

Parece que al ser humano le gusta dejar huella de sus paraísos perdidos, comenté. Pero supongo que lo que dices es de otra dimensión, dije, me recuerda a la mina de oro abandonada en Rodalquilar, en Almería. Un enclave precioso y un lugar tétrico a la vez. Todas las casas de los mineros con los techos hundidos, la mina abierta, accesible y peligrosa, y todos los rótulos en inglés, pues era una explotación inglesa, añadí. A Ella y a Joven 1 pareció hacerles gracia la idea de visitar Rodalquilar en alguna ocasión, pero Joven 2 estaba cada vez más mosqueado y ya ni siquiera lo atraían las ruinas industriales y modernas. Por otro lado, todo lo que me habían contado no hacía más que recordarme a Mirko Bevilacqua, a Clara y a su amante croata, que seguramente no tardaría en desaparecer, como iba desapareciendo en el mudo precipicio de la historia el siglo XX que nos había visto nacer. Pensar en la vieja croata, a quien no había podido conocer, exceptuando la visión fugaz de aquella tarde en el aeropuerto en que había pasado ante mis narices con aire distinguido y esbelto y unas piernas largas que mostraban a cada paso su elegancia de mujer intemporal, me había provocado una nostalgia por lo desconocido que probablemente era fruto de todas las radiaciones de aquella jornada. Los lugares de los que había hablado Joven 1

también eran escenarios para la melancolía. Sólo hacía falta imaginar a cualquiera de los niños y niñas que habían crecido en aquellas ciudades abandonadas, que habían jugado en aquellas calles y habían recibido las órdenes maternas allí mismo, en aquellos paisajes aún intactos y vivos mientras esperaban con paciencia el fin de aquella retahíla de consejos universales. Una niña, por ejemplo, que hubiera llegado a hacerse joven y a enamorarse en aquella ciudad minera de Kadykchan y que después hubiera amado en una habitación furtiva a su joven enamorado y que ahora se enrolara en uno de aquellos viajes fantasmas a comprobar no ya cómo una guerra salvaje acaba con la ciudad de Alepo o la de Homs, sino cómo una ciudad pacífica se convierte en Alepo o en Homs sin más participación que el tiempo que todo lo tritura y algunas aves rapaces. Y, aun así, el resultado no difiere mucho. Las casas se entristecen cuando se las abandona y, como si sufriesen una depresión, empiezan lentamente a sucumbir, y no tan lentamente si observamos los resultados que provoca el desahucio de toda una ciudad. Si sólo es una casa la que se queda vacía y sin dueño, entonces las casas que la rodean la sostienen por las axilas como se sostiene el cadáver de un amigo caído en el frente, con perseverancia y tozudez, como si no quisiéramos creer que el plan ejecutor y universal de la derrota se ha hecho realidad en ese cuerpo, en esos ladrillos a los que hemos dado la espalda y hemos dejado a solas, como la carne sin el esqueleto. Cuando es toda la calle la que se va, entonces se hace de noche y al día siguiente una teja ha dejado ya su lugar a la escarcha que prepara el surco para que entre mejor el agua de la lluvia en la casa de la vieja soltera que ha huido cuando ya no tiene más opción que dejar la ciudad o la vida. Y así se derrumba la calle entera, así doblan las rodillas los edificios que antes eran guarderías y ahora son panteones vacíos, cenotafios sin más despojos que los objetos polvorientos diseminados aquí y allá por una mano invisible que los ha esparcido no se sabe cuándo, pero no al abandonar la madriguera el último habitante, pues pierden el último rastro del orden que habían conocido con el habitante dentro.

Al pueblo ruso se le da bien la nostalgia, y por eso han estado al quite y explotan con solvencia el turismo de la desolación. Ella me cuenta, mientras Joven 1 y Joven 2 inician una conversación paralela que intento silenciar sin éxito en el interior de mi cerebro, que al volver del Danubio dejaron la secta y visitaron, en Zagreb, el museo de las Relaciones Rotas, un lugar que exhibe los objetos donados por parejas rotas de todo el mundo acompañados de una breve explicación, a veces incomprensible para el visitante, del significado del objeto iluminado y expuesto. Todo un homenaje a la nostalgia privada, pero también un exorcismo irónico sobre el valor sentimental que damos a los objetos y que muestra el alcance de una cultura de las

emociones de carácter universal que comparte el mensaje del desamor ampliamente difundido por el cine, la música, la publicidad y alguna vez la literatura. Un monumento al tiempo terminado donde Ella, según me contó, había dejado un plato cocinado por su anterior pareja; un plato, unos raviolis, que eran su especialidad y que había llevado congelados en un refrigerador eléctrico portátil en un viaje a la ciudad de Zagreb. Ya no era fácil sorprender a los gerentes del exitoso museo, porque las donaciones no paraban de crecer, igual que las parejas no paraban de romperse, y el espacio del que disponía el museo era, obviamente, limitado, por lo que no era fácil que llegara a exponerse un peluche u otro llavero en forma de corazón, o las llaves de una casa, o un sujetador. En cambio, mantener intacto el plato de raviolis suponía fabricar un congelador lo suficientemente elegante como para ser presentado en un museo. El expositor, con las paredes de cristal, mantendrá la comida a prueba de putrefacción y a la vista de todo el mundo para poder ser expuesto de forma permanente por un período considerablemente largo. Una comida que su pareja había dejado en la nevera de casa, por si a Ella le entraba hambre y nostalgia, antes de emprender un viaje intrascendente, pero definitivo, a comprar tabaco a un estanco de Seattle. Ahora el plato estaba gastando luz en Zagreb y ella ya no pensaba comérselo. La explicación que había dado a los responsables del museo, y que ahora estaba puesta en el pedestal de yeso blanco que sostenía la vitrina como si dentro fuésemos a encontrar una joya de Graff, decía: «Cómetelo tú si quieres y sin rencor, la cadena del frío eterno no se ha roto». Y Ella esperaba que su expareja se lo comiera algún día y los del museo la avisaran, tal como les había pedido.

Intercambiamos nuestros contactos, formulamos una promesa con palabras que no sé si son o no de cartón piedra. Ella y Joven 1 garabatean sus datos en el reverso de una de las entradas de la exposición que acabamos de ver y que sigue dándonos que pensar. Yo hago lo mismo con mi entrada, un garabato parecido que tampoco sabemos si es de cartón piedra. Más tarde, en el tren que une lentamente, porque lo hace lentamente y con muchas paradas, Barcelona y Valencia, cierro los ojos y repaso mentalmente los paisajes que he dejado atrás. La marcha del tren rumbo al sur, siempre al sur, me ayuda a fabular cómo serán aquellos paisajes que Joven 1 ha vaticinado para el grupo de viajeros discretos que recorre lugares insólitos. Kadykchan, Gunkanjima, ciudades mineras abandonadas en los límites del continente asiático. Rusia Oriental. ¿Qué sabían, allí, del imperio de los zares? Estoy convencido de que la secta del viaje secreto ha visitado Prípiat. ¿Habrán ido también Ella y Joven 1? He olvidado preguntárselo. Podría haberles hablado del viaje de Mirko Bevilacqua y Clara, y, sobre todo, de Turista y Marido, la pareja a

quien Mirko y Clara conocieron en el hotel de Chernóbil, pero no lo he hecho, es posible que el sol negro que representaba en la mesa Joven 2 me haya impedido concentrarme y creerme la situación. Es habitual que la magia se rompa por un exceso de ruido, por un color demasiado pálido o demasiado oscuro que está fuera del lugar adecuado, por una frase dicha en voz excesivamente alta, por una risa a destiempo en mitad de un acto importante. Normalmente la distancia entre la verdad y el ridículo, entre la vida y la muerte, es tan débil y estrecha como una de esas cuadrículas de papel milimetrado. Me entran ganas de encontrarme a Mirko Bevilacqua y pienso si la casualidad no hará que estemos en el mismo tren, un tren largo y lleno hasta los topes. Recorro todos los vagones hasta la cafetería con curiosidad. Escudriño los rostros uno a uno, como lo haría la policía secreta, disimulando apenas, las piernas me tiemblan al ritmo de la vía férrea y tengo que ir con cuidado para no caer encima de un joven con la cabeza rapada y la barba recortada que se distrae mirando su dispositivo de aislamiento social en cuyo interior se intuye una pelea. Unos duermen, otros miran sus teléfonos, un señor busca desesperadamente un enchufe para devolverle la vida a la pantalla que lo aislará del exterior—y del interior—. Una mujer lee. La única en tres vagones recorridos mientras los pies me bailan como si viajaran en un balancín borracho. En la cafetería el aire acondicionado lo congela todo, los taburetes distribuidos a lo largo de la barra son fijos y están llenos de personas que han acudido en solitario. Los colores, el frío, todo recuerda a las soledades modernas de los cuadros de Hopper. Echo un vistazo a los rostros silenciosos. Ni rastro de Bevilacqua.

Después leo el periódico. Me llama la atención una noticia que aparece en La Vanguardia. Una joven holandesa, Zilla van den Born, ha hecho creer a todos sus familiares y amigos, excepto a su pareja, con la que vive, que estaba de viaje por Tailandia, Laos y Camboya. Primero ha conseguido que sus padres la acompañaran al aeropuerto y la dejaran allí, preparada para un viaje que no pensaba hacer. Más tarde, una vez escondida en su casa, ha empezado a editar y posteriormente a falsificar y publicar fotografías en las redes sociales en las que aparecía haciendo de expedicionaria al lado de niñas camboyanas y otros exotismos. Siempre con una sonrisa turística de lo más sincera y lograda. Ha reforzado la mirada tailandesa llamando por Skype a su familia desde su habitación de Ámsterdam. Lo ha hecho también con postales orientales enviadas desde Holanda, pero nadie se ha fijado en el detalle del matasellos. Lo ha hecho exactamente durante cuarenta y dos días, no sé si de manera consciente para emular a Xavier de Maistre, quien describió en Viaje alrededor de mi habitación una excursión de exactamente cuarenta y

dos días alrededor de las delicias de las paredes que lo tenían confinado mientras estaba preso en Turín, tal vez para demostrar cómo, en definitiva, el ser humano sigue estando en el centro de todos los paisajes. Y la tal Zilla van den Born, igual que De Maistre, lo ha hecho sin salir de la habitación donde ha permanecido autosecuestrada para denunciar la ingenuidad con que nos paseamos por la pantalla; para denunciar, al fin y al cabo, que asistimos y nos prestamos diariamente al juego de la simulación y la máscara sin pararnos, ni por un instante, a mirar más allá, pues la siguiente imagen demoledora ya está haciendo cola y llama con insistencia a la pantalla. De este modo conseguimos creer en nuestra insobornable capacidad de movimiento e inteligencia mientras permanecemos perfectamente inmóviles, abrumados por la sobredosis de ventanas abiertas. El viento sopla de todas partes y no sabemos dónde desplegar la vela bermudiana. Estamos como en este tren, pensé, con capacidad de movimiento, sí, pero sin movernos, pues llevábamos ya un buen rato detenidos entre Vinaroz y Benicarló, en tierra de nadie, preparados para pasar cuarenta y dos días sin bajar del tren.

Pasaron cuarenta y dos días, o noventa y cuatro, o ciento veintiséis, o quizá ciento sesenta y nueve, pero llegó un momento en que el trabajo estaba de nuevo acabado y podía dedicarme a explorar por otras ventanas cómo pasaba la vida. Lo pensé de pronto al engancharme, durante varias noches de insomnio, a los programas de magia y adivinación con que las televisiones nos degradan. Los mecanismos psicológicos son de lo más burdos: una persona mayor, generalmente mujer, pregunta por su salud; el falsificador de turno le adivina que tiene dolor en las articulaciones, sí, responde la voz herida, ¿lo ve?, remacha el falsario. Rogaré por usted, bébase un vaso de agua ahora mismo y mejorará, le dice, y le manda unas bendiciones, tras remover con un papel unas figurillas como de belén sincrético entre las que podemos encontrar a san Juan Nepomuceno junto a una especie de Chewbacca. Otra voz pregunta por el trabajo, el adivinador adivina que hay una crisis y que le deben dinero, sí, responde la voz, el adivinador le dice que la situación va a mejorar y le da el contacto de la empresa del cobrador del frac. Habla otra voz: ¿tengo que esperar mucho a ese hombre?, todavía un poco; el hombre te da mala vida, ¿verdad?, sí, ya, si está clarísimo. ¿Ah, sí? Sí, tendrás que seguir así durante un tiempo. ¿Mucho tiempo? Por lo menos unos meses, sí. Más bendiciones, cariño mío.[1] Y de pronto el prestidigitador desaparece de la pantalla con toda la faramalla de objetos mágicos que tenía diseminados, un triángulo con una bola de cobre que cuelga de un hilo, una ramita de hierba mística de San Juan, un muñequito de plástico en actitud budista y restos de bisutería antiilustrada. Se despide. Desaparecen también otras ventanitas donde, sin voz, otros

nigrománticos han estado gesticulando en otros «gabinetes», así los llaman, de adivinación. Se apagan las velas. Los enfermos tienen que acostarse después del vaso de agua y las pastillas para la tensión. ¿Y qué aparece? ¿La señal de TV3 censurada desde hace años en el País Valenciano porque dicen otros brujos que no cabe en el espectro de ondas electromagnéticas? No, aparece una mujer desnudándose en una parte de la pantalla, mientras la otra se llena de teléfonos y muestra una retahíla de mensajes que por lo que se ve ya se estaban enviando antes de que el hechicero terminara, pues parece que asistimos a una conversación que funcionaba antes de que nosotros llegáramos desde el país de las quimeras. Resulta difícil seguir los movimientos torpes de la mujer, ya que la literatura que hay en los mensajes se lo come todo. Aquí no existen ni el catalán ni la ortografía, la heterografía lo barre todo. Busco mjer con arnes para fllarme el culo o mduro.* Ése es el primer mensaje que leo. Pasvo con sitio x atvo Leganes ahora ya. 65 años, 1,57cm, 72 kilos, mujer busca relacion seria por wasap con hombre culto sin mlos royos gordito. Me bebo la lefa de otros de tu cono boca, hojos o lo q m digas. Te como mientras m comes el rabo, luego l q surja tengo tema.* Y tras una petición de auxilio tras otra en mitad de la noche… Alguien serio por aquí? Mujer romántica 52, separada, busca hombre gustando pasear, ir al cine, charlar, viajar, para relación en Valencia.* Por lo que parece, la urgencia del sexo se alimenta también de los signos de puntuación. Paso así un buen rato, más de lo que seguramente sea sano y deseable. Me voy a la cama con una polvareda de peticiones estrambóticas rebotándome en el cerebro; sin embargo, son reales, tan reales como los mensajes enviados a la televisión-depósito. Los escritores del oscuro deseo televisivo parecen inspirados por los rincones más recónditos de la pintura flamenca e inclasificable del Bosco, y me pregunto si sus preferencias brotan del mismo e inagotable pozo de los deseos humanos por la vida que no es nuestra. No he leído ningún mensaje mínimamente gracioso en todo el rato y, sin embargo, he pasado un tiempo considerable prestando atención a todo ese detritus tan humano. Me he acordado también del título de Nietzsche Humano, demasiado humano, porque quizá eso es lo que estaba ocurriendo en la pantalla, un exceso de humanismo. He pensado, por supuesto, en Mirko Bevilacqua y en su milagroso encuentro con Clara en París, y he pensado también que quizá la única manera que tenga de encontrarlo y de ofrecerle la oportunidad de viajar juntos por el meridiano de Greenwich sea a través de la cámara oscura del sexo nocturno. Google no da información sobre él; sí lo hace de un Mirko Bevilacqua que es el nuevo chief financial officer del Bank Austria, pero ése no es el que yo busco. Paso el día rumiando la conveniencia de usar el sistema de la botella lanzada al océano de los

contactos y la perversión televisiva para establecer la conexión con Bevilacqua. No tengo nada que perder, me digo, aunque sospecho que la estrategia no tendrá éxito. El propio hecho de que esa posible conexión funcionara por semejante medio dejaría a Mirko envuelto en una atmósfera inquietante y turbia, como de tierra bañada por humedades densas y poco ventiladas. ¿Qué clase de zona es ésa de la proliferación de sexo por televisión? No es un canal, ni dos, son más de cuatro o cinco dedicados a la lujuria, más otros cuantos que siguen con la cartomancia y un par que predican la palabra bíblica con una textura vertical deformada y viscosa que remeda las letras de los salmos que publicitan. En «la Zona» que el stalker pisa en la película de Tarkovski existe una habitación mágica que hace realidad tus sueños más profundos. ¿Eran así las habitaciones de Xavier de Maistre y de Zilla van den Born? Habitaciones donde debes permanecer tal vez cuarenta y dos días para ver las cosas claras. Cuarenta y dos días de clausura para poder cumplir el sueño del viaje alrededor del universo sin necesidad de salir de casa.

La noche siguiente, de nuevo frente al televisor, me encontré otra vez con el hatajo de adivinadores. Otra vez atrapado por discursos idénticos a los de la víspera, por plegarias idénticas, el dolor, el trabajo perdido, el desamor, las presencias hostiles. Y, de golpe, el sexo. Aquí y allá, los mismos bailes, la misma música banal de fondo, la misma conjura. Pero una segunda noche es suficiente para sacar alguna conclusión. No sólo se repiten los vídeos con los gestos curvilíneos de las faldas y las bocas abiertas en los mismos ángulos y apariencias que la noche anterior, también se repiten los mensajes. Y en distintos canales. Y no me refiero a misivas parecidas, sino a los mismos textos, con idénticos signos de puntuación y comas tragadas; con los mismos oscuros deseos, con los mismos líquidos derramados. Busco mjer con arnes para fllarme el culo o mduro.* Y es precisamente eso lo que me da esperanzas de que si le dejo un aviso a Mirko Bevilacqua, un oficio telegráfico desprovisto de lascivia, con signos de puntuación y en catalán, quizá lo vea, no necesariamente esta noche, no ahora, ni dentro de una hora, cuando yo esté profundamente dormido y él encienda su aparato y mi anuncio aún esté dando vueltas en esa cinta transportadora de insatisfacciones que se pierde tras mi televisor de pantalla plana, sino mañana, o pasado mañana, la semana o el mes que viene. Me decido, por tanto, a gastar 1,80 euros en escribir un mensaje y mandarlo a uno de esos pozos de la concupiscencia con la esperanza de que entre en la corriente subterránea del río y pueda fondear de puerto en puerto, de programa en programa, de cuerpo femenino en cuerpo femenino, para ver si Bevilacqua, o por qué no Clara, lo reciben algún día y me responden. Eso sí, quiero ser absolutamente discreto. Nada de nombres, ni el mío

ni los suyos, nada de teléfonos a la vista, como hacen algunos intrépidos, todo en clave y protegido por el anonimato. El contacto sólo es accesible para los que pagan y, aunque el precio sea asequible, en general el público no derrocha el dinero para gastar bromas a desconocidos.

Creo.

«Último aviso para los turistas de la desolación. Después de Prípiat, posibilidad de viaje vertical a la longitud cero de la existencia. Contactad, amigos, ¡hace mucho que no nos vemos!».

Comparado con el resto de los mensajes, que van al asunto carnal de la forma más directa posible, pasando de las vocales si hace falta, mi mensaje me parece personal, más cándido y muy poco atractivo sexualmente, lo suficientemente críptico como para no recibir ningún otro contacto más allá del deseado, así que lo envío pensando sólo en Mirko Bevilacqua y Clara. Me da bastante vergüenza lo de la «longitud cero de la existencia», porque es una frase que ya me dio vergüenza al oírsela decir a Joven 1 a la salida de la exposición inspirada en Sebald, y porque de algún modo anuncia que es posible llegar al punto de partida de toda existencia, cosa que resulta una solemne y falaz tontería, pero la desgracia estética ya está consumada. Compruebo que, en efecto, el mensaje aparece en el canal mientras la enésima mujer se desabrocha el sujetador tras unas falsas carantoñas. Apago la tele e intento calmarme y disfrutar de la lectura de Microcosmos de Claudio Magris, todo un viaje por las difusas identidades de Trieste y sus alrededores.

El teléfono está a mi lado y permanece en silencio. Lo miro y tengo la tentación de apagarlo por si me topo con algún pervertido que quiere conocer la zona vertical de la existencia. ¿Tal vez me haya excedido usando el término vertical? El caso es que poco a poco voy olvidando la bobada del mensaje, arrastrado por el texto de Magris y por el viento de las montañas de la Valcellina y de Malnisio, que es donde transcurre la historia, una historia repleta de nostalgia y de sabor a vida truncada. Esperia es una muchacha locuaz y diligente en las tareas escolares que vive una adolescencia estricta y preocupada por la noción de pecado. Devota de la Iglesia y de la religión, Esperia crece a la intemperie de un miedo que la amenaza desde casi todas partes, de manera que la buena de Esperia tiene que hacer el esfuerzo de creer que todo el mundo es bueno y que a su alrededor no pasará nada malo. En un viaje en tren, Esperia conoce a un militar italiano que habla con ella muy amablemente; tanto, que la exaltación de Esperia es absoluta, hasta el punto de atribuirle al militar unas intenciones que no eran las suyas. Terminado el viaje, mantienen el contacto y el militar no dice nada y se dedica a alargar «aquella especie de prenoviazgo» que, con el paso del tiempo, se convierte en

una situación incómoda. Se supone que Esperia debe esperar, y eso es lo que hace, espera y espera, y empieza a reunir el ajuar, pero necesita más, hasta el punto de forzar a su familia para que venda una propiedad enfrente de cuyo patio empieza la historia que explica Magris cuando, en su infinito viajar, pasa por delante. La vida errática del militar, de destino en destino, es un buen motivo para prorrogar el estado indefinido en que vive Esperia, siempre pendiente de un destino más favorable para sus planes de matrimonio. Mientras tanto, van sucediéndose los breves encuentros en las estaciones de tren, pues ni los tiempos ni el candor de Esperia hacen posible otro tipo de encuentros. Así las cosas, estalla la Segunda Guerra Mundial, que por lo general congelará y aplazará las vidas y las expectativas de todo el mundo, hasta el punto de que muchas no llegarán a realizarse nunca. El conflicto catapulta de un lado a otro al General, como lo llama Esperia, y para alivio suyo—de él, no de ella—no puede atender las constantes peticiones de matrimonio de la joven friulana, que ha pasado la guerra en la ciudad de Trieste. Terminada la tormenta, el General regresa a Italia, pero la mala fortuna le hace caer en manos de unos partisanos que primero lo secuestran y más tarde, en un acto de venganza habitual en aquellos tiempos, lo asesinan a tiros antes de que pueda volver a reunirse con Esperia. Esta muerte libera a la mujer de la espera continuada y le permite comportarse como una viuda resignada. Una más. Entonces Esperia se integra en la familia del General y no se pierde ni una sola de las celebraciones: bodas, bautizos, comuniones, aniversarios, a veces tiene que viajar de ciudad en ciudad para asistir a ellos. Como ocurría cuando era joven, siempre habla del General, siempre muestra las fotos que lleva encima. Ya de vieja, con una parálisis en las piernas, ingresa en la tercera planta de una residencia de Trieste. Una semana después se tira por la ventana. Increíblemente sobrevive a la caída, pero ya no se levantará de la cama. La visita un sobrino, que se da cuenta de que Esperia habla lacónicamente, con monosílabos, y no alude ni por un instante al General, con el que antes se llenaba la boca. Magris dice de la vieja que «su Estado Mayor había mandado a sus propias milicias, a los órganos ya cansados de mantenerse firmes, que rompieran filas». El escritor triestino interpreta que Esperia se dio cuenta del completo vacío que había sido toda su vida y dijo basta, y se pregunta muy atinadamente cuándo vivió Esperia su verdadera vida, si en los tiempos de espera de un matrimonio que nunca llegaría, o bien en el interminable resto de su vida, cuando asumió como propio el simulacro de la viudedad, o incluso quizá cuando se le revela el abismo de la nada y desea literalmente desaparecer. Esta triste historia hecha con pinceladas de simulacro y de nostalgia me mantuvo con el libro pegado a las manos durante unos instantes en los que no fui

capaz de seguir con la lectura.

¿Cuándo había enfermado Esperia? ¿En qué momento de su oscura historia? Me disponía a intentar dar respuesta a la pregunta cuando se iluminó el teléfono, quizá sea la señal que precede a la tragedia, pensé, y luego emitió un sonido impropio de la noche. Temblé un poco mientras lo dejaba sonar. ¿Sería posible que Mirko Bevilacqua hubiera leído ya mi mensaje? Enseguida comprobé que no. No era Bevilacqua, sino una voz que hablaba en catalán y que sonaba un poco lúgubre, madura, directa, inquietante y, por supuesto, masculina.

—Quiero llegar a la longitud cero de la existencia. —Ya sabía yo que la maldita longitud cero me daría problemas—. Escúchame…—Y sí, yo escuchaba, porque lo que es hablar no podía—. Estoy aquí, debajo de tu casa. Dime el número de la puerta.

—¿Qué puerta? ¿De qué longitud cero hablas? ¿¿Has visto la hora que es??—dije enfáticamente, pero procurando no levantar la voz.

—No te hagas el longui, capitán.

—Llamas por el mensaje—tuve que rendirme a la evidencia.

—Claro, chato.

—Es un error, la cosa no va contigo.

—¡Claro que va conmigo! ¿Qué te crees que estoy haciendo aquí abajo?

—No puedes estar «aquí abajo» porque yo no he puesto ninguna dirección.

—¿No sabes lo que es Google o qué? Venga, va—dijo suavizando mucho la voz—, cuéntame qué es eso de la desolación… Hace mucho que no nos vemos.

—Lo siento, no quería provocar ninguna confusión, el mensaje era para encontrar a un amigo mío.

—Me has encontrado a mí, ¿no te parece suficiente? Empezaré a llamar a todos los timbres y abrirás. Y no te arrepentirás.

Entonces me asusté mucho y colgué. Quería echarle un vistazo a la calle, pero no quería dar ninguna pista de cuáles eran las ventanas de mi casa si encendía una luz o hacía el gesto de subir una persiana. Por supuesto que me arrepentía de haber escrito aquellas estúpidas palabras, pero el mal ya estaba hecho. El teléfono volvió a vibrar, esta vez con número oculto. Lo dejé vibrar unos segundos que se me hicieron eternos y finalmente lo cogí.

—Oye—me avancé a la voz—, te he dicho que era un error, déjame en paz y vete a tu casa.

—¿Eh? Ya estoy en mi casa*—dijo una voz menos adulta y evidentemente distinta de la anterior.

—¡Ah! Mira, sé que he puesto un anuncio, pero ya no me interesa.

—¿Pues entonces para qué coges el teléfono, capullo?*

Ya sólo me faltaba que empezaran a sonar los timbres de los

vecinos y que fueran despertándose uno a uno y enterándose de que en la escalera vivía un adicto al turismo sexual de la desolación y a las longitudes existenciales de tipo cero. Pensarían en mí, desde luego, y no en la señora Amparo. Y empezarían a recomendar a sus hijos que me evitaran en el ascensor y vete a saber si algunos no querrían mudarse o me pondrían silicona en la cerradura y me darían un empujoncito para que fuera yo quien me largara. Por todo esto pensaba si no sería mejor devolver la llamada y dar la cara, tampoco era para tanto, y decir que todo había sido un malentendido y, por así decirlo, un exceso de literatura. Lo siento, no ha sido más que un exceso literario por mi parte, no tenía ninguna intención de hacer perder el tiempo a nadie o de crear falsas expectativas, pensaba decir, pero también valoraba si no sería mejor bajar discretamente, dar la cara y pedir disculpas. Tras un rato paseando arriba y abajo por la habitación, apreté la tecla para devolver la primera de las llamadas.

—¡Hola, capitán! Ya me parecía que estabas tardando mucho—dijo la voz sin duda más calmada, con un matiz que me pregunté si no sería de somnolencia—, te escucho, dime qué tengo que hacer.

—Mira, quiero pedirte disculpas, no era mi intención hacerte perder el tiempo. ¿Sigues aquí abajo?

Desde entonces tuve que apagar el teléfono cada vez que llegaba la medianoche y empezaban a surgir los fantasmas del sexo televisivo. Y aun así tuve que rechazar algunas llamadas a plena luz del día. Espíritus inquietos que se habían encontrado con el buzón nocturno apagado y habían decidido intentarlo a otras horas. Siempre a punto, siempre listo, siempre curioso el ser humano. Pero el éxito tampoco era tan abrumador como para llegar a plantearme cambiar de número de teléfono, menos aún si quería mantener viva la posibilidad de recibir una llamada de Mirko Bevilacqua. Y así transcurrieron los primeros días del verano, con la canícula borrando cualquier horizonte y con ello toda posible línea de fuga. Bevilacqua, como era de esperar, no dio señales de vida.

CLARA BERNAT

I

Vi, era pequeña
como un color en la mejilla,
vi anudada a la cama de hierro
que había hecho para mí el abuelo,
a mi madrina
desnuda,
con la muñeca derecha fija
sujeta a la barra
por una atadura que la anclaba con fuerza
y a mi destino.

II

La echó papá,
que por otro lado también quería echarse
a sí mismo,
pero yo era pequeña y no decía nada,
pues nada podía decir por el espanto
de la visión diurna de una muñeca aferrada
a la forja.
Piernas abiertas a la mañana y a la sorpresa.
En casa estaba mamá,
ella debería saber,
que papá y yo no habíamos anunciado visita
hasta la tarde,
el porqué de aquellos pechos extraordinarios
derramados sobre la cama prometida.

III

Luego, la cama no fue nunca mía,
y un día ya no era para nadie
porque un cabezal de madera
lo había cambiado todo, hasta la pintura
y para siempre.
Mi abuelo mudo, que ya no estaba,
no lo supo.
Y papá y mamá

callados, también mudos
sobre la muñeca oprimida
de mi madrina.

IV

Era pequeña, y la memoria
se deshacía. Los regalos
de mi madrina dejaron de llegarme.
Se acabó la Navidad, las fiestas y los cumpleaños
sorpresa. Tan sólo un vacío donde antes
estaba la sustancia.
Y pregunté por ella, pero ya no lo recuerdo.
Sólo había silencio,
pues papá y mamá callaban
y guardaban la caja.

V

Fue más tarde, cuando ya no era pequeña
y en el instituto nos llevaron
a ver un museo y la pintura
puso en marcha la clepsidra detenida.
El tiempo vuelve a girar
sobre los colores ya vivos,
ya muertos, de cuerpos que
sin querer
se abrían
y lanzaban a otro marzo
el sexo
de un títere sujeto por el vacío.

VI

Los pintores vieneses de la Secesión.
Klimt, Kokoschka, Moser. Y Schiele.
Mirábamos de frente aquellos niños
que ya no lo éramos tanto.
Y entre todos estaba Egon Schiele.
Poca cosa, pero suficiente para la edad.
Piernas abiertas, para qué os quiero.

VII

En la pintura, la carne se dobla
con la impertinencia de los huesos
y la rigidez de una vida que está medio muerta.
No hay posturas cómodas,
sólo una montaña de utensilios humanos
que guardan silencio
pero están abiertos en la llaga.
Como mi madrina.

VIII

Una joven me explica, pero es
mayor que yo, y me explica
quién es ese señor que también
ha pintado barcos
tranquilos en el puerto de Trieste.
Y la memoria de la muñeca,
¿dónde está? Ahora, pasados los años,
vuelve mi madrina
desnuda
sobre los ojos de cristal.
Vuelve a estar, como en los cuadros,
con las piernas desatadas.

IX

Y yo, que no soy una niña
pero sí joven,
compondré figuras. Esculturas
vivas de los cuadros del
señor austrohúngaro
con la descubridora de los escondites
de aquel museo.
Malditos profesores. Germinadores benditos.
Es la pintura de la Secesión de Viena.
La Secesión.

X

Papá y mamá
perseveran en el olvido.
No hablan nunca. Ni de aquello
hablan siquiera.
Y ya no soy una niña,
ni tan joven,
cuando veo en las piernas desnudas
de una mujer croata, en los cuerpos
frágiles del museo,
los muslos de la acróbata vencida.
Me venzo así a la pintura
hecha carne, uña dura y dinero.

XI

Un día resulta que estoy en Viena, tengo enfrente,
todo está pagado, el viejo edificio
de Leopoldo, dedicado
al pintor del sexo alborotado,
la piel erizada y tumefacta.
Estoy en el corazón del antiguo imperio

hecha un dibujo.
La edad tan distinta tensa la cuerda,
tensa la carne, mi museo.

XII

Y ya lo tenemos.
El abismo permanece abierto,
el nudo vuelve a estar bien hecho.
Nos dirigimos tranquilos hacia la extrañeza
que verán los otros
con la muñeca bien sujeta.
Quizá el vivir, lo que era hermoso,
era también el comienzo de lo terrífico.

C. B.

CELEBRAMOS UNA LÍNEA DE FUGA

Seguía sin encontrar ni a Mirko ni a Clara, aunque los imaginaba cerca. En el aturdimiento de la siesta, con el Tour de Francia de fondo, cerraba un ojo como el telón que baja tras la escena final; es decir, no definitivamente, sino a la espera de volver a subir con los aplausos en las primeras rampas del ascenso de los ciclistas a Luz-Ardiden. Muy a mi pesar, la carrera ciclista francesa no llegaba en aquella edición a la estación de esquí que se encuentra al lado de Luz-Saint-Sauveur. El que sí pasaba por allí ese año y todo el tiempo, en un espectáculo invisible y por tanto muy poco televisivo, era el meridiano de Greenwich. Luz-Saint-Sauveur era el pueblo de Francia donde tenía que dar comienzo el periplo del viaje por el famoso meridiano que nos habíamos propuesto Ella, Joven 1 y yo tras encontrarnos en la exposición de Sebald. Lo habíamos organizado con varios correos de ida y vuelta cortos y efectivos. Ella y Joven 1 tenían nombres, pero ahora ya los conocemos con estas formas impersonales y no hace falta ir más lejos porque enseguida los veremos desaparecer de esta historia y evaporarse en la estricta rectitud del meridiano. Su proyecto implicaba andar en línea recta al menos un kilómetro en cada pueblo atravesado por el meridiano, rememorar, antes de acostarnos, algún elemento de la historia local que alguno de nosotros previamente habría preparado y que debería explicar a los demás en la penumbra de la noche, y además, en la medida de lo posible, cumplir con algún ritual deportivo vinculado al lugar. Así, Ella propuso que subiéramos en bicicleta a Luz-Ardiden. A mí me motivaba mucho poder subir al lugar que había visto triunfar a Perico Delgado, Roberto Laiseka y Samuel Sánchez, pero estaba claro que no me veía capaz de conseguirlo, menos aún cuando con el ojo que mantenía abierto miraba las curvas infinitas de otro de los puertos que acostumbran a subir los ciclistas en su paso por los Pirineos y comprobaba que el termómetro exterior marcaba 35º. Ella y Joven 1, con juvenil inconsciencia, lo veían chupado y me animaban a prepararme en un deporte que no me era ajeno, pero que yo practicaba, claro está, a un nivel muy diferente. El caso es que Luz-Saint-Sauveur parecía una forma perfectamente apropiada de empezar el camino hacia Londres. Su estación de aguas termales, por ejemplo, estaba en funcionamiento desde el siglo XVI y era uno de los lugares frecuentados por la famosa duquesa de Angulema, que no era otra que la hija de Luis XVI y María Antonieta, la única superviviente de la masacre revolucionaria

francesa contra la familia real. María Teresa de Francia había soportado años de prisión, uno de los cuales lo había pasado encerrada en una celda de la torre del Temple sin saber que su madre y su tía habían sido ya ajusticiadas, y que su hermano, el delfín de Francia destinado a convertirse en Luis XVII, había muerto en la cárcel. Madame Royale, como se la acabaría conociendo, vivió en Francia de manera intermitente, con las mismas intermitencias que el siglo XIX dedicó a las restauraciones monárquicas. En la década de los años treinta vivió en los territorios del imperio austríaco, adonde ya se había exiliado cuando los revolucionarios la liberaron en 1799. Poseía con su marido una villa, el palacio Coronini Cronberg, en Görz, que los italianos llaman Gorizia y los eslovenos Nova Gorica. A algo menos de un kilómetro de dicho palacio, en el monasterio de Kostanjevica, en territorio de la actual Eslovenia, descansaron sus restos hasta que fueron removidos para analizar su verdadera identidad, porque existía la sospecha de que la verdadera hija de los reyes de Francia era en realidad una misteriosa mujer que vivía escondida en un castillo alemán, protegida por el diplomático holandés conocido como Vavel de Versay. Esta «protegida» era conocida a su vez con el nombre de condesa de las Tinieblas, porque las pocas veces que se dejaba ver vestía siempre de riguroso negro y llevaba un velo que le cubría la cara. Algunos pretendieron que sus facciones se parecían a las de la reina María Antonieta y que por tanto era ésta y no la conocida como madame Royale, que ejercía como tal, la hija de los reyes ajusticiados por el pueblo. Las pruebas de ADN hechas en estos últimos años han desestimado semejante teoría. El arco de la identidad se ha tensado muchas veces, como el rostro oculto en la oscuridad de la condesa de las Tinieblas, y el juego de las máscaras ha propiciado nuestros encuentros y desencuentros con la historia mientras las fronteras de Europa iban moviéndose de norte a sur, de este a oeste. Madame Royale descansaba eternamente en Austria, de donde pasó a Italia, para ser trasladada después a Yugoslavia y recalar por fin en Eslovenia, y todo sin moverse ni un milímetro de la tumba más que para un pequeño análisis de ADN. Me la imaginaba ahora, a la Orpheline du Temple, en las termas de Luz-Saint-Sauveur, envuelta con la mejor y más suave de las toallas blancas, como lo haría también una condesa croata, secándose el cuerpo todavía esplendoroso a sus cuarenta años, sin poder vislumbrar el porvenir de Europa ni de su propia vida, sin poder atisbar allí al fondo las curvas de Luz-Ardiden y el rumor lejano de un gentío descomunal que se desgañita y casi bloquea la carretera al tiempo que enarbola banderas de Euskadi mientras un ciclista vasco que responde al apellido de Laiseka se aferra al manillar de su bicicleta y hace un último esfuerzo para trepar la pendiente con su rostro delgaducho descomponiéndose, como una

figura de Egon Schiele, al que por cierto se parece, justo antes de santiguarse y levantar los brazos con la alegría del triunfo.

¿Quién es toda esta gente?, pensaría Marie-Thérèse-Charlotte, que a los dieciséis años escribió en su celda de aislamiento que era la persona más infeliz del mundo porque no sabía nada, por mucho que preguntase, ni tenía noticia alguna de la suerte de su madre, pero sí sabía que la cabeza de su padre había sido separada del cuerpo y que tal vez toda la familia, igual que él, sería desmembrada, cosa que acabaría ocurriendo en buena parte de los casos, pero finalmente no en el suyo.

Ésta era la pequeña historia que yo tenía preparada para la noche que íbamos a pasar en Luz-Saint-Sauveur, después de tomar los baños en las antiguas termas y de envolvernos también nosotros en sendas toallas blancas quién sabe si aún más suaves, más mullidas y perfumadas que la de madame Royale. Así iba tomando forma el plan de viaje, remontando, siempre hacia el norte, sin perder de vista la necesidad de mantener la ruta marcada, con el objetivo final de llegar a salir algún día del mapa de Francia.

Mientras esperaba el inicio del viaje, yo deseaba encontrarme con Mirko Bevilacqua porque quería ofrecerle la posibilidad de compartir aquel destino falsamente rectilíneo, aunque fuera sin los compañeros de Greenwich. Los días pasaban, el Tour había dejado ya los Alpes y sólo quedaba constatar que, en París, los Campos Elíseos seguían con ganas de ciclismo. De Bevilacqua no había pista ninguna, como si jamás hubiera existido. Como si nuestros encuentros dispersos fuesen más fruto de un deslumbramiento motivado por las radiaciones del siglo XXI que por una conversación real alrededor de las fronteras croatas, los límites de la memoria y la fenomenología del gesto.

París no se acaba nunca, pero Valencia sí se acaba, por lo que una semana antes de empezar el recorrido por Greenwich emulando al artista Simon Faithfull me encontré con Mirko Bevilacqua. Estaba disfrutando tranquilamente de un helado junto a una joven seria y de aspecto andrógino que bebía cerveza con displicencia. Era Clara. Mirko sonrió y me invitó a sentarme como si hubiésemos concertado la cita el día anterior y no hubiese motivo para sorprenderse. Su extraño estar-en-el-mundo y la enigmática gestualidad de Clara me dejaron desconcertado y, por así decirlo, me invitaron una vez más a participar de su compañía pero ocupando un nivel inferior al que ellos ocupaban, como nos pasa a menudo cuando las personas que nos rodean evidencian, muchas veces con una simple y sutil inclinación del hombro, que somos bienvenidos pero que nuestro sitio es y debe ser el que los indios tienen en una reserva, donde podemos existir pero no decidir nuestro futuro. Esta predisposición a la desigualdad no provocó que yo quisiera saludar e irme rápidamente, más bien todo lo

contrario, me atrajo de una forma que no sabría explicar, quizá porque en el fondo pensaba que tal vez todo fueran paranoias mías. Lo que sí me parecía evidente era que Mirko ejercía sobre mí una autoridad casi paternal, aunque tuviera palmo arriba palmo abajo diez años menos que yo. Esta actitud poco natural, lejos de incomodarme, me permitía mirar el mundo desde un ángulo poco frecuente, aquel que nos obliga a hacer caso a las personas independientemente de su edad y atender sólo a la virtud de su potencia. No obstante, la actitud de Mirko no era condescendiente, más bien me parecía que su historia aún no había sido contada y que me convenía esperar el momento para, luego, poder disfrutar de su atención, de su humildad y de su consejo, si es que quería contarle algo.

Mientras esperaba al camarero, Clara me ofreció su cerveza todavía fresca y yo bebí de su copa un trago de confianza que, sin embargo, no fue suficiente para poder explicarles, y tal vez proponerles, el proyecto de viaje a través del meridiano de Greenwich, y es que en la mesa donde estaban despreocupadamente sentados me desafiaba un libro más ancho de lo habitual y que a simple vista ya se notaba que tenía el gusto de las buenas ediciones, con la subyugadora marca de agua del detalle de un mapa de momento irreconocible, y que lucía en la cubierta, casi como contratítulo de mi oferta aún no formulada, una propuesta alternativa escrita con letras negras y rojas. Era obra de un poeta, Lluís Calvo, y se titulaba El meridià de París, con un subtítulo que decía Assaigs a través d'una línia imaginària. Aquel libro, cuyo título yo no conocía, silenciaba mi propuesta anglosajona y la silenciaba de tal modo que, cuando ellos me contaron su proyecto de viaje, al que amablemente me invitaron por boca de Clara y con la confirmación y complacencia de Mirko, no supe qué contestar, y sólo me alcanzó la energía para decir que a mí también me gustaría invitarlos, con unos amigos, a seguir un meridiano, pero en mi caso el más conocido meridiano de Greenwich. Ellos se lo tomaron como una broma ingeniosa, y yo no insistí, así que allí se quedaron las termas de Luz-Saint-Sauveur, con la duquesa de Angulema embutida en su toalla blanca esperando a que el pelo se le secara de una vez y pudiera irse por fin deprisa y corriendo hacia la ex-Yugoslavia, poniendo punto final al siglo XIX y ya de paso también al siglo XX.

Clara sabía quién era yo y fue ella quien me habló de la muerte de su amiga croata, que había tenido lugar un mes después de su regreso de Prípiat. Lo dijo con tristeza y con una mirada que dejaba entrever la nostalgia por lo que había vivido con ella y no volvería. Pero al mismo tiempo no daba la impresión de querer entrar en detalles y, en definitiva, eso fue todo cuanto dijo en aquel encuentro por sorpresa, eso y que contaba conmigo para el viaje, lo que me hizo pensar que

Mirko le habría hablado con cierto detenimiento de nuestros encuentros.

Era verano y Mirko y Clara viajaban sin más preparación que las mochilas, un GPS y ganas de recorrer Francia circulando más o menos por el meridiano de París con la ayuda del ensayo de Lluís Calvo. Ni tenían ni pretendían tener la preparación de los compañeros que viajaban por Greenwich, pero ambos grupos construían una columna vertebral muy matemática sobre el hexagonal mapa de Francia. Yo los acompañaba, aunque algunas veces me tomaba la libertad de desviarme del camino y reencontrarlos más tarde, en alguna población situada más al norte—con Clara no era tan problemático el asunto del teléfono—. Viajábamos en mi coche. Poco a poco, a veces los tres juntos, otras yo a solas y ellos juntos, avanzábamos hacia París, donde teníamos una parada segura. Paulatinamente fui retomando las conversaciones con Mirko Bevilacqua y también conociendo a su amiga Clara. Entre ellos todo tenía siempre un punto turbio, o eso me parecía a mí, pero sin que afectara al grupo y ni siquiera a su vida cotidiana, y, pasados unos días, yo aún no sabía si eran o no pareja, lo único que podía constatar era que dormían juntos en las habitaciones de las modestas pensiones en que nos alojábamos. Empezaba a darme cuenta de cierta limitación por mi parte para interpretar el mundo con las categorías habituales, aunque no debería haberme sorprendido atendiendo a todas las historias que me había contado con anterioridad Mirko Bevilacqua, de quien seguía sin conocer por ejemplo su verdadero origen, por mucho que su apellido de bebedor de agua pareciera italiano, un apellido a cuyo significado no hacía honor precisamente.

Empezamos la ruta allí donde los republicanos abandonaron Cataluña y España, en las montañas del Pirineo, que nos separan de Francia. Antes habíamos dejado atrás un lugar fantasma como La Roca Village, un pueblo ficticio hecho de tiendas conocidas y fachadas simuladas. Un no-lugar que aglutina un espacio sin memoria donde nada tiene sentido más allá de las relaciones comerciales que establecen los visitantes, que no pueden ser transeúntes, ni flâneurs, porque en sus calles de plastilina no hay nada más que el alma cruda de un mundo que cabe en el hilo de plástico de una infinita tarjeta de crédito. Eso sí, un simulacro con balcones de hierro forjado, flores y colores que propician un ambiente agradable con un ayuntamiento y un casino de cartón piedra. Al pasar junto a La Roca recordé un viaje de aquellos que hacía cuando era joven con mi tía Elena y que tenían como objetivo reanimar la economía del comercio en tiempos de crisis, y cómo, ante la emoción de la ropa rebajada y de una palabra de nuevo cuño entre nosotros como era outlet, se decidió que no podía haber la más mínima pérdida de tiempo en forma de parada para

comer algo y que si queríamos saciar el apetito tendríamos que hacerlo con la búsqueda de gangas y lamiendo alguna de las etiquetas de Bimba y Lola o Comptoir des Cotonniers. Por supuesto, esta vez evitamos La Roca Village, un monumento al simulacro que en otros tiempos me había producido una extraña sensación en el cuerpo, como si nada de lo que pudiera adquirirse en aquellas tiendas plantadas al borde de una autopista y regadas con los salarios de millones de visitantes anuales tuviera la capacidad de ser utilizado fuera de los no-lugares, como si los productos llevaran una mancha de inautenticidad y se fundieran lentamente a medida que nos alejábamos de aquella especie de frigorífico destinado a la compraventa.

Mientras Mirko y Clara viajaban por su cuenta, yo subí hasta Agullana, desde donde pensaba alcanzar el collado de Manrella y dirigirme a Ceret, donde nos volveríamos a encontrar y aprovecharíamos para visitar una exposición del escultor Jaume Plensa en el pequeño e interesante museo de Arte Moderno. Ellos llegarían a Francia por el collado de Ares, que es por donde el meridiano de París atraviesa la frontera y la montaña, y que es, además, uno de los lugares que muchos republicanos eligieron para huir tras la derrota contra el fascismo, entre ellos y entre tantas lágrimas derramadas algunos escritores como Joan Sales y Pere Calders. El meridià de París recoge muy bien las sensaciones y la luz maldita de aquellas jornadas del invierno de 1939. Calders lo explica en un artículo tan breve como impactante, «Pàgines de l'exili. Prats de Molló», en el que habla con amargura del fin de todas sus esperanzas vitales, rodeado por la chatarra de los coches quemados y las herramientas inutilizadas para que el enemigo no pudiera servirse de ellas. Calders lamenta el silencio de lo que hoy llamaríamos la comunidad internacional. «Creíamos—dice—que el mundo era lo suficientemente maduro como para que estas cosas ya no fueran posibles, y me parecía que iban a movilizarse todos los hombres de buena voluntad para darnos la mano». Y, tras un punto y aparte, añade: «Pero ahora vivimos este éxodo que debería avergonzar a Europa, formamos parte de esta riada de quinientas mil personas que huyen, y no sabemos en qué creer y ya nos empieza a atormentar el miedo de que nunca más podamos creer en nada». Yo pensaba precisamente en el destino de aquella riada de hombres, que ya no sabían en qué creer y a los que empezaba a dar miedo no poder creer nunca más en nada, mientras atravesaba simbólicamente, primero a pie y después en coche, la tan ligera raya que nos separa hoy en día de Francia. La luz y la temperatura veraniegas, la ausencia de personas y los más de setenta años de distancia no pudieron evitar que yo también girase la cabeza y mirase atrás; la extrañeza que irradiaban

los lugares de la memoria consiguió que, por un momento, dejara de ver mi coche y viera en cambio las filas de hombres derrotados que no sabían absolutamente nada del tiempo que les quedaba por vivir después de aquel exilio, porque el exilio es por fuerza pérdida e incertidumbre. La frontera no se movía, sólo los hombres lo hacían para huir lentamente, arrastrando los pies y entregando a la tierra las escasas y quizá ya inútiles propiedades. Tras los malheridos republicanos catalanes y españoles que veía ahora, veía también cómo ascendía el puerto un grupo distinto de refugiados que, al llegar arriba, a mi altura, eran detenidos por unos agentes de policía croatas surgidos de la nada. ¿De dónde venís?, les pregunté con un grito, y me dijeron que venían de Siria. ¿Y adónde vais?, volví a preguntar a uno de los sirios, que cargaba con una niña a la espalda. A Alemania, igual que vosotros, me decía, pero antes tenemos que salir de Serbia y entrar en Croacia. ¿Cómo es que todos pasáis y a nosotros no nos dejan?, me preguntó, pero yo ya no podía contestarle porque era el año 1939 y alguna fuerza ingobernable no me dejaba hablar más con él. Volví junto a los míos, que ya bajaban hacia Francia con el alma por los suelos, y aún pude oír cómo aquel hombre sirio hablaba con su hija. Creíamos que el mundo era lo suficientemente maduro, supe que le decía, como para que estas cosas ya no fuesen posibles. Pero el mundo tenía toda la pinta de ser una arbequina, ni un milímetro más grande, recogida por error en el mes de agosto. A la derecha de aquella fila de hombres estaba el monumento a Lluís Companys, que no había pasado exactamente por el collado de Manrella, sino por el cercano collado de Lli, junto al lehendakari Aguirre. El collado de Lli se encontraba entre donde yo estaba y el paso del collado de Ares, por donde iban a cruzar Mirko y Clara. Prats de Molló i la Presta no está lejos del paso fronterizo del collado de Ares, aunque a los que dejaban su tierra se les hacía eterno y peligroso el derrotado descenso de aquellas faldas congeladas en el invierno del año 39.

Prats de Molló i la Presta, que los franceses llaman Prats-de-Mollo-la-Preste; Pi de Conflent, que los franceses llaman Py; Saorra, que los franceses llaman Sahorre; Escaró, que los franceses llaman Escaro; Serdinyà (Serdinya), Fullà (Fuilla), Vilafranca de Conflent (Villefranche-de-Conflent), Conat, Mosset, Rebolhet (Rabouillet) y Monfort, que los franceses llaman Montfort-sur-Boulzane. Todos estos pueblos están en la ruta hacia el norte que recorre el meridiano de París, ruta que desaparece de Francia por el norte en Dunkerque, tras atravesar los términos municipales de Armbouts-Cappel, Spycker, Pitgam y Drincham. Precisamente por Dunkerque huyó de la Francia ocupada el lehendakari Aguirre poco después de cruzar con Lluís Companys la frontera de Francia con Cataluña y emprender una huida épica que pasa por una estancia en Berlín, en el corazón mismo de las

tinieblas europeas, para llegar finalmente a Suecia, desde donde conseguiría embarcar rumbo a Brasil. Así, la recta del meridiano le sirvió de guía tanto para entrar como para salir de aquel país que no tardaría en desmoronarse como Europa entera. Desde lo alto de la cordillera no hay ni rastro del proyecto de convertir el meridiano en una línea recta y verde, con árboles que dibujan la geometría del territorio y que dejan en la tierra una visión nítida de lo que significa imaginar una vertical y más tarde construir una vida, una orientación, una ortodoxia, por encima de la geometría imaginada. Si el presidente del Gobierno vasco hubiera entrevisto en aquel mes de febrero de 1939 la línea recta que se dirige con perseverancia hacia el norte, tal vez habría visto también su futuro al otro extremo francés del meridiano. Habría previsto asimismo el resto de su camino con final en Nueva York, donde acabaría estableciéndose la sede del Gobierno vasco en el exilio. Pero la historia no avanzó en singladura recta. Ninguno de los caminos fue realmente un camino trillado hacia el que apuntar y proyectarse. La exposición de Jaume Plensa en el museo de Arte Moderno de Ceret tampoco funciona como una travesía recta, sus figuras humanas de grandes proporciones se vigilan entre ellas y crean para el visitante un juego provocador con los cambios de color que proceden del interior mismo, como si fuese nuestra alma la que mira el mundo desde distintas formas de estar y de ser. Y estas formas dialogan con las formas y colores de las otras dos figuras, pues son tres seres humanos sentados mirándose entre sí, y también a los visitantes, que pueden jugar a esconderse y a sentirse poco importantes frente a semejantes deidades azules, verdes, amarillas y otras tantas tonalidades que iluminan intermitentemente los territorios de la modernidad en que se integra el propio museo. Un museo pequeño y delicado en el fascinante entorno de un pueblecito no destinado en principio a las visitas de los artistas modernos, pero visitado desde hace más de un siglo, gracias al escultor Manolo Hugué, por Picasso, Braque, Gris, Soutine, Chagall y otros amantes de las líneas de fuga abiertas sobre la pintura tradicional.

Con este espíritu de fuga me reencontré con Mirko y Clara en el pueblo de Prats de Molló, en el que Hugué le había contado su vida a Josep Pla en una conversación que se alargó varios días. Clara y Mirko tampoco habían salido indemnes de las radiaciones del exilio. Ahora intentábamos sacar el cuerpo de apuros mientras charlábamos en el Bar Catalán. Como tantas cosas en la Cataluña Norte, también aquel lugar estaba a mitad de camino entre la resistencia y el folclore y quizá únicamente los ojos que lo miraban decantaban la percepción hacia uno u otro lado. Clara se fue a dormir temprano y Mirko y yo retomamos la conversación abandonada tal como había sido habitual entre nosotros en anteriores encuentros, porque aquel día era el

primero en que realmente teníamos tiempo para dedicarlo a hablar y a escuchar. Mirko me dijo que, al volver de aquella visita a Prípiat y a la central nuclear de Chernóbil, él y Clara se habían mantenido alejados por un tiempo y sin tener noticias el uno del otro. Más concretamente, había sido Clara la que no había querido tener ningún tipo de contacto mientras durase la situación de emergencia de la condesa croata. Aquella mujer, que se había vuelto altiva en sus últimos años de existencia y que trataba a Clara como a una amante joven a quien succionarle el impulso vital, era ahora una anciana que agonizaba en un centro hospitalario. Una hemiplejía la había dejado fuera de combate, pero con la suficiente energía como para explicarle a Clara todo lo que no le había contado nunca, su vida de niña durante la Segunda Guerra Mundial, la pérdida de su madre, la difícil relación con su padre, pero Mirko se detuvo aquí y añadió que debería ser ella, si quería, la que me contara todo aquello, ahora que no sólo os conocéis, dijo, sino que vais a compartir unos días de viaje. Por lo que a mí respecta, añadió Mirko, lo he pasado mal, con cierta obsesión por esa Clara que ya habrás visto que es un enigma en sí misma. Tras el prolongado silencio tuve que dejar de buscarla, dijo Mirko Bevilacqua mientras Clara ya debía de estar cruzando el cielo o el infierno de algún sueño de verano y nosotros apurábamos una copa de vino blanco en aquella taberna catalana todavía repleta de veraneantes del Pirineo. La muerte se aplazaba y la partida de ajedrez que jugaba la condesa ofrecía sus últimos sacrificios, su postrera resistencia, con la posición ya perdida, con el rey rodeado por los peones negros y enemigos, por el alfil de guadaña afilada.

Clara no quiso separarse de aquella mujer que se resistía a abandonar el escenario, cosa que acabó haciendo de todos modos. Yo simplemente la esperé dedicándome al mantenimiento de mis propiedades, buscando alguna pequeña inversión para ampliar el negocio y tratando de no sufrir más de la cuenta por los asuntos humanos. Era consciente, decía Mirko aquella noche en la montaña, que cada día que pasaba aumentaba la distancia entre nosotros dos, pero también habría sido muy estúpido por mi parte, como puedes imaginar, pensar que aquella distancia estaba destinada a acortarse. Más bien cabría decir que alguna cosa había quedado sin atar y que yo no quería mandar aquel asunto al cajón de las novelas olvidadas, al eventual museo de la nostalgia, sin haber intentado agotar aquella psicología y aquel cuerpo que claramente se me escapaban, que tal vez también se escapaban de sí mismos. Además, había empezado a oír una voz que me acercaba al sufrimiento de aquella mujer que moría en brazos de Clara, dijo Mirko sin esperar de mí ninguna muestra de sorpresa que, por otro lado, tampoco hice. Había empezado a sentir—quiso reforzar la frase anterior como quien remacha un clavo que no

acabará nunca de entrar en su sitio, pero no encontró las palabras exactas que buscaba—una especie de comprensión, no por Clara, sino por aquella extranjera moribunda con pinta de señora rica que en realidad no lo es tanto, que aparenta un frío y una distancia respecto a las cosas que seguramente guarda una estrecha relación con su existencia alterada entonces y ahora por una guerra y una sexualidad difíciles de vivir. También por un país difícil que vive la existencia desde la vanguardia de una violencia secular. Y toda esa violencia puede forzar un cuerpo, tensarlo hasta hacerle creer en una perpendicularidad exagerada a pesar del peso de los años y del rostro vencido en su interior. Y aquel gesto perpendicular que habíamos visto en el aeropuerto era ahora un cuerpo oblicuo y doblegado, medio paralizado y acurrucado en una cama de la que ya no se levantaría. Tener al lado a Clara para el duelo de la vida que se va tenía que ser, para aquella mujer, algo primordial, o así lo entendía yo, dijo Mirko Bevilacqua, y así era también para mí, pero de esto último no entendía los motivos. O sí, sí que los entendía. Era como si con la lenta desaparición de la vieja croata desapareciera también un vínculo que me unía con el mundo. Mientras Mirko me decía esto, el camarero nos traía la cuenta y nos pedía por favor que nos levantáramos de las sillas porque tenía que cerrar. Como las charlas con mi compañero de viaje eran largas y las horas del día las habíamos aprovechado ya muy bien, dejamos la conversación en este punto. Había que tener en cuenta que ante nosotros disponíamos de un buen puñado de noches en las que sin duda habría ocasión de profundizar en los motivos por los que Mirko se había visto atado a aquella mujer enferma.

Por alguna razón no pude conciliar el sueño en aquella pensión pirenaica. Esto me pasaba de vez en cuando; entonces intentaba no ponerme nervioso y dedicaba el tiempo de la noche inhóspita a imaginar asuntos que me entretenían. Ahora quería saber a quién me recordaba Mirko Bevilacqua. Tenía en la punta de los dedos una señal que era incapaz de descifrar en la superficialidad de aquella noche de sueño difícil o de adormecimiento lento, dulce y ligero. El rostro de Mirko y su mirada precisa sobre las cosas me conectaban con alguien, aunque no sabía muy bien si ese alguien era una persona o tal vez una idea. ¿Cómo puede parecerse Mirko a una idea?, rectifiqué después, pero ya el insomnio adornaba todas las paredes de la habitación de aquella correcta y sobria pensión de montaña. Así pues, tenía que leer alguna cosa para poder ingresar de verdad en la noche.

LA CONFABULACIÓN DE LOS MATEMÁTICOS

Ahora que todo está hecho parece muy fácil: sumamos, restamos,

multiplicamos y dividimos—la gente de ciencias—, pero es de ingenuos pensar que siempre ha sido así. Cuando los cristianos europeos aceptaron utilizar la numeración árabe, lo hicieron con desgana y oponiendo resistencia. Una de las historias verídicas de esta resistencia tiene lugar en Clermont-Ferrand, en pleno centro de la Francia medieval. Matemáticos de todas partes se dan cita en la ciudad, acuden los eminentes árabes Al-Gazeh y Al-Farabi, también los ingleses precursores del Merton College, el hebreo Saadia y un buen número de franceses cuya delegación encabeza Pierre de Gobineau. No hay castellanos. Tampoco catalanes. Los alemanes y los ingleses han aceptado la nueva numeración y animan a los franceses a hacer lo propio, pero Gobineau y los suyos se oponen con argumentos nobles que giran alrededor de una idea central: los viejos perderán las cuentas y nosotros también seremos viejos. Así que las reuniones y ponencias continúan durante el otoño de un año de lluvia inmoderada y vientos endemoniados.

Una de esas noches de tormenta aparece un fraile napolitano excomulgado, con una buena provisión de botellas de vino. Todos beben de buena gana y las conversaciones avanzan rápidamente: los franceses, arrastrados por el entusiasmo repentino de Gobineau, aceptan hasta el sesenta y nueve—hasta ese momento sólo habían llegado al tres—. Pero entonces se acaba el vino y empiezan los problemas. Gobineau no acepta que tras el soixante-neuf venga el septante y propone el soixante-dix. Los demás claman al cielo, la delegación francesa se encuentra dividida y la sesión termina sin acuerdo. De noche, todos se afanan en explorar las posibilidades del sesenta y nueve mientras en el monasterio se oyen carreras y nadie es capaz de dormir. A la mañana siguiente, el excomulgado napolitano ha desaparecido y el vino brilla por su ausencia. Una semana después, las presiones de Gobineau surgen efecto y se acepta el soixante-dix como setenta. El escándalo sacude Europa, pero la cosa no ha hecho más que empezar: Gobineau todavía conseguirá, dos semanas más tarde, imponer el quatre-vingts como ochenta.

C. B.

UNA NOCHE EN EL PARALELO 45º

Ayrens, situado en el estratégico paralelo 45º, es un lugar que equidista matemáticamente del ecuador y del polo norte. La equidistancia matemática, sin embargo, no equivale a la geográfica, ya que la Tierra no es exactamente esférica y eso hace que el punto exacto entre el ecuador y el polo norte esté unos kilómetros al norte de esta pequeña localidad. De todos modos, nosotros nos dimos por satisfechos cuando vimos que en Ayrens, en el departamento de Cantal, explotan un poco su condición de punto estratégico sobre el meridiano de París y han plantado, aquí sí, una hilera de árboles a lo largo del perfil del meridiano que puede seguirse con facilidad y que, de pronto, se ve interrumpida por otra línea divisoria que la corta perpendicularmente y que no es otra cosa que el paralelo 45º. Un eje inventado cruza otro eje imaginario, lo cual no hace que la Tierra gire más deprisa o deje de girar, todo sigue exactamente igual, sólo que ahora, ante nuestras propias narices, puede verse cómo la imaginación y la narración son elementos fundamentales para entender nuestro lugar en el mundo. Aprovechamos la sombra que daban los árboles a la altura del punto en que meridiano y paralelo se cruzan y nos sentamos para librarnos del sudor y del calor que empezaban a asediarnos. Alguien había tenido aquella feliz idea y también la idea de poner a lo largo y ancho del territorio unas plaquitas que, de manera bastante discreta, recordaban a los viajeros el lugar geográfico por el que circulaban. La sombra de los árboles y el agua aún fresca que llevábamos en la mochila invitaban a hacer un alto y hablar del sitio en el que nos encontrábamos. Estábamos en una especie de zona cero de los mapas cartográficos antiguos, más concretamente el lugar que servía como punto de partida de la conocida como proyección de Bonne. La proyección de Bonne es una antigua proyección de la superficie de la Tierra sobre un mapa, usada por el Estado Mayor francés hasta la Primera Guerra Mundial. Todos los mapas que utilizamos son por fuerza proyecciones, es decir, que no pueden ser calcos exactos del territorio que muestran, pues la superficie de la Tierra es esférica y no es posible representar ninguna esfera con exactitud sobre un plano, por eso un mapa es siempre una proyección. Pero hay más de una proyección posible. Podemos escoger una u otra según nuestros intereses, según lo que prefiramos conservar con mayor exactitud, ángulos, distancias, áreas, etc. El caso es que cada sistema de proyección da prioridad a la preservación de una

determinada cualidad en detrimento de las demás, las cuales, como consecuencia de esta elección, se ven perjudicadas o distorsionadas. En definitiva, ningún mapa o plano es un calco milimétrico de aquello que se quiere representar. Los mapas de la Tierra que conocemos, los más habituales, son los mapas donde la superficie de la Tierra se proyecta sobre un cilindro, pero no son los únicos que se han utilizado. Los militares, por ejemplo, han preferido siempre los mapas que conservan mejor la representación de las áreas, y eso es precisamente lo que hace la proyección de Bonne, tomar Ayrens como punto de partida, desplegar mapas a partir de ahí y suministrárselos al Gobierno de Napoleón desde este entrecruzamiento estratégico de líneas inventadas en el que ahora descansamos Clara Bernat, Mirko Bevilacqua y yo. A partir de este pueblecito el mundo queda cartografiado desde un punto de vista nada habitual para el público general. La proyección de Bonne fue utilizada desde finales del siglo XVIII hasta la Primera Guerra Mundial y da como resultado un extraño mapa de la Tierra parecido a un corazón, a partir de una superficie pseudocónica. Pero también la proyección de Bonne, aunque intente evitarlo como el resto de proyecciones, acaba distorsionando nuestro mundo. No hay mapa que no nos distorsione la vida, dijo Mirko con una sonrisa. Por eso, pensé yo, resulta imposible librarnos de la noción de simulacro cada vez que recorremos uno. Por supuesto, continuó Mirko, nuestro mapa es una especie de dibujo de Francia que simula un país que no es el que estamos pisando. Entonces se quedó mirando fijamente hacia el camino que se perdía por el este y que parecía seguir la retahíla de árboles plantados sobre el paralelo 45º. Más allá está Italia, Turín, y un poco más allá el golfo de Carnaro, que los croatas llaman Kvarner, y todo sin desviarnos del camino recto del paralelo, pero claro, esta recta es sólo recta en nuestra ilusión, no sobre el terreno. Sobre la superficie de la Tierra no funciona ni el teorema de Pitágoras, si los catetos del triángulo son suficientemente grandes. Así que nada de viaje rectilíneo, dijo Clara, también nosotros nos proyectamos, también nosotros somos un simulacro. La proyección de Bonne fue sustituida por la de Lambert, que fue quien descubrió que π era un número irracional. De nuevo un irreductible. Todo esto es, al fin y al cabo, otro ejemplo a favor de una noción escindida del sujeto mucho más oscura y dividida que la imagen unívoca y racional que hemos heredado de la tradición cartesiana. A lo mejor el sujeto, con su identidad y toda la pesca, es otra Atlántida perdida, pensé. Y es que la propia narración de las cosas ya es una proyección de esas mismas cosas y, por lo tanto, como ocurre con los mapas, añade una distorsión de todo lo que no consigue conservar, porque cuando eliges las palabras para contar algo, cuando olvidas, cuando explicas, ya lo haces proyectando alguna cosa a través de la

palabra. Sabemos perfectamente que la palabra no es un espejo y también que de lo que no podemos hablar sería mejor no decir nada. Semejante afirmación hizo desfilar y caer ante nosotros un largo y tupido velo hecho con la fibra del silencio. Mientras la calma silente reinaba, cada cual intentó componérselas con su aparato de proyección hacia los demás para poder mostrar el mejor mapa posible, el más verde y lleno de montañas, lo cual provocó que una retahíla de luces y sombras epistemológicas asomaran a nuestros rostros. Con la epidermis llena de puntitos donde brincaba el obtuso intento hacia la vida y el conocimiento de los otros, dejamos escurrirse unos cuantos segundos. Es difícil pensar sin palabras y la palabra es una proyección que nos marca el paso como un tambor.

Los tres notamos cómo sobre nosotros se proyectaba una sombra que no dejaba de interpretarnos.

Mirko dijo, mirando a Clara, que no se preocupase, que desde nuestro punto de vista las cosas mismas no existían y que en todo y para todo debíamos apañárnoslas con la fenomenología del gesto, que no era más que una suerte de intento de interpretarlo todo lanzada sobre los cuerpos que nos importaban. La conversación se iba diluyendo marcada por la fuga de las dos líneas sobre las que estábamos sentados, y no era poca cosa tener el culo puesto a la vez sobre un meridiano y un paralelo. Aquella perspectiva me desbarajustaba la horizontal, ya no sabía dónde estaba el norte y, por lo tanto, cuál era y cuál no era el meridiano y el paralelo. Si hubiera tenido que levantarme y caminar siguiendo el paralelo 45º hasta Croacia, hasta la isla de Cres, que los italianos llaman Cherso, y acercarme un momento a Miholašćica, donde veraneaban Claudio Magris y Marisa Madieri, no habría sabido qué rastro de árboles seguir, tan desubicado estaba. Mirko adivinó mi desorientación y me preguntó si quería saber dónde estaba Croacia. Y yo le dije que sí, que quería saber de una vez por todas dónde estaba su verdadera patria.

Cuando se hizo de noche en el pueblecito de Ayrens tuve claro que, una vez más, me costaría conciliar el sueño. Mirko y Clara se habían acostado pronto y yo no tenía ganas de encerrarme en la habitación de aquella casa de campo preparada para alojar a amantes del turismo rural. Así que decidí dar una vuelta por el pueblo y aprovechar que la noche había caído hacía rato sobre las calles débilmente iluminadas y que la temperatura bajaba, haciendo olvidar el calor diurno, y era muy agradable. Pocos minutos después había recorrido los principales lugares de aquel pueblo minúsculo y, casi sin querer, me dirigí hacia las afueras y empecé a dejar atrás los lugares habitados y aún con vida en su interior. La luz era suficiente para aventurarme por los alrededores del pueblo y llegar a la encrucijada en la que habíamos estado charlando y descansando durante el día. Los altos árboles

proyectaban una sombra pálida que se fijaba en el suelo como un dibujo de imperceptible movimiento. La visión nocturna era posible sin riesgo de tropezarse, así que seguí andando hasta llegar a aquel punto estratégico donde podía cambiar la perspectiva desde la cual mirar el planeta. Continuar en línea recta suponía seguir el camino hacia el norte, que era el que tendríamos que emprender al día siguiente. La otra posibilidad era aventurarme unos metros por la secante que dibujaba el paralelo 45º, marcada también, al este y al oeste, por el lineamiento continuado y perfectamente visible de una hilera de árboles ya crecidos. En aquel momento giré 90º y me dirigí hacia el este. Mientras paseaba a ritmo lento y con toda prudencia para no alejarme demasiado de Ayrens, me pregunté por qué razón mis pasos me llevaban al este y por qué mis pensamientos se iban hacia el este sin considerar ni por un momento la posibilidad del oeste, sin pensar ni siquiera tangencialmente en el oeste. Aquella fascinación mía por el oriente europeo, ¿tendría un origen literario? ¿O era acaso una proyección de mi futuro más próximo? El oeste simbolizaba la aventura, el progreso, la construcción desde cero de una vida que por fuerza tenía que ser mejor, y recordaba también el ferrocarril y la búsqueda del oro. ¿Y el este? A lo mejor para mí el este simbolizaba la historia, las raíces judías de la cultura, el fascinante concepto de Mitteleuropa, el telón de acero, la idea del comunismo. ¿Podría hacerse hoy un viaje por la borrada y antigua línea divisoria que separaba la RDA y la RFA? Un viaje de norte a sur, con el objetivo de captar aún las diferencias entre dos mundos separados de forma artificial. ¿Por qué había preferido el este en aquel paseo nocturno por el paralelo 45º? La respuesta también era de lo más tonta, pues no llegaría nunca a tierras rusas, tan sólo pretendía dar unos pasos por aquella marca que partía por la mitad el hemisferio norte. ¿Y si los 45º eran también una metáfora de la existencia? Como si los 45º de latitud fuesen años y los años supusieran una señal, una fisura entre dos partes bien diferenciadas de una larga vida que, a partir de entonces, conocería la parte obstinada del descenso y la decadencia. O peor aún, como si los 45º representaran el recorrido de tres cuartas partes de la existencia, a la que por consiguiente no le queda más que un cuarto, el último cuarto, en relación directa con el tiempo vivido, sólo un cuarto, siempre en dirección al polo norte de la muerte escarchada. Una vida a la cual le queda por recorrer la parte más fría, hasta que se enfrenta a la navegación ártica, en busca de un final de hielo y miedo. Tienes cuarenta y cinco años, te quedan once; tienes veinticinco, te quedan seis. Treinta y uno. Apenas veinte minutos después de haber iniciado el paseo, la psicogeografía se había apoderado de mí. Mi padre había muerto a los treinta y un años. Recuerdo cuando era yo el que tenía treinta y uno; por entonces pensaba en él a diario. Aquellos momentos

de los treinta y uno, aquellos días, que yo disfrutaba con tranquilidad y salud, eran para mi padre los últimos días de su vida, eran momentos que él vivía con la inconsciente inocencia de quien tiene una larga vida por delante y ni siquiera piensa en ello, pues no supone ningún problema, ya que la muerte no ha entrado en la temática de los monólogos internos. Unos monólogos que tal vez sigan siendo banales y seguramente se centren, por así decirlo, en tediosos asuntos sin importancia que quizá le hagan tomarse en serio las cuestiones fútiles y quién sabe si molestarse incluso por el vuelo efímero de un mosquito que ha de sobrevivirle. Yo había contado pacientemente los días de su existencia. Sabía no sólo el día, sino incluso la hora de su nacimiento—y por descontado la hora fatal de su fallecimiento, que se me había quedado grabada a fuego para siempre—, por lo que podía saber con exactitud qué momento de mi vida había sido el último de la suya, qué minuto de los míos correspondía con el último de los suyos, la última de sus palabras pronunciadas con la alegría o la tristeza de quien ignora por completo que la arena del reloj se agota y ya no puede darle la vuelta. Conocía la fecha, conocía también la hora y los minutos exactos tanto de su nacimiento como del mío y por eso, sin querer, como en un movimiento inconsciente hacia la angustia, supe cuándo llegaría yo a vivir aquel minuto exacto en que su vida se agotaba: treinta y un años, doscientos veintitrés días, quince horas y cuarenta y cuatro minutos. A medida que veía pasar las hojas del calendario iba aumentando mi ansiedad y, del mismo modo que el escalador tiene una visión privilegiada del abismo sobre el que pende su vida, tomaba yo conciencia de la debilidad de todo lo que me rodeaba y, particularmente, de mi cuerpo en apariencia joven y fuerte, pero listo para desfallecer, desmoronarse y hacerse añicos. Cuando llegó el día señalado, me esforcé por comportarme de manera natural, cosa que conseguí a duras penas, más aún teniendo en cuenta que me tocó hacer un viaje de trabajo que coincidía con la hora prevista en que debía atravesar aquel paralelo negro de la existencia. El jefe de la empresa textil para la que entonces trabajaba, el señor Daniel, conducía su coche de gama alta por una carretera de doble sentido. Yo, que desempeñaba a la vez las funciones de secretario y de comercial, no podía dejar de mirar el reloj que me acercaba minuto a minuto al instante en que se cumpliría el plazo y alcanzaría el tiempo exacto que había vivido mi padre y lo superaría, dejándolo atrás y abriéndose para mí una experiencia nueva y jamás vivida por él, un territorio inexplorado sobre el que ya no sería posible especular si, al perder el pelo o no, me parecería o no me parecería a él, porque él ya no estaría y nunca habría tenido la edad que yo estaba a punto de cumplir. A partir de entonces resultaba completamente inútil saber si, por ejemplo, a los cuarenta y cinco, mi nariz se parecería o no a la de

un hombre que no había podido ver crecer la suya hasta tal extremo, y, mientras se me pasaba todo esto por la cabeza, el señor Daniel no paraba de hablar de temas que no atravesaban mis tímpanos ni el silencio introspectivo en que me hallaba sumido. Superar aquel hito me hacía temblar de miedo, pues en el mejor de los casos tendría que enfrentarme como un explorador al territorio virgen de una existencia nunca alcanzada por mi progenitor. Y digo bien: en el mejor de los casos. El número digital del reloj que descontaba gota a gota mi aflicción desde el salpicadero entró en la hora crítica. Justo en aquel instante, y por sorpresa, un camión tomó una curva lejana y afrontó el futuro viniendo hacia nosotros en una de las pocas rectas que había en aquella maldita carretera. Al mismo tiempo, un coche surgió de detrás del camión y empezó a adelantarlo con una lentitud exasperante que hizo que el asfalto se nos acabara a todos y que el corazón se me desbocara mientras mi pie intentaba frenar de forma tan insistente como inútil contra la chapa del coche y la voz del destino se desgañitaba advirtiéndome desde fuera. La posibilidad de un accidente en el que no había dejado de pensar desde el comienzo del viaje se me venía encima de un modo trágico y pensé que, si moría, nadie se preocuparía por contar el tiempo como lo había contado yo y que sólo se oiría hablar de la casualidad de que hubiera muerto con los mismos años que mi padre, pero no con los mismos meses, días y horas, nadie repararía en ello, pensaba, de igual modo que nadie repara en la cantidad de rincones de nuestra existencia abocados directamente al olvido. Toda la acción y la fuerza del momento se precipitaba sobre el coche de mi jefe cuando el camión empezó a frenar y a rebasar la línea blanca que lo separaba del campo de trigo; el señor Daniel hizo lo propio, pero al otro lado, y entre nuestro coche y el camión se coló el destino por la única rendija posible, mientras el conductor del camión daba rienda suelta a su estridente bocina, una de esas bocinas que producen un sonido como de fuga a medida que el camión se aleja. Pero ¿qué hace ese imbécil?, maldijo el señor Daniel, y, tras echarme un vistazo, me dijo que me había puesto muy pálido y que lo perdonara si me molestaba lo que iba a decirme, pero que parecía un muerto. Entonces el reloj decidió dar un paso adelante y todo quedó atrás a una velocidad endiablada y yo sonreí y me puse a hablar despreocupadamente sin perder de vista que cada palabra que decía y cada color que percibía eran para mí aquel país virgen y nuevo que antes intentaba imaginar y que se abría más allá del paralelo 45º que ahora me servía de guía en aquella noche francesa extrañamente cálida que había hecho que me alejara ya bastante del pueblo de Ayrens. Superada por un tiempo considerable la edad de la muerte de mi padre, ahora me enfrentaba al futuro sin poder desprenderme del todo de la nostalgia. Aquel sentimiento concreto hacia el pasado fue el

que me hizo pensar en una razón que quizá explicara mi incomprensible fascinación por el este. Empecé a pensar en los motivos del este al tiempo que daba media vuelta y volvía hacia Ayrens; es decir, que rehíce mis pasos nocturnos en dirección al oeste. Me di cuenta de que podía pensar en el este mientras caminaba de nuevo hacia el oeste, cosa que no dejaba de resultar fascinante, ya que, por así decirlo, suponía una cierta rebelión contra la psicogeografía que había alimentado aquella excursión nocturna y que seguramente inspiraba la mayor parte de nuestros movimientos por el planeta como público de una eterna y continuada sociedad del espectáculo.

Yo era un joven preadolescente que miraba el mundo desde el modesto observatorio de un pequeño pueblo cuando la tía Elena volvía de sus viajes siempre sorprendentes y, en cierto modo, escandalosos para la familia. Portugal en trenes de media distancia con un amigo que no era, según juraba ante los abuelos, su novio. La Península recorrida en autostop con una amiga, durante todo un verano. Descenso con esquís de madera tras una intensa nevada en las montañas de Alicante. Y luego venga a contar sus aventuras a los sobrinos con el miedo permanente de mi madre por si le copiábamos el estilo. Fotografías cuadradas en colores a veces apagados, pero que desprendían una sensación de vida no repetida que iluminaba las paredes y nos hacía soñar con existencias posibles más allá de la cruz de término, también conocida como cruz de Sorito. Lo mejor de todo, las proyecciones con la máquina de súper-8. Un cine mudo y casero que recogía sin demasiada nitidez las sonrisas juveniles de la aventura de los veintipocos. Las expresiones del rostro de la abuela, mira que tenéis poca cordura, los niños no miréis, ¡mejor que vayan a jugar a la calle!, que después querréis hacer lo mismo, y nosotras aquí venga a sufrir, a esperar y a sufrir todo el verano sin noticias, y a conformarnos con una postal coloreada que dice que hace siete o diez días estaban bien. ¿Como será el extranjero? ¿Cómo es el extranjero, mamá? Yo no sabía entonces que todo lo que es extranjero parece siempre más digno que lo que es tuyo, que tu miseria de país. También nosotros iremos, pero no como la tía, que cualquier día le pasa algo y no volvemos a verla. ¡Pero mujer! Mira que sois exagerados, no asustes a los niños y déjalos que se diviertan. ¿Y dónde dormíais?, pregunta la abuela. En casas. ¿Cómo que en casas?, dice mi madre, ¿en qué casas? En las casas de la gente, no pasa nada, la gente es buena en todas partes. ¿Buena?, dice el abuelo, que ha guardado silencio hasta ahora, limitándose a negar con la cabeza, y entonces se levanta y farfulla entre dientes… bobadas… hmmm, comunistas, hmmm… y se va de la habitación a oscuras donde vibra el aparato y los 8 mm de celuloide continúan iluminando un trozo de pared

blanca. ¿Son comunistas, tía? Sí, fíjate en sus caras, mira, esto es Dubrovnik, en Yugoslavia. Son comunistas, pero no como los rusos. Mira qué sombrero lleva ese hombre que canta. Y el hombre abre la boca y canta para nosotros en silencio desde la Yugoslavia que he visto en el mapa del libro de Sociales. Hay movimiento en la imagen y gente de paso, personas capturadas en Yugoslavia y traídas aquí, a una pared blanca de una casa de la sierra de Alicante, para excitar la imaginación de una familia con miembros adolescentes que abren la boca con admiración. Eso es el este de Europa, mirad, el aeropuerto de Sarajevo, hacía un frío de mil demonios. Veo el invierno de las campañas bélicas que desconozco. Veo a los soldados en la trinchera. Un viejo bosnio con dos dientes de oro sonríe a cámara en el año 1982. ¡Un admirador!, dice mi madre. La amiga de la tía Elena entra en el plano y lo agarra del brazo, en la proyección el movimiento parece más rápido que el balanceo natural de una persona al inclinarse alegremente hacia el cuerpo de un anciano extranjero con un sombrero de lo más gracioso. El bosnio sonríe todavía más, luego dice adiós con la mano y sigue cargando maletas. Un plano de la bandera con la estrella roja en el centro. Me suena un club de fútbol con ese nombre que nadie ha pronunciado, el Estrella Roja. El abuelo se ha ido y no puedo preguntárselo. Comunistas, ha dicho con desprecio. Hungría. ¡Todo eso era el Imperio austrohúngaro!,* dice mi madre y cae sobre nosotros un abrumador silencio de nieve, como si nuestros antepasados hubiesen luchado y perdido para el águila bicéfala en el Carso y junto al río Isonzo. La película sigue brillando de forma irregular, sin estabilidad. Parece como si Cassavetes hubiera viajado al corazón del comunismo. Los países del Este. Bulgaria. Más gris, más frío todavía. Pero los viajes se acaban, las películas son cortas, la abuela respira aliviada porque la tía Elena ya está aquí y no por esos mundos de Dios. Quiero creer en la palabra escuchada y visitar yo también los países comunistas. Mi madre dice que iremos al extranjero en verano, que iremos a Andorra. ¿Andorra es comunista?, le pregunto. Se ve que no, que no es comunista. Entonces quiero volver a mirar a Yugoslavia, donde estaba el bosnio de los dientes de oro. Ya entonces me sonaba mejor Sarajevo que Andorra. Luego vemos la película de la boda de mis padres. Se hace un silencio absoluto que nadie se atreve a romper. Mi padre, en movimiento, sonríe a cámara. Pienso que todos están vivos menos él, pero no digo nada. Fuera de la antigua habitación, no tengo recuerdos de mi padre en movimiento más que a través de esta película de 1973.

La noche de Ayrens se mantiene fresca y, mientras el este que queda a mis espaldas me invade el alma entera, vislumbro con espanto cómo entre la penumbra que produce la luna emerge la figura de un hombre que se me acerca por el oeste. No es Mirko. Me asusta pensar

en la hora que es y empiezo a ralentizar el paso para retrasar un encuentro que no me despertaría ninguna desconfianza si se produjese a media tarde, pero que ahora, cerca de las dos de la madrugada, resulta inquietante. Tan inquietante que me desvío del camino hacia el oeste, de donde vienen las novedades, y pongo rumbo al suroeste campo a través, procurando evitar la figura que se acerca en mitad de la noche más rápido de lo que había calculado. La figura, sin embargo, se desvía también de su ruta hacia el este a través del paralelo y empieza a dibujar una diagonal hacia el sureste con el objetivo más que evidente de encontrarse con mi trayectoria y conformar así un triángulo sobre la delimitación imaginaria que es el paralelo 45º. Estoy dudando entre acelerar la marcha, quedarme quieto o interpelar desde donde estoy a esa persona que claramente viene hacia mí, cuando oigo un grito y una voz pronuncia bien alto mi nombre, que en la noche francesa resuena como dicho en el vacío y como si no fuese realmente mi nombre. Es Clara, ahora la reconozco. Me tranquilizo y me acerco a ella. Parece ser que no conseguía dormir y que ha salido a dar un paseo por los mismos sitios que yo, pero le parece bien que volvamos juntos al pueblo y lo hacemos hablando sobre el oeste, la potencia de la imaginación y la capacidad del simulacro para mantenernos con vida. Clara me recuerda que su viaje más al oeste incluyó una visita alucinante al parque de atracciones de Orlando llamado The Holy Land Experience, un lugar donde se simulan los escenarios bíblicos y los espectadores asisten con curiosidad a la última cena de Jesucristo y luego lo ven sufrir en el vía crucis para acabar muriendo en la cruz dos veces al día. Por lo que parece, todo el mundo quiere hacerse una selfi con Jesucristo agonizando al fondo y lleno de sangre en plan Mel Gibson. Como la cruz está elevada, la foto sale estupenda. Muchos son los que acuden buscando una experiencia mística y luego se quejan de que la visita termine en una tienda. Por supuesto, ya que están, se gastan unos cuantos dólares en algún souvenir de Palestina. Habíamos empezado a volver hacia el oeste y el oeste nos había llevado a hablar del simulacro bíblico, pero aún nos quedaba un rato de camino que Clara utilizó para explicarme una parte de la historia personal de Vlatka Babić y cómo aquella mujer le recordaba las figuras salvajes que pintaba Egon Schiele, un pintor alucinante del que estaba enamorada, según me dijo, y utilizó este término de manera literal y recalcando sibilinamente el nombre con la punta de la lengua. Tras aquella evocación del pintor austríaco guardamos silencio para oírnos pisar algunas hojas ya caídas, mientras yo me imaginaba en mitad de la noche el cuerpo enflaquecido de la mujer croata atando a Clara, que también era delgada, a la cama. Y las dos reproducían entonces uno de los cuadros del maestro que pintaba sexos y ciertos signos de

tortura. Por primera vez imaginé el cuerpo de Clara Bernat abierto a la noche, mientras ella caminaba en silencio. Imaginaba a Mirko obsesionado con aquella urdimbre de nudos y colores, pero conforme el camino nos acercaba a Ayrens, siempre en un silencio que seguía expandiéndose y que empezaba a romper alguna cosa entre nosotros, aunque fuera tan sólo una imperceptible fisura entre nuestros respectivos mundos, miraba a Clara, que caminaba a mi lado con el rostro acariciado por el zumbido de aquella maravillosa noche de verano, y me daba cuenta de que tal vez la obsesión fuera sólo mía, y que aquellos dos formaban una tranquila pareja que pasaba los días en una isla desierta y lejana. Antes de llegar a la pensión, ya en las calles de Ayrens, deshicimos de una manera banal, pero amistosa, el silencio que crecía como una sombra alargada, y nos despedimos con un beso en la mejilla.

Queríamos avanzar por la ruta que debía acercarnos a París, pero al día siguiente seguíamos sin movernos de Ayrens, quién sabe si atrapados por la cruz que forman las líneas imaginarias sobre el territorio de la Francia central. ¿Qué clase de magnetismo irradian esas marcas ficticias sobre el mapa para conseguir detenernos en nuestro camino hacia el norte? ¿Son los cantos de sirena del situacionismo, que no nos dejan continuar y nos retienen en un punto geográfico concreto?, me pregunto mientras miro la luz de Ayrens y un huracán de chavales con cascos aparatosos esforzándose en alargar el verano pasan a toda velocidad por nuestro lado subidos a sus bicicletas.

Clara me cuenta lo extrañamente locuaz que estuvo Vlatka Babić los últimos días de su vida. A pesar de la difícil enfermedad y del esfuerzo que se ve obligada a hacer, le habla de sus amigos de Sarajevo, de sus estudios en Belgrado, de sus amantes. A veces pierde el hilo y se embarulla, vuelve atrás y dice cosas inconexas, pero sigue comunicándose con los vivos, es decir, con ella. Mirko las acompaña una sola tarde y es entonces cuando Vlatka vuelve a contar la historia que Clara ya conoce. De nuevo sale a relucir el episodio de la guerra y la desaparición de su madre, pero, a diferencia de la versión que Vlatka siempre le ha contado a Clara, esta vez la pequeña Vlatka no le dice nada al padre, no delata a la madre con una pregunta prohibida, sino que es el padre quien, mientras trabaja en el campo y los ejércitos se matan, descubre un indicio fatal de alguna visita masculina. El padre se pone terriblemente serio y se va de casa sin una palabra que tranquilice a su hija. Vlatka se entera después de que ha ido al bar y se ha puesto a beber y al principio no ha dicho nada, pero luego sí, cuando los dos hombres que lo han emborrachado lo llevan hasta Fiume. Ha sido su propio padre quien se lo ha confesado cuando lo ha visitado en el hospital de Fiume donde está ingresado tras sufrir un

infarto y se encuentra en peligro de muerte, igual que ella ahora, que repite una y otra vez la historia de su padre. Clara y Mirko se miran. La historia ha cambiado. No saben cómo interpretar ese cambio en el relato que no añade más épica, pero que exime a Vlatka de su responsabilidad. Clara quiere intervenir para recordarle que otras veces ha contado la historia con un detalle distinto que altera de manera sustancial los hechos, pero Mirko la mira de un modo que le hace pensar que quizá no valga la pena hurgar en la herida. Sin embargo, tras la muerte de Vlatka, Mirko y Clara llegan a diferentes conclusiones. Para Clara, la cercanía de la muerte aporta una dosis de verdad insobornable y esa versión de la historia tiene que sustituir a la anterior, está convencida de ello. Para Mirko, en cambio, Vlatka pretende ser vencida más cerca de la costa y no en mitad del océano de la culpa. Clara no lo acepta y discute con Mirko sobre la validez de las cosas dichas al borde del abismo. Mirko cree que la necesidad de perdonarse a sí mismo es mucho más fuerte que la necesidad de verdad. Como si estuviéramos dentro del laberinto yugoslavo, en la primera versión de la historia el partisano se llama Goran Grgić; en la segunda, Gordan Drpić.

La discusión pone a Mirko y Clara a las puertas del matrimonio. Discuten como una pareja ya bregada en la dialéctica conyugal. Finalmente, Clara guarda silencio, un silencio tenso, mientras Mirko sigue explicando los motivos relacionados con la culpa, la mala conciencia y otros temas parecidos. Estamos cerca de Bourges y yo recuerdo o me invento que aquí han acabado al esprint algunas etapas del Tour. Justo en el centro del hexágono que representa el mapa de Francia se me despierta el recuerdo de la somnolencia de las tardes de verano con ciclismo. A derecha e izquierda iban apareciendo cada vez con mayor frecuencia casas bajas rodeadas de pequeños jardines que dejaban entrever, aunque no siempre, piscinas con niños en el agua. Me pareció que Clara fijaba la mirada en un horizonte móvil y que, por decirlo de algún modo, contemplaba, por encima de los árboles de las casas unifamiliares, la vida extraviada de Vlatka Babić. El contraste entre la fenomenología del instante de aquellos chavales chapoteando en el agua límpida del comienzo de sus vidas, de las que sólo podíamos ver un destello iluminador, y la oscuridad de la muerte y de la propia historia de la dama croata que no conseguíamos quitarnos de la cabeza, latía justo por encima del salpicadero del coche. La nostalgia había entrado en el vehículo con la mirada perdida de Clara y yo no sabía cómo sacarla de aquella sensación de irreversibilidad que nos llevaba a mantenernos exageradamente cerca de las cosas sucedidas en el centro de nuestra experiencia. Dicha impresión, por otro lado, nos impide sentir el presente y aún más el futuro al que, con toda certeza, estamos abocados.

Para intentar ahuyentar el tenso silencio que se ha instalado en el coche se me ocurre preguntar por Pas, el perro de Vlatka Babić que era un juguete que recibía trato de persona. Clara no responde. Mirko, sí. A Pas lo han sacrificado tras la muerte de Vlatka y por orden de ésta. Había enfermado, dice Clara al cabo de una eternidad, pero no suena para nada convincente y en el ambiente queda flotando, de nuevo vinculado a Vlatka, un rastro de violencia.

Tal vez fuera la particular y precisa percepción de los instantes que siempre alcanzaba Mirko Bevilacqua lo que lo sacó del mutismo y le llevó a pedirle a Clara que pusiera en el GPS la dirección del número 16 del boulevard Gambetta, que era adonde quería que nos dirigiéramos en primer lugar. No tardamos demasiado en llegar, pues Bourges no es una ciudad grande y esos aparatos a veces resultan de gran ayuda. Aquella era la casa en la que había nacido el filósofo Vladimir Jankélévitch, un nombre con el que podría haber nacido perfectamente en Rostov del Don, pero con el que lo había hecho en el centro de Francia, eso sí, con unos padres rusos—y también judíos—que huían de los pogromos llevados a cabo en la Rusia zarista. Jankélévitch había escrito, como discípulo de Bergson, sobre la importancia ontológica del instante y de su capacidad transformadora, una parte consustancial de la fenomenología del gesto que tanto interesaba a Mirko Bevilacqua. Clara estaba embargada por la nostalgia y Mirko comprendió que le sentaría bien visitar la casa de infancia de un filósofo que pensaba en la nostalgia y en la irreversibilidad que la sombra de la muerte proyecta sobre todas las cosas, ahora que ya no estaban ni el filósofo ni su infancia de preguerra. Pero ¿acaso se aprenden cosas visitando desde fuera la puerta que cruzaba un chaval cada mañana durante la primera década del siglo XX, cuando la ciudad no era lo que es ahora, ni habían llegado las grandes derrotas bélicas, ni el chaval había dicho aún una sola palabra sobre la irreversibilidad del tiempo? Frente a la casa de Jankélévitch nos dimos cuenta de que la luz empezaba a cambiar y a tener un amargo y maldito sabor a domingo; y, al cabo de un rato, ya avanzada la tarde, comprobamos, tal como habíamos hecho desde que éramos conscientes del paso del tiempo—lo cual, en mi caso, se remontaba a la muerte de mi padre—, que las tardes de domingo están abonadas al indescriptible aroma de la nostalgia y del pasado ya evaporado, y que debemos temerlas como se teme al diablo. Así, puede comprobarse fácilmente cómo la arbitrariedad que empleamos a la hora de organizar el tiempo humano no es de ninguna de las maneras inocua y que uno es víctima de las radiaciones que, aquí y allá, emanan de una placa que nos hace recordar, de una canción que nos hiela la sangre o del transcurrir aparentemente inocente del calendario gregoriano. Por supuesto que me entraban ganas de saber,

ahora que ya no tenía dudas de que Vlatka había sido algo más que un contrato laboral en la vida de Clara, cómo ésta había podido gestionar por ejemplo la apabullante diferencia de edad que la separaba de su amante croata, pero la emoción que transmitía su rostro dejaba muy claro que no era una pregunta pertinente. Así era y era suficiente así. Probablemente Mirko, que no había dejado de sentirse atraído por Clara desde el primer día, lo entendía mucho mejor que yo. Y estaba claro que él nunca le recriminaría su conducta pasada o presente. Jankélévitch argumentaba, como Borges en el cuento «El inmortal», que es la finitud lo que da sentido a la vida tal como la vivimos y que, sin la finitud, la vida estaría en otra parte, sería otra cosa y no ésta. Lo que la nostalgia tiene de serio procede de la muerte, sin ella todos podríamos aspirar a repetir algo deseado en algún momento de la eternidad que tendríamos por delante. Claro que no sabemos si podremos acudir a la cita jóvenes y en bicicleta, como tampoco podemos leer siempre el mismo fragmento de un libro por primera vez, cada primera vez es una primúltima vez. Clara sonrió y dijo que no pasaba nada, pero que debíamos saber que la interpretación de Mirko sobre la historia de Vlatka Babić era falsa y que no le cabía ninguna duda de que la falsedad la había introducido él mismo al dejar de creer al enfermo que agoniza. Mirko no podía entender entonces por qué Vlatka se había acusado antes a sí misma. Clara lo miraba con una superioridad psicoanalítica que ponía el mundo del revés.

Entonces arrancamos de nuevo el coche y en la radio sonó «Life on Mars?» de David Bowie. Es un pequeño y horroroso dilema para la niña de pelo claro, canta Bowie desde 1971 y ahora también desde más allá de la muerte. Recuerdo el videoclip con esa luz saturada que lo invade todo; él, con el pelo de un rojo absolutamente artificial, la piel blanca hasta el extremo, los párpados azules que destacan sus ojos asimétricos, los labios bien pintados, un traje de chaqueta azul pálido, pero no tan pálido como su rostro, el aspecto andrógino del Hunky Dory y la pierna derecha, que en un momento dado suelta una patada al aire para volver luego con mucha gracia a su sitio, pero sin llegar a tocar el suelo, y con un movimiento de su indescriptible ritmo extranjero hace que todo el cuerpo pueda darse la vuelta y seguir a esa pierna que ha decidido cambiar el rumbo de la historia. Clara cierra los ojos para escuchar la canción, y sí, mirándola a ella y su belleza andrógina, mirándonos también a nosotros mientras perseguimos la raya imaginaria del meridiano fracasado, tal vez podríamos pensar que la respuesta al título de la canción que hace que mis lágrimas estén a punto de derramarse en el mar de la nostalgia es que sí, que tiene que haber vida en Marte, pero tiene que ser una vida estrafalaria como la de nuestra película, escrita, como dice Bowie en

la canción, diez veces o más, tantas que ya se ha vuelto un triste aburrimiento—«But the film is a saddening bore | Cause I wrote it ten times or more | It's about to be writ again»…—y nosotros, como la niña del pelo claro, seguimos atrapados por el brillo de la pantalla.

Henri Bergson fue profesor en Clermont-Ferrand, muy cerca del meridiano de París, de 1883 a 1888. Su discípulo Jankélévitch vino al mundo casi sobre el mismo meridiano, en Bourges, no lejos de Clermont. El otro discípulo que Bergson señaló como heredero de su pensamiento, Jean Guitton, procedía, por parte de la familia materna, de Champagnat, un pueblecito de la Creuse atravesado por el meridiano de París y que nosotros habíamos dejado atrás sin detenernos. Buena parte del pensamiento francés vinculado al tiempo, a la duración y a la reflexión sobre los instantes que huyen y la muerte estaba arraigado en aquella línea imaginaria que partía el país en dos, desde Dunkerque hasta Prats de Molló, como un eje inventado y a la vez estructural y poderoso.

En la concurrida y popular taverne de Maître Kanter, justo al lado de la catedral de Saint-Étienne de Bourges y con vistas a una calle muy animada con música y folclore de verano, Clara nos habló de Vlatka, de lo que sabía de Vlatka, de lo que Vlatka le había contado cuando la quería, le pagaba y estaba bien de salud. Y nos dijo que en el pueblecito de Buzdohanj, que los italianos rebautizaron como Busdocani o Busdocagno, y que pertenece al municipio de Čavle, Zaule di Liburnia para los italianos, muy cerca de la ciudad de Rijeka, que los italianos llaman Fiume, en Croacia, es decir, en la provincia italiana del Carnaro, que los croatas llaman Kvarner, vino al mundo, el primero de marzo de 1938, Vlatka Babić. Vlatka era hija de los croatas Sanja Kovačić y Matej Babić y su pequeño pueblo formaba parte en aquel entonces de la Italia fascista de Mussolini, ya que las tierras interiores que rodeaban Fiume habían sido finalmente anexionadas a Italia tras la Primera Guerra Mundial y un tira y afloja entre los países vencedores de la guerra, el nuevo Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos y la propia Italia.

El relato de Clara sonó a diferencia y repetición. Diferencia porque estaba contado a las puertas de la catedral de Bourges y sobre el meridiano, repetición porque Clara usaba palabras casi idénticas a las escuchadas previamente. Sin embargo, llegados a cierto punto, el relato se desvió del anterior, no sabría si decir que se desvió del original. Vlatka le había contado a Clara que ella sabía que su madre mantenía alguna relación más que amistosa con Gordan Drpić, porque los había visto a escondidas. También conocía el compromiso político de su madre, que interpretaba como la causa principal de su acercamiento a Drpić en un momento en que la lucha política emitía una luz saturada que lo invadía todo, pero que nunca le dijo nada de

todo esto a su padre. Matej encontró algo que no era suyo y que el ganado había arrastrado. Con aquel indicio en la mano le preguntó a la pequeña Vlatka, dijo Clara mientras Mirko guardaba un silencio a medio camino entre el respeto y el escepticismo, que si sabía de quién era aquello. Vlatka se lo imaginaba, pero no dijo nada. Su padre la sacudió por los hombros, pero ella lloró y dijo que no lo sabía, y entonces Matej la soltó y se fue adonde nunca iba, a la taberna en que otros simpatizantes de los ustachas se anestesiaban con un licor contundente, el šljivovica. Le preguntaron, para provocarlo, si sabía dónde estaba su mujer. Le dieron de beber y le dijeron que tenían la sospecha de que ayudaba a los partisanos e, incluso, que la ayuda iba algo más allá. Y que iban a matarlos a todos por su culpa. Matej lo negó y se sulfuró por dentro recordando el objeto encontrado en la boca del ganado. Los dos hombres siguieron vertiendo gasolina en su vaso y haciéndose los machos. Así, borracho, Matej fue conducido a Fiume, donde él mismo declaró contra su mujer. Sanja Kovačić murió en la Risiera di San Sabba, en Trieste, que los eslavos llaman Trst.

Con el bullicio de la plaza tuvimos que aguzar el oído para oír cantar a Clara una pequeña estrofa que, según dijo, era lo que Vlatka repetía una y otra vez cuando, días después de aquella conversación, ya no era capaz de decir otra cosa.

Spavaj dušo moja
Spavaj cvijete moj
Sanjaj ptico moja
Sanjaj nado.

Al oír la melodía, Mirko se estremeció, quizá por la imposibilidad de saber con cuál de las dos historias quedarse, aunque él continuara dando mayor credibilidad a la primera. ¿Te encuentras bien?, llegó a preguntarle Clara, y Mirko se recompuso preguntándole si sabía qué significaba aquella letra, pero Clara sólo sabía que sanja significaba ‘sueño’. A aquellas alturas yo ya suponía que Mirko no tenía exactamente, como parecía, raíces italianas, sino más bien croatas, y que aquella melodía tal vez la hubiera oído él también de pequeño y ahora le reverberaba en algún rincón escondido de su cerebro, desde donde lo asediaba precisamente para despertarlo de un sueño.

Según la primera versión de la historia, que Vlatka le había contado en su día a Clara, ella, Vlatka, se sentía culpable de la muerte violenta de su madre, y con dicha culpa había tenido que convivir tanto en Buzdohanj como en Belgrado y Sarajevo. Según Mirko, parece ser que Vlatka interpretaba que aquel hecho había sido la génesis de otras muchas cosas en su vida, pero sin especificar exactamente cuáles. Creo que Mirko pensaba en la propia sexualidad,

el rechazo a los hombres y el interés por las mujeres. Lo creo porque Clara también interpretó así las palabras de Mirko y, sin que aquello se pusiera explícitamente sobre la mesa, le dijo que no tenía pero ni la más remota idea de lo que significaba el deseo. Mirko volvió a guardar silencio. La pregunta sobre si Vlatka había querido realmente parecer más culpable y atormentada a los ojos de Clara estaba en el aire, pero ninguno de nosotros se atrevía a formularla. Clara debía de leernos el pensamiento, porque de nuevo se nos adelantó y dijo que ella habría querido exactamente igual a Vlatka, y habría aceptado exactamente igual su dinero, si la historia verdadera fuese la otra. Que de ninguna de las maneras cambiaría su forma de mirarla por un asunto ocurrido o no cuando Vlatka tenía seis años y que aquello le era por completo indiferente. La cuestión entonces era si daban crédito a la versión que Vlatka había sostenido ante Clara en un primer momento o bien a la confesión hecha ante Mirko y Clara cuando la muerte ya rondaba la habitación de aquel hospital. Para Mirko, Vlatka estaba afectada por el delirio e inventaba historias, propias y ajenas, y, además, no era consciente de que se moría, porque seguía teniendo esperanzas. Para Clara, aquellas conversaciones habían sido lúcidas y la confesión era auténtica, pues la mujer sabía que se moría. Aquella muerte, tal vez destinada a unirlos, había empezado, sin embargo, a separarlos.

Lo cierto era que la canción que había cantado Clara había vaciado sobre el ambiente de nuestra mesa una caja abierta y llena de esa nostalgia que tienen las canciones de cuna. Nos habíamos apartado un poco del meridiano que nos guiaba para dejarnos golpear, por así decirlo, por la bora, que es el viento que sopla en ese rincón adriático, y de pronto nos entraron muchas ganas de experimentarla, quizá más ganas incluso que las que teníamos de llegar a París, eje central del meridiano que daba sentido a nuestro viaje de verano alrededor de una línea imaginaria. Mientras el camarero recogía las mesas y nosotros nos acercábamos en silencio a la pensión, yo iba pensando si aquella travesía imaginaria no situaba el viaje muy cerca de la noción de simulacro. Si, en realidad, viajar por una ruta imaginaria no sería, al fin y al cabo, imaginar también todo lo demás, incluso las dos vidas de Vlatka Babić. ¿Acaso nuestro viaje no era, pensé, una evidencia de la banalidad que se esparcía por doquier? Quizá seguía siendo válida la apuesta de Xavier de Maistre de viajar alrededor de una habitación como ejercicio absoluto de libertad, por mucho que él hubiera pasado aquellos cuarenta y dos días confinado no por propia voluntad, sino como castigo por un duelo, y lo hubiera hecho sentado en un balancín con el que se movía tímidamente por la habitación, de una pared a otra y sin levantarse, impulsado simplemente por el movimiento de vaivén, adelante y atrás, siempre atento a los acontecimientos provocados por los cambios de luz que se producían en la estancia y

en los muebles y, todo sea dicho, también sobre la marca que deja el paralelo 45º en la ciudad de Turín, que era donde estaba encerrado, para luego, con todo esto, revolucionar discretamente la literatura.

BUFFALO BILL EN PARÍS

Enfilamos con el coche la multitud de autovías que introducen sus dedos grises en la ciudad de París. Conducía Clara. Mirko continuaba en el asiento de atrás. Nuestro destino era la casa de mi amigo Daniel Rojas, un sitio estupendo, libre durante el verano y a mi completa disposición desde que, hacía ya más de quince años, nos habíamos conocido al iniciar una serie de intercambios de nuestras residencias. De aquel encuentro a ciegas había nacido una amistad franca y sin compromisos. Podíamos visitarnos cuando quisiéramos y, en el caso de que una de las dos casas se quedara libre y al otro le encajara, podíamos ocuparla y fingir que, por unos días, vivíamos la vida del otro. Así lo hacía yo ahora. Tenía la llave, sabía que no había nadie y contaba con su permiso. La casa disponía incluso de una plaza de aparcamiento para que pudiéramos desentendernos del vehículo mientras seguíamos el recorrido del meridiano en su paso por la ciudad. El parc Montsouris, en el distrito XIV, era por donde el meridiano entraba desde el sur en el anillo metropolitano que circundaba París. El anillo de asfalto servía para constreñir la ciudad y, al mismo tiempo, para protegerla y simular que París permanecía inalterable y que los cambios eran mínimos. Sostenida así por el eje del meridiano y por el anillo repleto de vehículos que vigilan la urbe desde ese lugar que los parisinos llaman Périphérique, la vetusta ciudad de París continúa ofreciendo espectáculo, siendo espectáculo, con su fascinante, duradero, persistente y maravilloso encanto.

Daniel Rojas vivía en la rue Tagore, muy cerca de la porte d'Italie, en el distrito XIII, justo enfrente del pequeño jardin Joan-Miró, ocupado a menudo por los alumnos del instituto profesional Gaston Bachelard que no asisten a clase. Afortunadamente, el jardín solía estar vacío en verano, durante las vacaciones escolares. Visitar la casa de Daniel mientras él no estaba suponía reencontrarme una vez más con las peculiaridades de los intercambios de eso tan personal que es la vivienda. Los libros, los utensilios de cocina, el baño, las fotografías, los cajones con facturas, la comida no consumida antes de partir y a nuestra entera disposición; en resumidas cuentas, la vida ajena al alcance de los nuevos inquilinos que, con todo respeto, toman posesión del lugar y habitan con toda naturalidad el espacio como si no lo hubieran abandonado nunca, como si tan sólo un extraño desajuste divino—o de quien escribe repetidamente y con errores la película—provocara una falta de correspondencia entre los rostros de

las fotografías enmarcadas en las estanterías y los rostros de los recién llegados, que se sientan en el sofá y encienden el televisor como si llegaran cansados del trabajo por enésima vez en lo que va de semana, de mes, de vida.

La casa de Daniel Rojas nos venía muy bien tras las intensas jornadas de viaje porque era grande y nos permitía cierta libertad, e incluso cierto aislamiento, si lo deseábamos. Algunas ventanas daban al jardín y la quietud, a pesar de encontrarnos en la gran ciudad, era considerable en verano, exceptuando alguna noche en que se oían los desordenados relatos que los africanos del parque se contaban bajo un manto de estrellas invisibles. Yo empecé a planificar mis días tranquilos en París con cierta independencia porque quería visitar sin falta a un amigo que sí estaba en la ciudad y a quien no había vuelto a ver, aunque hubiéramos mantenido un contacto continuado, tras habernos conocido en un viaje que había coincidido con los últimos días del año. Guillaume Housseras era por entonces un joven acomodado que se dedicaba a los negocios de la empresa familiar de gestión patrimonial y administración empresarial, un trabajo en el corazón del capitalismo sin corazón. Tanto su padre como él habían ganado mucho dinero, pero la crisis había pasado por encima de la capacidad previsora del padre y también de su sistema nervioso. Cuando yo lo conocí, con su padre ya fuera de combate, Housseras había dejado la empresa en manos de su mano derecha y amigo de juventud para dedicarse a sí mismo y a su relación con Anne-Marie, su encantadora pareja, que trabajaba habitualmente en Londres como actriz. Y hacía poco habían tenido una hija.

—Quel est le nom de la petite fille?—le pregunté cuando nos vimos.

—Dominique.

Guillaume me dijo que él y Anne-Marie habían terminado casándose, en contra de la opinión de su familia burguesa, a quien no le había hecho ninguna gracia que su delfín se emparentara con el mundo de los artistas y del teatro. No sabía que estabas a favor del matrimonio, le dije recordando cierta conversación. Guillaume me contestó que estaba a favor de su matrimonio. Después me contó que Dominique, Anne-Marie e incluso él mismo vivían entre Londres y París. Que era probable que Anne-Marie viniera en un futuro a trabajar a Francia, pero que de momento le gustaba mucho más cómo se trataban los asuntos relacionados con el teatro en la capital inglesa y que ella—su padre era inglés—se sentía muy cómoda en aquella capital con alcalde musulmán. Yo, añadió Housseras mientras comíamos en Le Temps des Cerises, un restaurante que hay en la rue de la Butte aux Cailles, muy cerca de la place d'Italie, tengo aquí mis negocios y no me quiero ir, o no me resulta fácil irme, aunque París

cada vez me parece más un simulacro. Los negocios han disminuido y hemos conseguido salvar la empresa a duras penas, no ganamos lo que ganábamos antes y hemos tenido que despedir a varios trabajadores, pero podemos ir tirando. Mi padre murió el año pasado, me dijo Guillaume Housseras, aunque tampoco es que habláramos demasiado. Me acuerdo, le dije, de la imagen que me contaste hace unos años, tú y tu abuelo, allá por 1989 o 1990, frente al reloj que indicaba los segundos que faltaban para el año 2000 y que estaba frente a la fachada del Centre Pompidou; un reloj que en realidad señalaba los segundos de vida que le quedaban a tu abuelo, que murió segundos o minutos después de empezar el año 2000. Tu abuelo asistía al goteo de segundos que le quedaban por vivir con la feliz inconsciencia cogida de una mano y un nieto cogido de la otra. Era un hombre genial, aunque tenía sus cosas, claro, dijo Guillaume, pero sí, esa imagen no me ha abandonado nunca. ¿Te imaginas una ciudad, me interpeló, con relojes así en cada esquina? Relojes que descuentan los segundos y que acaban en fechas concretas, el 3 de mayo de 2019 en la esquina de la rue Bobillot y la rue Tolbiac, y los segundos van transcurriendo, pero nadie sabe si es su propio final lo que marcan. Y en la otra esquina, en Tolbiac con la rue de la Providence, otro marcador de tiempo, con fecha final el 10 de enero de 2036. Cuenta atrás. ¡Oh! Todavía nos queda mucho, pensaríamos, pero cada segundo que se descuenta va a parar al cajón del tiempo evaporado y del cajón sólo lo saca la nostalgia, con el precio que hay que pagar por ella.

Por cierto, me gustaron mucho las canciones, con la traducción de las letras, que me hiciste escuchar de aquel grupo de música español, Gadió Futugá, dijo Housseras. El cantante estudió filosofía aquí, en París, le dije, con Gilles Deleuze. Y así, sin pensárnoslo dos veces, seguimos la conversación sobre las letras de Santiago Auserón en la línea 7 del metro, en dirección a La Courneuve-8 Mai 1945, para descender en Opéra, donde tomamos la línea 3 en dirección a pont de Levallois-Bécon, en el distrito XVII, para detenernos en la estación Pereire y caminar tranquilamente unos doscientos metros hacia el sur hasta el número 84 de la avenue Niel, donde, desde una de las ventanas del cuarto piso, Gilles Deleuze, a los setenta años, puso fin a su vida el 4 de noviembre de 1995.

«Je ferme mes yeux et danse au bord du toit, je pourrais voler», dijo Guillaume Housseras al llegar a la altura del número 84 y mirar hacia el cuarto piso. Yo seguí con la canción, «En alas de la mentira», que continúa así:

Los sueños desbordan al tiempo
que la vida no puede medir.
Ahora ya qué importa si un día tuviera que morir. *

Deleuze había sido un extraordinario defensor de la diferencia y de entender a los individuos como máquinas de deseo que combinaban con el mundo y debían ejercer el pensamiento como un elemento de resistencia. Esta resistencia era cada vez más difícil porque el viento del capitalismo soplaba por todos lados. Bajo la égida de aquella ventana, una joven vendía pequeños dibujos del rostro del filósofo. Nos gustó uno y Housseras lo compró y me lo regaló. Le preguntamos a la joven que dibujaba bajo la ventana deleuziana qué potencia la animaba a permanecer al pie de aquel triste lugar. Nos dijo que era una potencia ligada a la alegría del hacer, del obrar, fruto de la misma resistencia que a nosotros nos había empujado a acercarnos a aquel lugar como unos peregrinos de la estirpe de Spinoza. Deleuze respondió a su exalumna Claire Parnet, cuando ésta lo entrevistó cámara en mano, según nos dijo la joven artista, que, si no hubiese

sido filósofo, habría sido mujer, una mujer plañidera, que el lamento de la elegía es un arte, una de las fuentes de las que mana la poesía.

Aquella asertiva afirmación de la joven que dibujaba a Deleuze me llevó a pensar en una autenticidad a prueba de simulacros, en una potencia llena que no podía surgir de la idea de copia. Al fin y al cabo, allí estaban aquellas creaciones originales, la tenacidad de la joven que vendía dibujos lejos de la Facultad de Filosofía así lo atestiguaba. Pero Guillaume no compartía la relación que yo establecía entre autenticidad y creación. Todo es mucho más complejo, me dijo, también estas creaciones son una repetición, un eterno retorno de las sombras—y pronunció esta frase incomprensible con una sincera alegría en la cara—. Has dicho que París te parece cada vez más un simulacro, le dije a Housseras, pero convendrás conmigo en que, como simulacro, no está nada mal, quiero decir que es una gozada pasearse por aquí. Pero él seguía empeñado en llevarme la contraria, no estaba demasiado de acuerdo y me vino a decir que si yo pensaba así era porque no vivía allí. El proceso de gentrificación es irreversible, dijo, la clase media está siendo expulsada de sus barrios, lo que ves son sólo fachadas, ¡y eso que estamos al lado del Périphérique!, remachó. Este proceso forma parte de la lógica del capitalismo. París se ha convertido en un espectáculo y el espectáculo cuesta dinero y tiene la fragancia de las cosas falsas, como ocurre por ejemplo ahora mismo en el Sena, con ese invento del Paris Plages, una playa en París, con toneladas de arena vertidas artificialmente, sombrillas, duchas y cremas solares, pero nada de bañarse en el río, oiga. Una playa falsa que aumenta aún más si cabe la sensación de envoltorio. Encontré a Guillaume decepcionado con la ciudad y le dije que por qué entonces no se buscaba la vida en Londres. Allí estaban Anne-Marie y Dominique. Pero me contestó que estaban bien así, que se veían muy a menudo, casi todo el tiempo, pero que él seguía vinculado aquí al trabajo. Su empresa, por lo que yo tenía entendido, era una empresa de negocios considerable, no ajena al proceso de especulación. Ya no, me desmintió él, ahora intentamos abrirnos camino con negocios basados en la ética del bien común, si es que algo así es posible aquí en Francia, aclaró, pero si no era allí, ¿dónde más podría serlo?, pensaba yo.

—En tu país, por ejemplo, quizá sea posible, aquí la competitividad es demencial.

Creo que lo que Guillaume intentaba era aferrarse a la vida y resistir sin verse fuera del mercado. Estaba convencido de que era posible, según me dijo, tenía la esperanza de que el mercado admitiera un producto más humano. Por eso había renunciado a los grandes beneficios de otras épocas, lo cual le había hecho alejarse de Pascal, el amigo que había dirigido la empresa en su ausencia y que, tras la

reincorporación de Guillaume a la dirección, no había soportado ver cómo se reducía su plano personal de existencia, drogas y rocanrol. Actualmente, Pascal, su viejo amigo, continuaba con el programa de extenuación en uno de los grandes edificios de La Défense. Una multinacional norteamericana. Recursos humanos. Lo peor de lo peor, como puedes imaginarte, dijo Guillaume.

—¿Y qué haces ahora con la empresa?—le pregunté aún bajo el influjo de aquel edificio deleuziano, pero algo apartados ya de aquella joven que nos había vendido el rostro de lamentación, pero no de tristeza, del filósofo.

Pues seguimos llevando la contabilidad de algunas antiguas empresas que no nos han abandonado, hemos invertido en una pequeña empresa que gestiona viviendas para rehabilitarlas con diseños económicos pero muy actuales y agradables, y ofrecerlas a un precio inferior al de mercado a cambio de estabilidad y un trato respetuoso hacia la casa y los propietarios; normalmente, esto ocurre fuera de París. Para lograr dicho objetivo hablamos mucho con los propietarios y con los inquilinos y, cuando el propietario da, normalmente el inquilino devuelve aquello que se le ha dado. Por el momento, tenemos relativamente pocos clientes, dijo Guillaume Housseras, pero los que tenemos están contentos; cuando un inquilino se va, el propietario, y sobre todo la propietaria, vuelve con nosotros. Es un acto de resistencia sin abandonar el campo de batalla, un campo de batalla cada vez más grande, todo hay que decirlo, dijo mi amigo mientras iniciaba un paseo hacia el sur que nos acabaría acercando, tras cruzar la avenue des Ternes, al Arco del Triunfo, percibido por nosotros como una plaza amplia y redonda donde practicar el optimismo, con muchas entradas y también muchas salidas. Doce, exactamente.

—¿Conoceré entonces a la pequeña Dominique?—le pregunté a Guillaume.

—Mañana llegan de Inglaterra, ella y su madre.

Parece que Anne-Marie siempre está de camino, le dije yo recordando el viaje en que nos habíamos conocido y al que ella se incorporó días más tarde. Sí, Guillaume estaba de acuerdo, parece que no haga más que esperarla, dijo, pero cada vez quiero que vuelvan antes, ella y Dominique. Y así nos despedimos, él para retomar las actividades vespertinas porque quería cerrar algunos asuntos antes de que llegara Anne-Marie con la niña, y yo simplemente porque quería pasear por sitios desconocidos, dejándome llevar por el viento en dirección sureste, con la única intención de acercarme sin ningún plan a aquel meridiano que tantas veces había cruzado, pues su recorrido pasa por el eje mismo del jardin du Luxembourg. Si de la place Charles de Gaulle donde se alza el Arco del Triunfo parten doce

avenidas radiales y yo quería ir al sureste, tenía que contarlas, como las horas en la esfera de un reloj, y dirigirme por la avenida de las cuatro o las cinco, teniendo en cuenta que mi orientación me permitía saber que la avenue de Mac-Mahon, por la que habíamos entrado a la Étoile, era la más próxima, con apenas unos minutos de diferencia, al norte geográfico. Como el rumbo que me convenía era más bien sursureste, la hora más propicia era la de las cinco. Conté y me dirigí hacia la ancha boca de la avenue Marceau. Y así, por una de las grandes avenidas parisinas, fui acercando mi deriva hacia la línea imaginaria del meridiano que nos había estado orientando todos aquellos días. Dicha trayectoria me llevaba a ir torciendo en cada esquina, a derecha e izquierda, procurando no desviarme demasiado de mi camino, pero sin la preocupación de tener que hacerlo de la manera más directa posible. Tras cruzar la avenida dedicada al rey Pedro I de Serbia y atravesar el río por el conocido pont de l'Alma, me acerqué a los Invalides y pasé por delante de la imponente fachada y la vasta extensión que ocupa el museo de la Armada, hasta que, poco después, me di de bruces con la rue Vaneau y recordé que el paseante que recorre las páginas de Doctor Pasavento, la novela de Vila-Matas, pasa un tiempo alojado en el hotel de Suède, justo en esa misma calle, de manera que me puse a buscar el hotel para dejarme ver frente a su puerta y fingir, dándome importancia, que salía de las páginas del libro para caminar un rato por la ciudad como un muñeco de papel, mientras intentaba rememorar las observaciones que hacía el personaje de la novela al poner los pies en la calle. Pero enseguida vi que fracasaría en el intento de recordar alguna cosa con claridad, pues lo que me había quedado de aquella magnífica lectura no era nada en concreto, sino algo así como la fragancia, o mejor la flânerie, de una ruta confusa alrededor de las maravillas excéntricas que ofrecía la ciudad simulada en que, según Guillaume Housseras, se había convertido París con el tiempo y que, para abundar en la teoría del simulacro, ahora me hacía pasar, antes de avistar el hotel de Suède, por delante de la puerta de la embajada de Siria, un país que, aunque seguía saliendo en los mapas y luciendo su bandera en aquel edificio, en realidad ya hacía bastante tiempo que no existía como tal, por mucho que existieran las almas errantes de sus exciudadanos perdidos en el bullicio de mares, caminos y trincheras europeas.

Tras la preceptiva parada para jugar al ajedrez en el Luxembourg, me dirigí, algo cansado, hacia la rue Tagore, donde ya estaban Clara y Mirko. Mientras que Mirko y yo habíamos ocupado el día con vagabundeos varios, Clara se había pasado la mañana leyendo a Jan Morris y luego componiendo textos con nombres de muebles y objetos de Ikea. Quería que nos decidiéramos de una vez por todas a llevar a cabo una acción situacionista. Quería pensar en alguna acción que nos

acercara al situacionismo porque decía que el mundo rural en el que nos habíamos movido hasta entonces no había motivado en nosotros más que una suerte de circuito interno donde pensar en nuestros problemas, o tal vez simular tan sólo que pensábamos en ellos. Pero Clara creía que ahora estábamos en un espacio urbano que debía darnos algún juego distinto. En palabras de Deleuze, podíamos reterritorializar la ciudad, si es que el concepto era válido; y, si no, optaríamos por cargarlo con otras fuerzas más allá de las obligatorias líneas de la oferta y la demanda que campaban ya sin pudor ni vergüenza alguna por todos los barrios del mundo, desde el centro hasta la periferia. Clara creía que podríamos hacer algo que nos anunciara, en París, como actores que llegan desde el mismo trazo inventado del meridiano fracasado y que, por supuesto, por mucho que actúen, no forman parte del espectáculo.

Era evidente que teníamos que escoger el Ikea más próximo al meridiano de París, lo cual nos conducía al establecimiento situado en Gonesse, exactamente entre Saint-Denis, una población ya claramente africana que custodia, en su basílica, ni más ni menos que las tumbas de los reyes de Francia, y el aeródromo de Roissy, más conocido como aéroport de Roissy-Charles-de-Gaulle. Como en los viejos tiempos, cogimos un mapa de carreteras y trazamos la ruta teniendo en cuenta el meridiano. Muy cerca de Gonesse estaba escrito en el mapa el nombre de Drancy. Yo no había estado nunca, pero sabía que era el lugar en el que los franceses habían instalado su particular campo de detención, desde donde partían los convoyes cargados de judíos en dirección a los campos del este de Europa. Un día había hablado de ello con Tural Gürcüvan mientras esperábamos nuestro turno entre los jugadores de ajedrez. Él, que había pasado un tiempo en reclusión política, siempre había querido visitar aquel lugar, pero nunca lo había hecho. Aproveché la ocasión y al día siguiente le propuse que me acompañara. Su débil vista agradecía cualquier compañía. Mirko y Clara nos dejaron en Drancy. Yo me abalanzaba sobre aquel tipo de lugares impulsado por una fuerza interior que no acababa de entender, como si entre mis antepasados hubiera alguna víctima del horror europeo, como si fuera incapaz de deshacerme de la historia de Europa. Visitar Drancy en compañía de un preso de otro campo me parecía una experiencia a la que no quería renunciar. Por supuesto, no pensaba preguntarle nada personal a Gürcüvan, pero si él quería hablar, yo lo escucharía. Por otro lado, debo decir que no conseguía compartir el entusiasmo de Mirko y Clara por aquella acción situacionista. Me imaginaba a los guardias de seguridad persiguiéndolos por los pasillos del Ikea y disparándoles albóndigas de carne de caballo disimulada. No es que me pareciera mal la acción, sino que mi atrevimiento no llegaba a aquella cota encantadoramente

juvenil y algo pueril que a veces me parecía que alcanzaban Mirko y Clara. Así, mientras ellos buscaban el Ikea, el viejo Gürcüvan y yo nos paseamos por aquella ciudad de la periferia del norte de París, caminando tranquilamente hasta llegar a un edificio en forma de U con una especie de patio central arbolado y coches aparcados en el vasto terreno que se abría cerca del edificio que rodeaba la plaza. Era una construcción antigua, de cuatro alturas, destinada a vivienda de protección social. De los balcones ficticios, pues no tenían ninguna plataforma que sobresaliera de la fachada, sino que eran más bien ventanas alargadas que llegaban hasta el suelo de cada uno de los cuatro pisos, colgaba la ropa reluciente con los vivos colores del continente africano. De vez en cuando un rostro oscuro observaba el patio central con la mirada fija por el aburrimiento y el bochorno que debía de haber en el interior de la construcción. Fuera ya de aquella plaza con forma de U, un vagón de un tren de mercancías descansaba en un trecho de vía muerta situado en perpendicular a las dos grandes naves laterales del edificio, cerrando así simbólicamente el espacio de aquel patio. Gürcüvan permanecía en silencio y me pedía ayuda para interpretar las cosas que veía con dificultad. Las ventanas, de las que aquella mañana colgaban los rostros perplejos del siglo XXI, habían estado ocupadas en otro tiempo por judíos que pasaban algunas semanas confinados en el campo de detención de Drancy, junto al cual se alza hoy el memorial de la Shoah de Drancy, para ser conducidos continuamente desde las estaciones de Le Bourget y Bobigny hasta los campos de exterminio del este de Europa. Cerca de sesenta y tres mil personas, en su mayoría judíos franceses, fueron detenidos aquí en primer lugar por las autoridades de Vichy y posteriormente por el Gobierno del Tercer Reich. A diferencia de lo que ocurría en la Risiera di San Sabba, en Trieste, aquí no había ni horno crematorio ni chimenea, pero no deja de ser escalofriante pensar que la cotidianidad del dormir, del amar, del tratar de educar y del lavar la ropa se hace hoy exactamente en el mismo lugar en el que tiempo atrás otros seres humanos se preparaban en masa para caminar hacia el infierno. Los casos de suicidios desde las ventanas más altas eran habituales. Ese patio, actualmente verde y agradable, recibió con frecuencia los cuerpos de los desesperados. Hoy, el espacio central del antiguo Campo de Drancy, que podría estar dominado por la alegría de los juegos infantiles y que quizá no lo esté porque los niños viven prisioneros en el interior de las pantallas de sus teléfonos móviles, se encuentra en una extraña paz silenciosa. Desde el memorial, un mirador ofrece una vista privilegiada de ese patio interior que, desde 1941 y hasta 1944, fue un contenedor de las angustias de unos ciudadanos desposeídos de todo. Aloïs Brunner fue su responsable durante el último año, la época más dura. Brunner se encuentra

actualmente en orden de búsqueda y captura, a pesar de las confusas informaciones sobre su muerte acaecida supuestamente en 2001 en Damasco, donde vivía y hacía negocios amparado por el régimen de Al-Ásad. Antes, si bien existía una orden de detención permanente dictada contra él, había vivido con bastante tranquilidad en Alemania, de donde acabó marchándose para evitar problemas. Aloïs Brunner había nacido en el imperio austrohúngaro en 1912, por lo que actualmente tendría ciento seis años, una edad perfecta para continuar su espiral de huidas. El viejo Gürcüvan y yo nos quedamos un buen rato contemplando aquel lugar hoy conquistado por la vida. En determinado momento de la visita, la delgada y venosa mano del viejo jugador azerí buscó mi codo para reponerse del cansancio y la indefinición visual que arrastraba de un tiempo a esta parte. No dijo nada, pero lo vi débil frente a aquel lugar inquietante, un temblor del mentón distinto del habitual me lo confirmaba. Había un remedio para su debilidad, me dijo cuando comprendió que me había fijado en su turbación, y sacó del zurrón de piel que siempre llevaba encima un tablero de bolsillo y un viejo reloj de ajedrez Insa, la marca por antonomasia de los relojes de ajedrez de la antigua Yugoslavia, que yo no le conocía de las partidas en el Luxembourg. Gürcüvan colocó las piezas casi a ciegas y luego levantó de nuevo la cabeza hacia el patio del edificio en forma de U, que podía verse a través de una de las ventanas del museo pero que él sólo intuía entre la niebla, y en un visto y no visto ajustó los tiempos de las dos esferas del reloj acercándoselas al ojo más aventajado. ¿Te parecen bien diez minutos?, preguntó, y empezamos a jugar y a dejar de lado el peso y las radiaciones de la historia, aunque sólo parcialmente. Gürcüvan tenía por costumbre jugar la apertura siciliana si, con las negras, le tocaba responder al inicio en e4 de las blancas. Aquel día, sentados a una mesa de la cafetería del memorial de la Shoah de Drancy, yo llevaba las piezas blancas y así fue como jugué de inicio. Yo sabía que él respondía siempre con la variante de la defensa siciliana llamada Pelikan, que en la jugada 5 irrumpe en el centro del tablero con un peón en e5. Sin embargo, llegados a aquel punto, Gürcüvan acercó el ojo al flanco derecho del tablero y, con toda delicadeza, cogió el peón de torre y lo puso en a6. Esta ruptura tiene un nombre, es la variante de la defensa siciliana conocida como Najdorf. Yo puse cara de sorpresa por el cambio. Más tarde, cuando la posición de las piezas de Gürcüvan ya era para mí inabarcable, el viejo tocó el peón de la columna a, que se encontraba ya en la séptima fila, a punto de llegar a la octava y definitiva, donde se convertiría en dama y certificaría mi derrota, y dijo que había jugado aquella variante en homenaje a Najdorf, que era judío. Su mujer, su hija de tres años, sus padres y sus cuatro hermanos murieron en los campos de exterminio, dijo

Gürcüvan. Tras un silencio, el anciano siguió contándome lo que sabía de la historia de Najdorf y volvimos a colocar las piezas en el tablero y tuve que añadir a la primera dos derrotas más. Al acabar, avisé a Clara y le dije que Gürcüvan y yo volvíamos a París y que no los esperábamos más.

El montón de carreteras, con continuas entradas y salidas, la densidad del tráfico y la facilidad humana para equivocarse de camino hicieron que Mirko y Clara no encontrasen, a pesar de llevar un dispositivo GPS, la ruta más corta hacia aquel conjunto de tres cubos azules que se veían, desde su posición equivocada, al este. Conforama, Ikea y Usine Center estaban dentro de aquellas estructuras metálicas que los escrutaban desde una carretera de la que se alejaban y a la que querían regresar. Vieron un sitio propicio para hacer un cambio de dirección, un hotel-restaurante de carretera llamado Les Relais Bleus, y se internaron con intención de rectificar la marcha. Sin embargo, en aquel aparcamiento anodino les llamó la atención un enorme panel de vidrio transparente y rectangular sostenido en perpendicular al suelo y atravesado por una figura triangular que se alejaba hacia el cielo en perspectiva y que era un monumento en memoria de las ciento trece víctimas del accidente del avión Concorde acaecido en el verano del año 2000 justo allí. Mirko y Clara bajaron del coche y leyeron en silencio aquella estela transparente partida en dos por la gran pieza triangular que representaba el Concorde en el momento del despegue. Era como si, de algún modo, un enorme agujero negro nos atrajera a los tres y que la nuestra fuera una lucha constante entre la banalidad de un turismo extravagante y la llama encendida por los disparates humanos. El rumor del tráfico de las carreteras cercanas no cesaba y, con el ánimo aún más alterado, se dirigieron, esta vez correctamente, hacia el gigante sueco que los esperaba. En aquel momento aún no eran conscientes—lo descubrimos días después—de que estaban pisando los terrenos donde, antes de finalizar la Primera Guerra Mundial, el Gobierno francés había decidido construir una réplica falsa de la ciudad de París con intención de confundir a los nuevos bombarderos alemanes modelo Gotha con que el ejército enemigo amenazaba a la capital francesa, tras haberse demostrado inútiles las primeras incursiones bélicas sobre el cielo parisino de los espectaculares, pero muy fácilmente abatibles, zepelines. Esto, como decía, lo supimos después, pero antes ellos hicieron turismo de interior por los pasillos del Ikea dejando algunas copias de los poemas que Clara había escrito, procurando hacerlo en sitios donde los textos pudieran ser descubiertos por el consumidor una vez en casa, justo antes de iniciar la temida maniobra de montaje. Clara y Mirko tuvieron que buscar el modo de penetrar en los muebles por alguna rendija, siempre que fuera posible. También dejaron poemas en los

cajones de las cocinas, que los clientes curiosos tienen la costumbre de abrir mientras desfilan en procesión comercial por la tienda, en las estructuras de los armarios o, en definitiva, en cualquier sitio que se les ocurriera y les pareciera discreto. Los escritos de Clara estaban compuestos con nombres de muebles desechados por la empresa, productos con imperfecciones que podían resultar dañinos, como pasaba con la tristemente famosa cómoda Malm, que había causado la muerte de seis niños en todo el mundo, aunque también contenían nombres de piezas que habían fracasado por culpa de algún error de diseño o que simplemente estaban ya descatalogadas y destinadas a la nostalgia de los recolectores de muebles de la multinacional que había transformado, modernizado y también homogeneizado el estilo de las viviendas occidentales.

ENJE, estoy aquí para mirarte de frente,
fíjate bien en las estrellas Oppdal
y no me vengas ahora con tus Rinna.
Klobo, Lock, qué perfidia
de la casa oscura de Russin & Mandel.
¡Oh!, desnuda Elgå Fenstad
¡Elvarli! ¡Elvarli! Para la muñeca turbia.
Vacío el reverso de tu piel
de Godis Chokladrån como un Hyby ansioso.
Acaríciame el Antilop,
el Komplement de una vida sin Frostfri,
sin Lyda, ni Sända,
pero con un deseo de mandarina.
Y todo desde ayer mismo cuando a fuerza de Sniglar
recogí por fin la lucecita Patrull
con el niño coagulado, escalador de la sierra del Malm,
allí, cerca del hogar
donde Lattjo y yo teníamos que ser tres felices.

Después, aquel texto había ido directamente al traductor de Google para hacer más emocionante y multicultural la apertura de las palabras conducidas, casi por azar, por los conductos habituales del capitalismo.

ENJE, je suis ici pour vous regarder droit.
Examinez attentivement les étoiles Oppdal
et maintenant vous ne venez pas avec votre Rinna.
Klobo, Lock, ce perfidies,
la maison sombre de la Russin & Mandel
Oh! Elgå Fenstad nue, je le sais bien

Elvarli! Elvarli! Poignet nuageux.
Moi, je vidange à l'opposé de votre peau
de Godi Chokladrån comme un vif Hyby
Caresse-moi l'Antilop,
une vie sans le Komplement Frostfri,
Lyda ou sans sable,
mais avec une mandarine de désir.
Et tout d'hier lorsque la force Sniglar
Je me suis finalement rassemblé les lumières de patrouille
coagulé avec l'enfant, l'alpiniste
Malm,
là, près de la maison
où Lattjo trois et je devais être heureux.

No esperaron a ver la reacción de ningún cliente, y mucho menos la reacción de la seguridad de la empresa. Simplemente se fueron sin comprar nada. Un hecho que, ya por sí solo, suponía un auténtico acto de resistencia frente a los dictados de la felicidad del consumo permanente. Con una infantil sensación de deber cumplido se presentaron ante mí, varias horas más tarde, a las puertas del observatorio de París, el lugar consagrado a la astronomía y la ciencia desde el siglo XVII y que constituye el punto central de la ruta del meridiano de París. Un edificio atravesado como por una lanza que alberga exactamente la trayectoria imaginaria menospreciada internacionalmente, pero aún dibujada en su pavimento y también en el pavimento de la ciudad, con pequeños medallones encastrados en lugares discretos, parecidos a los pequeños memoriales que hay en Berlín frente a muchas casas y que recuerdan a los ciudadanos que las habitaban y su posterior y fatal destino durante los primeros años de la década de los cuarenta del siglo pasado. Una forma delicada de píldora contra el olvido, en el caso de la capital alemana, y de marca para los ejercicios de psicogeografía en París. Y aquella psicogeografía inventada por Guy Debord era lo que intentábamos poner en práctica en nuestro zigzag alrededor de la imposible trayectoria rectilínea que trazaba el meridiano y que nos había llevado frente al pedestal vacío de la estatua dedicada al matemático y hombre de ciencia Francesc Aragó, conocido por los franceses como François Arago, que fue el encargado de medir de manera mucho más exacta aquella raya que atravesaba el país y que pretendía ordenar la cartografía mundial a partir de Francia, ya que, como todo el mundo sabía en aquel entonces, París era el auténtico centro del universo. Cuenta Lluís Calvo en su libro sobre el meridiano, que nosotros llevábamos siempre encima y que leíamos con frecuencia cuando nos encontrábamos en el lugar idóneo, que los nazis fundieron la estatua de bronce de Aragó

para convertir al matemático en proyectiles de guerra.

Siempre en dirección al norte, Clara, Mirko y yo paseamos por avenidas rectas con pequeños jardines que desembocaban en el gran jardin du Luxembourg, lugar muy conocido en la ciudad y sede de las batallas ajedrecísticas y de mi encuentro con Mirko Bevilacqua, tiempo atrás. Ya en el jardín, lejos del alboroto del tráfico, les hablé a mis amigos de Guillaume Housseras con la intención de que pudiéramos coincidir con él y propiciar así nuevos encuentros. Sin embargo, Clara se mostró esquiva y dijo que prefería quedarse paseando a solas por la ciudad o seguir con la lectura de Jan Morris, que la tenía encandilada. El meridiano cruzaba por el centro de los jardines y fue allí donde Mirko y yo, ya sin Clara, compartimos un rato con Guillaume Housseras, su esposa Anne-Marie y la pequeña Dominique. Mientras Guillaume jugaba con la niña en una de las explanadas de césped donde mataban el tiempo los parisinos que junto a los turistas que huían momentáneamente del trajín de las calles se habían quedado atrapados en la ciudad durante el verano, Anne-Marie nos contó aquella historia del falso París. Ella, que venía de decir verdades en los teatros de Londres y que había conseguido apartar a su marido Guillaume de la ávida fiera feroz del capitalismo y librarlo a los pequeños brazos de Dominique, de cuya protección podía reírse. Y es que quizá no haya nada como el teatro para hacernos conscientes del simulacro que sucede fuera de los escenarios, para hacernos sabedores de la teatralidad de una vida rica en representaciones y esplendores usurpados.

El falso París fue una idea que, nada más iniciarse, se suspendió, y no por falta de voluntad política, sino por falta de la propia guerra, pues se firmó el armisticio enseguida. Un ingeniero italiano recibió el encargo de construir una ciudad fantasma justo al norte de París, aprovechando un meandro del Sena muy parecido al que forma el río en su paso por el centro de la capital. El ingeniero debía construir la réplica de las principales estaciones de tren, que eran el objeto codiciado por la aviación alemana, según nos contó Anne-Marie tras enterarse de que Mirko y Clara habían estado en el lugar en que había caído el Concorde, que era exactamente donde estaba prevista la construcción de la reproducción de la gare de l'Est y de la zona de fábricas de Aubervilliers, con edificios de cartón tenuemente iluminados precisamente para imitar la iluminación de camuflaje con que la verdadera ciudad intentaba pasar desapercibida para el enemigo. Esta historia, dijo Anne-Marie, le encanta a Guillaume porque está convencido de que el París actual es en realidad una imitación de aquel falso París y que está hecho también, como aquél, para despistar. Guillaume cree que tras las fachadas empieza a extenderse el vacío, dijo en voz baja Anne-Marie esbozando una media

sonrisa divertida, los vecinos se van y, donde ellos estaban, quedan sólo oficinas o viviendas que permanecen en poder de las clases dominantes y a menudo son destinadas a la explotación turística. Guillaume piensa que París está desapareciendo. Aquella ciudad que imitaba a la ciudad en tiempos de guerra tenía que hacer sitio a los grandes bulevares… El proyecto en sí parecía una auténtica locura. Cuesta creer, a estas alturas, que aquella fechoría de niño ingenioso pudiera surtir efecto, pero los radares de los aviones todavía no existían y los pilotos atacaban y arriesgaban vida y aparato en plena noche, en la más absoluta oscuridad, pues a la luz del día, con lo lentos y previsibles que eran, las defensas antiaéreas los derribaban sin problemas. De noche, la defensa terrestre perdía toda su ventaja y el avión podía soltar las bombas discretamente. Algunos aparatos Gotha recién estrenados habían bombardeado París, por lo que el Estado Mayor francés había diseñado aquel proyecto megalómano del que sólo llegó a construirse una mínima parte de lo previsto, concretamente en la llamada Orme de Morlu, justo al lado de donde muchos años después caería un avión como el Concorde, que no se parecía en nada a los demás aviones y que iba lleno de turistas, precisamente alemanes, que viajaban a Estados Unidos. La única construcción que llegó a levantarse fue precisamente la de la gare de l'Est, las vías de acceso y algún edificio contiguo que debía hacer las veces de almacén. Todo simulado, con grandes lonas e inmensas telas pintadas. Si los pilotos dudan y pierden algo de tiempo, por poco que sea, eso ya significa el éxito del proyecto y puede salvar algunas vidas, decían los promotores, nos explicó Anne-Marie mientras la pequeña Dominique evidenciaba un cierto cansancio que hizo que Guillaume diera por terminado los juegos y ambos volvieran con nosotros.

La historia del falso París era difícilmente imaginable. Parecía, sobre todo, una ficción, pero yo no conocía tanto a Anne-Marie como para imaginar que ella se la hubiera inventado sólo para entretenernos o para hablarnos del evidente aumento de tensión que había entre el parisino Guillaume Housseras y su ciudad. Con simulacro o sin él, con fachadas que no eran más que el envoltorio de la vida de cierta élite económica o política, París seguía pareciéndome una ciudad fantástica. La palabra fantástica le pareció muy bien a Guillaume, que estaba de acuerdo en atribuir a la capital aquella dosis de ficción y fantasía que, desde su punto de vista, hacía que se olvidara de la autenticidad y se perdiera en los delirios de querer parecerse a sí misma, es decir, de querer caer en el espectáculo permanente. El espectáculo ha conquistado tal cantidad de terreno, que incluso el verano o el invierno se narran como si hubiera llegado el apocalipsis, con reporteros que hacen entrevistas a diestro y siniestro con ojos desorbitados. No tardarán, decía Guillaume, en entrevistar a un copo

de nieve y preguntarle cómo ha sido su experiencia de caída lenta y acompasada sobre el planeta y si espera ser aplastado por un niño, o por un perro, o formar parte de un muñeco o de una bola lanzada contra un rostro enemigo.

—Pero ¿se puede saber cuándo empezó París a ser un simulacro?—le grité un poco fuera de tono a Guillaume Housseras.

—La culpa de todo la tiene Buffalo Bill—dijo con solemnidad.

Bill y sus idas y venidas a la ciudad, nos contó Guillaume, sobre todo la segunda vez que estuvo aquí, en 1905, porque se quedó dos meses e hizo que se vaciaran nuestros teatros y nuestros espectáculos. Todo el mundo se dejaba la pasta en el show de Bill porque nadie quería perderse el espectáculo más famoso del mundo, el Buffalo Bill's Wild West, en donde auténticos indios sacados de las reservas actuaban como indios; es decir, simulando de forma teatral que eran indios cuando en realidad eran indios, añadió Housseras para acabar de responder a mi exabrupto. Unos indios, continuó, con los que el director de la obra, Buffalo Bill Cody, simulaba la historia del Oeste americano y las costumbres indígenas y fingía que era real todo lo que ofrecía, sin preocuparse por la verosimilitud más allá de lo excesivamente superficial para ser creíble de verdad. Pero daba lo mismo, el espectáculo funcionaba, hasta que la copia empezó a hacerse tan grande e importante que consiguió ocupar el sitio del original ya desaparecido. Por ejemplo, dijo Guillaume, el característico gesto de los indios de llevarse la mano a la boca, tapársela y proferir el aullido guerrero se lo inventó aquel showman y hombre de negocios intrépido y visionario. Del Wild West Show al cine, y del cine a la circunferencia de la boca de millones de niños occidentales que inundaron el siglo XX de batallas entre indios y vaqueros. En los diarios de la época alguien pronosticó el fracaso más absoluto de un espectáculo tan falso. Se equivocó de todas todas. El Wild West Show no sólo hacía ganar dinero a Cody, sino que su prestigio y, con él, el prestigio de la cultura norteamericana en Europa no paró de crecer. La primera gran victoria de los americanos sobre los europeos se produjo antes de las grandes guerras, con aquel show. Lo más gracioso del asunto era que los espectadores acudían a verlo en masa porque el espectáculo era real, porque los indios eran de verdad. En París creían que tocar a un piel roja auténtico aumentaba la fertilidad. Las mujeres jóvenes no se lo pensaban dos veces. Las principales autoridades de las viejas casas de la realeza europea subían a la diligencia y, con Buffalo Bill como director de orquesta, se dejaban asediar por los indios participando ellos también en la función. Incluso el gran Sitting Bull—Toro Sentado—se representó a sí mismo algunas temporadas en Estados Unidos tras la épica batalla de Little Bighorn que ganaron los indios y de toda la serie de derrotas

acumuladas posteriormente, del exterminio continuado de su pueblo y del confinamiento en las reservas; eso sí, no firmó ningún contrato hasta que no le garantizaron que sólo él podría vender sus fotografías y sus autógrafos. Os lo cuento, decía Housseras, porque mi abuelo guardaba en casa una carpeta con postales y propaganda de la visita que Buffalo Bill hizo a París con el salvaje show del oeste aquel año de 1905—el recuerdo era de su padre, claro, no de él—. En realidad, el show era un auténtico pastiche donde tanto podías ver a indios a caballo, como a árabes, cosacos rusos o enanos de circo. Un batiburrillo que tenía un éxito enorme, que triunfaba por encima de cualquier otra cosa en aquel final del siglo XIX y principios del XX. El éxito fue tal que la canción patriótica con que se iniciaba la representación, The Star-Spangled Banner, acabó convirtiéndose en el himno de Estados Unidos, dijo Guillaume sin que nosotros nos atreviéramos ya a interrumpirlo. Buffalo Bill recorrió Europa de ciudad en ciudad, en una gira inacabable con toda su compañía de indios, cosacos y cualquier otra minoría más o menos exótica dispuesta a convertirse en simulacro. El propio Cody, a fuerza de representarse una y otra vez, se había convertido ya en aquello que interpretaba. En 1905, la compañía, con los indios y sus tiendas, acampó en los Campos de Marte, con la torre Eiffel de centinela. El padre de mi abuelo era un niño cuando ocurrió todo esto, y al parecer fue toda su vida un fan absoluto de las películas del Oeste. Siux y beduinos desfilando juntos por la avenue de La Motte-Picquet. Cazadores de búfalos, el asalto a la diligencia, la recreación—una versión revisada de la historia, en definitiva, con happy end incluido —de la famosa batalla de Little Bighorn, las masacres de los indios, como la de Wounded Knee, en la que murieron asesinados más de ciento cincuenta hombres, mujeres y niños desarmados, aunque en el Wild West Show aparece como una batalla entre iguales. Actúan los supervivientes, Cody los ha contratado tal vez para salvarles la vida, pero ahora su participación en la edulcorada y falsificada representación del asesinato en masa de sus familiares es utilizada como reclamo publicitario. En ella aparece la princesa Nouma-Hawa, de ochenta y dos centímetros, que se casó realmente con un gigante de un metro noventa y cuatro de altura y que falleció poco después tras dar a luz a una niña; noventa y cuatro caballos, más de cien pieles rojas, y así añadiendo sin cesar ilusiones al estado desencantado del mundo. La teoría del espectáculo perfectamente diseñada por aquel aventurero americano que entendió que el simulacro se esparciría por todas partes sin que las grandes avenidas hausmannianas, ni las viejas monarquías europeas subidas a la diligencia americana, ni el papa León XIII, que bendijo a los protagonistas del show, pudieran hacer nada para impedir la fiebre del kitsch. Y no fueron sólo París, Londres

o Bolonia, donde el espectáculo gozó de un éxito arrollador, continuó Housseras, también el corazón del imperio austrohúngaro cayó rendido a los pies de Buffalo Bill: Viena, Linz, Klagenfurt, Trieste, ciudades pequeñas y grandes llenas de caballos, de vacas, de pioneros de la ganadería americana. ¡Hasta Ternópil, en Galitzia, al este del antiguo imperio y hoy en el interior de Ucrania, llegó el espectáculo! ¿Y qué, con todo esto? En 1999, apenas un año antes de morir, mi abuelo quiso salir a ver el desfile de carnaval de París porque, oh, maravilla, en la cabalgata participaba la compañía que aún ofrece el espectáculo en Disneyland Paris. Mi abuelo lo hizo en homenaje a su padre, noventa y cuatro años después de aquella función en los Campos de Marte. De nuevo los siux, la diligencia, el Séptimo de Caballería, pero ahora también Goofy, Mickey Mouse, Chip y Chop, en un mundo completamente rendido al simulacro y al espectáculo. Eso sí, las calles a reventar de gente, los padres y las madres con los niños, los nietos con los abuelos, y todos contentos. Un espectáculo que debe seguir eternamente y no detenerse nunca, ni siquiera en los telediarios. Fue el hijo de un amigo de Buffalo Bill quien fundó el primer Luna Park en 1903, donde el ambiente de las ciudades europeas era recreado con yeso, cartón o cualquier otro material barato y susceptible de alegrar las jornadas a los niños y los adultos norteamericanos y de mostrarles así cómo era la verdadera Europa adonde tal vez nunca podrían viajar. También en China hay un montón de ciudades copiadas. París o Venecia, junto a un pueblo austríaco. Duplitectura, lo llaman. Y están llenas de gente que vive allí de verdad.

—¡Muy bien, Guillaume, nos llevaremos a Disneyland a la pequeña Dominique! Vrai, ma jolie?—dijo Anne-Marie sonriendo e interrumpiendo el discurso desatado de su marido.

—¡Claro, claro, no queremos que se parezca a su padre, pero sí a su tatarabuelo!

La imagen de Buffalo Bill y sus indios recorriendo el imperio austrohúngaro hasta casi llegar a las tierras que limitan con la Rusia zarista me produjo una impresión incluso más grande que imaginármelo aquí en París, paseando por las lujosas avenidas, bien vestido, con su bigote, la poblada perilla vertical y su pelo rubio y largo. Un regreso a casa, en realidad, pues parece ser que su apellido, Cody, era una derivación del original francés Le Caudey. De pronto, me sorprende una nostalgia inventada por no haber podido ver yo también aquel montaje que recorre y fatiga las principales rutas del imperio austrohúngaro, una nostalgia inventada por no haber llegado a tiempo de ser un judío asquenazí. Aquella gira brutal por toda Europa es una especie de conquista sin armas. La gran monarquía austríaca abre sus puertas a los caballos y las vacas de América. Los

siux vencidos y casi exterminados en su territorio son ahora asalariados de su vencedor y simulan con plumas y pinturas que aún son feroces, salvajes, como dice el nombre del espectáculo. Un espectáculo salvaje dentro de una pista acotada y con un guion repetido dos veces al día durante años. Unos siux que sólo pueden existir como indios siguiendo el plan escrito y dirigido por un blanco —radicalmente contrario a la esclavitud, eso sí—, y dentro de la pista de un circo que gira y gira cruzando las fronteras que, en Europa, están a menos de una década de volatilizarse. Sólo pueden seguir siendo indios gracias a la pista del circo, es decir, simulando ser indios, y lo que es más relevante de todo este asunto es que, sin ese circo que no duda en exponerlos y hacerlos pasar por mercancía auténtica, no podrían, en modo alguno, ser nada más que un despojo vestido con una camisa de cowboy y aniquilado por el alcohol. Benditos sean, pues, los cosacos rusos y Nouma-Hawa, la princesa de ochenta y dos centímetros. Bendito sea Buffalo Bill Cody y su iniciativa en el maravilloso mundo del espectáculo que nos ayuda a aprender historia y saber cómo era la auténtica realidad de las vastas llanuras, que nos ayuda a ver y a entender cómo los indios asaltaban las diligencias y las cabañas de madera de los legendarios pioneros del Oeste y cómo aullaban salvajemente a la luz de la luna. Qué maravilla de indios, figurantes de su propia desgracia. Qué maravilla Carl Hagenbeck y su zoo en la ciudad de Hamburgo, donde eran muy apreciadas sus Völkerschaustellungen, es decir, las exhibiciones de personas que incluían, entre otros indios, al gran jefe siux Spotted Weasel. Qué maravilla también Disneyland Paris, donde algunos indios pueden aún servir como modelo para que nosotros sigamos con la distorsión permanente de los restos esmirriados de un indio norteamericano y, ya de paso, creamos que el mundo fuera de Disneyland es un mundo adulto, porque para diversión y entretenimiento infantiles ya tenemos el ejemplo de belleza, bondad y espectáculo infantil del circo promovido por la empresa de un hombre muerto, congelado y en espera de revivir.

Guillaume me vio pensativo y dijo que, por mi expresión, parecía habitar el mundo de ayer y estar, por decirlo de algún modo, a la espera de poder emprender un viaje a las mismísimas entrañas del imperio austrohúngaro. No sería mala idea, le dije, sobre todo si pudiera coincidir en Trieste con el espectáculo de Buffalo Bill. Entonces él me advirtió que no olvidara que la nostalgia ya no es lo que era y yo me quedé pensando de quién era aquella frase que había oído, leído e incluso escrito alguna vez, pero que sabía que no era mía, y que en realidad parecía dinamita colocada en la línea de flotación de la propia nostalgia, que ya no se sostenía ni a sí misma de tan pesada como se había vuelto entre nosotros. Guillaume no sabía

de quién era la frase, pero sí sabía que Paul Newman, haciendo de Buffalo Bill, se la soltaba a Burt Lancaster en la película Buffalo Bill and the Indians. El inventor del entretenimiento de masas nos estaba avisando. Guillaume Housseras volvió al tema de Trieste y quiso saber por qué quería yo ver a los vaqueros en aquella ciudad, pero la respuesta era tan larga como un libro y añadí que me parecía bien Trieste o cualquiera de los otros dominios del emperador Francisco José. Con aquella latitud histórica presente salimos del jardin du Luxembourg y quisimos continuar el camino que marcaba el meridiano por lo menos hasta el río, donde Guillaume, Anne-Marie y la pequeña Dominique se despedirían de nosotros.

La rue de Seine, de donde ya había desaparecido la mítica Librairie espagnole del exiliado republicano Antonio Soriano, nos permitió atravesar el boulevard Saint-Germain y llegar al río a la altura del quai de Conti, tras pasar bajo el arquito que lo comunica con la rue de Seine, casi enfrente del pont des Arts. Cuando llegamos a la orilla del río, giramos hacia el este para pasar un rato mirando los libros y las postales que ofrecían los bouquinistes con la intención de encontrar alguna imagen de aquellos dos meses de 1905 en que la ciudad había sido tomada por los siux y los cowboys. No tuvimos suerte, pero París siempre era una fiesta y todo paseo, realidad o simulacro, continuaba siendo una delicia. Sin ninguna postal que llevarnos a la boca, Guillaume se detuvo en uno de los puestos y me señaló un libro que yo no conocía. ¿Qué es?, pregunté. Es el libro que mi padre estaba leyendo antes de morir. El libro era Qui a tué le maillot jaune? Lo dejó a medias y yo ahora lo estoy acabando, dijo. No lo he empezado desde el principio, sino desde la página donde él se quedó, marcada con aquella costumbre tan suya de doblar la hoja por la esquinita superior y que a mí tanto me molesta. Es una tontería, añadió. Pero a mí no debió de parecérmelo, porque acto seguido se me hizo un nudo en la garganta al pensar qué libro estaría leyendo mi padre antes de morir. ¿Por qué nunca me lo había planteado? ¿Por qué no se lo había preguntado a mi madre? ¿Podía yo ahora, más de cuarenta años después de su desaparición, acabar de leer un libro que él nunca acabó de leer? ¿Habría quedado también marcado el punto de lectura? No sé ni por qué lo hago, sentenció Guillaume, y continuamos lentamente la marcha, pero por un lado Dominique empezaba a hacer pucheros y, por el otro, yo emprendí un viaje en solitario alrededor de la desordenada biblioteca de mi madre que debía de acoger aquel libro. ¿Y si la muerte lo había sorprendido entre dos libros, tomándose un descanso, si es que descansaba de leer? ¿Podría yo leer antes de morir, por ejemplo, todos los libros que aquel librero de la orilla del Sena tenía expuestos en su modesto pero cuidado mostrador? Un simple vistazo bastaba para saber que no. Y con semejante certidumbre del

tiempo agotado, una nube amarga y profundamente gris se detuvo sobre mi cabeza y empezó a descargar. Poco más pude decir, ocupado como estaba en hacer la selección de mis lecturas inaplazables. Sin darme cuenta llegó el momento de despedirnos de Guillaume, Anne-Marie y la pequeña Dominique; cuando quise ser consciente de que les había dicho adiós, ya estaban alejándose hacia el norte cruzando por el pont Saint-Michel. Dominique a hombros de Anne-Marie, y Guillaume, con un andar ligeramente distraído, apoyando la mano izquierda en la parte del hombro derecho de Anne-Marie que su hija dejaba libre. De repente, sin necesidad de darse la vuelta, pero con cierta conciencia de la posibilidad de estar siendo observado, Guillaume levantó la mano derecha y la agitó tímidamente en señal de despedida, una despedida destinada a nuestra hipotética mirada. Después, poco a poco, fueron desapareciendo entre esos turistas que abarrotan la calle en dirección norte y en dirección sur, persiguiendo unas veces un gran paraguas de colores chillones que enarbola una mano hacia el cielo desde hace ya unas cuantas horas, y otras veces un brazo que agita una banderola roja emulando una antigua manifestación de trabajadores con trajes irreconocibles. Grandes grupos humanos que, con la confusión y el encanto cercano de Notre-Dame, podrían mezclarse entre sí hasta el punto de que un despistado turista occidental, tras haber inmortalizado la estampa con la cámara del móvil, acabe el día entre japoneses sin saber cómo, habiendo perdido a su mujer y a sus hijos, papá siempre igual, nunca sabe adónde va, dirá la hija adolescente, y entonces el padre decidirá que ya le va bien volver a Japón con esa joven japonesa que le ha pedido que le haga una foto a su piel blanca y protegida por una crema solar no muy bien extendida; él podría ayudarla a hacerlo, en vez de volver a su aldea perdida entre montañas o llanuras de una vida quién sabe si hace tiempo anestesiada, vencida y también perdida como entre japoneses.

Mirko Bevilacqua me sacude con contundencia para mostrarme un ejemplar en perfecto estado de la vieja guía de viajes Bradshaw, una guía destinada a los viajeros ingleses que querían descubrir Europa en tren a finales del siglo XIX, justo antes de que el viejo continente empezara a desintegrarse por la Gran Guerra. La guía Bradshaw proponía itinerarios en tren, recogía horarios, información de los distintos lugares y, lo que nos pareció más interesante, visitas al imperio austrohúngaro, que ya asaltaba nuestro imaginario casi con mayor frecuencia que el meridiano de París. El librero, viendo nuestro interés por la guía, nos recordó que era la guía que había usado el inglés Michael Portillo en su programa documental de viajes al corazón de la Europa desaparecida. Portillo c'est un fils de l'exil républicain espagnol, añadió el librero, mais attention, membre du

parti conservateur! Yo recordaba al tal Portillo de haberlo visto alguna vez con sus chaquetas y pantalones llamativos, pero de corte clásico, paseando por una Europa desaparecida con aire también de desaparecido, por decirlo de algún modo. Su porte de gentleman inglés, incluso su fisonomía, no recordaba para nada a los habitantes peninsulares hispánicos de los que procedía. Sí se ajustaba a la imagen que yo me había hecho de él su pertenencia al partido conservador. Quizá sólo un conservador podía hacer con gusto un programa de televisión sobre un viaje imposible a la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial. Un viaje que atravesaba fronteras desaparecidas pero de las que tal vez aún quedara un rastro, una huella invisible, un sendero medio olvidado por recorrer. Un viaje con el que podía llegarse a Austria-Hungría. Mirko buscó las páginas dedicadas a Trieste y me dijo, al fin, que su familia paterna procedía de aquella ciudad, que su abuelo era de allí o que había vivido allí, no se sabía muy bien la historia. El vendedor, al ver que íbamos a dejarnos el dinero, permaneció atento a lo que decíamos, que no podía entender del todo, pero sí intuirlo. Cuando ya teníamos la guía en el bolsillo, y no antes, cuando nos disponíamos a abandonar su parada, de un modo sutil y muy efectivo sacó de no sé dónde un mapa editado hacía poco, pues parecía nuevo, pero que en realidad era un facsímil del imperio evaporado, del imperio del águila bicéfala, con sus antiguas fronteras, sus carreteras polvorientas y la deslumbrante multinacionalidad que hervía en el interior de lo que había sido el cuerpo político más parecido a nuestra actual y marchita Europa. A ver si ahora resultará, pensé, que todos somos austrohúngaros y que la Unión Europea es un país de sombreros emplumados y ridículos que aparecerá en las películas del próximo Berlanga una vez haya desaparecido como una reliquia multiétnica exactamente cien años después de la desaparición del antiguo imperio. Pensaba en todas estas cosas y también en uno de los contactos extraordinarios y banales de mi juventud, cuando trabajaba en verano en un bar de Benidorm para poder pagarme las entradas de cine en invierno, y uno de los clientes que llegaba en chanclas y con un imperceptible aire aristocrático desde la playa de Ponent era Otón de Habsburgo-Lorena; es decir, Otto Habsburg-Lothringen, hijo del emperador Carlos I, que fue el sucesor del viejo Francisco José tras la muerte en Sarajevo del heredero Francisco Fernando. Por lo tanto, el cliente que llegaba acalorado de la playa era el heredero reconocido, pero sin corona, del imperio austrohúngaro borrado del mapa de Europa. Otón veraneaba en Benidorm desde hacía muchos años y era conocido en la ciudad con el nombre de Pototo. La imagen que aún tenía en el recuerdo del emperador Pototo en chanclas, gafas de sol y pidiendo una cerveza bien fría me produjo el relampagueo cerebral de una chispa banal y peligrosa de la que

Mirko me rescató. Él había pagado la guía y yo pagué el mapa, no podíamos dejar en el mostrador aquella fruta madura rehabilitada y lista para ser devorada antes de que el verano del meridiano que estábamos a punto de abandonar terminara.

Tomamos el metro en la estación de Jussieu después de recorrer el cauce del río en dirección este. Tan contentos estábamos con nuestra adquisición de los tiempos pasados que no pudimos resistir la tentación de desplegar el mapa antes de llegar a la estación de Maison Blanche. Como unos niños que acaban de entrar en una calle de sentido único que hará que se sitúen, de súbito, en otros tiempos, observamos todas aquellas líneas que parecían, como ocurre en los mapas, fijas e inmutables y que eran, en cambio, el testimonio de una Europa desvanecida de la que sólo quedaban sombras difusas o de la que más bien no quedaba nada, excepto la tenue luz de un atardecer ya avanzado de domingo.

Mirko Bevilacqua y yo llegamos a la rue Tagore, donde nos esperaba Clara dispuesta a salir de casa tras un largo día dedicado al reposo y a la lectura de un libro y de una autora, Jan Morris, para ella ya del todo imprescindible. Morris había escrito un libro sobre Trieste donde explicaba su visión de la ciudad a la que había sido destinado como soldado tras la Segunda Guerra Mundial; pero no era este el libro que había tenido ocupada a Clara aquellos días, sino otro con título de manual de asuntos misteriosos, Conundrum, traducido como El enigma, en el que Jan Morris cuenta cómo se convirtió en Jan Morris, una mujer en el cuerpo de un hombre llamado James Morris, casado y padre de cinco hijos, con una traumática y muy deseada operación de cambio de sexo o de reasignación sexual hecha en Casablanca en 1972 tras haber estado ingiriendo altas dosis de hormonas femeninas en los años previos. A Clara la maravillaba el hecho de que la relación de James Morris con su esposa, Elisabeth, y con sus hijos hubiese sobrevivido de manera tan nítida a un cambio de identidad como aquel y de que aquello no hubiera pasado recientemente, sino a principios de los años setenta del siglo pasado. ¿Una débil señal de esperanza, tal vez, de que este mundo puede contener la diversidad más absoluta y creer en ella? Jan Morris pertenecía a la sociedad británica acomodada, tal vez resulte más fácil ser uno mismo desde algunos lugares que desde otros, dijo Clara dejando en el comedor y entre ella y Mirko Bevilacqua un rumor silencioso que, en la lejanía, ofrecía un sabor sexual de carácter enigmático. En Conundrum, Jan Morris cuenta, de un modo para nada morboso, cómo le habían ido a James Morris sus relaciones con los hombres y también con las mujeres. James anhelaba, desde su vida masculina llena de aventuras militares y periodísticas, dejar de ser un macho. Convencido de ser una mujer, Jan Morris explica que, antes de

la reasignación de sexo, mientras formaba parte del ejército británico, una noche de estrellas y maravillas en el desierto egipcio, otro soldado, con quien compartía vivencias y fascinación en el interior de un camión, le soltó bajo la manta que los protegía del frío nocturno que era una lástima que no fuese una mujer. El soldado James Morris avanzaba hacia su destino. Su prometida, Elisabeth, supo desde el primer momento lo que había y Morris, que siendo todavía hombre deseaba con todas sus fuerzas ser madre, consiguió al menos ser padre. Tras la reasignación de sexo, la pareja tuvo que divorciarse, pues la ley no permitía el matrimonio entre dos mujeres, pero hasta la fecha nunca han dejado su relación intermitente. Jan Morris escribió sobre Trieste un libro lleno de anécdotas curiosas y de melancolía. A Trieste había llegado primero como soldado británico en 1946, para ocupar la llamada zona A del litoral adriático, y, años después, como una mujer ya madura que mira desde la distancia la ciudad donde fue otra persona. Su libro sobre la ciudad contiene en el título una enigmática frase, The meaning of nowhere, el sentido de ninguna parte. Tal vez buscamos el significado de un lugar que ha sido al mismo tiempo tantos lugares que resulta difícil acertar su identidad, como pasa también con la propia Morris, que empezó su existencia como un chaval galés y, tras la guerra, el matrimonio, la paternidad y un ascenso al Everest, acabó paseándose por Trieste como una dignísima señora inglesa, sin dejar nunca de atender a la melancolía que emanaba de las calles habsburgas y las identidades perdidas de la ciudad adriática, una ciudad que tal vez sólo pertenezca a la bora y al mar.

En el piso de la rue Tagore las conversaciones son fluidas por las noches y no es difícil constatar cómo la fascinación que Clara ejerce sobre Mirko se mantiene intacta. Si Clara es un hombre atrapado en el cuerpo de una mujer, pienso sin demasiada claridad, entonces Mirko es ciertamente un hombre atrapado en el cuerpo de Clara. Es difícil hacer una lista de los amores posibles. Después de cenar, si no hemos salido a la calle, trasnochamos en casa. Durante esas horas de verano con las ventanas abiertas a la noche del parque Joan Miró, observo cómo Mirko mira y escucha a Clara. Veo el brillo de sus ojos atendiendo a sus razones. A veces los dejo hablando y me dedico a mirar los libros que Daniel Rojas tiene en las estanterías. Es así cómo, al coger un libro de Rousseau para echarle un vistazo, encuentro la respuesta a una pregunta que no había podido resolver cuando me la había formulado: ¡ya sé quién es Mirko Bevilacqua!, quiero decir que ya sé a quién me recuerda, a quién se parece. Bevilacqua es Jean-Jacques Rousseau. Tiene la misma expresión que el filósofo suizo en el retrato del pintor Maurice Quentin de La Tour, pero no sólo es por su expresión de bonhomía por lo que Mirko Bevilacqua me recuerda al

filósofo; hay algo más, algo turbio. En las primeras páginas de sus memorias, publicadas con el título de Confesiones, Rousseau cuenta cómo descubre el placer sexual cuando, siendo niño, es azotado por la señora mayor que lo cuida. Este hecho, leído aquí, puede sonar oscuro y taimado, pero leído en las páginas del propio Rousseau adquiere un interés inocente que no va más allá de lo meramente antropológico. El niño Jean-Jacques siente placer sexual al ser dominado por una mujer mayor. Sin embargo, este hecho inocente marcará sus relaciones sexuales para siempre, pues, tras semejante experiencia, Rousseau no dejará de buscar lo que es incapaz de pedir a sus amantes; es decir, que lo dominen y lo flagelen, querrá que sean ellas, las amantes, quienes lo descubran, y, según él mismo cuenta, lo querrá sin éxito. Verse sometido por una mujer imperiosa y dominante es el deseo confeso del filósofo, quien, por otra parte, parece creer que en su interior habita realmente una mujer. ¿Es eso lo que Mirko busca en Clara? ¿Una mujer capaz de someterlo? ¿Es por eso por lo que su relación no funciona, porque Clara quiere exactamente lo mismo, que una mujer imperiosa la domine? El episodio de la frustrada relación sexual entre ambos en el hotel de Chernóbil me lleva a pensar en todo esto. Tal vez Clara y Mirko sean Rousseau, mientras que Vlatka Babić sea más bien Sade, que en sus libros fulgurantes se burlaba de la ingenua benignidad que Rousseau adjudicaba a la condición humana natural. Sade estaba convencido de que no hay sexo verdadero sin violencia y posesión, y tal vez Vlatka Babić pensara lo mismo. Entonces, si Sade está en lo cierto, sólo se puede ser víctima o verdugo. Y las relaciones entre las víctimas son imposibles. Dejé el libro en su sitio y aparté aquella calentura de mi mente para volver con mis amigos, que bebían vino del bueno mientras brindaban enigmáticamente por la violenta pintura de Egon Schiele.

Clara no es sólo importante para Mirko por su atracción sexual, hace unos meses lo acompañó al nuevo piso que Mirko acababa de comprar para aumentar el capital inmobiliario que es la fuente de sus ingresos. El piso es antiguo, está vacío y en perfecto estado. Tiene parqué en algunas habitaciones y puertas de mobila que deberá tratar. Clara pasea con Mirko por el rastro. Mira atentamente por si encuentra alguna cosa útil para el piso. Hay cachivaches de todo tipo. Rastros de vidas extraviadas, cucharillas dobladas, gafas a las que les falta una patilla y que hace siglos que no enfocan nada ni son sostenidas por ninguna nariz. Montañas y montañas de radiaciones. También hay pinturas. Por lo general, cuadros de caza, ciervos que giran el cuello para mirar fuera del lienzo, evidenciando unas ganas locas de escapar, pero que al mismo tiempo parecen muertos, incapaces de cualquier movimiento. Hay uno distinto, un cuadro con pinta de ser antiguo pero con una concepción más moderna del

espacio pictórico. Parece la representación de una isla que se hunde. A Clara le recuerda la isla de la Ascensión adonde ha viajado con Mirko, pero Mirko le dice que no es la Ascensión, sino la Atlántida, la isla del mito platónico, el gran territorio perdido que aparece en dos de las obras del filósofo griego y que desaparece por la soberbia de sus habitantes y sus gobernantes, los descendientes de Atlas. A Clara le gusta para el piso nuevo, la Atlántida es un lugar mítico, un lugar que no está en los mapas, pero que nos puede orientar, que se puede buscar. A Mirko no le gusta. Mirko lo compra. También se lleva unas tazas antiguas y bien conservadas. Vuelven al piso para dejar las grandes adquisiciones. Una vez allí, Mirko descubre que en la parte posterior del bastidor del cuadro hay un nombre escrito a lápiz que puede leerse con relativa facilidad: Manuela Dasi. Mirko da un respingo. Es la mujer a la que ha comprado el piso, el nombre y el apellido son suficientemente particulares como para tratarse de una coincidencia; no sabe si es la pintora del cuadro o no, pues no lleva firma, pero da igual, lo que sí sabe es que el cuadro estaba en el piso que acaba de comprar y que ahora volverá a ocupar su sitio. La madera del bastidor tiene dos hembrillas que, en efecto, encajan a la perfección en las dos alcayatas que hay en una de las paredes del comedor, donde ha quedado preservado por la protección del lienzo un recuadro de luz de otro tiempo que nos indica que nada era, al principio, como ahora se nos muestra, que aquel comedor pretérito no era tan gris como ahora parece y que, probablemente, Manuela Dasi disfrutó en aquella casa de algún momento de alegría ahora ya arrebatada por esa grisura que se instala de incógnito en nuestras paredes, sin pedir permiso, pero con absoluta discreción y silencio, como si llegara de noche, sombra en la sombra, para hacernos saber que, mientras dormimos, el tiempo gotea.

El cuadro sobre el papel tapará la evidencia de la luz pasada y nos hará creer en la permanencia de las cosas. Un cuadro que ha vuelto a su sitio milagrosamente gracias a la voluntad de Clara, quien, de manera inconsciente, ha hecho una de las cosas que más le gusta hacer, esto es, volver a poner en su sitio lo que se había extraviado. Mirko quiere a Clara por esa capacidad que tiene de adivinar los orígenes, quién sabe si todos los orígenes menos el suyo propio, piensa, pero las cosas necesitan tiempo. Clara cree que las cosas deben restituirse a su lugar y que por eso Jan Morris tiene que volver a Trieste y escribir sobre la ciudad donde, siendo mujer, fue también un hombre-soldado. Clara se esfuerza por ser buena en eso, por saber cuándo las cosas deben volver a un lugar más natural. Por eso lo que ahora cree que debe hacer es llevar a Mirko Bevilacqua a Trieste para que recorra las calles de donde brota su apellido de bebedor de agua, de hombre sediento por saber si es capaz de encontrar allí su continente perdido.

VIDA Y ACCIONES DIFÍCILES DE MIROSLAV VODOPIVEC

Nacido en 1917 en el imperio austrohúngaro, en Klein-Lötzing, que los italianos que viven allí llaman Lussinpiccolo y los croatas Mali Lošinj, en la isla de Lošinj, que los italianos llaman Lossini y los venecianos Lussin, Miroslav Vodopivec era el mayor de dos hermanos. Entabló buenas amistades entre los fascistas italianos durante una adolescencia que coincide con el dominio italiano sobre la isla y el territorio. El rechazo al trabajo tradicional de la familia, la pesca, a pesar de los esfuerzos del padre y de la madre para que continuase con la tradición, lo llevaron a los veinte años a trabajar para una compañía naviera italiana con sede en Fiume. Allí, Miroslav Vodopivec entra en contacto con simpatizantes del nacionalismo croata ustacha y, una vez constituido el Gobierno del caudillo, el llamado Poglavnik, Ante Pavelić, se enrola en las bandas armadas de los ustachas que siembran el terror entre la población serbia con la colaboración implícita o explícita de los nazis. Vodopivec participa en razias por pueblos con alto porcentaje de población serbia en los alrededores de Bania Luka, perteneciente por aquel entonces al nuevo Estado y hoy centro administrativo de la República Srpska, la entidad autónoma serbia integrada en el difícil país que es Bosnia y Herzegovina tras los acuerdos de Dayton que pusieron fin a la guerra de los años noventa. Vodopivec dura muy poco como miembro de estas unidades paramilitares. El tiempo suficiente para volverse por completo sobre sí mismo y retorcerse por los horrores de las violaciones, desgarros, asesinatos y deportaciones masivas que lo hacen entrar en colapso. Una noche, después de fracasar en el intento reiterado y ansioso por deshacerse de los restos de sangre incrustados bajo las uñas, decide abandonar aquella locura. Lo hace a escondidas, pues se trata de una deserción y, por lo tanto, se juega la vida al huir. Consigue su objetivo y llega primero a Karlovac y finalmente a Fiume, donde se presenta ante el signor Tassano, un genovés encargado de la empresa naviera donde el ustacha arrepentido trabajaba antes de compartir los afanes sanguinarios con otros compatriotas. Miroslav Vodopivec, que tiene la nacionalidad italiana y habla perfectamente italiano, le cuenta a Tassano, sin entrar en detalles macabros, qué está ocurriendo en el Estado vecino amigo del Gobierno fascista italiano y dirigido por Pavelić. Le cuenta, quizá del mismo modo en que se lo

contaría a un padre, que no sólo ha visto todo aquello, sino que ha hundido las manos en el pus. Entonces le entran ganas de vomitar y, sin poder evitarlo, lo hace sobre la propia idea de la Croacia ustacha que defendía hasta hace poco. El signor Tassano, como él lo llama, tal vez impresionado por el sudor frío del joven descompuesto, promete ayudarlo y le consigue un pasaje a Trieste. Desde allí deberá llegar al puerto de Génova, donde podrá encontrar un empleo para la misma empresa para la que ahora trabaja. Tras un giro ideológico marcado por el crimen, afectado como está por la situación de extrema dificultad del mundo en aquellos días, Vodopivec decide no hacer el incómodo y arriesgado viaje a Lussinpiccolo, en la isla de Lossini, que le permitiría despedirse de su cada vez más lejana familia, y se embarca de inmediato rumbo a Trieste desde la propia ciudad de Fiume. Llega allí en noviembre de 1942, dispuesto a viajar en tren con destino a Génova. Antes de partir, sin embargo, solicita la italianización de su nombre por los procedimientos habituales de «reducción» del eslavo al italiano. Las autoridades italianas de Trieste ejecutan el cambio de nombre de miles de ciudadanos eslavos y germánicos, bien por la fuerza en los casos de restitución de apellidos que los fascistas entienden que han sido eslavizados o germanizados previamente, por ejemplo Balič se convierte en Balice, Brkić en Berchicci; o bien de forma más o menos voluntaria, como adaptación a la nueva patria y al deseo de prosperar en ella, en un gesto parecido al de los inmigrantes que llegan a Estados Unidos desde cualquier rincón de Europa del Este. El procedimiento voluntario al que se acoge Miroslav Vodopivec recibe el nombre de «reducción». Los funcionarios y los jueces escogen una variante italiana que traduce el apellido del modo más diverso, inesperado y hasta risible. Por ejemplo, los alemanes llamados Altenburger se convierten en Castelvecchio; los Schwarzkopf, en Caponero; los Wolf, en Lupi. Los tres hermanos eslovenos Sirk acaban convirtiéndose en Sirca, Sirtori y Serchi, cada cual con un apellido distinto, según los funcionarios que los atienden en cada población juliana. En las lenguas eslavas, voda quiere decir ‘agua’ y pivec quiere decir ‘bebedor’, así que las autoridades lo tienen fácil. Miroslav Vodopivec se convierte sin problema y por procedimiento de urgencia en Mirko Bevilacqua. Con documentos e identidad nuevos llega al puerto de Génova, donde sobrevivirá a la derrota de la Italia fascista de Mussolini, a la posterior República Social Italiana, al dominio alemán, a las bombas de la RAF y, por último, a los partisanos que liberan la ciudad. En los dos años que pasa en Génova entabla amistad con un marinero que cumple su servicio militar en el minador Júpiter de la armada franquista, tras haber servido como soldado raso al Gobierno de la República durante la Guerra Civil. El minador Júpiter realiza algunos viajes desde el

puerto de Valencia hasta el de Génova, donde entrega armas a los italianos. Lo hace a escondidas, pues la España de Franco es en teoría un país neutral, por muy conocida que sea la deuda contraída por el bando franquista con las fuerzas del Eje durante la guerra de España. El marinero español se llama Pepe Talens y no habla italiano, pero se las apaña la mar de bien con el catalán y el castellano para comunicarse durante el poco tiempo que le dejan pisar tierra firme. Bevilacqua y Talens nunca hablan de política, sólo de sobrevivir y, sobre todo este último, de mujeres. Talens le dejará anotada una dirección de Carcaixent, a la que más tarde Bevilacqua le escribirá y le contará, siempre en pocas líneas, que se ha casado con Margherita Fassi, que ha tenido un hijo, Antonio, y que a su mujer desgraciadamente se la ha llevado el parto y las deficiencias de una sanidad empobrecida tras la contienda. Ese hijo crecerá sin madre y con un padre que no sobresale precisamente por sus dotes educativas. El chaval, Antonio Bevilacqua, acabará en Valencia, trabajando para la inmobiliaria que da esplendor a la familia de Pepe Talens. Talens ha visitado a su viejo amigo Mirko Bevilacqua aprovechando un viaje de negocios a la ciudad de Génova que le ha servido también para recordar uno de los lugares en que había hecho el servicio militar y había transcurrido una parte de su humilde contribución a la historia de Europa con la participación, aunque fuese indirecta, en la Segunda Guerra Mundial. Mirko Bevilacqua, que sigue siendo hombre de pocos amigos, le ha confiado en esa visita los problemas que arrastra el joven Antonio, ese hijo suyo huérfano de madre que ahora tiene veintiún años y no sabe ya qué hacer con su vida, de tanto hacer el golfo en los suburbios de Génova. Antonio acepta irse a Valencia con Talens, de quien en poco tiempo aprenderá el negocio de la promoción, la compra y la venta inmobiliarias. Es el año 1968 y en la España franquista el turismo y los promotores ya hace algunos años que han empezado a cometer atrocidades en la línea de costa con el visto bueno del Gobierno y de los habitantes de la zona. De semejante rapiña saldrán enriquecidos unos cuantos espabilados sin escrúpulos, algunas familias que regentan empresas como la de los Talens. El joven Antonio seguirá el ritual de desconexión familiar, iniciado ya por su padre al salir de Croacia, y sólo lo visitará en alguna ocasión, cada vez con menor frecuencia. Antes de cumplir los treinta, su vida estará ya bien consolidada con la familia y el país de acogida, lejos de la Italia abandonada. Antonio Bevilacqua dejará más tarde la empresa de Talens y vivirá con un pie en Valencia y otro en Carcaixent, el pueblo de su mujer, y acabará estableciendo su propia promotora, con la que contribuirá modestamente a derribar casas antiguas y valiosas a la orilla del mar y sembrar de Pórtland horrible y ladrillo las playas del sur de Valencia. Su muerte en accidente de tráfico minutos

después de la medianoche del último día del año 2000 dejará a su único hijo, Mirko Bevilacqua Soler, como heredero, junto a su madre, de un patrimonio nada despreciable que, tras liquidar la empresa del padre de común acuerdo, convertirán en viviendas, con las cuales, literalmente, podrán vivir de rentas sin la menor estrechez.

Pero volvamos al antiguo ustacha Mirko Bevilacqua, el abuelo de Mirko Bevilacqua Soler, que en todo este tiempo no ha pisado Yugoslavia y, por lo tanto, tampoco Mali Lošinj. No lo ha hecho por miedo a las represalias que el Estado yugoslavo pueda ejercer sobre él, tal como ha sucedido en la inmediata postguerra con aquellos sospechosos de haber colaborado con los ustachas, con los fascistas o con los nazis. De todo esto acaba enterándose con dificultad, pues enseguida se ha establecido la ley del silencio que sigue a los violentos estragos de una guerra despiadada. Diez años después del final del conflicto nadie habla públicamente de la Risiera di San Sabba ni de las simas conocidas como foibas, ni de tantas otras muertes irregulares y violentas. A los difuntos se los ha tragado la tierra y parece que les haya caído encima una nevada antológica y después haya helado brutalmente y más tarde alguien haya vertido varios camiones de arena compacta sobre la nieve hipercongelada y encima de esa masa se hayan construido uno o dos centros comerciales. Este distanciamiento de Mali Lošinj marcado por el miedo, que no por la geografía o la voluntad, será extremadamente doloroso cuando mueran primero su padre y luego su madre y él desconfíe y no se atreva a acudir a la llamada de su hermano pequeño y decida por dos veces que los entierre él solo. La gestión del dolor y de la doble decisión lo mortificará a menudo mientras los días pasan en la ciudad de Génova, tan cerca y tan lejos de todo. Tal vez sea ese dolor el que le haga abordar, cumplidos ya los cincuenta, otro cambio vital. Pedirá a su empresa seguir trabajando en una ciudad como Trieste, donde aún puede oírse, si se aguza el oído, el cántico salvaje de las tierras eslavas. Por segunda vez, la empresa para la que lleva trabajando toda su vida le facilita el cambio y le busca un puesto cerca del mar y cerca también de la isla de Lošinj que aún no se ha atrevido a volver a pisar.

El hijo de Mirko, Antonio Bevilacqua, se fue muy joven del lado de su padre; tan joven que no se le había despertado, en el frenesí de la adolescencia y la primera juventud, la curiosidad y las ganas de saber por qué el resto de los Bevilacqua italianos no eran parientes suyos. Resulta que el abuelo Bevilacqua, es decir, Miroslav Vodopivec, no era muy proclive a las viejas historias porque le recordaban a Croacia, un país y una lengua a los que había renunciado formalmente en los primeros tiempos de la postguerra, cuando las heridas escocían como si alguien las hubiera cubierto de sal. Él también era cómplice del silencio general y de la obliteración sin ser demasiado consciente. O

tal vez sí, y lo que quería era proteger a su hijo de una nacionalidad llena de peligros, como el futuro acabará demostrando. Cuando su hijo se fue a Valencia aún no le había contado la historia de su familia. No es que quisiera ocultársela para siempre, no, es que pensaba contársela cuando llegara el momento idóneo, pero no tenía ni idea de cuándo sería ese momento idóneo, se asustaba sólo de pensar en las preguntas que pudiera hacerle su hijo y en que la sangre volviera a manar de las heridas nunca del todo cicatrizadas. Por otra parte, no era raro ver familias enteras aparentemente bien avenidas sobre las que el tiempo hace crecer una costra como de porcelana que les permite comer y cenar juntos sin que esa fina cerámica, dura pero transparente, se resquebraje y pasen así los años hasta el momento del silencio final. Ahora su hijo se había ido al extranjero y, mira por dónde, el tiempo pasaba y, cuando contactaba con él, con Antonio, algo que por cierto cada vez hacía menos, le embargaba una especie de pudor que le impedía contarle que él en realidad no era Bevilacqua más que por el hecho azaroso de haber vivido bajo el fascismo y, por decirlo con una palabra, por formar parte de la reciente historia de una Europa zarandeada. Y, sobre todo, que nadie lo olvide, porque formaba parte de los verdugos. Cuando Antonio tuvo un hijo quiso ponerle el nombre de su padre y recuperar de algún modo a Mirko, sobre todo porque, en el fondo, se sentía en deuda por no haber cuidado de él y no haberlo visto desde que había cambiado Génova por Trieste. No obstante, Antonio se prometió visitarlo para que el abuelo conociera a su nieto homónimo, pero primero una gripe, luego un montón de asuntos de trabajo y una operación de vesícula de su mujer fueron retrasando el momento. ¡Antes de que el hijo se hiciera mayor tenía que llevarlo a conocer a su abuelo! Pero cuando ya tenían el viaje medio preparado ocurrió algo imprevisto en Trieste. Mirko Bevilacqua, de sesenta y siete años, recibió una carta certificada de las autoridades yugoslavas que incluía un sobre más pequeño dirigido al Okružni Sud u Beogradu, es decir, un Tribunal de Distrito de Belgrado. Nadie más que él sabía entonces el contenido de aquella carta que le hacían llegar las autoridades de la Yugoslavia-sin-Tito, un país que empezaba la implacable marcha hacia la disolución y que pronto sería otro motivo de nostalgia en el corazón de una Europa que no paraba de cambiar.

La oficina de la calle Slobodana Penezića-Krcuna le había remitido la carta después de haberla sellado con registro de entrada y archivado una copia. A partir de aquí, Mirko Bevilacqua, o quizá deberíamos decir de nuevo Miroslav Vodopivec, empezó a ir nervioso de un lado para el otro hasta que dejaron de verlo por el barrio. Como vivía en una casa de alquiler, los propietarios no tardaron en notar su ausencia al vencer el período de pago sin que, por primera vez en todos aquellos años, lo hubiera efectuado. Por la escalera del edificio empezaba al mismo tiempo a propagarse un olor fúnebre y sospechoso. Alguien avisó a la policía. Finalmente, con expectación macabra, los carabinieri entraron en el piso, oscuro como las fauces de un lobo que quiere aullar. Las persianas venecianas estaban bien cerradas y el piso exhalaba un fuerte olor a cerrado, al cual había que añadir el intenso hedor que desprendía la carne de ternera descompuesta que enseguida vieron que procedía de una bolsa de basura llena a rebosar de putrefacciones que el inquilino no había bajado, seguramente por olvido, antes de irse, pues la había dejado junto a la puerta de la cocina. En el interior de la vivienda faltaba algo de ropa, sí, pero por suerte también faltaba un cadáver, así que todos respiraron—por decirlo de algún modo—aliviados. A los propietarios, sin embargo, el alivio no les duró mucho, porque enseguida se preguntaron qué debían hacer con la desaparición sin rastro de aquel señor tranquilo que ahora les dejaba la casa empantanada. Cerraron la puerta, los carabinieri se llevaron la bolsa de basura con guantes y

cara de circunstancias, y los dueños del piso tuvieron que esperar noticias antes de proceder con las denuncias y el desahucio. Pero pasó el tiempo y no hubo noticia alguna. A Mirko Bevilacqua se lo había tragado la tierra o el mar. El vecino de la planta baja, Cosimo Tinta, una de las pocas personas que mantenía una relación estrecha con Bevilacqua, fue el primer sorprendido. Él sería el depositario de algunos de los objetos del desaparecido cuando los propietarios, antes de obtener el permiso judicial, entraran en la casa y empezaran a «avanzar faena» lanzando al contenedor todos los objetos dejados por el antiguo inquilino. Entre las cosas que Cosimo Tinta guardó estaba aquel sobre vacío con la dirección del Okružni Sud que Mirko Bevilacqua había dejado en el banco de la cocina quién sabe si olvidado también como la bolsa de basura. ¿Qué habría contenido aquel sobre? ¿Qué clase de noticia, advertencia o presagio funesto había hecho que su receptor levantara el vuelo de forma tan repentina? Las puntas de los dedos del Estado yugoslavo eran largas y firmes y en Trieste podía notarse su roce con la puerta de casa de tan cerca que estaba la frontera. El señor Bevilacqua le había contado hacía tiempo a su vecino y amigo Cosimo Tinta cómo la policía secreta de Tito se había cargado a Maks Luburić, un general y asesino ustacha responsable del campo de concentración y exterminio de Jasenovac, refugiado y protegido nada más y nada menos que por la España franquista. Él, Vodopivec, no era un general, sino un soldado desertor, pero a veces, por las noches, comprobaba con gesto previsor la cerradura de la puerta de su casa. Tinta no sabía si la carta de Belgrado tenía o no relación con su pasado, pues Bevilacqua no le había dicho nada, se había quedado mirándolo con los ojos muy abiertos y fuera de sus órbitas, antes de despedirse por última vez, aunque disimulando y sin contarle sus planes de fuga. Todo esto había ocurrido hacía ya mucho tiempo y Cosimo Tinta lo recordaba con dificultad.

FINAL DEL VERANO EN AUSTRIA-HUNGRÍA

Nos plantamos en Trieste en un abrir y cerrar de ojos. Lo hicimos conduciendo por turnos durante toda una noche. Pasamos, bajo un cielo resplandeciente por la luna de agosto, bastante cerca de Turín, la ciudad en la que Nietzsche vio fustigar a aquel caballo y donde, en alguna habitación cerrada, debía de estar aún Xavier de Maistre escribiendo aquella historia o alguna otra, viajando por el mundo con la calma y la sabiduría de quien no necesita salir de su cuarto para ver el mundo.

Pasado Venecia desplegamos el mapa del imperio austrohúngaro que le habíamos comprado al librero del Sena. La reconfiguración de todas las fronteras europeas dejaba en incógnito el trazo de la antigua marca que separaba Italia de Austria-Hungría, hasta el punto de que no podíamos estar totalmente seguros del momento en que habíamos entrado en el mundo de ayer, aunque lo dimos por hecho a la altura de Monfalcone, que los austríacos llamaban Falkenberg, pero que en el mapa aparecía con su nombre italiano, como ocurría con otros pueblos de mayoría italiana aunque bajo dominio imperial. A veces quieres saber dónde se alza exactamente una frontera. Es habitual pensarlo, por ejemplo, en Berlín, con ese juego caprichoso en zigzag que planteaba el muro, ahora convertido en mero vestigio. Si no se conoce bien la ciudad, no es raro equivocarse y pensar siempre, cada vez que te confundes, que estás en la parte este, la parte que ya no existe, seguramente porque nos gusta notar el lejano sabor metálico de lo que se ha evaporado en la historia y ya no volverá. En Italia, por el contrario, no había señal que identificara la herida. Y así, sin noticias de ninguna delimitación visible, accedimos a la ciudad de Trieste después de dejar atrás el castillo de Duino, donde el poeta Rilke empezó a escribir sus conocidas elegías y dijo que todo lo que es bello sólo es el principio de lo terrible. Luego, seguimos avanzando por la antigua carretera de la costa que ya aparecía en nuestro antiguo mapa. Mirko no dejaba de pensar en quién podría socorrerlo en su búsqueda de un abuelo extraviado en 1985. Le había pedido ayuda a su madre y le había preguntado si creía que aún sería posible encontrar alguna de las postales que el abuelo había enviado a su hijo desde la ciudad de Trieste y, en resumidas cuentas, le había pedido que le dijera todo lo que sabía sobre su abuelo, pues estaba a punto de entrar en la ciudad y quería encontrar, si era posible, al menos la última casa conocida en que había vivido. Pero su madre no sabía gran cosa; recordaba, eso sí,

una via del Bronco, del Orso o del Porto, algo corto y con la o repetida, sin ningún número, así como otro detalle importante: que en la portería o al lado del portal había una papelería, pues el abuelo Bevilacqua decía que era allí donde compraba las postales que enviaba a su hijo y que, como casi todo en su familia, se habían extraviado.

Trieste se nos apareció como una verdadera encrucijada entre fronteras, un Dreiländereck o trifinio donde entraban en contacto el límite oriental de los pueblos latinos, el límite occidental de los pueblos eslavos y el límite meridional de los pueblos germánicos. Todos se daban cita en Trieste, en Trst, en Triest, donde ya no estaban los judíos, parte fundamental del ascenso de la ciudad, apartados brutalmente de la vida en los tiempos más oscuros, durante el dominio alemán de los años cuarenta. También así, con la tragedia y el exterminio llevados a cabo en la Risiera di San Sabba, reivindicaba Trieste su pertenencia a Mitteleuropa, ya que los alemanes no concibieron nunca Trieste como una ciudad italiana, sino como una ciudad del Tercer Reich.

Nosotros tres, mientras paseábamos por sus calles de aspecto austríaco, parecíamos tres exturistas persiguiendo fantasmas con una guía de más de cien años en la mano. Mirko perseguía a un abuelo que se le había manifestado de tanto hablar de las posibilidades eslavas de la vida y del porvenir triestino. En Clara palpitaba la vida confusa de su amante y la balcanización de su propia identidad, punto de partida tal vez de toda guerra consigo misma. Yo me dejaba llevar, sencillamente, por la parte mediterránea de aquel imperio olvidado, siguiendo más o menos escrupulosamente la guía Bradshaw y procurando encontrar el acento eslavo y la antigua cultura alemana ya enterrada, mientras veía cómo, indefectiblemente, se me iban acabando las vacaciones. Y en este estado de transeúnte ocioso habría continuado de no haber visto un cartel que anunciaba la ya pasada fiesta del Bloomsday con que Trieste homenajeaba al escritor irlandés James Joyce, residente en la ciudad cuando ésta estaba bajo poder austríaco, y que, como es sabido, se celebra el 16 de junio, día en el cual transcurre la acción del Ulises y que coincidía con el natalicio de mi padre. El homenaje a Joyce también me llevó a pensar en la ciudad con los ojos de mi padre, es decir, a pasear por la ciudad con la mirada de una generación anterior a la mía, y, por así decirlo, a disfrutar del extranjero tras haber recibido la restrictiva y triste educación franquista que había recibido aquella generación. Mi padre no había estado nunca en Italia, ni en ningún otro lugar donde pudiera darse cuenta de que todo lo extranjero parece siempre más digno, y por eso tuvo que conformarse con los libros prohibidos que le pasaba su librero en la trastienda y hacerse con ellos una imagen del mundo más allá de las fronteras que lo rodeaban. Entre sus libros no

estaba el Ulises, un libro que narra durante novecientas páginas una acción que transcurre por completo el día exacto de su natalicio, y así se me aparecía la vida de mi padre, una vida truncada con tanta urgencia que parecía haber transcurrido entera en un solo día, e incluso en menos, porque los escasos recuerdos que yo tenía de él se limitaban desgraciadamente a unas pocas imágenes, píldoras de una persona que, con el tiempo, eran ya una confusa mezcla de ilusiones y de memoria maltrecha. Trieste parecía una ciudad literaria porque era fácil recoger, en cualquier parte, folletos que animaban a leer la magna obra de Joyce que yo aún no había saboreado. Algunos habían hecho un juego—o quizá se trataba simplemente de un error—y habían impreso la antigua propaganda del revés, obligando a hacer un esfuerzo interpretativo incluso antes de enfrentarse a la novela, o quizá animándonos a coger un espejito y a leer en él las grafías; esto era algo que siempre me sorprendía, por sencillo que fuera el truco: ver cómo, cambiando tan sólo la perspectiva, con sólo pasar al otro lado de las cosas, lo que era ininteligible se volvía mágicamente comprensible.

El sol caía lentamente sobre la bahía y, mientras yo intentaba salir del 16 de junio, produjo una extraña reverberación. De pronto, su reflejo en mis gafas de sol hizo que el astro se me apareciera doble, pero no como un mismo sol reproducido por la multiplicación de una lente, sino con un color y una intensidad distintos, e incluso diría que también con un tamaño distinto. La imagen me hirió y comprendí que el ataque de nostalgia del Bloomsday reverberaba sobre una de las imágenes del cine que más nostalgia me producían, la de los dos soles acariciando el atardecer en el planeta Tatooine, en Star Wars, mientras los personajes, normalmente Luke Skywalker, contemplan el infinito en aquella difícil dicotomía astral, sabiendo que el pasado nunca volverá, como nunca volverá la vez que mi madre me llevó al cine Ideal de Alicante a ver la primera película de la saga y tuvimos que sentarnos en el gallinero, justo detrás de una columna que partía la pantalla en dos y me dejaba para siempre una imagen escindida de aquella proyección infantil que no he podido olvidar. Perdido en esta ensoñación, no me di cuenta de que Mirko y Clara habían cogido un plano de la ciudad y me hacían señas desde el caffè degli Specchi, recomendado en la guía Bradshaw como uno de los lugares más emblemáticos ya en tiempos del imperio y testigo todavía hoy del paso del tiempo en la ciudad.

Descansamos un rato en una de las mesas, mientras tomábamos una decisión sobre los asuntos que deberían ocuparnos a continuación y también, como no podía ser de otro modo, una tarta Sacher. Trieste nos animaba a hablar de las triples fronteras, no representadas en este caso por la geografía de un punto determinado, sino por la facilidad

para cambiar de amo en poco tiempo. Así mirábamos el mar y la cantidad de marineros tan distintos que se habían acercado a los muelles. La guía destacaba a Maximiliano I de México, hermano pequeño del emperador Francisco José, que había hecho construir la fortaleza de Miramar, un precioso castillo erigido a la orilla misma del Adriático y que tenía unas vistas privilegiadas sobre la bahía. Este miembro destacado de la casa de los Habsburgo acabó aceptando la propuesta de convertirse en emperador de México cuando los mexicanos buscaban contrarrestar, por un lado, el creciente poder de Estados Unidos y, por el otro, las revueltas populares internas de la izquierda con el apoyo de alguna de las antiguas y conservadoras monarquías europeas. Maximiliano abandonó la tranquilidad de Miramar en barco y acabó entrando en el puerto de Veracruz mes y medio después. No sabía entonces que podría haber firmado el genial inicio de Lejos de Veracruz, la novela que Vila-Matas publicó en 1995: «No todo el mundo sabe que a Veracruz y a sus lejanas playas no pienso en la vida nunca volver. Fui feliz allí, el mes pasado, en noche de luna llena, en Los Portales, ni antes ni después de esa noche, en el último mes de julio de mi juventud. Pero no pienso en la vida nunca volver, pues sé muy bien que la nostalgia de un lugar sólo enriquece mientras se conserva como nostalgia, pero su recuperación significa la muerte». Y Maximiliano I no volvió a ver nunca más el puerto de Veracruz, ni el romántico castillo de Miramar desde donde se avista el azul adriático de la bahía de Trieste, pues tuvo que abandonar a la fuerza el suntuoso castillo de Chapultepec donde se alojaba en la Ciudad de México y más tarde la vida misma, ya que después de ocupar durante tres años el trono del país de las calaveritas* fue fusilado sin piedad por las tropas de Benito Juárez. La guía Bradshaw hablaba del castillo de Miramar (más tarde el nombre se italianizaría para convertirse en Miramare) como de uno de los lugares emblemáticos de Trieste y uno de los símbolos de una ciudad que había conocido su momento de máximo esplendor en las postrimerías del siglo XIX, al convertirse en puerto de entrada de mercancías para el corazón del imperio centroeuropeo. Una vez dentro del castillo, contemplo absorto las pinturas históricas de Cesare dell'Acqua que se encuentran en una sala de la segunda planta. Son pinturas académicas que perdieron el favor del gran público con la llegada de las vanguardias y hoy apenas retienen unos segundos la mirada de los turistas, habituados, cuando visitan un museo, a pasar de largo ante este tipo de telas y dedicar su esfuerzo y concentración a otros objetos o pinturas más personales y del gusto contemporáneo. El pintor Cesare dell'Acqua pinta por encargo escenas de historia y procura cuidar los detalles, la pintura aún ejerce aquí el papel de la fotografía. En una de ellas se puede ver al príncipe Maximiliano recibiendo a la delegación

mexicana que le ofrece la corona inventada de México y bajo la cual se esconde en realidad la muerte; en otra tela, el príncipe Maximiliano y Carlota de Bélgica, hija del rey Leopoldo I de Bélgica y esposa de Maximiliano, parten hacia México y hacia el dolor; en otra, la princesa Elisabetta, Sissí, visita Miramare. Me llama especialmente la atención un cuadro con una escena de resonancias arcádicas en la que decenas de personas, hombres, mujeres y niños, vestidos con poca ropa, con harapos o sin nada encima, saludan con pequeñas ramas arrancadas de los matorrales verdes al Argo, una pequeña nave que aparece surcando el Adriático en la esquina inferior izquierda del cuadro y donde previsiblemente están Jasón, Medea y los argonautas.

En una de las múltiples variantes épicas de esta historia mitológica, los argonautas han remontado el Danubio y el Sava, su afluente, que hoy separa Croacia de Bosnia, y han llegado al Adriático ni más ni menos que cargando a hombros la nave cuando el Sava se ha vuelto innavegable, hasta encontrar otro río, el Timavo, que luego desaparece bajo la tierra del Carso para convertirse en un río subterráneo, antes de desembocar discretamente bajo el nivel del mar muy cerca de Miramare. Todo esto lo han hecho los argonautas. Uno de ellos, Tergeste, no quiere proseguir el viaje porque, al ver los encantos y el benigno clima del lugar, decide que ha encontrado su sitio en el mundo. Jasón le permite quedarse y allí fundará Trieste, según una de las posibles mitologías de la fundación de la ciudad. En la pintura de Dell'Acqua no aparece ninguno de los argonautas, tampoco Céneo, que había nacido como mujer con el nombre de Cenis. Por deseo de la propia Cenis, y como compensación por haberla forzado, Poseidón la convierte en un guerrero valiente e invulnerable. Ahora debe de estar remando entre los intrépidos viajeros que el cuadro evoca. Me hizo gracia imaginar a los griegos en el Adriático, tras aquel crucero por el Danubio, desafiando a la naturaleza, transportando su carga heroica, soportando el barco a sus espaldas si hacía falta, demostrando que el Mediterráneo era suyo y que podían venir hasta aquí a batallar con los cólquidos para defender el vellocino de oro que habían descolgado del árbol. Me gustaba, en fin, sentarme mirando al mar y esperar a que apareciera el Argo, o un trirreme, o el Viribus Unitis, un acorazado de la KuK Kriegsmarine, la Marina de guerra austrohúngara, con los restos del archiduque Francisco Fernando y Sofía, la duquesa de Hohenberg, tras haber sido asesinados en Sarajevo por el serbio Gavrilo Princip. Y después cambiar de sitio, pero no de imperio, y sentarme en las gradas del anfiteatro romano de Pola, que los croatas llaman Pula, y ver cómo en la dársena se hunde el mismo Viribus Unitis tras un atentado italiano durante la última semana de la Primera Guerra Mundial, ya en el tiempo de descuento, poniendo fin al mundo de ayer, cuando sólo hacía unas horas que los

austríacos derrotados lo habían cedido al nuevo Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, semilla de la futura Yugoslavia.

Un rato después, Mirko y yo mirábamos, seguíamos mirando el mar mientras hablábamos de Carlota, la esposa de Maximiliano, una emperatriz en México nacida en Bélgica y confinada en su propio castillo por haber manifestado importantes trastornos mentales tras volver de América con la misión, fracasada, de obtener ayuda para el marido en dificultades. Clara, en cambio, consultaba el actual mapa de la ciudad recién conseguido en la oficina de turismo, hasta que en un momento dado nos mostró, tras una búsqueda para nada exhaustiva y con un simple gesto del dedo índice desplazándose por la representación geométrica de las calles, una via del Corso, una via del Bosco, una via del Ronco y una via Ugo Foscolo. Por suerte, todas ellas estaban relativamente cerca, Trieste no es una ciudad muy grande. Había que establecer un orden, y Mirko decidió atender sólo a las calles menos importantes, pues no se imaginaba al abuelo Bevilacqua viviendo en una calle principal, así que podíamos olvidarnos de la via del Corso y ocuparnos de las demás. La via del Bosco y la via Ugo Foscolo estaban una al lado de la otra, detrás del promontorio llamado de San Giusto. La via del Ronco quedaba más al norte, aproximadamente a la misma distancia que las otras dos. Mirko tuvo la intuición de que la búsqueda debía empezar por aquellas dos, tan cercanas la una a la otra, así que se levantó de un salto, se bebió de un trago su café freddo y, al ver que ni Clara ni yo reaccionábamos del mismo modo, nos dirigió una mirada fugaz que significaba que ya nos veríamos más tarde. Y así fue, aunque el más tarde acabó siendo en realidad tan tarde que no me enteré de lo que había pasado hasta la mañana siguiente, ya que aquel día no volví a verlo.

Mirko empezó su búsqueda por la via del Bosco y, al no obtener resultados concluyentes, la continuó por la via Ugo Foscolo. Las posibilidades eran muchas, pues tanto en una calle como en la otra no era extraño encontrar bajos cerrados, o con negocios más o menos actuales regentados por chinos, que podían haber sido perfectamente una papelería en otros tiempos. Al principio, Mirko se animó a entrar en alguno de aquellos negocios para preguntar, aunque sin demasiada convicción. Los propietarios no sabían nada de una antigua papelería y lo mandaban a otra calle o simplemente se encogían de hombros y continuaban con su trabajo. Mirko sintió la inutilidad de su gesto como una punzada en el costado. El único negocio que le llamó la atención, por el contraste entre el orden mitológico y grandioso del nombre y el lugar anodino que se le había reservado al personaje, fue el bar Perseo. El semidiós griego, cansado de batallar con las Gorgonas y del periplo aventurero por la isla de Sérifos, había recalado en aquel rincón de Trieste. No había rastro de la cabeza de la Medusa, tan sólo

una pequeña mesa de aluminio con dos taburetes y dos trabajadores ajenos al mundo olímpico que tomaban un licor bajo un tendal del color de la migraña. Mirko Bevilacqua deseó entonces y por un instante haberse convertido en piedra y haber terminado allí la búsqueda de su raíz extraviada y probablemente inservible, ya que fue allí, frente al bar Perseo, donde se interrogó por la inmensidad de los esfuerzos y trabajos humanos para acabar todos convertidos en piedra sin necesidad de Medusa alguna que nos mire mal.

Sin éxito y desconcertado, recorrió, con el mapa de Trieste en la mano, la distancia que lo separaba de la via del Ronco, tras remontar la ligera ascensión de la via San Francesco d'Assisi hasta tropezar con una callecita que se abría a derecha e izquierda y en perpendicular a la calle por la que él iba. Torció a la derecha y prestó atención a las fachadas y a los comercios por si veía la papelería, pero en aquel lado de la via del Ronco no encontró ningún rastro o indicio de ella. En la acera de la izquierda, lo primero que había era una gran parroquia que nada tenía que ver con lo que andaba buscando; ahora bien, hacia el final de la calle, justo enfrente de un parque frondoso y de unos contenedores de basura, se alzaban dos edificios habsburgos donde le habría gustado imaginar al abuelo Bevilacqua. Ambos edificios hacían esquina; uno tenía en los bajos una tienda de fotografía que podría haber sido perfectamente una papelería. El edificio de enfrente, al otro lado de la estrecha calle, muy parecido pero no idéntico al primero, tenía los bajos clausurados con persianas de metal e incluso uno de los arcos, precisamente el que daba a la via del Ronco, cegado con cemento. También allí podría haber estado la antigua papelería. Sin embargo, antes de hacer ningún movimiento, Mirko dio media vuelta y recorrió la calle en dirección contraria para explorar la otra parte de la via del Ronco que quedaba más allá del cruce con la via San Francesco d'Assisi. De nuevo pasó junto a la parroquia a la que debía de ir su abuelo, si es que había conservado la fe o la costumbre, y luego descubrió otros comercios: un taller de motocicletas, unos bajos cerrados y con papeles de periódicos antiguos cubriendo el cristal del escaparate, otras dos persianas bajadas… La via del Ronco parecía una geografía quebrada por la crisis. Mirko piensa en lo imposible de su empresa cuando, en el último comercio de la calle, donde figura el número 2 sobre una fachada envejecida y mucho más humilde que las del otro lado de la calle y con las piedras impregnadas de suciedad por la contaminación, se puede entrever, aunque aún se lee con relativa claridad gracias precisamente a que las letras del cartel han dejado una marca ligeramente más limpia sobre la pared mugrienta, la marca medio borrada de un viejo cartel donde se dibuja, con tipografía antigua, la palabra «Cartoleria». A Mirko le da un vuelco el corazón. Una vez serenado, empieza a llamar, de uno en uno y de arriba abajo,

a todos los timbres del edificio y, cuando alguien responde, cosa que no siempre ocurre, pregunta inútilmente por Mirko Bevilacqua. Y así hasta que, de pronto, un señor de unos setenta y cinco años que llega a casa haciendo tintinear las llaves con que se dispone a abrir la portería le pregunta si puede ayudarle en algo. Cuando Mirko le dice lo que busca, al hombre se le tensan los músculos de la cara, evidenciando así que ese nombre ha alcanzado un recoveco de su alma largo tiempo abandonado, un callejón oscuro que se aparta del despreocupado paseo cotidiano y que, súbitamente, alguien ilumina cuando ya a duras penas lo recordábamos. Sin decir nada, el hombre abre la puerta y lo invita a pasar. Luego sube la escalera con alguna dificultad y, en el primer descansillo, se detiene, toma aire y observa a Mirko, que sube al ritmo de su jadeo. «Il signor Bevilacqua ed io eravamo buoni amici, io sono Cosimo Tinta», dice el hombre, y estrecha la mano perpleja de Mirko, que a su vez se presenta, «Anch'io sono Mirko Bevilacqua». «Il figlio?», pregunta el hombre algo confundido sin dejar de coger aire afanosamente, aunque enseguida él mismo se corrige, «No, non il figlio, ma il nipote!». Y prosigue el penoso ascenso hasta el tercer piso de aquel edificio tan envejecido como él mismo. Entonces le hace pasar a su modesta casa, que huele inequívocamente a otros tiempos. Cuando se cierra la puerta, Cosimo Tinta le dice que el sitio al que acaban de entrar es la casa donde vivía su abuelo Mirko Bevilacqua. Un escalofrío recorre de cabo a rabo la espalda del joven Mirko Bevilacqua y eso le impide fijarse de buenas a primeras en una mujer mayor y sorda que atiende o finge atender a una televisión sin voz, pues según Cosimo hace tiempo que ha entendido que no merece la pena atolondrar a los vecinos con el volumen exageradamente alto para al fin y al cabo no oír más que el rumor de fondo de una sarta de reiteradas tonterías. No nos molestará, añade Cosimo mientras dirige una sonrisa amable y desencantada a la mujer, que le corresponde con otra sonrisa también desencantada, pero algo más ingenua que la sonrisa del marido y como si procediera de una parte del mundo ya habitada por otros y difícilmente recuperable. Y así fue como me enteré, nos contó Mirko, que mi abuelo era croata, y no italiano, y que en realidad se llamaba Miroslav Vodopivec, y no Mirko Bevilacqua, y que después de su desaparición ya nadie había vuelto a saber nada más de él. Y también que mi abuelo había hecho la guerra en Croacia con los ustachas, srbosjek en mano, pero por poco tiempo, pues había huido y llegado a Trieste estremecido, dejándose incluso una parte de su identidad allí en Croacia, al haber optado por acogerse rápidamente a la ley para italianizar los nombres, en un intento por borrar de sí mismo aquel horrible pasado. El señor Cosimo no sabe nada más que esto, nos dice Mirko, y también que mi abuelo venía de Génova y que desapareció al

recibir una carta de un tribunal yugoslavo, y me lo dice disculpándose y sin darse cuenta de que es mucho más de lo que mi familia ha sabido preservar para mí. Tanto es así que creo que no es consciente de que, cuando al final de la conversación me da el sobre vacío con la dirección de Belgrado y menciona Lussinpiccolo como el lugar de origen de mi abuelo y quizá su destino tras su incomprensible desaparición, está revelándome, concluye Mirko, una parte oculta de mi historia y también seguramente nuestra próxima visita.

—¿Cuándo nació tu abuelo?—le pregunta Clara.

—En 1917. Creo.

Pero yo no tenía ganas de embarcarme en un trayecto tan personal y significativo emocionalmente, más aún si el abuelo de Mirko había llegado a centenario y vivía tranquilamente viendo pasar el nuevo siglo desde la bahía de Mali Lošinj. Mirko Bevilacqua y Clara podían ir solos y yo continuar mi ruta por el extinguido imperio en tren, que era el medio de transporte para el que estaba pensada la fantástica guía Bradshaw que nos había inspirado, entre otras cosas, a venir aquí y dejar el meridiano de París. Con el tiempo que me quedaba para viajar podía permitirme aún visitar Liubliana y Zagreb, dos ciudades importantes del antiguo imperio, e ir pensando ya en la digna retirada hacia los tristes asuntos burgueses que me esperaban al final de mis vacaciones. A Mirko y Clara los sedujo la idea de averiguar las posibilidades de viajar en tren, por seguir de algún modo el criterio de la guía Bradshaw, desde Trieste hasta Rijeka y, más tarde, continuar en ferri hasta Lošinj. Mientras ellos entraban en el antiguo edificio de la estación de trenes, yo decidí darme un paseo por los alrededores. Una estación de tren siempre es un lugar distinto al resto de la ciudad a la que da servicio, pues concentra un número altísimo de ciudadanos en tránsito, de individuos apartados precisamente de la vida burguesa, de seres anónimos, al fin y al cabo, cuyas vidas palpitan en un territorio de las afueras, por mucho que la estación esté en pleno centro de la ciudad. Una estación de tren es siempre la periferia de un mundo y, como tal, no sólo su entrada y los corredores y los cafés cercanos a las vías, sino también sus alrededores, con frecuencia salpicados de pensiones baratas, emiten una serie de potentes radiaciones que alteran el estado de ánimo de las personas que entran en su radio de acción. Esto lo detecté enseguida en las inmediaciones de la estación de Trieste, ya que no tardó en llamarme la atención un inmenso edificio vecino tras cuya fachada principal se extendía, en dirección al punto de fuga final y con pinta de estar totalmente abandonado, un viejo e inacabable almacén con el tejado en buena parte hundido. El edificio, sin embargo, no estaba en desuso, a juzgar por las personas que rondaban por fuera y otras que entraban con bolsas de comida. Muchas de ellas tenían rostros lejanos, procedentes

tal vez de Pakistán, Afganistán o quién sabe si también de Siria. No hablaban mucho entre ellas, más bien todo lo contrario, se palpaba un silencio espeso en pleno verano. De pronto me vi avanzando más de la cuenta por el lateral del edificio en ruinas, escudriñando aquella forma de vida ajena por completo al turismo y al imperio austrohúngaro. Cuando los del grupito al que estaba siguiendo se dieron cuenta de mi presencia se detuvieron y, con toda amabilidad y un inglés más correcto que el mío, me preguntaron si quería ver cómo vivían o era otro más de la Liga Norte que quería grabar un vídeo en el que primero denunciaría las penosas condiciones en que se encontraban para luego exigir su deportación masiva. La situación era tensa, aunque sus rostros no manifestaban ninguna amenaza, tan sólo cierta tirantez que era el reflejo de una mezcla contradictoria de dignidad y de oprobio que les marcaba las facciones. Desde fuera no se veía ninguna mujer, tan sólo dos niños que jugaban a hacer correr por el suelo, dándoles vueltas, fragmentos metálicos de bidones descompuestos por el salitre, entre la suciedad general y los plásticos inservibles desperdigados por todas partes. No respondí exactamente a lo que me preguntaban y, con un gesto y una media sonrisa congelada y como de circunstancias, asomé las narices en una de las inmensas naves de la que sólo quedaban en pie las paredes y el techo, y no por completo, y pude ver diseminadas aquí y allá tiendas de campaña y barracas hechas de cartón, plástico o madera, algunas construidas con la forma circular y el techo cónico propio de las yurtas, aunque en completo y absoluto desorden, por entre las que merodeaban maquinalmente o hablaban en corrillos seres humanos estacionados en algo así como una miserable sala de espera universal para una vida mejor, pero donde los turnos se habían detenido hacía mucho y no corrían, de modo que la vida mejor que esperaba aquel cúmulo de ojos que me miraba no daba la impresión de que fuera a llegar a tiempo para salvar a nadie. Nada que ver con los pobres, pero ordenados, campos de refugiados del Líbano, o incluso de Turquía, que nos llegan como ejemplos de la vida difícil. Caminé un rato entre ellos con ganas de salir pronto de allí, pero adentrándome unos metros más todavía, atraído por la radiación que emana de la tristeza y sin querer huir tan deprisa como para herir la dignidad de aquellos hombres que se agarraban a una oportunidad y no dejaban de luchar por su futuro entre tanta porquería. Me vino al recuerdo la larga galería que había recorrido de adolescente en París, en Les Halles, llena de luces de neón de un blanco mortecino y de decenas de ojos que me escrutaban a ras de suelo desde la indigencia de una vida arrinconada en una ciudad resplandeciente como aquélla. ¿No me había pasado toda la vida recorriendo aquella galería infinita? ¿No era aquélla una carrera por un tubo lleno de ojos de personas que se

morían de hambre?

Les deseé buena suerte y, tras deambular lentamente entre las tiendas de campaña y las barracas improvisadas acompañado por dos de ellos, me fui por donde había llegado. Antes de volver al parque donde me esperaban Mirko y Clara pasé junto a la fachada principal de aquel edificio que acababa de visitar y que era conocido con el nombre de Silos. Una placa que no había visto antes recordaba que allí habían vivido miles de exiliados italianos procedentes de Istria, Fiume y Dalmacia cuando fueron acogidos por Italia tras la Segunda Guerra Mundial, al dar comienzo el éxodo masivo desde las tierras anteriormente italianas y a partir de entonces yugoslavas. Y entonces me estremecí de nuevo al recordar que aquel era exactamente el sitio del que hablaba Marisa Madieri en su fantástico libro Verde agua, el sitio en el que había vivido con su familia cuando habían tenido que abandonar Fiume y desde el que asistía a las clases del instituto de secundaria procurando que ningún compañero descubriera que, en realidad, su vida extraescolar transcurría en una barraca afgana en el interior del Silos.

Mirko y Clara no podían hacer el trayecto en tren, estaban obligados a elegir entre el autobús o el ferri, así que acordamos que yo los acercaría en coche hasta Rijeka—Fiume—, un trayecto de poco más de una hora, y después ellos continuarían con la búsqueda mientras yo visitaba Liubliana, la capital de Eslovenia, que en el mapa austrohúngaro que me servía de orientación aparecía como Laibach, y después nos reencontraríamos los tres en Zagreb—Agram—, dispuestos a terminar nuestra pequeña cata del desaparecido imperio e incorporarnos de una vez por todas a nuestras vidas futuras. Pero parece ser que el futuro se nos tornaba esquivo, porque a la mínima nos entreteníamos en lugares inverosímiles del pasado de los que ignorábamos absolutamente todo y que, de improviso, nos retenían sin que tuviésemos muy claros los motivos. Por ejemplo, antes de llegar a Rijeka, la carretera pasaba por Opatija, conocida en tiempos del imperio como la Niza vienesa, y que los italianos llamaban Abbazia. Se trataba de un pueblo dedicado al turismo vienés de finales del siglo XIX que aún hoy conserva los grandes hoteles habsburgos a la orilla del mar, edificios imponentes con un pie aquí y el otro de puntillas en la desaparecida estructura de la antigua monarquía. Toda mi generación ha crecido con una férrea estructura mental que ponía siempre el término socialismo junto al de Yugoslavia. Más adelante aprendimos a conjugar también la ecuación «Yugoslavia igual a guerra». De modo que es extraño para nosotros que exista también un camino que conecte Yugoslavia con el lujo decadente de la aristocracia vienesa, pero es fruto del desconocimiento y de la permanente exposición a las imágenes construidas durante la primera

parte de nuestras vidas, de la cual no puede uno sustraerse tan fácilmente. También en este sentido la ciudad de Split, en la costa dálmata, estaba para mí íntimamente ligada a la idea de Yugoslavia, del socialismo y de un fantástico, luchador y ganador equipo de baloncesto, la Jugoplastika, repleto de jugadores con apellidos que acababan en ic y que no fallaban ni una sola canasta, y en modo alguno a la ciudad que los italianos llamaban Spalato y que albergaba la maravilla arquitectónica del palacio de Diocleciano, que era como una parte de la extinta cultura romana pero habitada en el presente y llena de vida mediterránea, capitalista y, por lo tanto, infestada de turistas. Pero volvamos por un momento a Opatija. El pueblo conservaba el aire de discreción de las familias apartadas de los esplendores pretéritos y confrontadas a la supervivencia de una vida más práctica. Los hoteles seguían funcionando, con sus techos altos, sus pasillos laberínticos, sus alfombras, bordados y otros elementos de atmósfera novecentista, sin olvidar la instalación wifi para atender los asuntos más perentorios de los viajeros actuales. Además, tenían habitaciones libres sin necesidad de reservar por anticipado, tal como nos indicaron cuando, sin pensárnoslo dos veces, seguimos el consejo de la guía Bradshaw y nos alojamos en el hotel Bellevue, que la guía de 1913 recomendaba como uno de los mejores por su relación calidad-precio, sin el lujo ni la historia de otros, pero con instalaciones más modernas, exactamente de 1895, y en consecuencia mayor comodidad, aparte de contar con un servicio impecable. La guía también indicaba que en el hotel Kvarner, el más lujoso, se hospedaba habitualmente la familia real austríaca y que también lo había hecho la famosa bailarina norteamericana Isadora Duncan, que a comienzos del siglo XX había revolucionado y trastocado todas las convenciones de la danza clásica y, ya de paso, también las convenciones sociales alrededor de las relaciones sexuales y la posibilidad de ser madre sin tener una pareja estable. Isadora Duncan había compartido la ilusión de una vida al margen de la ortodoxia con otros artistas de aquella residencia suiza de Ascona conocida como el Monte Verità, que visitaron Hermann Hesse, Carl Gustav Jung, el psiquiatra rebelde Otto Gross, discípulo de Freud y paciente de Jung, el escritor y activo anarquista Erich Mühsam y, por supuesto, muchos más. Duncan y los otros periféricos quisieron practicar en aquella especie de chalet de montaña una vida llena de amor a la naturaleza y, sobre todo, una vida de amor, amistad y demás locuras al margen de la vida sensata que llevaba el resto de señoras y señores burgueses en las ciudades, rodeados por el mayor número posible de sombreros y de vestidos encorsetados. Escritores, pintores, filósofos, todos ellos aspiraban a su manera a hacer del arte una suerte de instrumento lo suficientemente potente como para subvertir los elementos más rutinarios de la vida

cotidiana. La bailarina norteamericana renunció a los vestidos de la danza clásica—aunque en el Monte Verità muchos renunciaban a cualquier clase de vestido—, a los maquillajes y a un elemento representativo de la danza clásica: el pelo recogido. La Duncan danzaba con su larga melena suelta, haciendo suyos al vuelo los cánticos que llegaban al arte de la mano del expresionismo, y ponía en la vida todo su corazón, amando hoy a un poeta ruso y mañana a una escritora norteamericana. Nosotros, en Opatija, muy cerca otra vez de la latitud 45º, paseábamos por delante del gran hotel que había acogido un día al emperador Francisco José, pieza fundamental de aquel mundo antiguo a punto de desmoronarse, y, al mismo tiempo, a la musa de una forma de vida que se avistaba en el horizonte. La vida de Isadora Duncan fue muchas veces vituperada, pero ahora, cien años y tres países después de aquella monarquía, resultaba más fácil encontrársela a ella paseando por Opatija que a la aristocracia que la miraba con desconfianza y de la que sólo quedaban las lustrosas paredes de aquellos fantásticos, elegantes y decadentes hoteles. Vidas que tensaban el arco y apuntaban hacia el futuro y que se veían truncadas también por los elementos que el propio futuro había puesto en juego, como cuando los hijos de la Duncan mueren ahogados en el Sena en un accidente de circulación y ella misma lo hace estrangulada por la chalina que lleva y que, mecida por el viento como las olas que inspiraban su danza, se enreda fatalmente en el eje de las ruedas de un coche y la saca del vehículo y la arrastra por el suelo hasta que el conductor, un joven y apuesto mecánico, consigue detener la marcha, pero ya es demasiado tarde y el futuro la ha atropellado precisamente en Niza, la ciudad que inspiró el ascenso y la constitución de Opatija, el pueblo adriático para uso vienés donde ahora nos encontrábamos y que nos había llevado a hablar de ella sin dejar de mirar la fachada amarilla del hotel Kvarner.

Clara respiraba animada por la danza que, en la conversación, había sido introducida por la aparición del espíritu libertario de Isadora Duncan y también por el recuerdo de los paisajes que conocía gracias a su amante croata. No era la primera vez que visitaba el país y se paseaba por él como si fuese su segunda patria. Esto provocaba en Mirko cierto alejamiento, aunque ambos estuviesen unidos por hilos invisibles que no se romperían fácilmente. Mirko sabía que él también estaba en una de sus posibles patrias. Conocer este hecho no le había causado ninguna sorpresa, como si de algún modo siempre lo hubiese sabido. Sin embargo, ahora quería llegar a Mali Lošinj e intentar encontrar alguna pista sobre el destino de su abuelo, si algo así era posible. Y mientras tanto se dedicaba, con aire ausente, a seguir aplicando su fenomenología del gesto. A menudo teníamos que esperarlo en nuestro paseo por la línea de costa y, cuando lo

recuperábamos, nos contaba que se había quedado distraído mirando cómo la inclinación del cuerpo y la forma de saludar a los clientes de los mozos que aguardaban junto a las puertas de entrada de los hoteles seguían imbuidas de la antigua marca de las reverencias austrohúngaras. Como lo miramos con escepticismo, insistió en que se refería a la ligera curva que dibujaba la espalda al ver avanzar al cliente hacia la puerta del establecimiento. La forma de alargar la mano, insinuando el camino al turista con la palma abierta y los dedos juntos, pero con el pulgar separado, decía Mirko, unida a la casi imperceptible inclinación de la cabeza, era una muestra y una herencia de los usos pasados. Nuestras reticencias no disminuyeron, así que nos pidió que lo acompañáramos a hacer la prueba ante el siguiente hotel lujoso con solera y aire decadente que encontramos. Esperó sencillamente a que se produjera, ante nosotros, un gesto semejante y después nos hizo acompañarlo hasta el hombre de rancio uniforme que custodiaba la entrada y la salida de aquel edificio con aires del antiguo imperio para preguntarle, con suma amabilidad, desde cuándo trabajaba en el hotel. El señor, que superaba de largo los sesenta años, respondió que llevaba desde los dieciséis, cuando había empezado a trabajar allí con su padre. ¿Y su abuelo?, preguntó Mirko sin perder la cortesía necesaria. ¡Oh! Mi abuelo también trabajaba aquí, y también lo hizo su padre, en tiempos de Francisco José, cuando esto era realmente otra cosa. Su rostro se nos antojó de pronto austrohúngaro y seguimos con el paseo haciendo todas las paradas del mundo para esperar a Mirko.

Clara y Mirko continuaron desde Opatija hasta Rijeka, donde se separaron. Clara fue a recorrer Buzdohanj, la aldea de la desaparecida dama croata. Mirko se embarcó hacia Lošinj, con la intención de encontrar alguna noticia de su abuelo. Yo enfilé la carretera que pasaba junto a Rupa y Lipa, escenarios de las acciones partisanas y de las masacres nazis durante la Segunda Guerra Mundial, en dirección a Ilirska Bistrica, que en mi mapa austrohúngaro aparecía como Illyrisch Feistritz, pero que los italianos llamaban Bisterza o también Villa del Nevoso, y que debía conducirme, según indicaba mi viejo mapa, hasta Laibach. A Liubliana llegué enseguida, porque todos los sitios de Mitteleuropa que a nosotros nos resultan por lo general de difícil acceso se encuentran al alcance de la mano y como agrupados en una geografía relativamente concentrada, en apenas unos centímetros del mapa, tanto es así que lo que de verdad cuesta imaginar es la facilidad con que es posible cambiar de país. Una vez allí, estaba dispuesto a encontrar las antiguas huellas del imperio y el sello dejado en la ciudad por el estilo Biedermeier, pero por azar, y como atraído por una trampa, pasé de las tierras austrohúngaras a verme envuelto en las redes del comunismo, de manera que la ciudad se convirtió para

mí en un paseo extraordinario por lugares donde experimenté una falsa e inexplicable nostalgia. La culpa la tuvo un bar llamado precisamente Nostalgija, donde fui a parar de manera casual, es decir, que no sabía que existía, pero que, al pasar por delante y ver su nombre perfectamente inteligible y el aire de una época que no era la nuestra, ejerció sobre mí la atracción insoslayable de una máquina de generar sentido. El interior era como un viaje repentino a la antigua Yugoslavia, pero no a la Yugoslavia de Tito anterior a 1980, sino a la de Slobodan Milošević, a la Yugoslavia de la década de los ochenta del pasado siglo, aquella que existía y bailaba a un metro escaso del negro abismo de las armas. El bar estaba lleno de imágenes y carteles de aquellos años y, en general, de objetos culturales asociados al comunismo o a la era soviética. Una ampliación del periódico que anunciaba la muerte de Tito presidía la sala, donde también había fotos de Belka y Strelka, los perritos cosmonautas de la Unión Soviética, y botes de pepinillos y otros alimentos procedentes del pasado, así como fotografías de cantantes yugoslavos de los ochenta que yo no conocía. Los muebles y la música también tenían ese aire retro que, por otro lado, está tan de moda en Occidente. Pensé entonces en posibles espacios de ocio y restauración que, entre nosotros, tuviesen ese aroma a tiempos ya extinguidos. Sin duda los había, y en abundancia, lugares de esos que hoy llamaríamos vintage, pero en realidad eran sitios inocuos con fotos de James Dean, los Beatles o la imagen hipergastada de Audrey Hepburn, que de ninguna de las maneras inquietaban a los usuarios. De todos modos, aquel local tampoco parecía estar lleno de nostálgicos del régimen político anterior o de la Yugoslavia controlada por los serbios. Y aun así era extraño encontrar las paredes decoradas de aquel modo en un país que acababa de conseguir la independencia enfrentándose precisamente al Estado del que parecía estar honrando la memoria. ¿O acaso allí no se honraba ninguna memoria porque la memoria se hacía de otra cosa que yo no captaba? Lo cierto era que en nuestro país, pensaba yo, parecía impensable un bar lleno de objetos e imágenes digamos franquistas, y no porque no existieran, sino porque sólo sería frecuentado precisamente por nostálgicos del régimen. ¿Entonces, qué? ¿Acaso no había sido fatal para la convivencia de los pueblos eslavos la política de Milošević, del mismo modo que lo había sido para nosotros la política centralista y autoritaria de Franco? ¿Por qué yo no tendría que sentirme cómodo bebiendo cerveza en un bar lleno de retratos del dictador? Sería necesario, pensaba mientras apuraba la cerveza en el Nostalgija, que el ambiente reflejara algún tipo de juego con la dolorosa historia, sólo soportable si es distante y como embadurnada de kitsch, sería necesario que el ambiente mostrara de un modo no explícito, pero sí perceptible, que aquello, por así decirlo,

no iba en serio. Pero aquí, en nuestro territorio, la historia no acaba de lograr esa distancia que requiere el juego o el kitsch, sobre todo cuando tenemos un Estado que niega a las víctimas del franquismo la posibilidad de recuperar los cadáveres de los suyos, asesinados y abandonados de cualquier manera en las cunetas desde hace ochenta años y, encima, no es extraño encontrar en el mundo de la política quien se enorgullece y se jacta de dicha negativa.

Precisamente uno de los juegos de mi infancia consistía en jugar con otros niños a dar la vuelta de puntillas y sin caernos por el borde del pedestal de la estatua de Franco que presidía la plaza del pueblo. «Jugar a rodear a Franco», lo llamábamos. Y eso que ya hacía tiempo que el país jugaba a la democracia. La efigie de un dictador no puede presidir la plaza de un pueblo democrático ni el salón de plenos de un ayuntamiento digno. En Moscú, las estatuas derribadas o retiradas de los líderes comunistas tras la caída del régimen se exponen ahora en el Parque de las Artes en una especie de museo al aire libre donde las esculturas, normalmente de artistas de prestigio, cobran un sentido distinto del que tenían donde estaban colocadas anteriormente. Ahora están en el cementerio y ni se las humilla ni se las honra, sino que forman parte de un paisaje vivo y heterogéneo en el que, literalmente, no se las toma en serio, pues no podemos tomarnos en serio a Leonid Brézhnev brotando de la hierba como si fuese «el hombre del bancal», y ésta tal vez sea la única forma de preservarlas. Estar en el bar «comunista» no sólo no me importaba, sino que me gustaba, y no únicamente porque me hiciera pensar en los meandros de la historia, sino porque me sentía bien formando parte de un mundo desaparecido y, por decirlo de algún modo, sintiéndome transportado por un instante a aquella habitación oscura en que mi tía Elena proyectaba la película que había rodado en Yugoslavia mientras mi abuela, ahora ya borrada del mapa de los vivos, se hacía cruces por el atrevimiento de su hija. La televisión, en consonancia con el ambiente del bar, sintonizaba el canal RT—Russia Today—y mostraba el rostro barbado de Radovan Karadžić, expresidente de la República Srpska, es decir, presidente de los serbios de Bosnia, detenido en Belgrado por la policía serbia años atrás. Karadžić era médico y poeta y vivía en Belgrado, donde trabajaba como doctor en una clínica de reproducción asistida con el nombre falso de Dragan Dabić. El breve reportaje mostraba su parte más humana: parejas con dificultades para reproducirse le agradecían, sin saber quién era, la generosidad, el trato amable y la eficiencia. El médico responsable de la clínica lo había contratado sin conocer su verdadera identidad—de hecho, ni el mismísimo Limónov lo habría reconocido—y contaba que el psiquiatra serbio le había asegurado que tenía el poder de transmitir energía a la materia, según me tradujo la camarera al darse cuenta de mi interés

por lo que decían en televisión, de ahí que le dejara imponer sus manos sobre un tubo de ensayo que contenía esperma deficiente y muy poco activo. Tras aquel gesto, los espermatozoides se movían contentos, alegres y enérgicos bajo el microscopio, como si les hubieran anunciado la rendición de los bosnios de Sarajevo. El bar Nostalgija no dejaba de depararme sorpresas y de hacerme pensar en las luces y las sombras de nuestro pasado, del que era tan difícil sentir nostalgia. Por ejemplo, en mi pueblo la estatua de Franco ya no preside, por suerte, la plaza central; para disimular que se la llevaban, que el objetivo era sacarla de allí, remodelaron la plaza entera y nos arrebataron, así, otro de los espacios de nuestra memoria infantil. En nuestro país ha resultado muy difícil mantener la topografía emocional intacta. Los árboles señoriales, las banquetas de madera, las paredes de piedra seca, los antiguos caminos, los edificios todavía útiles, los trenes todavía en uso, muchas de las cosas con las que crecimos han sido eliminadas, suprimidas, silenciadas en favor de un porvenir impersonal y moderno. Los espacios de la memoria han saltado aquí rápidamente por los aires, lo cual nos ha dejado, si es posible, todavía más huérfanos. Berlín, por ejemplo, ha conservado fragmentos del muro, que actualmente se ha convertido, por cierto, en una auténtica atracción turística, y también vivió una campaña para que restituyeran al hombrecito del sombrero que señalaba el paso de peatones en los semáforos de la RDA, el llamado Ampelmann, cuando, tras la reunificación, fue sustituido por un insustancial pero efectivo «otro». Este Ampelmann, o un fragmento del muro accesible a los grafiteros, no es lo mismo que devolver los símbolos del dolor al lugar desde el que han causado dicho dolor. El Nostalgija no era en modo alguno un canto y un homenaje a una época perdida para siempre, sino una exhibición ligera de objetos para un reencuentro amable, pues su regreso resulta imposible. Y el reencuentro es amable porque es minoritario, porque de momento no es una moda que prolifere por doquier. En caso de convertirse en algo mayoritario y anunciar el regreso del terror, pensaba yo mientras tomaba notas en un cuaderno, sentado en una discreta mesa de aquel bar de Liubliana, se convertiría en una pesadilla, sería una nueva ampliación del campo de batalla.

—¿Quiere tomar algo más ligero?—me preguntó la camarera al ver que no me comía la prežganka, una especie de sopa tradicional eslovena a base de harina quemada que había pedido y apenas había probado.

Pero yo interpreté que lo que debía aligerar era el turbio ejercicio mental que estaba llevando a cabo, por lo que decidí dejar de una vez la libreta y perder el tiempo con el teléfono para ver si tenía noticias de alguien. No esperaba, por supuesto, ningún mensaje de Mirko o de Clara, pues ellos no usaban nunca el teléfono para comunicarse

conmigo, a no ser que fuera estrictamente necesario, y, en efecto, no tenía ningún mensaje suyo; en cambio, sí tenía uno de Joven 1, que me hablaba del éxito de su periplo con Ella por el meridiano de Greenwich. Debo confesar que, a estas alturas, ya los tenía prácticamente olvidados, pero ellos habían sido los primeros en sugerirme la idea del viaje por la geometría de un meridiano. Si al final yo había cambiado de meridiano y de compañía era sólo debido al azar de haberme encontrado con aquellos dos elementos extraños llamados Mirko y Clara. Joven 1 y Ella, ahora me sabe mal no haber escrito sus nombres, pero ya es demasiado tarde para arrepentirme, habían completado el trayecto hasta el suburbio de Greenwich, en las cercanías de Londres, y ahora me informaban de que estaban allí, de que todo había ido bien, me enviaban saludos y esperaban que mi viaje también hubiera sido provechoso.

Volver a pensar en aquellos jóvenes impetuosos que había conocido en la exposición alrededor del universo de W. G. Sebald del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona me hizo recordar algunos fragmentos de la conversación posterior con aquellos jóvenes turistas del atlas oscuro. Por ejemplo, me vino a la memoria que Ella había dejado en el museo de las Relaciones Rotas de Zagreb un plato de pasta congelada en honor a su expareja y que yo debía reencontrarme con Mirko y Clara precisamente allí, en Zagreb, muy pronto. Por supuesto, quería pasear por los vestigios austrohúngaros de Agram, como se llamaba por entonces la ciudad, y también contemplar aquel símbolo de la congelación perpetua de todos los afectos. Cambiar de país en aquella zona del mundo costaba bien poco, tanto en tiempo como en gasolina, pues entre Liubliana y Zagreb tan sólo había ciento cuarenta kilómetros, y casi sin darme cuenta me encontré de nuevo en tierras croatas dispuesto a esperar a que Mirko y Clara me contaran sus aventuras o desventuras adriáticas. Mientras los esperaba, visité los rincones habsburgos de la ciudad y compré algunos souvenirs con el rostro impreso del emperador Francisco José y su extraña barba, que el día menos pensado será una barba hipster—si no lo es ya ahora mismo—.

Parecía que cada día estuviéramos más metidos en el siglo XIX; las tumultuosas barbas que lucen algunos son del XIX, los relojes han vuelto a los bolsillos, como en el XIX, ya que miramos la hora en el móvil, incluso parece que el país atraviese de nuevo la crisis del 98. Por otro lado, la escritora Jan Morris, en su libro sobre Trieste, afirma que la Unión Europea tiene como antecedente más parecido, en cierto modo y en lo que se refiere a la multinacionalidad y al plurilingüismo, aquella vieja institución política austrohúngara que se llamaba a sí misma KuK, es decir, Kaiserlich und Königlich, Imperial y Real. Como aquella vieja máquina estatal, tal vez la Unión Europea esté próxima a

sucumbir bajo el peso de una burocracia y unos usos extemporáneos, por no hablar de una visión política timorata. El escritor Robert Musil, en su extensísima y genial novela inacabada El hombre sin atributos, se mofaba de aquel macroestado del KuK dándole el nombre de Kakanien. Quién sabe si nuestra Unión Europea no empieza a parecerse demasiado al reino de Kakania y si no es cada vez más un macroestado sin atributos o, lo que es mucho peor y probablemente más cierto, un Estado gigante con los atributos más pobres extraídos casi exclusivamente del pozo de donde se extrae la banalidad de la vida burguesa, y si, por descontado, como el KuK, no deja de acercarse a su desaparición justo un siglo después del colapso definitivo de la monarquía bicéfala.

MIROSLAV VODOPIVEC II

Tras recibir aquel sobre procedente de Yugoslavia, Mirko Bevilacqua empezará a ponerse ropa de forma exagerada, pero por mucha que se ponga será siempre insuficiente para poder evitar la permanente sensación de frío en el cuerpo, ese frío que se instala en el tuétano y ya no suelta a su presa. El contenido de la carta es grave, muy grave. Una de sus víctimas ha confirmado a las autoridades de Belgrado que uno de los agresores y asesinos de sus padres coincide con la fotografía que le han enseñado. La imagen muestra a un grupo de ustachas sonrientes y armados a la puerta de un cuartel, y la han encontrado en una falsa pared durante las obras de remodelación de un antiguo convento franciscano reconvertido en centro cívico. Junto a la fotografía hay varios documentos, tres viejos máuseres C96 alemanes y también algunos nombres, entre ellos el de un tal Miroslav Vodopivec, de Lošinj. La carta ha llegado como prueba a un tribunal de Belgrado, pero el tribunal ha remitido la información a los Servicios de Seguridad del Estado, el UDBA. Este UDBA, que se ha hecho famoso por la represión interna de individuos considerados antiyugoslavos o enemigos del Estado yugoslavo, y también por asesinar a antiguos ustachas más allá de las fronteras del país, está controlado en un porcentaje muy alto por ciudadanos serbios, igual que ocurre en el ejército yugoslavo, aunque también trabajan en él algunos croatas, cada vez más arrinconados y en una situación más difícil en la Yugoslavia de Slobodan Milošević. Es uno de éstos quien, jugándosela, decide avisar a Miroslav Vodopivec—el UDBA ya hace tiempo que sabe quién es Mirko Bevilacqua—, de forma irregular y a escondidas de su superior. Por mucho que el principal problema del Estado yugoslavo en 1985 no sea la eliminación de los antiguos ustachas y aunque en el expediente Vodopivec conste su deserción, el funcionario le recomienda por seguridad cambiar de domicilio, ya que Trst «es Eslovenia», le dice en la carta. Al final, los asuntos nacionales empiezan a pesar significativamente en un país que no está lejos de estallar y probablemente eso explique la arriesgada acción del funcionario croata del Estado yugoslavo.

La carta, que Mirko Bevilacqua no abrirá hasta estar en casa, vuelve a ponerle el presente de la guerra sobre la mesa. Tras la constitución del nuevo Estado de Croacia con Ante Pavelić como caudillo, los ustachas han decidido demostrar a los serbios quién es el Señor, cuál es la verdadera alma de Dios, el auténtico amo de esa

tierra en la que viven tantos desgraciados como ellos. Los alrededores de Bania Luka están llenos de esa población serbia que vive en minoría y que ha caído en el sitio malo de la historia. No es raro llegar a un pueblo donde las casas estén marcadas como si sus moradores hubiesen contraído la peste. Una tras otra, empiezan las razias. Miroslav lo tiene claro, es un joven patriota y lucha por primera vez por su país, hay que limpiar, hay que ventilar. Los mandos incitan a los jóvenes. Dar miedo, detener, matar a alguien para aumentar la obediencia de los vivos, coger lo que es nuestro, y ellos guardan, esconden, rapiñan, arañan, se aprovechan de forma injusta. Gozan de la bendición de algunos frailes franciscanos. Sólo hay que devolver la tierra a sus dueños e incentivar una geografía pura. Croacia lo necesita porque lleva siglos gobernada por otros que lo han mezclado todo, que lo han infestado todo. Después, todo irá bien. El primer día es atroz. Se detiene a gente y se la obliga a subir a camiones, y si alguien se niega se le pega un tiro. Los niños lloran, los perros ladran a los intrusos. Si lloran mucho, si ladran mucho, los eliminan. A veces las pistolas se encallan y los jóvenes utilizan, como han visto hacer al cabo del grupo en aquella primera casa de las afueras, el srbosjek, el cuchillo rajaserbios. Miroslav lo prueba, no sin cierta aprensión al principio, con un viejo que no puede subir al camión. El que le han dado está bien afilado y el viejo se dobla de rodillas y se desangra ante su familia en un visto y no visto. La aprensión desaparece, el poder le hace más fuerte. Aún lo usará dos veces más ese primer día con dos hombres que insultan y maldicen a los ustachas. El cabo se fija en él. Ha demostrado valor y no le ha temblado la mano al hundirla en las tripas de aquellos desgraciados. En la última casa del pueblo, que es también la última del día, hay una familia detenida por otros soldados ustachas que esperan órdenes de un superior, se trata de un matrimonio de unos cuarenta años con una hija de unos quince. El cabo y tres jóvenes más, entre los que se encuentra Miroslav Vodopivec, entran por el patio y la tropa que ha detenido a la familia les dice que creen que esconden a alguien, pero que no consiguen encontrarlo. Los detenidos no hablan. Se está haciendo tarde y el camión está lleno, hay que ir pensando en volver, así que el cabo manda salir a los soldados, pero no a Miroslav, porque considera que le ha llegado la hora de obtener un premio por el valor y la habilidad mostrados hasta ahora. ¿Te gusta?, le dice mirando a la hija mientras coge a la inocente por la mejilla. Miroslav no responde, se ha limpiado las manos de cualquier manera y nota entre los dedos algún molesto coágulo de sangre del que le gustaría librarse. Mira a ver si consigues que hable y que te diga si esconde alguna cosa en la habitación, no sé, en la cama por ejemplo. Miroslav comprende. La joven comprende. La madre pide que por favor no la toquen. Todo el mundo comprende. El

padre intenta defenderla y le lanza al cabo la mesa de madera que tiene a mano, mientras Miroslav ya está con la joven en lo alto de la escalera. El cabo se tambalea por el impacto, pero consigue coger el arma con firmeza y pegarle dos tiros en el pecho. El hombre se desploma, la mujer se pone a gritar como una loca y se la llevan. La escena es aterradora. Miroslav sigue en lo alto de la escalera con la hija de un hombre asesinado cuyo cadáver yace en la misma cocina en la que ayer humeaban las cazuelas y la familia se disponía a cenar humildemente. Tienes diez minutos—le advierten desde el jardín—, ¡y recuerda que el camión ya está lleno!

Miroslav no quiso matarla tras eyacular dentro de ella, no quería ver más coágulos de sangre, así que la dejó tirada en la cama, paralizada por completo, mirando cómo el hombre que acababa de violarla se subía los pantalones y se iba de la habitación como si no hubiera nadie. Dos soldados lo estaban esperando abajo.

—¿La has matado?—le preguntó uno de ellos—, no hemos escuchado el disparo… ¡sólo la cama!

—Sí—miente Miroslav—, pero no me preguntes cómo.

—¡Qué cabrón, este Vodopivec!

Y desde arriba, la joven a la que acaban de arrebatar la vida siente cómo un ejército de gubias de acero le graba un apellido en su cerebro ultrajado para siempre.

Antes de que se cumpla un mes en aquella especie de milicia fascista, Miroslav Vodopivec nota aún la mirada fuera de órbita de la joven, casi una niña. Mira a su alrededor y se reconoce a sí mismo en el aullido salvaje de los demás. Hace días que no se encuentra bien y que el entusiasmo inicial ha dado paso a un malestar creciente que no cesa. En el cuartel habilitado en Velika Gorica, a las afueras de Zagreb, la joven de Bania Luka sigue apareciéndosele por las noches. El cabo ha comentado con su superior la extraña conducta de Vodopivec, que en un mes parece haberse convertido en otra persona, más débil, menos convencido de las órdenes que recibe. Cuando una semana más tarde vuelve a haber una acción violenta contra un grupo de gitanos serbios, Miroslav Vodopivec se dará cuenta de que tiene otra vez sangre de las víctimas bajo las uñas, una sangre que no consigue eliminar ni limpiar bien del todo, por mucho que se lave las manos más de quince veces con una violencia y un jabón inútiles. Aquella será la última razia en la que participe. Intentará huir sin que lo vean, pero si lo pescan y lo matan tampoco le parecerá mal. Tiene suerte, aunque tal vez la suerte habría sido morir. Hay soldados de guardia por las noches, pero el Gobierno croata de Ante Pavelić se siente cómodo y confiado en ese año de 1942, el enemigo está lejos y en los cuarteles reina la calma y el descanso nocturno. Vodopivec consigue huir por la ventana del baño. Cuando alguien descubre que

no está, ya ha tenido tiempo de sobra para escabullirse. No lo encontrarán. Tras cinco días caminando en dirección a la costa y tras haber cruzado la divisoria que separa el nuevo Estado croata de la Italia fascista, llega a Fiume, donde buscará los contactos necesarios para poder encontrar refugio en algún sitio más seguro.

El Lloyd Triestino, la compañía naviera heredera del antiguo Österreichischer Lloyd para la que trabajaba, le consigue un pasaje en barco hasta Trieste, donde pasará el tiempo necesario hasta que esté lista la italianización de su nombre. A partir de entonces Miroslav Vodopivec se convertirá en Mirko—abreviatura croata para Miroslav y al mismo tiempo un nombre usado también en Italia—Bevilacqua. De Trieste, el ahora ya Bevilacqua llegará a Génova, para volver de nuevo a la ciudad adriática bastantes años después. Cuando recibe la carta que ha viajado desde Belgrado hasta sus manos, Bevilacqua-Vodopivec se despide de su único amigo de verdad, Cosimo Tinta, pero lo hace sutilmente, digamos que con un gesto que Cosimo debe interpretar, y sin explicarle los verdaderos motivos, aunque Cosimo conozca detalles de la vida de Mirko que después contará al nieto del croata cuando éste lo visite en su casa de la via del Ronco.

Antes de desaparecer de Trieste, Mirko Bevilacqua—que después de tantos años empieza a ser de nuevo Miroslav Vodopivec—ha sacado todo el dinero que tenía en el banco y busca el modo de acceder discretamente a Yugoslavia sin pasar por la frontera. Lo tiene relativamente fácil, pues sigue manteniendo buenas relaciones con el personal de Lloyd Triestino, de manera que consigue llegar al puerto de Rijeka sin despertar sospechas y sabe cómo poner el pie en Yugoslavia evitando los registros. Llegar después a Lošinj es mucho más sencillo, pues no hay controles como en la aduana. Lo primero que hace al llegar es ir a ver a su hermano menor, que vive en el pequeño pueblo marítimo, y, en unas jornadas indescriptiblemente largas e intensas, acaba contándole, por las noches, su historia. El hermano, horrorizado, entiende por qué Miroslav ha rehuido la vida familiar, pero no entiende por qué, después de las bestialidades cometidas durante aquellos años innombrables, su hermano mayor no se alistó con los partisanos, como tampoco entiende qué hace ahora volviendo a Yugoslavia. Los partisanos eran comunistas y nosotros no, le responde lacónicamente Miroslav. Es verdad, añade, que una forma de luchar contra lo que había pasado era ayudando a Tito a librarnos de Pavelić, pero yo estaba fundamentalmente abrumado por la violencia, así que podía abandonar a los ustachas, pero no podía ver más sangre, por eso preferí huir con la intención de no regresar jamás.

Había estado fuera toda una vida, pero ahora volvía a escondidas, y sin que nadie lo detectara, al corazón mismo de las tinieblas. ¿Por qué? Miroslav le contó a su hermano que en Trieste corría peligro, que

ya era un hombre mayor y que quería pasar los últimos años de su vida cerca de los suyos, en su tierra. También creía que el Estado no lo detectaría tan fácilmente si él lo ayudaba. No quería quedarse en la isla, sino irse a vivir a algún lugar más aislado y fuera de los focos, como por ejemplo la isla de Susak; tenía dinero suficiente para vivir un año sin gastar mucho y luego ya vería cómo traer más desde Italia, donde cobraba la pensión, sin pasar por los bancos estatales yugoslavos. Llevaba más de cuarenta años fuera del país y era muy improbable que alguien lo reconociera y, llegado el caso, que quisiera denunciar a la policía el hecho de haber visto a un ciudadano a quien hacía mucho que no veía; a la policía yugoslava, además, que no olvidemos que era sobre todo la policía serbia, la policía de un Estado que despertaba por entonces muy pocas simpatías. El hermano menor no acababa de verlo claro, pero se comprometió a ayudarlo y a buscar discretamente una casa en la vecina isla de Susak, que los italianos conocen como isla de Sansego, un lugar mediterráneo lleno de zarzas, cañas de arenal y una luz espectacular y terrorífica, teñida de ese azul que envuelve todas las islas pequeñas y donde Miroslav podría vivir con otro nombre sin tener que contarle su vida a nadie.

El aislamiento en Susak fue al principio una bendición para Miroslav, que disfrutaba escuchando la forma dialectal propia de la isla, aunque el italiano siguiera muy presente en todas las personas de su edad. Una vez al mes se acercaba a Lošinj con algunos pescadores y aprovechaba para pasear por el pueblo, visitar a su hermano y a sus sobrinos o hacer algunas compras. Luego volvía a su refugio en el interior del Adriático. Nadie lo molestaba y el interés que suscitó su presencia entre los pocos habitantes de la pequeña isla de Susak fue decreciendo en cuanto Miroslav demostró ser una persona educada, cortés y con pocas ganas de hacer vida social, más allá de conversar con los viejos pescadores. Cada cual sobrellevaba su existencia como buenamente podía en aquella isla que se encontraba al margen de las principales vías de comunicación y lejos del poder político.

Esta lejanía de todo, que al principio benefició a Miroslav Vodopivec, probablemente acabó costándole la vida. Cuando llevaba un año viviendo en Susak y estaba programando una nueva salida del país para arreglar el tema del dinero en Italia, sufrió un problema cardíaco que tal vez se habría resuelto si hubiera vivido más cerca de un centro de salud en condiciones, pero que en la pequeña isla resultó fatal. Cuando Miroslav encontró las fuerzas necesarias para avisar a sus vecinos de la indisposición que sufría y se activó el protocolo de auxilio establecido en la isla, ya era demasiado tarde. En todo aquel tiempo el fugitivo no se había puesto en contacto con su hijo Antonio Bevilacqua, que vivía en Valencia y que nunca supo nada de la suerte que había corrido su padre, del que desconocía casi todo y de quien

tampoco se preocupó demasiado tras el silencio que se había establecido entre los dos. Tuvo que ser su nieto, Mirko Bevilacqua, que llevaba el nombre que su abuelo había adoptado como segunda identidad, un poco por suerte, un poco por voluntad, quien descubriera, al acercarse a Mali Lošinj y encontrar a un primo hermano de su padre, cuál había sido la historia del ustacha arrepentido Miroslav Vodopivec y, de paso, quién era su hermano menor, Goran Vodopivec, muerto en febrero de 2016, cuando toda esta aventura empezaba de algún modo su andadura.

LÉXICO FAMILIAR

Nuestros planes eran los siguientes: muy cerca del paralelo 45º, destino Jasenovac: última parada. Antes, sin embargo, sucedió que Mirko y Clara no llegaron el día previsto a la ciudad de Zagreb, sino un día después, y que yo aproveché aquel nuevo día sin ellos para visitar el museo de las Relaciones Rotas y descubrir que allí no habían expuesto nunca un plato de pasta congelada enviado desde Barcelona, aunque la idea les parecía interesante y animarían a las parejas en vías de extinción de todas partes del mundo a congelar uno y llevarlo hasta allí en perfecto estado de conservación, me dijeron con una sonrisa, o eso entendí. Pero yo lo que pensaba era que aquellos jóvenes de Barcelona, que tal vez estuviesen llegando en aquel momento a Greenwich, seguramente me habían hablado de una intención no ejecutada y me preguntaba si era suficiente con la intención para elevar a categoría de arte una acción tan brutalmente fría y estremecedora como aquella del plato desangelado y nunca compartido. El museo, que sin duda se prestaba a la nostalgia y a una especie de exorcismo de los objetos, suponía todo un símbolo de esta época nuestra que tanto nos cuesta vivir. Al mirar las vitrinas llenas de un pasado sin contexto, más allá de la breve nota que siempre daba pie a distintas interpretaciones, el ambiente se llenaba de reflejos de miles de vidas que habrían podido ser y no habían sido, y a las que se añadían sin distinción todas aquellas vidas que los visitantes del museo imaginaban y que seguramente no coincidían con las vidas reales vividas por los objetos expuestos y por las personas que los habían llevado hasta allí, pero que ahora adquirían el estatus de igualdad o incluso de superioridad, al hacerse reales desde el preciso instante en que alguien las pensaba y las imaginaba, y eran interpretadas, dentro de aquellas paredes, como se interpreta una partitura, de tal manera que un paseo por sus blancos pasillos era como descubrir un magnífico yacimiento de arqueología contemporánea colmado de infinitas posibilidades narrativas.

Todos aquellos eventuales giros de las vidas contenidas en el museo me llevaron a pensar en los objetos que Mirko y Clara podrían dejar allí cuando su particular relación terminara. De todos ellos, pensaba particularmente en el cuadro colgado por segunda vez en la pared del nuevo piso de Mirko, y también en el contador Geiger con el que pasearon juntos por las calles ocupadas por los turistas de la desolación en Prípiat. Las radiaciones aún debían de pervivir de algún

modo en el aparato que las contenía, pero yo veía aquel aparato como una máquina de detectar líneas de fuga, de vínculos y de fuerza entre dos seres extraños y difíciles que se querían. Fue entonces cuando me di cuenta de que aquello que yo imaginaba ya había sucedido, pues en una de las vitrinas podía contemplarse, efectivamente, un contador Geiger como los que debían de usarse en la zona de Chernóbil. La etiqueta explicaba, en todo caso, que una pareja bielorrusa había dividido sus pertenencias tras separarse, pero que no habían sabido qué hacer con aquel contador heredado del hijo muerto años después de que hubiera formado parte del equipo de liquidadores de la zona contaminada en los alrededores del reactor 4 de Chernóbil. La muerte prematura del hijo había contribuido decisivamente a la separación de la pareja, al evidenciar diferencias insalvables en la forma de afrontar el duelo. El contador se lo había quedado el padre, pero al cabo de cierto tiempo el hombre se había visto en graves apuros económicos, en parte debido a la separación y en parte por no contar ya para vivir con el salario más alto de la mujer, y también por consumir vodka en cantidades que superaban con creces las recomendables. Y así había acabado vendiendo en los mercados de segunda mano de Minsk todas las posesiones que le permitían seguir llevando aquel simulacro en que se había convertido su vida. Al final, el hombre se había desprendido también de aquel objeto que significaba para él la memoria del hijo muerto, con lo cual no costaba mucho deducir que daba la vida por amortizada. El contador pasa entonces a manos de una pareja sueca que, al conocer la historia que el vendedor de aquel mercado de los suburbios de Minsk les cuenta, deciden que el único lugar donde se rendirá verdadero homenaje al propietario del objeto es aquel museo tan contemporáneo como la propia explosión que arrasó su vida y la de su familia, y que ellos han visitado recientemente. Y lo donan al museo.

En el coche, de camino a Jasenovac, reina el silencio después de que Mirko me haya puesto al día de sus descubrimientos familiares. Lo ha hecho con cierto laconismo que nos ha llevado a firmar tácitamente una especie de pacto de no agresión verbal en forma de interrogatorio. Las raíces son las raíces y encontrarlas en semejante estado de putrefacción no debe de ser nada fácil. La guía Bradshaw ha dejado de tener sentido y, con el escaso margen del que disponemos, nos dedicamos, por expresa voluntad de Mirko, a visitar Jasenovac, el lugar adonde iban a parar los detenidos por los ustachas, convertido posteriormente por el Gobierno yugoslavo en un espacio de la memoria. Como me sucede en la visita a Drancy, estos lugares activan en mí una maquinaria de sentido que trasciende la historia de los deportados y los asesinados y me conecta, debo reconocer que de un modo indirecto y egoísta, con desapariciones familiares en teoría no

violentas, pero violentas al fin y al cabo para mi porvenir.

Jasenovac está a poco más de una hora de Zagreb. De nuevo un trayecto concentrado en un intervalo de tiempo mínimo y que permite llegar desde la capital de Croacia a los territorios y lugares donde más cruenta fue la reciente guerra de Yugoslavia, el territorio de la República Srpska, la entidad autónoma serbia que forma parte de Bosnia y Herzegovina y que comprende un amplio territorio alrededor de la ciudad de Bania Luka, conformado por muchos pueblos en los que, antes de la guerra, la población se repartía en porcentajes muy parecidos entre croatas y serbios, y que ahora están en su mayoría habitados por serbios. Hoy en día, las carreteras son todavía un sembrado de casas quemadas. El campo de Jasenovac, seguramente el lugar donde más salvajes fueron las masacres de serbios, gitanos y croatas de izquierdas, se encuentra actualmente repartido entre dos países separados por la línea divisoria que marca el curso del río Sava, en otros tiempos húmeda sepultura y pútrido final para muchos de los cadáveres de los asesinados entre agosto de 1941 y abril de 1945. En la parte bosnia, siempre sin salir de la República Srpska, hay una gran extensión de terreno conocida como memorial Donja Gradina; en la parte croata se ha quedado el monumento de conmemoración del escultor Bogdan Bogdanović, erigido con el resto del memorial en 1968. Antes de hacerlo, el Estado de Tito decidió destruir todos los edificios que formaban la estructura del campo. Si bien no hay un acuerdo definitivo sobre la cifra de víctimas de Jasenovac, parece ser que los propios alemanes se quedaron horrorizados al ver lo que allí ocurría, sobre todo con los niños, las mujeres y los viejos. Centenares de miles de prisioneros fueron ejecutados y enterrados en fosas o lanzados al río. Aquí se asesinaba a mano, se mutilaba, se colgaba de las ramas de los árboles del bosque de fresnos de Donja Gradina, en la parte sur del río. Los mismos extraños frutos que, en número de cincuenta y uno, colgaron los días 23 y 24 de abril de 1944 en la balaustrada de la escalera y en las ventanas del Palazzo Rittmeyer, en la via Ghega de Trieste, como represalia por un atentado partisano que había ocasionado cinco muertos entre los ocupantes alemanes. Diez muertos por cada uno.

De nuevo tuvimos que dejar solo a Mirko, que necesitaba caminar en silencio sin nosotros para mirar con los ojos de la distancia las maldades y las vergüenzas en que había participado, en determinado momento de su vida de hombre joven, su abuelo paterno. Probablemente, Miroslav Vodopivec no estuvo nunca en Jasenovac, pero sus actos trajeron hasta aquí a hombres, mujeres, niños y viejos, por lo menos durante las semanas en que participó de aquel horror. Esto era motivo suficiente para que Mirko caminara solo por los bosques de fresnos espesos y voluminosos. Aquel día de finales de

verano se había levantado con una niebla matutina que anunciaba el otoño y hacía más comprensible que a las fresnedas como aquélla de Jasenovac se las conociera como bosques de ceniza. Los encargados decían que la niebla no tardaría en disiparse, pero a nosotros nos parecía que aquella espesura no se iría nunca de la tierra de Eslavonia. Entre los fresnos se nos apareció de pronto, como una intrusa, una carrasca que parecía no haber podido resistir, como sí lo habían hecho sus hermanos, las imágenes de la barbarie. Ahora alargaba sus ramas al cielo como un entramado seco hecho de restos extenuados de las dendritas de un tejido neuronal que busca, en el último suspiro, un enlace entre la tierra desangrada y la niebla cenicienta que amenaza con tragárselo todo y dejarnos un paisaje gris y para siempre impenetrable.

Había poca gente en el campo, entre la niebla, pero a Clara y a mí nos llamó la atención alguna familia con hijos preadolescentes, lo cual hizo que nos interrogásemos sobre la conveniencia de llevar a personas tan jóvenes a los espacios de la memoria. Aún no habíamos llegado a una conclusión cuando uno de aquellos niños curiosos que preguntaban a sus padres o se quedaban parados frente a alguna placa explicativa o hablaban entre ellos en voz baja, pronunció el nombre del responsable del campo de Jasenovac, con un tono de voz ligeramente más alto y con esa dicción eslava que acaricia y distingue cada una de las letras que nosotros amontonamos y pronunciamos con torpeza. Vjekoslav, dijo, y la madre asintió y añadió otros eslavismos, y después repitió el apellido Luburić, pero junto a otro nombre, Maks Luburić, dijo. Cuando se fueron y dejaron libre el panel, pudimos leer que Luburić había nacido en 1913 en Humac, Herzegovina, y había muerto, según rezaba el panel, en 1969 en Carcagente, Španija, con el genuino nombre de Vicente Pérez García. Y allí se quedó.

Carcaixent. El pueblo de la madre de Mirko Bevilacqua, que perfectamente podría haberse llamado Miroslav Vodopivec y estar ahora luciendo su nombre con más pena que gloria en los senderos de tierra de aquel complejo dedicado a la memoria. El periodista Francesc Bayarri escribió un libro apasionante sobre la búsqueda y el encuentro final en Sarajevo, en el año 2003, con Ilya Stanić, sospechoso de haber asesinado al general croata Luburić. Bayarri repasa la trayectoria de Luburić en la España franquista y la protección que recibió del régimen y de los poderes fácticos, entre otros del padre franciscano Miguel Oltra, confesor de la familia Franco. Como tantos otros ustachas, entre ellos el propio Ante Pavelić, que murió y está enterrado en Madrid, el jefe y responsable del campo de Jasenovac vivió con total libertad y tranquilidad en tierras valencianas, tuvo una granja de aves de corral en Benigànim y después se trasladó a Carcaixent, desde donde editó prensa ultranacionalista croata que distribuía de la Ribera Alta a todo el mundo. Semanas después del asesinato de Luburić, Stanić cruzó a pie la frontera ítalo-yugoslava, concretamente por Gorizia, que los austríacos llaman Görz, un pueblo partido en dos por los acuerdos de paz que diseñaron la nueva frontera entre Italia y Yugoslavia tras la

Segunda Guerra Mundial y que, en la parte entonces yugoslava y hoy eslovena, se llama Nova Gorica. Él mismo se acusó de la muerte del ustacha Luburić en Carcaixent, pero su declaración de culpabilidad contenía tantas contradicciones que la cosa nunca quedó aclarada del todo. Bayarri indaga en el turbio asunto y obtiene del propio Stanić una versión completamente distinta de aquellos hechos, según la cual él mismo fue testigo de cómo otros nacionalistas croatas, otros ustachas por lo tanto, y no el UDBA—los servicios secretos de Tito—, acabaron con Maks Luburić. Quizá el Gobierno yugoslavo se atribuyó interesadamente aquella muerte y la vendió como un éxito propio. El caso es que Stanić obtuvo de las autoridades un puesto de funcionario en Sarajevo y es en su puesto de trabajo donde Bayarri lo localizará para después entrevistarlo. ¿Dónde está la verdad de todo este asunto? La verdad es que, salta a la vista, con Franco vivíamos mejor, España era un país hospitalario donde los asesinos llegaban vestidos de franciscanos, siguiendo una espiritual ruta de conventos trazada desde Austria o desde otros países occidentales y amigos, mucho más preocupados por frenar el comunismo que por perseguir a criminales de guerra, aunque para poder hacerlo tuvieran que habilitar un corredor que facilitara la huida de los verdugos disfrazados y vestidos con nombres falsos, manteniendo los Estados occidentales siempre bien alta, eso sí, la esperanza de poder utilizarlos en algún momento en la lucha contra Moscú, si fuera menester, y si no, pues a vivir, que son dos días; a mirar el mar desde Dénia o desde Málaga, como en el caso del jefe del partido rexista belga—que así es como se llamaba en aquel país el partido fascista—, Léon Degrelle, perfecto colaborador de los ocupantes alemanes de su país, que tuvo que realizar un accidentado aterrizaje de emergencia en la playa de La Concha, en Donostia, porque el avión Heinkel con el que había despegado de Oslo el mismo día de la rendición alemana se quedó sin gasolina a pocos kilómetros de su destino. Los niños jugaban y se perseguían por la arena mientras cantaban «¡Aterrisé, aterrisé por falta de gasoliné!». Degrelle, herido como estaba por culpa del accidente, fue hospitalizado y protegido por las autoridades españolas, que negaron su extradición a Bélgica e hicieron todo lo posible por esconderlo sin tener que rendir cuentas con los aliados, que lo reclamaban. Léon Degrelle vivió primero en Madrid, después en un pueblo de Sevilla y finalmente en Málaga, con el nombre de Juan Sanchis, como si fuera de Carcaixent.

Aparte de estos fascistas que se escondían en España, uno de los puertos de huida de la llamada «ruta de las ratas», que contaba con la ayuda del Vaticano y de algunos monasterios franciscanos, era el puerto de Génova, precisamente el lugar donde había vivido y trabajado durante la postguerra Miroslav Vodopivec. Desde allí partían rumbo a Argentina muchos de los implicados en los crímenes cometidos durante los años de la guerra. Es sabido que Klaus Barbie, Josef Mengele y Adolf Eichmann, por ejemplo, pasaron por Génova con documentos falsos facilitados por la Cruz Roja Italiana. Todos ellos fueron ayudados en Génova por un padre franciscano, el croata Krunoslav Draganović, quien, evidentemente, se afanaba también por ayudar a sus compatriotas ustachas que necesitaban acceder a un territorio más seguro. Clara y yo comentamos estas casualidades antes de ver salir de aquella niebla cada vez más espesa a Mirko, el nieto ahora introspectivo de Vodopivec. Y entre nosotros volvió a abrirse un tiempo indefinido de silencio en el que cada cual se mantenía como podía por encima de su vector de huida.

En Buzdohanj, Clara se había paseado y, preguntando aquí y allá, había acabado encontrando la casa familiar de la vieja dama croata Vlatka Babić. Todo en aquel lugar le había parecido extraordinariamente lejano y la visita la había ayudado, según me dijo, a mirar su existencia con una distancia que a ella misma le resultaba extraña, pues la situaba al mismo tiempo dentro de sí, pero fuera de todas las cosas que la circundaban. De algún modo pensaba que la muerte de su amiga, amante y protectora la liberaba de una forma de vida con la que tenía que hacer alguna cosa. Yo pensaba en

Jan Morris, la escritora de la que nos había hablado, y en su cambio de sexo tras haber tenido como James Morris cinco hijos con su mujer, Elizabeth Tukniss, que a pesar del cambio de identidad, continuaba y continúa, más de cuarenta años después, a su lado. James y Elizabeth tuvieron que divorciarse obligados por la ley, que no permitía el matrimonio entre personas del mismo sexo. Cuando esto fue posible, Jan Morris y Elizabeth Tukniss volvieron a casarse, en el año 2006. Conjeturé que, tal vez, lo que Clara quería era tener un hijo con Mirko y después abordar la cuestión del cambio de sexo, pero no era más que una conjetura, en realidad. Lo cierto es que yo no tenía ni idea de quién era Clara Bernat y, si había leído aquellos versos que la mostraban frente a escenas de sexo y violencia durante su infancia, había sido por pura casualidad, del mismo modo que me habían caído encima sus relatos desde el libro de Remedios Varo. Lo que sí podía decir era que la vida contenía, sin duda alguna, una exuberancia fascinante y que normalmente se desbordaba por el lado de los afectos y también por el de la violencia; tal vez Clara Bernat adoraba a todas las personas y todas las posibilidades que hay en el sexo. Por eso se acercaba a Mirko Bevilacqua, con quien no acababa de encajar, y también a Vlatka Babić, con quien no dejaba de encajar. Mientras yo tenía la mente puesta en los complejos afectos de Clara, Mirko la tenía en la violencia gestada en el seno de su propio árbol familiar. ¿Por qué su abuelo no se pasó al bando de los partisanos?, se preguntaba tal vez mientras miraba a través de la niebla la carrasca seca y retorcida por el tiempo. Pero entonces quizá, sólo quizá, quién sabe si no estaríamos dirigiendo la mirada a la oscuridad de la sima de Basovizza o de cualquier otra foiba. Al menos los partisanos intentaron construir un país digno. Tan digno que aceptaron la ayuda de miles de obreros italianos comunistas de las fábricas de Monfalcone, a la que los eslovenos llaman Tržič, que lucharon por la construcción de una Yugoslavia socialista y que, tras la ruptura entre Tito y Stalin, fueron maltratados en los campos de prisioneros de las islas dálmatas, precisamente porque la fidelidad al comunismo de Stalin los volvía sospechosos ante el Gobierno yugoslavo. Algunos de ellos habían participado quince años antes en la guerra de España, intentando acabar con el fascismo. Claudio Magris dice que los mismos que luchaban con toda su buena fe por el comunismo estalinista, si hubiesen logrado lo que pretendían, habrían sido los primeros purgados. La historia no deja de dar vueltas. Especialmente en los Balcanes, donde los mismos que fueron enemigos pueden luchar juntos por un tiempo, para volver a exterminarse sin contemplaciones días más tarde. La exuberancia de los tipos humanos se desborda de nuevo desafiadoramente. ¡Intenta entender qué pasa! Intenta entender qué pasa por ejemplo por la cabeza de un hombre como Mirko

Bevilacqua, a quien cada vez me decanto más por llamar Vodopivec.

Empezamos a regresar poco a poco, en silencio, tras habernos enfrentado a las imágenes y las explicaciones de aquel espacio de la memoria, tras haber recordado a Luburić, a Draganović y también a Vodopivec, cuya trayectoria vital empezaba a aparecérsenos bajo una extraña y particular película de ceniza. Este tipo de instalaciones, pensaba yo mientras Clara conducía, siempre contiene algún elemento de controversia, sobre todo las que están más publicitadas y atraen a un mayor número de visitantes. No era el caso de Jasenovac, pero no es mala idea recomendar que se visiten individualmente, como había hecho Mirko y no nosotros. La soledad contribuye a la introspección tal vez necesaria para sentir cómo se concitan justo a nuestro lado los elementos y rituales de la barbarie, y una pregunta queda flotando permanentemente sobre la hiel: si hubiéramos sido habitantes de Jasenovac, si hubiéramos sido los vecinos de aquel campo de tortura y exterminio, ¿cómo habríamos reaccionado a los gritos y alaridos que rasgaban la niebla y la humedad de aquel invierno? En los documentales sobre el final de la guerra pueden verse imágenes de los habitantes de los pueblos alemanes cercanos a los campos de concentración y exterminio, por ejemplo el de Buchenwald, en el momento en que los ejércitos vencedores los obligan a circular por entre montañas de cadáveres raquíticos y putrefactos que se acumulan en el exterior de los barracones. Hombres con americanas impolutas y mujeres con dignos peinados de la época retiran por un instante la mirada de la nube de moscas que orbita alrededor de los cuerpos que yacen contrahechos para después, atraídos unos y otras por una conjunción indescriptible de morbosidad, estremecimiento y toma de conciencia del horror, mirar directamente al negro abismo que se abría justo al lado de sus casas. Al volar de los muertos a los vivos y de los vivos a los muertos de manera indiscriminada, absurda y azarosa, las moscas ponen en evidencia la banalidad de los límites entre unos y otros, y dejan pasmados a aquellos que, a la fuerza, experimentan las propiedades y sinergias del turismo luctuoso.

El impulso de atravesar un último confín nos hizo considerar la posibilidad de llegar hasta Hungría y poder estar así, aunque sólo fuera por unas horas, en la otra pata del imperio. Todo en aquella Europa seguía estando tan cerca que nos resultaba difícil resistirnos a las radiaciones procedentes de nuestro antiguo mapa. Pretendíamos cruzar la frontera por Barcs, después de dejar atrás las ciudades croatas de Daruvar y Virovitica, y desde Barcs seguir en dirección norte hasta Nagykanizsa para entrar en Eslovenia prácticamente a la altura del Dreiländereck, la triple frontera entre este país, Hungría y Croacia. Una vez en Eslovenia, nuestra ruta sería ya siempre hacia el oeste, hasta volver al ámbito duradero, permanente, de nuestras

emociones elaboradas a base de plastilina local.

La ruta por carreteras secundarias presentaba poco tráfico y una eterna y suave ondulación del terreno. Al llegar a Đulovac, Mirko quiso tomar un atajo por una carretera local y trazar la hipotenusa de un triángulo rectángulo para evitar la vuelta que suponía llegar a Virovitica tras recorrer los dos catetos. En el mapa parecía evidente y una oportunidad para conocer rincones literalmente perdidos donde quizá aún gobernase la antigua monarquía. Las escasas viviendas que veíamos mostraban sin complejos el ladrillo rojo descarnado, despojadas de la piel de la pintura, como si se hubieran visto sorprendidas por los forasteros antes de completar su vestimenta. En algunos tramos, la vegetación era densa. Se circulaba bien por la carretera estrecha, ya que el asfalto se encontraba en buen estado. El tráfico, inexistente, evidenciaba una extraña soledad centroeuropea. A lo lejos se veía un camión de medianas dimensiones remontando con alguna dificultad la suave pendiente. Nosotros nos acercábamos con lentitud, sin forzar la marcha, consciente la conductora de que no sería fácil adelantar a aquel gran mamífero en la estrechez de la vía. De pronto apareció en el cambio de rasante un vehículo conducido con imprudencia y a una velocidad endiablada, que al acercarse a la altura del camión perdió el control e invadió el lado contrario de la carretera. El camión frenó, Clara también, aunque estábamos a una distancia prudencial para no vernos involucrados en un hipotético desastre. El coche se acercaba al camión dando tumbos, sin que el conductor o la conductora pudiera retomar el control. Entonces, el camión se apartó tanto como pudo de la trayectoria del coche, las ruedas del lado derecho se salieron de la calzada y empezó a tambalearse por el terraplén, escorándose peligrosamente hacia la derecha. Consiguió evitar así el choque contra el alocado vehículo, pero las ruedas del lado izquierdo perdieron el contacto con el asfalto y el camión inició una peligrosa deriva hacia los matorrales que bordeaban la ruta en aquel punto. Como si fuera el esqueleto vencido de un gran animal, el camión se tumbó a descansar sobre su flanco derecho. El impacto no fue demasiado violento, más bien una caída contenida y, vista desde fuera, como si alguien con una cámara muy lenta estuviera filmándolo. El coche que había provocado el accidente consiguió enderezar su trayectoria, pero, lejos de detenerse, aceleró y desapareció en dirección contraria a la que nosotros llevábamos. Lo conducía un hombre con cara de susto. Sus manos se aferraban al volante como si el volante fuese un chaval travieso que ha desobedecido a sus padres y ahora debe ser reconducido a la fuerza y hacer lo que le ordenen. El hombre mantuvo la mirada fija en algún punto de la carretera, evitando cruzarla con la nuestra. Clara había detenido el coche y nos habíamos quedado expectantes a unos setenta

metros de la escena. Antes de volver a arrancar, apareció por sorpresa otro vehículo a nuestra espalda y a bastante velocidad. Nos adelantó en un visto y no visto y se detuvo después bruscamente a la altura del camión siniestrado, del que ya bajaba el conductor, que parecía encontrarse bien. Para seguir con las sorpresas, el conductor del camión se subió al vehículo que acababa de llegar. Los neumáticos giraron y chirriaron sobre el asfalto para salir de allí a toda velocidad. En aquel momento la escena se desarrollaba con mucha mayor celeridad que el propio accidente, confirmando que la dimensión del tiempo está llena de caprichos. Clara puso en marcha el coche y recorrimos los setenta metros que nos separaban del camión accidentado. Bajamos las ventanillas para poder mirar mejor la escena. Clara nos preguntó si paraba, pero no parecía haber motivos para ello, así que se dispuso a seguir adelante y rebasar el vehículo que yacía inerte en el costado derecho de la carretera. Cuando llegamos a su altura, como teníamos las ventanillas abiertas de par en par para ver mejor lo que había pasado, pudimos oír claramente cómo, desde dentro del habitáculo donde tendría que haber estado la carga, brotaba un grito sordo y unitario, pero compuesto al mismo tiempo por decenas de voces que pedían auxilio, mientras las paredes de la puerta trasera eran aporreadas con vehemencia desde el interior. Comprendimos al instante lo que estaba ocurriendo y paramos el coche de inmediato. Mirko se subió de un salto a un soporte de la carrocería y consiguió accionar el mecanismo de apertura de la puerta. Desde dentro nos observaron decenas de ojos que se cerraban y se protegían con las manos por el contraste con la luz exterior. Una mujer agarrada a una bolsa fue la primera en bajar. Después lo hicieron varios hombres. Se oían llantos de niños y también de hombres hechos y derechos. Algunos temblaban por los nervios, otros maldecían en voz alta. La mujer que había bajado primero buscó a un hombre y a una niña, que acabaron emergiendo del alboroto de gritos y la concurrencia de piernas, brazos y bolsas desparramadas. El accidente no había causado daños físicos de gravedad. Alguno se quejaba de los golpes recibidos. Mientras los ayudábamos a bajar, ellos no paraban de hablarnos e intentaban explicarnos atropelladamente quiénes eran, qué hacían, qué querían. Mirko estaba nervioso, todos lo estábamos, ellos y nosotros. El marido de la mujer que había bajado en primer lugar se dirigió a Clara. ¿Era nuestro aquel coche? Por fuerza tenía que serlo. Entonces sacadnos de aquí, por favor, le dijo en inglés a mis espaldas; y yo lo oí y supe que teníamos que hacerlo, pero que sólo podíamos hacerlo con dos o tres, y para llevarlos adónde, vete a saber, pero teníamos que hacer algo. Miramos por encima que no hubiera heridos. Ellos tampoco sabían qué hacer. Llevaban teléfonos, no tenían claro si debían utilizarlos.

Los demás accidentados comprendieron que aquel coche no alcanzaría para todos, pero cada cual reaccionaba a su manera, algunos se acercaban a Mirko, otros al vehículo. La hija de la pareja se subió detrás y Clara le dio la mano a la mujer, y la mujer cogió la del hombre, y Mirko me la cogió a mí y luego se metió él también detrás, todos bien apretados, y yo me subí al asiento del copiloto y nos fuimos de allí como si el asesinato lo hubiéramos cometido nosotros. Y tal vez fuera así, justo así y en aquel preciso lugar, en aquella carretera de Mitteleuropa que le daba la espalda al mundo, en el que ahora desembarcaban de un camión todos aquellos argonautas procedentes también, precisamente, de Grecia, pero sin ningún Jasón y ninguna Medea y mucho menos el vellocino de oro, pero tras un periplo, eso sí, equiparable a la legendaria remontada del Danubio por parte de los argonautas. Claro que en este mundo de grandes simulacros, nuestros argonautas no tendrían para la épica ni unos segundos en el telediario, porque con nosotros no había ni periodistas ni cámaras que grabaran las imágenes de aquellas personas pisándose unas a otras para bajar del camión y que luego pudieran ser ofrecidas a los telespectadores justo antes del anuncio de una nueva serie o de un programa que la propia cadena de televisión emitiría por la noche, o antes de informarnos del color del pipí de un futbolista. Otro coche llegó por detrás y aún tuvimos tiempo de ver cómo también recogía a gente, y cómo la gente subía al vehículo desconocido con desconcierto y alguna esperanza, mientras otros se sentaban en la carretera y algunos incluso se ponían a andar lentamente en la dirección que antes llevaban y que, en sus sueños, debía de conducirlos hacia una nueva frontera o, de una puñetera vez, hacia un lugar donde poder continuar con su vida truncada, si algo así era posible.

La niña, que parecía animada y como protegida por una coraza infantil ante la adversidad, dijo, traducida por su padre, que era mejor ahora que cuando habían estado a punto de convertirse en peces en el mar, sin perder en ningún momento una media sonrisa, sentada en las rodillas de su madre. El padre ocupaba el asiento de en medio. Mirko el asiento que había detrás de mí. Mientras el padre y la madre hablaban yo imaginaba que entre ellos podían mantener, probablemente lejos para siempre de la casa en ruinas, al menos un léxico familiar que ahora era todo su refugio y su vivienda, y no me refiero a una lengua, que compartían con muchos otros, sino a una dicción, un léxico y una manera de elaborar las frases y de emplear unos giros que, en su conjunto, eran suyos y sólo suyos; aquellas palabras que se conectaban a través de los aniversarios, las celebraciones religiosas, las comidas en familia, la llegada a casa, las buenas noches al irse a dormir, la relación con unos abuelos que a saber si existirían en el lugar de origen y, en fin, todo tipo de

situaciones que requieren elementos lingüísticos que, aunque sea de forma imperceptible para un extraño, construyen un hogar y una identidad difusa en forma de aire de familia. Por lo menos aquellos tres que ahora viajaban con nosotros mantenían unido un núcleo todavía valioso como morada lingüística. Por otro lado, y en un terreno mucho más práctico, yo intentaba pensar qué hacer, cómo actuar. El mapa del imperio austrohúngaro permanecía a mis pies junto a la guía Bradshaw, mudos ambos ante una tragedia extemporánea y totalmente inservibles en aquellas circunstancias. El corazón me latía con fuerza. No veía más que problemas por todas partes. Me dije que lo mejor sería dejarlos en Virovitica, que estaba cerca de donde nos encontrábamos, y seguir nuestro camino tras aquel trastorno moral. Antes de poder verbalizar nada, Mirko y Clara me hicieron saber que, evidentemente, querían llevarlos a un lugar seguro, ayudarlos a avanzar no quince kilómetros, sino todos los kilómetros. Yo me negué. No quería empezar una discusión en el coche porque, aunque ellos no nos entendieran, no hace falta ser muy listo para comprender cuándo unos humanos no están de acuerdo en algo que te afecta directamente. Ellos manifestaron que querían llegar a Alemania, pero que sobre todo querían llegar a algún lugar donde fueran acogidos, ya que los contactos que tenían eran indirectos y, en realidad, poco seguros. Lo importante era conseguir cruzar fronteras y que cada una de ellas los alejara un poco más de su destrozado país. Venían de Alepo. Al hablar de Siria se les saltaban las lágrimas sin esfuerzo, la única que no lloraba era la niña, que había decidido contemplar a través de la ventanilla el color verde del paisaje y confundirse con él.

¿Eran conscientes mis compañeros de los riesgos que asumíamos queriendo atravesar una frontera con aquella familia dentro del coche? ¿Sabían Mirko y Clara que Croacia estaba dentro de la Unión Europea, pero fuera del Espacio Schengen que permite la libre circulación de personas? Pero a ellos lo único que les parecía peligroso era mi miopía de burgués que los domingos lee en el periódico el drama de los refugiados y la inacción vergonzosa de las autoridades europeas, mientras piensa en lo mal que está Europa, y que, tras el acto intelectual de la lectura, se levanta para abrir una lata de aceitunas sin hueso y con sabor a anchoa y vierte un chorrito de vermut en el fondo de cristal de un vaso impoluto, una miopía que a ellos ya les parecía, dada mi insistencia, de ésas que no pueden operarse. ¿Y Prats de Molló? ¿Ya no te acuerdas? ¿Y las palabras de Pere Calders describiendo aquella marcha? Claro que lo recordaba y estaba de acuerdo en ayudar, pero no veía posible de ninguna de las maneras atravesar así como así tanta frontera, especialmente la primera, la que separaba Croacia de Hungría o de Eslovenia, países

ambos que sí estaban dentro del espacio Schengen. Por eso, por la imposibilidad de conseguir controlarme y para aligerar el coche, que ahora iba sobrecargado, decidí ser yo quien me quedara en Virovitica y me organizara la vuelta sin vehículo y sin tanto riesgo y tanto estrés. Mirko y Clara estuvieron de acuerdo, ya verían cómo se las arreglaban, pero aquella familia tenía que llegar a Alemania.

Antes de darme cuenta, estaba en una calle de Virovitica abrazando a mis amigos y deseándoles toda la suerte del mundo. También a la familia, que prefería no opinar sobre nuestras decisiones, pues verdaderamente se encontraban bailando sobre una cuerda que cruza de lado a lado un precipicio oscuro y peligroso, y en semejantes condiciones es mejor no decir nada y dejarse ayudar.

Vi cómo se alejaba el verano dentro de aquel coche que era el mío y que ya se perdía entre los demás vehículos del pueblo. Conocía la situación de los viajeros y la dificultad a la que se enfrentaban. No conocía los asuntos vitales del resto de vehículos que circulaban a su ritmo por las calles de la pequeña ciudad de Eslavonia. Pensar que cada vehículo en movimiento, unos hacia arriba, otros hacia abajo, albergaba en su interior una historia desconocida para mí y fundamental para sus ocupantes me provocaba desasosiego, pero ahora tenía que concentrarme, si era capaz, en resolver mi propio regreso. No podía dejar de pensar, sin embargo, que si nos hubiéramos encontrado en el antiguo imperio austrohúngaro, aquel movimiento entre Croacia y Eslovenia o Hungría habría sido mucho más sencillo y aquella familia de Alepo estaría bien pronto a las puertas de Viena o de Bratislava, o de Brno, o de Praga, donde tal vez podría instalarse. ¿Era una idea nostálgica? Me senté a tomar un café y a elaborar un mapa de mi nueva situación. Tras el primer sorbo de un café más que aceptable me convencí de que pensar en la nostalgia era una forma de no pensar que ahora, por primera vez en la vida, me había encontrado en la situación que tantas y tantas veces había recreado cuando pensaba en las razias que la policía de los tiempos injustos llevaba a cabo contra los judíos, contra los comunistas, contra los diferentes, mientras el resto de la ciudad seguía viviendo, a veces con perplejidad, a veces rutinariamente, y haciendo cola en el cine o en el supermercado. Aquella proyección mental iba siempre acompañada por la pregunta sobre cuál habría sido mi respuesta si no hubiera sido yo ni judío, ni comunista, ni disidente, ni diferente, ni tampoco, por supuesto, policía. Pues bien, ahora ya tenía la respuesta.

Recordé aquella vez en que un amigo me contó, profundamente impresionado, que, mientras comía tranquilamente en su casa, había visto unas imágenes retransmitidas durante escasos segundos en una cadena de televisión. Hombres, mujeres y niños bajaban de un barco después de haber sido rescatados cerca de la isla de Lesbos. Con la

ropa empapada y el rostro crispado, uno de ellos se dirigía a cámara y pedía ayuda de la manera más calmada y serena posible, en un inglés perfecto y en nombre de todos ellos, a los Gobiernos europeos. La camiseta blanca que llevaba aquel ser desesperado surgido de la noche y del mar lucía una foto donde era perfectamente reconocible el rostro sonriente y despreocupado de mi amigo. Hacía pocos meses que había vuelto de Turquía, donde había residido en los últimos años por motivos laborales. Sus compañeros de trabajo se habían hecho camisetas con su foto para celebrar una cena de despedida y ahora él aparecía acompañando el rostro nervioso y afortunadamente sano y salvo de aquel aspirante a refugiado. Tras usarla aquella noche, alguien había regalado o vendido la camiseta, y había ido a parar a aquel cuerpo migrante. El contraste entre el rostro feliz que mostraba en la tela, su plácido regreso desde Turquía en un vuelo regular y la mueca que crispaba el rostro emergido del mar con aquella camiseta recientemente usada en otro contexto le provocaron a mi amigo, según me contó, una cierta turbación, pero las noticias volaban, como la vida misma, y la tarde, en líneas generales, no cambió de color.

No me resultó difícil llegar a Zagreb desde Virovitica, un tren que pasaba por Koprivnica llegaba a la capital de Croacia en poco más de dos horas. No era tan fácil coger un avión desde allí hasta Valencia si no querías dar vueltas por Ámsterdam u otras ciudades europeas y esperar un montón de horas en los aeropuertos, pero en cambio había un vuelo directo desde Trieste hasta Valencia, así que deambulé unas horas por Zagreb y, a medianoche, me subí a un autobús que venía desde Sofía repleto de hombres, mujeres y niños inmigrantes que podían subirse a un vehículo y atravesar fronteras con menos problemas que los sirios, y todos juntos, en armonía, con música de zíngaros y trozos de pan con hamburguesa por los suelos, llegamos por fin a Trieste de buena mañana. No tuve fuerzas para mirar hacia el edificio del Silos que quedaba detrás de la estación de autobuses, al lado de la de trenes, así que me fui de allí deprisa en busca de un descanso. Me quedaba aún un día y medio antes de tomar el avión y todos mis pensamientos se concentraban en algún punto de la frontera entre Croacia y Eslovenia—Hungría era un territorio más hostil y difícil para los necesitados que Eslovenia—. No quería llamarlos por teléfono, pues habíamos quedado que serían ellos quienes me avisarían cuando consiguieran entrar en Eslovenia, si es que lo conseguían.

Quise hacer cosas que me entretuvieran, así que visité los pequeños museos dedicados a los escritores James Joyce e Italo Svevo, donde recordé las divertidas desventuras amorosas de Zeno Cosini, el personaje de Svevo, la antigua librería del poeta Umberto Saba, el cenotafio de Winckelmann en el llamado Orto Lapidario, el arco

romano de Riccardo con un lateral devorado por una fachada moderna y, de nuevo, los cafés austrohúngaros: el San Marco, donde se reunían los irredentistas italianos y donde imaginaba al escritor Scipio Slataper antes de que empezara una guerra que, como a tantos otros, lo haría desaparecer tras haber escrito una única novela, Mi Carso, pasándoselo en grande con su amigo, el también escritor e irredentista Giani Stuparich, autor de libros como La isla o Un año de escuela en Trieste, que me habían dejado el excelente sabor de la siempre algo nostálgica literatura triestina. Slataper y Stuparich habían luchado en la Primera Guerra Mundial contra el imperio austrohúngaro y, por lo tanto, a favor de la italianidad de Trieste. Pero, a pesar del café, la tarde tenía un sabor y una luz distintos a las anteriores. El encuentro con aquellos seres en situación límite había removido alguna pieza clave en mi paseo triestino, deseaba alejarme por un tiempo de las triples fronteras y volver, de una vez por todas, a casa.

La conversación telefónica con Mirko Bevilacqua se produjo estando yo en el aeropuerto, momentos antes de embarcar. Según me explicó, él, Clara y la familia de Siria habían llegado a Alemania con mayor facilidad de lo esperado, aunque hubieran tenido que pagar. Desde Virovitica habían llegado al pueblo fronterizo de Jalšovec, donde habían buscado discretamente algún consejo, alguna ayuda. Les habían dado dos opciones: la primera era probar suerte en la frontera, pues a veces Eslovenia dejaba entrar migrantes de Siria y, como se trataba de una familia de tres miembros, no era descartable que los dejaran pasar. Como en Croacia, en Eslovenia también había miles de inmigrantes, pero los eslovenos sabían que su país no era el destino principal de la mayoría y por eso, porque sabían que querían salir, los dejaban entrar. Así pues, aunque no fuera del todo seguro, podíamos intentar acercarnos a la aduana, me contó Mirko, pero había un problema: por mucho que la policía croata dejara salir a los emigrantes sin objeción alguna, podía tomar represalias contra nosotros como traficantes de personas. La otra opción era salir de forma ilegal. Había diversos caminos y distintas posibilidades, en el pueblo las conocían casi todas, pues hacía sólo unos años que existía aquella frontera y antes era todo el mismo país; además, no era una zona montañosa, sino de perfiles suaves y campos de cultivo. Unos pasadores los acompañarían a cambio de quinientos euros por persona. Clara y Mirko deberían ayudar económicamente a la familia, porque no tenían tanto dinero. Se reencontrarían en el pueblo de Gibina. Así lo hicieron y resultó perfecto. De Gibina a Alemania había unas cuatro horas de coche atravesando Austria por la ciudad de Graz. Las siguientes fronteras, entre Eslovenia y Austria y entre Austria y Alemania, las cruzaron sin ningún problema, me dijo Mirko, y

entraron al país germano por Passau; allí hemos atravesado el Danubio, me contó Mirko. El objetivo final era llegar a Ratisbona, donde la familia siria tenía un contacto. Como lo hemos hecho todo de buena mañana, continuó Mirko, hemos llegado aquí poco después del mediodía y resulta que, de camino a Ratisbona, hemos visto el anuncio de un parque de atracciones y la niña, que por cierto es un encanto, ha preguntado si podíamos ir. Después de todo lo que hemos pasado, nos ha hecho mucha ilusión poder llevarla allí, a nosotros y también a sus padres, pobres. Por primera vez en todo el viaje, añadió Mirko, la niña se ha puesto a llorar. Yo atendía a lo que me contaba, pero durante la conversación había tenido que subir al avión y, no sin cierta incomodidad, buscar mi asiento mientras intentaba no perder el hilo de todo lo que Mirko me contaba desde Alemania. Es un poblado del Oeste, me cuenta mientras yo no me atrevo aún a decirle que tendré que cortar la comunicación cuando me lo adviertan las azafatas. Mirko sigue describiendo el parque de atracciones, una isla yanqui, me dice, la calle con casas de madera, la cantina mexicana, la calle principal donde está el Bank, el Saloon, el Palace Hotel de madera, todo lleno de vaqueros que manejan búfalos mezclados con Cadillacs antiguos e indios que salen de sus tiendas. Sólo falta Buffalo Bill, me dice, y yo ya estoy nervioso y a punto de pronunciar la frase que interrumpa la conversación y la postergue para después del vuelo, cuando oigo que Mirko atiende a Clara, que al parecer le hace señales con el brazo, eso me dice, y va hacia ella sin colgar el teléfono. Yo escucho la conversación entre ellos dos con la música de fondo que suena allí en Baviera, donde me los imagino en compañía de indios y cowboys, y entonces oigo que Clara le dice a Mirko que no encuentra a la familia, que no sabe dónde están, que han subido a una de las atracciones y que no entiende qué ha pasado, pues ella estaba en la puerta de salida, que no es posible, que no los ve por ninguna parte, no sabe por dónde han bajado, y los encargados de la atracción no los recuerdan, como si no los hubieran visto. Lleva un buen rato buscándolos, pero parecen haberse evaporado como fantasmas, como si no hubieran sido más que una parte del espectáculo. La azafata me sonríe con un gesto explícito. Tengo que colgar. Antes de hacerlo, sin embargo, veo que Mirko ha dejado de hablarme. Entonces el avión empieza a desplazarse muy lentamente por la pista del aeropuerto de Trieste, que no está exactamente en Trieste, sino en la vecina Monfalcone, mientras pienso en el parque de atracciones mundial que, como una máquina simuladora gigante e infinita, lo engulle todo y me da la impresión de que no son los figurantes del parque de atracciones los que llevan la máscara, sino nosotros, los visitantes del parque, los impostores, los replicantes, los simulacros que se pasean por donde brillan los últimos destellos de una vida que ya hace mucho ha dejado

de ser auténtica. Mi cabeza también se mueve, lenta y desmañada, mientras procuro recordar el final de alguna historia que termine en un avión. No recuerdo ninguno, hasta que me viene a la memoria, mientras sobrevolamos el golfo de Génova, el final de Las bellas extranjeras, del escritor rumano Mircea Cărtărescu. El protagonista se dirige en un vuelo hacia la ciudad de Viena, en el corazón del antiguo imperio, fuera cae una gran nevada que le recuerda las películas de Disney, mientras en su cabeza suenan ritmos exuberantes, pero tanto da, porque una gruesa placa de hielo cubre por completo la ventana del piloto y el avión no podrá aterrizar.

PUJANZA DE LA MÁSCARA

Pero no. El avión aterrizará en Valencia golpeando con violencia el asfalto de la pista por culpa del fuerte viento de gregal que sopla y que indica que hay que volver del este, que se nos ha hecho tarde, que la vida nos reclama. El campo de batalla se agranda en la medida en que también se agranda el espectáculo. Mirko y Clara no encontrarán a la familia siria. Las atracciones del circo los han engullido, como nos engullen o nos engullirán a todos. No me extrañaría nada que los responsables del parque los hubieran contratado como indígenas de un país que no era el suyo y que por eso permanecieran ocultos para siempre a la mirada de mis amigos. Mirko se habrá quedado sin poder hacer su análisis fenomenológico del gesto de una niña siria encaramada a la montaña rusa con una sonrisa congelada en el rostro. El Dragon Khan circula por la infinita cinta de Moebius, permanentemente, arriba y abajo, sin detenerse nunca. Y nosotros estamos dentro de una de las cajitas minúsculas y caracoleantes de la atracción, alegres por una fuerza que no se detiene y que nunca se detendrá. No importa que la ventana del comandante de la nave esté cubierta de hielo. El avión aterrizará sin visibilidad, para algo sirve el piloto automático, y volveremos así a lo que quede de nuestra casa. Creeremos que llevamos a Europa en el bolsillo. Pero no.

NOTAS

[1] Las palabras y frases en cursiva están en castellano en el original. En adelante se indican con asterisco. (N. del T.).

1. SEREMOS ATLÁNTIDA

    1. MEMORIA DE UNA CONDESA RUSA
    2. ISLAS
    3. RESISTE, LECTOR, LOS EMBATES DE LA HISTORIA
    4. LA DURACIÓN
    5. VLATKA BABIĆ
    6. LA VANGUARDIA DE UN PLANETA BANAL
    7. EL INFINITO VIAJAR
    8. CLARA BERNAT
    9. CELEBRAMOS UNA LÍNEA DE FUGA
    10. UNA NOCHE EN EL PARALELO 45º
    11. BUFFALO BILL EN PARÍS
    12. VIDA Y ACCIONES DIFÍCILES DE MIROSLAV VODOPIVEC
    13. FINAL DEL VERANO EN AUSTRIA-HUNGRÍA
    14. MIROSLAV VODOPIVEC II
    15. LÉXICO FAMILIAR
    16. PUJANZA DE LA MÁSCARA
    17. NOTAS

Hitos

1. Portada